

Rafael Pérez Gay

ARDE, MEMORIA

Antología personal

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

Rafael Pérez Gay

ARDE, MEMORIA

Antología personal

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

RAFAEL PÉREZ GAY
ARDE, MEMORIA
Antología personal

TUSQUETS
EDITORES

Índice

Autobiografía instantánea

Mundos paralelos, sueños rotos

El arte de la noche

Llamadas nocturnas

No me iré sin ti

La Burbuja y otras noticias del futuro

Un tren a la utopía

El café de las cinco treinta y siete

Para llorar

Regreso a La Burbuja

Abismos

Venimos de la tierra de los muertos

Un género diabólico

Bondage

Relatos súbitos

Se prohíbe pescar

A oscuras

Se renta departamento

No sabría decirle

La noche que derrotamos al ruido

Escenas del fin del mundo

Pregunten quién es

La invasión blanca

La letra pequeña
Altas desde sus rodillas
Réquiem por el correo
Las miniaturas del mundo
Formación educativa
Una actriz
Sin sospecha
El pecado de Gomes
La firma electrónica
Lágrimas de sangre
Los nervios de punta
Lección de anatomía
En el vapor
Del corazón a mis asuntos
Cosas de mi madre
Que me parta un rayo
Despertares
Primera vez
El baile
Bicicletas
El coleccionista
Los tiempos perdidos
Breve memoria de mi madre
Cuando fumaba
Jeroglífico
Anestesia
De viaje

Revelación

Festivales

Deudas

Una visita

Acerca del autor

Créditos

Planeta de libros

Autobiografía instantánea

Cesare Pavese le escribió a la actriz Constance Bowling, su último y fatal amor, esta línea: «*Life is many days*». Se necesitan muchos días distintos para crear una existencia, dice Alessia Tagliaventi, muchos días para intentar comprender algo de cómo se puede estar en el mundo y con uno mismo. Me acerco peligrosamente a los sesenta años. He visto pasar muchos días, he intentado entender mi lugar en el mundo y saber algo de mí mismo; o sea, señoras y señores, no me cuezo al primer hervor.

Como diría Pessoa: todo empezó con la primera mudanza. Mi madre y mis hermanas metieron los adornos de la casa envueltos en papel periódico y en cajas de Fab Roma. Nos íbamos a otro departamento más barato.

¿Puede hacerse una autobiografía en cuatro párrafos? No estaría nada mal que fuera posible, nos ahorraríamos muchas páginas de éstas en las cuales los autores se hacen los interesantes: nací en algún lugar de las entreguerras y cosas así. Mejor digo esto: mi papá leía periódicos con una ansiedad incontrolable; mi mamá, novelas, despacio y sin pausa. Por eso escribo.

A mí no me queda eso del artista adolescente. Me gustaban las muchachas, el futbol y algunos libros. No olvido a los amigos que me hicieron posible. Y la luz: fue niña; fue niño. Sin esas apariciones en el escenario de la vida, nada sería igual. ¿Están de acuerdo?

No sé cómo llegué un día a una reunión que presidía Carlos Barral, pero sé que desde ese momento me dediqué a leer, corregir galeras, escribir contraportadas, hacer las portadillas. Primero Premiá Editora de Libros, luego Nueva Imagen. Suplementos Culturales y revistas, sé cosas de eso. Me hice periodista, a mucho orgullo. Escribí cada semana durante años, muchos días, y puedo decirles que mejoré con el tiempo. No se sé si mucho, pero mejoré.

Un día me enfermé. No quiero hacerme el interesante de las entreguerras, pero soy un sobreviviente. La fortuna siempre juega con sus dados cargados. Yo tuve suerte. No quiero hacer canciones, pero realmente no sé decirles cómo fue, el caso es que un día ya estaba leyendo sin parar. No tengo una vida muy interesante, pero tengo tramas emocionantes de novelas y cuentos y poemas. Todo esto porque Pavese le escribió a un amor sin futuro «*Life is many days*» y porque me han pedido esta antología de relatos para Tusquets.

Los cuentos que siguen los he traído a esta edición de *Me perderé contigo* (Cal y Arena, 1988), *Llamadas nocturnas* (Cal y Arena, 1993), *Paraísos duros de roer* (Cal y Arena, 2006; Planeta, 2009), *No estamos para nadie* (Cal y Arena, 2007), *El corazón es un gitano* (Seix Barral, 2010).

Mundos paralelos, sueños rotos

El arte de la noche

¿Por qué veo venir a lo lejos a mi amigo de la infancia, Gerardo Bermúdez, cargando a su padre en la espalda mientras los dos cantan el famoso bolero *Sin ti*.

Algo más: ¿por qué camino al encuentro de Gerardo y su padre, con mi hijo de la mano y la horrible certidumbre de que mi madre me ha abandonado si, en primer lugar, no tengo hijos y, en segundo, mi madre nunca me abandonó?

La respuesta es simple y profunda a un tiempo: veo todo esto porque transito por un sueño de mis treinta y cinco años en un madrugada de lluvia y olvido.

Hace tres o cuatro horas que duermo y todo indica que el arte de la noche, como quiso Borges, ha invadido al arte de la vida. Por esa modesta razón me acerqué a Gerardo y le pregunté, como si llevara en la espalda una mochila, y no a su propio padre, lo siguiente:

—¿No es un poco incómodo llevar así al padre? —le señalé, en efecto, a su padre que cantaba *Sin ti* como si quisiera ganar un premio a la mejor interpretación de un bolero clásico.

—Para mí este es un sueño recurrente —me dijo Gerardo—. Hay gente que sueña con sus perros o con viejos amigos de la infancia. Yo, en cambio, sueño con mi padre cada vez que puedo. Es una forma poco común pero útil de recuperarlo. Un modo de sanar una pérdida, por decirlo así.

—Que tú sueñes con tu padre no es extraño —le dije—, pero que yo te sueñe a ti con tu padre es menos común. Sobre todo si pensamos que hace ocho años no nos vemos.

Me separaba de Bermúdez casi una década de asuntos que enfriaron nuestra amistad hasta volverla el adorno de un recuerdo en la memoria.

—Ah, ya entiendo —me dijo, como si hablara de una confusión que le ocurriera cotidianamente—. Voy a tratar de explicarme. En realidad, en este momento sueñas tu propio sueño: caminas con tu hijo por el Parque España de la colonia Condesa, en la Ciudad de México, y te llama la atención llevar de la mano un hijo que aún no tienes pero que, como sabemos, tendrás muy pronto. Además tienes miedo de que tu madre te abandone, un viejo temor que te acompaña desde los tres o cuatro años de edad, los años que ahora tiene tu hijo en el sueño.

»Yo, por mi lado —siguió Bermúdez—, sueño que llevo a mi padre en la espalda y cantamos *Sin ti*, un himno, una canción que de alguna extraña forma nos une. Lo importante es esto: no se trata de un solo sueño, sino de dos escenas soñadas por distintas personas. En esta hora duermo en otra casa, en otra cama, con otra mujer. Se trata de un típico caso de *intersección de suelos dispares*. Soñamos con cosas distintas, pero nos encontramos en un solo sueño. A mí me ocurre muy seguido y a veces es incómodo. La otra noche me intersecté con un hombre que tenía un sueño edípico. ¿Cómo decirte?: cohabitaba con su madre. Cuando me vio llegar con mi padre en la espalda se puso frenético, nos insultó, nos dijo cosas increíblemente agresivas. En otra ocasión me intersecté con una mujer que se caía de un precipicio; le salvé la vida, aun con mi padre en la espalda, y terminó diciéndonos que no teníamos derecho a meternos en el fondo de sus miedos más profundos.

»La intersección de los sueños es algo que le ocurre a mucha gente. Cuando el sueño es absurdo, hay serias posibilidades de que se trate de una intersección; es decir, de un sueño ajeno que suena otra persona en ese momento en algún lugar del mundo. El asunto no tiene mayores enigmas, es muy simple, pero lo echan a perder la interpretación de los sueños, la teoría de las profecías y cosas por el estilo.

»Sin la teoría esto sería más sencillo —prosiguió Bermúdez—. Amaneceríamos y, en lugar de preguntarnos lo que quiso decir mi sueño con Ernesto Iturbide, que caminaba por el parque con su hijo de la mano; en lugar de que, en unas horas, te despiertes y te preguntes sobre el significado de tu sueño con Gerardo Bermúdez llevando a su padre en la espalda; en lugar de que, si es el caso, ya que hace años no te veo, vayas corriendo al diván del analista y le cuentes que me soñaste y él por una suma altísima de dinero te diga: «lo que pasa es que existe una proyección del padre puesta en Gerardo Bermúdez, que en realidad es usted cargando a su padre y el miedo de perder a la madre». En lugar de toda esa cháchara, simplemente diríamos: «Hombre, qué gusto me dio saludar anoche a Bermúdez y a su papá y qué bien cantan *Sin ti*». Y yo, por mi parte diría: «Hombre, qué gusto me dio saludar anoche a Ernesto Iturbide a quien no veo desde hace diez años, qué simpático está su hijo, es idéntico a él». Si dijéramos esto nos evitaríamos enigmas y dolores, misterios y deseos».

Gerardo Bermúdez hablaba con rapidez y naturalidad de la intersección de los sueños. Los años posteriores a nuestro último encuentro siempre lo recordé así, con saco, jeans y un aire de superioridad frente a los asuntos de la vida que le infundía a los demás una rara confianza. Como suele ocurrir en los sueños, un viento de irrealidad invadía la escena. Le pregunté:

—¿Y experimentas muy seguido estas intersecciones?

—No es un experimento, Ernesto, en el sentido en que no se experimenta con las cosas de la vida; la vida no es un experimento, ¿o sí?

—Para mí, sí. Un experimento del que nunca se obtienen los resultados deseados.

En el último experimento que vivimos juntos yo perdí una mujer y él la ganó, para perderla más tarde en alguno de los rincones de su madurez de escritor más o menos reconocido antes de cumplir los cuarenta años.

Me devolvió esta verdad envenenada:

—Te equivocas. Un experimento siempre se puede repetir; en cambio, la vida es irrepetible, aunque se fundamente en el ensayo y el error.

En ese momento pasó junto a nosotros un hombre elegante seguido por varios guardaespaldas que sospecharon de nosotros en cuanto nos vieron. Me dijo Bermúdez:

—La intersección tiene sus defectos. Intersectarse con un político es una monserga. Siempre tienen el mismo sueño. ¿Adivina? En efecto —me dijo, como si yo hubiera dicho algo—, se sueñan presidentes. Emiten decretos, dan órdenes, nunca descansan, van de gira, despiden al pueblo desde oníricas escalerillas de avión, saludan muchedumbres. ¿Y qué ocurre? Ocurre que el sueño propio se vuelve intolerable. Una de las veces que me intersecté con un político tuve una agria discusión; más bien tuvimos, me refiero a mi padre, el político soñador y a mí mismo. Le dije con toda claridad que yo no creía en las ilusiones de la libertad política, ni tampoco que la democracia conllevaba necesariamente unidad, felicidad, justicia. Le dije que la calidad de su gobierno —de su gobierno de sueños— era más bien baja. Le dije además que no soñara, que ser presidente no era eso que ocurría en esa ilusión porque como todo mundo sabe, Calderón se equivocó: la vida no es sueño.

—¿Y qué hizo el político? —le pregunté.

—Lo que hace todo político cuando tiene que contestar: me dijo que mi crítica era destructiva y se fue dando certificados de tierra a oníricos campesinos pobres. Iba apresuradísimo rumbo a la inauguración de una colonia que llevaría su nombre. Esta clase de intersecciones son muy tristes porque demuestran que los sueños son deseos incumplidos, promesas que la vida nunca cumplirá. Unos días después de la intersección de la que te cuento, leí en los periódicos que el político renunció a su cargo. No se volvió a saber de él. ¿Te conté mi intersección con el papa? Sensacional. No sueña con imágenes religiosas y Cristos de rodillas sangrantes, como cualquiera podría suponer: sueña maravillas de poder, de intolerancia.

Quería que Bermúdez hablara. Quería recuperar la voz del pasado, cuando ignorábamos que la amistad es un don tan frágil como los sueños. Tal vez por eso interrumpí con un nombre, un sueño que ambos compartimos años atrás:

—¿Qué sabes de Eugenia?

—La perdí —me dijo, como si hubiera perdido un libro o una moneda.

—Pero antes la ganaste —respondí rápido.

—Sólo para perderla tiempo después, como pasa con los sueños cuando se despierta de ellos.

Recordé mientras dormía, en mi propia intersección, la figura clara de Eugenia, las ilusiones que compartimos y la forma simple en que un día ella me dijo que quería a otro que fue, por un azar, mi amigo Gerardo Bermúdez. Los perdí a los dos a mis veintisiete años y borré para siempre el repertorio de nuestra obra: las noches, los sueños, la bisutería de un futuro incumplido y borroso.

—No quisiera importunarte —me dijo Gerardo—, pero enfrente de nuestro sueño hay una mujer muy hermosa que camina contigo por una habitación que desconozco. ¿Se puede saber quién es?

—Alguien que dijo que no quería saber de mí ni en sueños.

—Nunca podremos mirarnos como nos ven los otros. No te preocupes, la intersección de los sueños no acepta espejos. En este momento ella sueña contigo; si te acercas, el otro desaparece y quedas tú en la escena.

—Todavía, de vez en cuando, apareces en mis sueños —me dijo Norma—. Es algo incontrolable pero a la vez natural. Fueron tres años de mi vida. Nadie puede borrar tres años así nada más.

No le hablé de la intersección de los sueños. Esta omisión me hizo sentir frente a ella como un embaucador, un actor al que sólo le importa lograr sus personajes, a cualquier precio.

—Cada vez son sueños más extraños y más reales —siguió Norma—. ¿Por qué te sueño otra vez en este cuarto en donde nos quisimos, en un lugar al que nunca volveremos juntos? De ti me quedan astillas en los sueños. ¿Y qué hace aquí Gerardo Bermúdez, un hombre a quien no conozco salvo porque, me dijiste, te robó una mujer? No entiendo por qué lleva a su padre en la espalda, es una chusquería de las que sólo se permiten en los sueños. Por si fuera poco vienes además con un hijo que no tenías, ¿lo tuviste ya?, y tienes miedo de que tu madre te abandone. Esto es como de locos.

Una vez más recuperé la locura de tener a Norma: el absurdo pero cierto litigio de prometerle el futuro, la noche, los sueños. Oyéndola recordé esa forma de sentencia con que arreglaba sus dudas:

—Todo es por algo —dijo Norma—. Mi analista dice que he puesto en Bermúdez una proyección de mi propio padre, a quien en forma figurada llevo en la espalda. La aparición de un hijo tuyo en el sueño es la última forma de perderte. Otra más, entre las muchas formas en que te perdí. El miedo de que tu madre te abandone tiene también un significado: ese miedo no es otra cosa que el temor que tuviste conmigo, la forma en que te negaste a la seguridad, al amor, en fin, a la protección que no supiste recibir de mí. Todavía te sueño, pero poco a poco desaparecerás de mi vida y de mis noches. ¿Está claro?

—Clarísimo —le respondí.

Si omití la intersección de los sueños, en cambio le dije una verdad redonda:

—Quise soñar contigo muchas veces y no pude. Me ocurre que estoy dormido y pienso que tengo un poder ilimitado y digo «voy a traer a Norma a mi sueño». Pero mis sueños no saben crearle. Aparecen mujeres que no son tú ni de lejos. Estás temblando, ¿estás enferma?

—No. Estoy excitada.

Todavía no hay un criterio seguro para distinguir el sueño de la realidad. Por esto y porque nos quisimos logramos ahí el amor loco de otros tiempos, como si se tratara de una escena real y no de un sueño, de un capricho de la memoria, o mejor, de una intersección intemporal.

—¿Sabías que me casé?

—No, te felicito.

—Un hombre mayor que tú, más maduro, con menos miedo. Pero todavía te sueño, ¿qué te parece?

—Bien. ¿Y si te ve esa marca en el cuello, qué le vas a decir?

—Que me la hizo el hombre de mis sueños, a quien hacía mucho tiempo no veía y que no pude resistir las ganas de verlo desnudo, otra vez, en mi cama y esas cosas que se dicen en las mañanas los esposos. ¿Te extrañó que no volviera a llamarte?

—No me extrañó. Se acabó. Y cuando se acaba, se acaba, como dicen los locutores deportivos, incluyendo las llamadas nocturnas, los recados furtivos y otras persistencias.

—Pero volviste —me dijo Norma ofreciendo un perfil que tiempo atrás me alivió de cualquier infortunio.

—Sólo en sueños.

—Como sea, volviste. ¿Qué fue lo último que te dije? Prueba tu memoria.

—Me dijiste: «Desaparece de mi vida, no quiero verte ni en sueños». Eso fue lo más agradable; lo demás preferí olvidarlo.

—Te lo tomaste muy en serio. No volví a saber de ti, como si te hubieras ido del país. Ven, dame un beso —me dijo moviendo las cobijas arrugadas que improvisaron olas de tela y color.

—¿De qué hablamos esa noche? —le pregunté antes de darle un beso breve, perfectamente posible para dos gentes que se quisieron.

—Hablamos de todo —me dijo—. Pero sobre todo de la novela que empezaste muchas veces con gran entusiasmo y que abandonaste con el mismo desaliento varias veces. Al final la terminaste.

—¿La leíste?

—Por supuesto —me dijo.

—Escribí de ti, hablé de nosotros lo mejor que pude —le dije muy cerca de la oreja, como si fuera un secreto guardado mucho tiempo.

—Fuiste muy fino, pero poco veraz. Como sea hay un par de asuntos que resolviste bien, en ellos lograste una fidelidad a nuestro tiempo que me conmovió, pero también me dio rabia.

—Todo el tiempo te tuve en la cabeza, una idea fija, por llamar así al hecho simple de extrañarte.

—Lo hiciste bien y, al final, la terminaste, algo que no te sentías capaz de hacer. Ganaste. Yo en cambio perdí. También hablamos de algo que te obsesionaba entonces: Gerardo Bermúdez y la mujer que te quitó. ¿Te sigue obsesionando?

—Menos que antes. O menos que tú —le dije con la cursilería de quien está a punto de pedirlo todo.

—Por cierto —me dijo Norma omitiendo mi pérdida inevitable—, leí el libro de tu amigo Bermúdez. Ahí hay un cuento en el que, estoy segura, aparece esa mujer. Creo que ni siquiera le cambió el nombre, ¿Eugenia? Por cierto, ya sé por qué sueño con él: porque de eso hablamos la noche en que nos despedimos. Se quedó grabado; cuando despierte lo voy a anotar para decírselo a mi analista. Los sueños nos dicen muchas cosas. ¿Me quisiste?

—Mucho más de lo que pude. ¿Y tú?

—Demasiado. ¿Me puedes decir cómo llegamos a todo esto?

—No tengo la menor idea.

Después de Norma, o junto a ella, Bermúdez se acercó para preguntarme:

—¿Le explicaste la intersección?

—No pude. Creo que es mejor así, ¿no crees?

—Todo se vale.

La despedida ocurrió en silencio y me dejó un recuerdo que no parecía del todo real. En cambio, le agradecí a Bermúdez la realidad, la sorpresa que fue para mí la intersección de los sueños. Gracias a esto conocí a gente interesante, arreglé cosas pendientes que de otro modo nunca habría podido ordenar en mi cabeza bajo el rubro de *asunto concluido*.

Llamadas nocturnas

Le debemos a Antonio Tabucchi, el escritor italiano, la idea simple, pero profunda y fina de que la vida es una cita, sólo que nosotros no sabemos el quién, el cómo, el dónde, el cuándo. El enigma no está tanto en responder a estas preguntas como en imaginar distintos mundos casi idénticos. Entonces uno se pregunta lo que habría ocurrido si hubiera hecho tal cosa en lugar de esta otra; qué habría pasado si hubiéramos dicho esto y no aquello. El resultado sería un mundo casi idéntico a éste, pero diferente, un mundo en el que yo, por ejemplo, no estaría contando esta historia de equívocos.

En uno de esos mundos, casi idéntico a éste que habitamos, caímos Rosaura Márquez y yo el día en que fuimos invitados a la fiesta de los Gómez. Más que una fiesta era una antología de humanidades. Los invitados a la reunión eran académicos reconocidos, con nuestros anfitriones los Gómez, escritores, pintores que cotizan en el mercado internacional, periodistas, psicoanalistas reunidos para celebrar la edad y la persistencia de alguno de los invitados.

Los Gómez eran conocidos porque en sus reuniones echaban la casa por la ventana, servían alcohol del mejor y la cena podía enloquecer de envidia a un chef francés.

—Este mundo —decía un amigo exaltado—, no sería el mismo sin los Gómez.

Tenía razón. Nuestro mundo sería casi idéntico a éste en el que vivimos, pero diferente sin las reuniones de los Gómez.

En una reunión así, mientras uno bebe y habla, se impone una atmósfera interina, un aire de excepción que provoca la vaga congoja de que la felicidad se diluya como el hielo en un vaso con tehuacán y whisky. Pero más que de disolución, se trata de una escena de viaje. Se diría que los invitados a la fiesta de los Gómez se reunieron en la sala B del aeropuerto Benito Juárez en espera de un avión, de un viaje, de un paraíso.

La fiesta de los Gómez ocurría, incluso con el aire melancólico de quienes se despiden en la sala B del aeropuerto, cuando en uno de los círculos de conversación, un hombre alto, en proceso de calvicie galopante, pronunció estas palabras:

—Con el amante la vida cotidiana desaparece. Es lo que se conoce como el «Efecto Bovary».

Entonces supe que estaba en el lugar equivocado. Desde hacía tres años yo sostenía con Rosaura un romance secreto cuya clandestinidad trajo sus propias tormentas y sus días soleados. En esos días vivíamos una especie de primavera y el comentario del calvo era una nube negra. Llegué a pensar que el hombre me diría: «¿No le pasa a usted así con Rosaura Márquez?». Como producto natural de la inquietud y del whisky imaginé un invento monstruoso, un visor para registrar con gran precisión verbal y visual los secretos de las personas, sus pensamientos inconfesables, sus oscuros deseos. El calvo no me hizo aquella pregunta porque los visores no existen todavía y porque una bella mujer que fumaba con gran ansiedad respondió por mí, como si la hubieran llamado por su nombre:

—*Madame Bovary* es mi novela favorita.

—¿Cuál es tu parte favorita? —le preguntó el hombre calvo.

Los pechos de la mujer se elevaban bajo la tela del vestido provocando en el flaubertiano un nerviosismo casi infantil.

—La seducción en la diligencia —dijo la mujer subiendo su copa a la altura de los ojos, como si tuviera una boca en la frente—. La única prueba que tenemos de ese encuentro erótico son los pedacitos de la carta en la que ella terminaba para siempre sus relaciones con Rodolphe.

—Siempre le digo a mis alumnos que no son necesarios tres hombres para sufrir lo que Emma sufre. Basta con uno para un infierno inolvidable —el calvo flaubertiano y doctoral le hablaba a la mujer como si fuera a besarla en la boca—. Primero, según ha explicado Philip Roth, está Rodolphe, la pasión y el éxtasis, un amor insoportable por el hombre perfecto; luego viene, irremediamente, León, el amante cotidiano, práctico, cuando el amor se erosiona por la costumbre. Y al final —dijo el calvo como si acabara de pasar por estas agotadoras etapas de adulterio—, Charles Bovary, la tiranía de la vida diaria.

Estoy seguro que el calvo flaubertiano estuvo a punto de decirle a la mujer, frente a los tres invitados que cerrábamos ese círculo: «¿Usted quién quiere que yo sea en su vida?». No se lo dijo porque uno de nuestros compañeros de plática habló y desató una tempestad:

—Esas novelas sí me gustan.

El calvo se indignó porque había roto el hechizo en la mujer que fumaba cigarro tras cigarro.

—¿Cuáles no le gustan? —le preguntó.

—No sé —dudó un momento—, como las de Musil, ¿se llama Robert Musil?

Nunca debió declarar una cosa así. Casi lo sacrificaron. El hombre calvo y la mujer hermosa le reprocharon su vida, su pasado, sus ropas, el lugar donde vivía. Le echaron en cara nombres de novelistas lituanos, paraguayos, guatemaltecos, ingleses, norteamericanos, chiapanecos; todos, según esto, eran deudores de Robert Musil, hijos de su sangre y de su genio. La humanidad estaba en deuda con el gran escritor austriaco.

Armó tanto escándalo la imprudencia del hombre que declaró aquella barbaridad, que los invitados se acercaban y cada uno le aplicaba un epíteto cada vez más hiriente. Un crítico feroz no soportó más y le escupió la cara antes de decirle:

—¡Basura!

Los Gómez son grandes anfitriones. Para bajar los ánimos renovaron los tragos de los críticos y del hombre declarativo, repartieron palmadas en las espaldas tratando de conciliar el antagonismo literario:

—No se pongan así, no hay por qué oponer a grandes clásicos universales.

Me alejé del juicio sumario con mi nuevo whisky. Pensé en mi historia de tres años clandestinos con Rosaura y no pude evitar preguntarme cuál de los tres amantes de la Bovary podía ser para ella. Sentí un espasmo en el estómago cuando descubrí que ninguno de los tres; si alguien, yo era Emma Bovary, la amante desdichada.

Vi acercarse a Rosaura, curiosa por el escándalo que provocaron los clásicos de la novela de todos los tiempos. La vi hablar con los Gómez y asentir exaltada, como si los Gómez le hubieran regalado su casa.

—¡Al fin lo tengo claro! —me dijo casi a gritos, como si hubiera recuperado la vista después de años de ceguera—: Tomaré un psicoanálisis. Me lo sugirieron los Gómez, dicen que no hay razón para que una mujer como yo desperdicie su vida con un hombre casado.

No pudimos abundar en el consejo de los Gómez porque una voz ronca pidió silencio a los invitados. Rosaura me dijo en voz baja:

—Es Sarconi, el psicoanalista. Un hombre de una pieza, inteligentísimo. Además es guapo, puede que me analice con él.

—¿Nos va a dar una conferencia? —le pregunté a Rosaura.

Sarconi no disertó sobre asuntos del alma. Fue mucho mejor; cuando logró el silencio de los invitados, alzó la voz:

—Les haré magias —la cara de Sarconi se iluminó como la de los niños a los que se les cumple un deseo.

—¿Qué clase de magias nos va a hacer? —se preguntaron los Gómez.

Me pregunté lo mismo: ¿Y si de verdad Sarconi era mago?; o bien, cabía la posibilidad de que hubiera inventado antes que yo el visor monstruoso que lo capacitaba para ver en las profundidades del alma humana. En ese caso nos daría a Rosaura y a mí una terapia de pareja donde abordaríamos temas como la mentira, el engaño, la traición, los celos, la rivalidad, el erotismo, el crimen.

Cuando Sarconi sacó una baraja y la mostró al público, me reconcilié con la vida. Con el mazo de cartas en la mano, Sarconi se dirigió a la mujer hermosa que gustaba de Flaubert y le dijo:

—Por favor, tome una carta. Muéstrela a sus amigos y consérvela.

La mujer tomó la carta y la apretó contra sus pechos como si fuera una carta de amor.

Sarconi barajó las cartas, frunció el ceño, las extendió sobre una mesa. Con seguridad de mago experto extrajo un naipe.

—Ésta es su carta: el as de corazones rojos.

La mujer prendió un cigarro antes de responder. Con un gesto sólo comparable al de Emma Bovary antes de ingerir el veneno letal, dijo:

—Lo siento, pero yo tengo el cuatro de corazones negros.

El público hizo en coro una expresión de dolor, como cuando se falla un gol a boca de jarro.

Sarconi se desconcertó, pero se repuso con la rapidez de un profesional que conoce el fracaso:

—Nada es infalible en estos tiempos, amiga, ni la magia.

Escuché decir a uno de los invitados:

—Oye, Norma, este hombre es un genio. En realidad acaba de hacer ante nuestros ojos un psicoanálisis instantáneo. Lo que quiso decirle a la mujer es que ella nunca triunfará en el amor, que simbolizan los corazones rojos; por el contrario, en su futuro habrá desdicha sentimental, que simbolizan los corazones negros.

—Estoy de acuerdo —le dije al exégeta de la magia fallida.

Sarconi no se dio por vencido. Sacó de sus bolsillos tres botecitos de colores, una pelota blanca que agarró con los dedos índice y pulgar y amenazó:

—¿Dónde quedará la bolita?

Por supuesto, nadie supo en dónde quedó la bolita. Sarconi estaba feliz y la felicidad atrae al éxito. Minutos después extrajo con gran limpieza tres mascadas de colores hermosos y una moneda de la oreja de la mujer bella. Su acto arrancó aplausos del público, pero la noche dibujaba una tragedia: un calvo que pontifica sobre el adulterio, una clase no pedida de Flaubert, un lector desdichado de Musil y, por si fuera poco, un psicoanalista que deseaba con todas sus fuerzas ser mago. Pero aún no terminaba la noche en que Rosaura y yo caímos en uno de esos mundos, casi idéntico a éste, que propuso el enigma de Tabucchi.

El azar es capaz de todo. Nos despedimos de los Gómez a las dos de la mañana, les agradecemos la hospitalidad, el whisky y el cariño con que nos trataron. De salida, cuando

Rosaura se despidió de Sarconi oí que éste le dijo:

—No deje de llamarme.

Habíamos caído, sin saberlo, en otro de esos mundos parecidos a éste, pero esencialmente diferente. De camino al departamento de Rosaura un coche se nos emparejó en un semáforo, los tripulantes nos saludaron con una efusividad inusitada a esas altas horas. Yo dije:

—¿Ya viste quién es? Amelia y sus amigos. Es más chismosa que Flaubert. Se fue al carajo nuestro secreto.

—¿Cuál secreto? Si todo el mundo lo sabe. Esto no tiene nombre, te burlaste de la gente toda la noche.

—Mentira —le dije—. Ellos se burlaron de mí: todos fingieron profesiones falsas, vidas imaginarias.

Los reproches se fueron a horas y tiempos lejanos. Me oí decirle a Rosaura:

—Oye, eso sucedió en la Navidad de hace dos años.

—Sí, pero me quedé sola porque tú estabas con tu familia.

—Por favor, olvídate de eso.

—¿Y lo del perro, eso también tengo que olvidarlo?

—Te he dicho mil veces que yo no maté al Patán, se murió de viejo. ¡Por Dios!

—Me juraste que lo ibas a cuidar mientras yo estaba en Zacatecas —recordó Rosaura—. ¿Y cuando regresé, qué encontré? La tumba del Patán.

—Yo no he matado a nadie. En cambio, en la Semana Santa te la pasaste llamando a mi casa y colgando el teléfono a las dos de la mañana.

—Las llamadas nocturnas —respondió Rosaura apenada—: Estaba fuera de mí, me dominaron los celos.

Dragamos con increíble eficiencia destructiva el lago de nuestras miserias amorosas hasta que Rosaura me dijo:

—Aquí me bajo.

La desesperación toma formas increíbles. Una de estas formas fue el juramento siniestro que Rosaura me hizo. Juró devolverme en una caja todas las pertenencias que acumulé en ella: postales, libros, ropa rezagada de noches felices, plumas, cartas tan sentimentales que lloraba uno al leerlas, en fin. Éste fue el juramento: la parte siniestra, el modo en que me devolvería la caja: ella en persona la entregaría en la puerta de mi casa. Si la Virgen de Guadalupe me hubiera dicho que ella, en persona, iría a comer a la casa, no me habría causado tanto estupor como aquel juramento.

Deambulé por la ciudad de noche. Se me ocurrió la ingenua idea de que todos avanzamos en la madrugada, montados en un coche, con rumbo desconocido. De pronto tuve sed, no sed de alcohol, como corresponde a un hombre desesperado, sino sed de agua. Entré a un Vips y pedí un café y un tehuacán. Me hicieron un daño espantoso al estómago. Entonces jalé una servilleta, le arranqué un pedazo, fabriqué una bolita de papel y pensé: «Si cae dentro del café, lleva la caja; si cae fuera, no la lleva». Afiné la puntería, lancé la bolita al aire.

Voy a ahorrarme la melancolía, el territorio de los orgasmos perdidos, el recuerdo y otros chantajes del azar con que la gente extraña a la gente. Me los voy a ahorrar por dos razones; primero porque aquel tiempo se trató, precisamente, de un mundo casi idéntico a éste, un mundo levemente diverso de éste en el que no estaba Rosaura y, en segundo lugar, para llevar

esta historia hasta el día en que los Gómez, que son amigos generosos y grandes anfitriones, nos requirieron a Rosaura y a mí a una de sus reuniones, esa vez a cada quien por separado.

Era época de lluvias y la ciudad enloqueció, como todos los años, bajo un cielo de raras tonalidades de azul y naranja al anochecer. En uno de los recodos de la fiesta encontré a Rosaura.

—¿Cómo te trata la vida? —pregunté.

—Bien —me respondió—. Vivo sola, hago lo que quiero, ceno cuando me da la gana y no lavo camisas sucias ni voy a recoger trajes a la tintorería.

La vida trata mal a todos, o casi a todos. Por eso supe que no vivía sola. Ella insistió:

—Cuántas cosas, ¿no?

—Muchas, pero te agradezco la última —le dije, con una cursilería vergonzosa.

—Tengo mi lista de principios básicos.

—¿Qué dice tu lista?

—Nunca hagas algo sólo por herir a alguien. No sirve. Me voy —me dijo—, me esperan.

—¿Quién te espera? —pregunté al fin.

—Sarconi. Vivo con él, ¿no sabías?

—El mago —alcancé a decirle detrás de las lluvias del mes de mayo, en un mundo casi idéntico a éste.

No me iré sin ti

Estábamos muy contentos adquiriendo diversos artículos en un almacén de reconocido prestigio. La magnífica organización familiar descubrió este modo de hacer la compra: tú la fruta y la verdura; yo, abarrotes, blancos y salchichonería. No era lo que se llama una propuesta democrática, pero la acepté como se aceptan las cosas que se vuelven costumbre y uno acaba queriéndolas por el simple hecho de que ocurran siempre.

«Yo la fruta y la verdura», repetí mentalmente, y me encaminé por un pasillo de galletas, panes, harinas y otros productos ricos en calorías, hacia los anaqueles del fondo. En los supermercados de los que hablo, la fruta y la verdura siempre están al fondo. Caminé inexplicablemente feliz, como si me hubieran premiado o hubiera ganado una cantidad interesante de dinero en la última semana. Esto es la vida, pensé, lo demás son trampas de los sueños que caducan, turbias diversiones de la voluntad.

Elegir el jitomate bola puede parecer a simple vista una operación no sólo sencilla sino humillante. Es todo lo contrario, muy complicada y, además, fortalece el espíritu. Se sabe: si el jitomate se consumirá en breve, su textura puede ser blanda, pero si se piensa en el almacenamiento, el jitomate debe estar duro para que el tiempo lo madure y apruebe la buena ejecución de, digamos, una ensalada.

Estaba en esto y otras cosas, como la lechuga romana, la zanahoria, el pepino, la sabiduría que implica diferenciar el cilantro del perejil —uno tiene raíz, el otro no— cuando se oyó por el sonido local del almacén de reconocido prestigio una voz femenina llamando a la corrección de un precio, de un olvido involuntario:

—Abarrotes y servicios, favor de pasar a la caja siete.

Junto a mí una mujer examinaba un melón y le daba golpecitos como si alguien viviera adentro. Se oyó de nuevo la voz:

—Abarrotes y servicios, favor de pasar a la caja siete.

La misma mujer metía en una bolsa de plástico una cantidad de limones suficiente para darle limonada a unas sesenta personas con mucha sed. Una cinta reproducía los acordes orquestales de una canción de los Beatles: *Across the Universe*. Se interrumpió la música y se oyó la voz de la mujer:

—Abarrotes y servicios, favor de pasar a la caja siete.

Estaba a punto de decirle a mi compañera de frutas y verduras que los empleados de abarrotes se caracterizan por su impuntualidad, cuando la voz regresó, pero ahora áspera, cercana a la agresión:

—Abarrotes y servicios, favor de pasar a la caja siete. No te escondas entre la muchedumbre —dijo la mujer—. Sé que estás aquí. Siempre supe que no tenías vergüenza. Vienes hasta aquí con tu mujer y tus mentiras como si no hubiera pasado nada entre nosotros. ¿Qué nueva mentira traes contigo?

Un silencio de eternidad como quería Baudelaire invadió el almacén de reconocido prestigio. La señora del melón volteó al techo como si quisiera encontrar en él la cara dolida de la mujer que hablaba inopinadamente por el sonido local. Pero yo supe, por mi conocimiento de los almacenes de reconocido prestigio, que la voz venía del departamento de devoluciones, ni más ni menos. Un hombre que como yo compraba la verdura se pasó una mano por la cara. No pudo disimular el miedo, la tensión dominó su mano derecha y despanzurró un jitomate —que yo había desechado— y que estaba listo para ser partido en rodajas.

El silencio se convirtió en desconcierto y éste en confusión. Una mujer dejó caer al piso la pasta Anti-Sarro con Fluoristat, los jabones antibacterianos y un paquete de Panty Shields para una perfecta higiene femenina después de *esos* días. Por alguna razón que, creo, tiene que ver con la solidaridad, le dije al hombre que había triturado el jitomate:

—Un útil instrumento de persuasión, ¿no le parece? —señalé las bocinas del sonido local y vi su mano derecha enrojecida y húmeda.

—Y pensar que te quise como a nadie —se oyó la voz, ahora con dos puntos más de volumen—. Que pasé años de mi vida en la sombra del secreto, que me alejé de todos. Cómo pude ser tan ciega. «Somos descaradamente felices», me dijiste una de las últimas noches que pasamos juntos hasta el amanecer lluvioso de un día de mayo. Eso fue lo que dijiste, ¿te olvidaste ya? Durante toda esa noche en que bebimos nuestro vino y nuestro sudor y nos quedamos dormidos, cansados de ser uno solo, convencidos de que aquello no era un sueño sino el momento más feliz de nuestras vidas, ¿te olvidaste ya? ¿Por eso regresas con tu mujer como si nada hubiera ocurrido entre nosotros?

Todos suspendieron sus necesidades compradoras, atentos a la voz. Un hombre rompió el pasmo:

—Me perdonan, pero un amor así debe ser una esclavitud espantosa.

Era un hombre de abrigo gris, con lentes y una mirada perdida en el abismo y no frente al refrigerador de cervezas heladas. Supe de inmediato que se trataba de un profesor de filosofía de la universidad de Berkeley que pasaba sus vacaciones en la ciudad de México. Las circunstancias me obligaron a responderle esto:

—Eso lo dice Schopenhauer; y me va a perdonar, pero Schopenhauer tiene más contradicciones que semillas esta sandía —alcé una sandía verde y madura para enseñársela.

—Piénselo, amigo —me dijo el profesor—. Un amor así es una esclavitud.

Por detrás de nosotros se acercó una mujer hermosa, de unos treinta y tres años recién cumplidos, vestida para hacer el mercado: jeans deslavados, blusa de flores, zapatos bajos. Era muy bella, y dijo:

—El asunto es si esta pobre mujer fue engañada o no. Por lo que dice creo que él mintió más de una vez. A cambio de las mentiras él recibió certezas diarias, cariño; actos de amor, más que palabras hermosas.

Una corriente eléctrica que emergió de una de mis zonas erróneas sacó una chispa que no pude controlar:

—Dios mío —le dije— parece usted candidata a diputada por el sexto distrito. ¿Cómo puede usted deducir todo eso? ¿Quién es usted, Aristóteles disfrazado de ama de casa joven y bella? ¿No se le ocurre pensar que las cosas fueron de un modo más complicado, menos simple? Además —le dije—, le aclaro que no es tan fácil distinguir la verdad de la mentira.

—No me gusta lo que me dice —dijo la mujer.

—Lo siento mucho —le contesté.

—Lo siente mucho, pero usted da a entender que la verdad y la mentira son la misma cosa. Una mentira siempre es una mentira.

Creo que el profesor de filosofía dijo en voz muy baja, mientras ponía en su carrito un paquete de cervezas:

—Ahí sí, la joven señora se equivoca.

—¿No se le ocurre pensar —le dije— que él estaba muy enfermo y tuvo que irse para evitarle mayor dolor?

El filósofo me miró con su mirada de abismo y tuvo conmigo un detalle schopenhaueriano invaluable: me señaló el carrito con la compra de la mujer joven y bella y, en él, un paquete de toallas femeninas. Entonces me dijo:

—En estos días el debate civilizado es imposible. Nada qué hacer.

Como lo último que dije no me pareció lógicamente sólido, abandoné el lugar del jitomate y los limones. El filósofo y yo alcanzamos a oír que ella nos dijo:

—Son ustedes unos machistas detestables.

Otra vez el sonido que se emitía desde el departamento de devoluciones:

—De pronto un día, te lo confieso, me descubrí aterrada de estar sin ti. Lloraba por las noches y el sol traía la certeza de que ya no estabas conmigo, que ya no te esperaba a las siete, a las ocho, a las nueve, en una espera en la que se mezclaban el placer, la ansiedad y la rabia. Ya no llegarás otra vez a mi casa y no te esperaré. No volveré a oírte decir «Es que tuve un día muy pesado», ni te quitarás el saco y te aflojarás la corbata diciendo que aquel lugar, mi casa, era un refugio, una de esas cosas por las cuales la vida merece la pena vivirse. Sé muy bien, querido, que no volverás a llorar en mi almohada recordando a tu padre, ya no harás memorias de tu infancia en el campo de fútbol mientras fumas el noveno cigarro de la noche, del amor, del sexo. A cambio, yo no te contaré la primera vez que hice el amor con un hombre tan mayor que pudo ser mi padre. No voy a contarte nunca más de la noche en que besé a una amiga en la boca para saber qué se sentía y, tampoco, repetiré frente a ti el simple mecanismo de pararme al baño después del amor ni, por cierto, tú volverás a gritarme desde el cuarto, «¿Te ayudo?». Y no irás nunca más a ese baño después de habernos querido hasta el llanto, húmedo de mí, y yo no diré: «Me lo cuidas». Nada de esto volverá a ocurrir entre nosotros. Deja que yo no sea nada para ti. Cambiaré de nombre si es necesario, cambiaré de manera de ser y dejaré de usar el vestido azul que tanto te gustaba, me cambiaré de casa para borrar los rastros, no quiero seguir en el mismo lugar en donde fue verdad tanta mentira.

La voz del sonido local se interrumpió de golpe. El profesor de filosofía dijo:

—Esto empieza a ser verdaderamente desagradable. Compró mis servitoallas y me voy. Ahora bien —me dijo siguiéndome con su carrito repleto de mercancía—, vea usted: si Walter Benjamin hubiera conocido estos grandes almacenes habría cambiado el tema de su gran proyecto inacabado, *Los pasajes* habrían sido *Los almacenes*: en ellos ocurre todo lo que compete al ser humano. ¿Ya lo había pensado usted? Los grandes almacenes de autoservicio son el enigma por excelencia de la modernidad.

No pude decirle si lo había pensado o no porque el hombre que estranguló el jitomate bola estaba sentado, en cuclillas, bajo el anaquel de los pañales desechables llorando como un niño. Lo auxiliaba un empleado de salchichonería. Le decía que se tranquilizara, que todo lo curaba el tiempo y que, además, no era muy común que esto ocurriera en la tienda. Las mujeres, dijo, son

impredicibles. Era un empleado de salchichonería generoso. Abrió un paquete nuevecito de servilletas y él mismo se encargó de limpiarle las lágrimas al hombre vencido. El filósofo de Berkeley y yo nos acercamos. Nos llevó, es cierto, una curiosidad insana; le preguntamos si era él a quien le hablaban. El hombre del jitomate se incorporó, tomó otra servilleta que le ofreció el empleado de salchichonería y nos dijo:

—¿Ustedes creen que si ella fuera la que no es, yo estaría llorando de este modo vergonzoso? No señores, si yo fuera el hombre de quien esta mujer habla, ya estaría en el departamento de carnes, escondido entre los sirloines. No soy él, por desgracia. A mí lo que me pasa es que acabo de tener un hijo y estoy emocionalmente exhausto. No sé qué pañal comprar, ¿Chicolastic o KleenBebé?

Fue hasta entonces que pudimos darnos cuenta de que el almacén se había convertido en un auténtico salón de discusiones. Al silencio le siguió un murmullo intenso. Una mujer le reclamaba a su marido:

—Es el colmo, Arturo, inconcebible. Hasta en el mercado te siguen la mujerzuelas que dejas por la vida.

Un hombre sudoroso respondió detrás del anaquel de las sardinas:

—Tranquilízate, cariño, por favor. ¿Tú crees que si yo supiera que aquí hay una mujer con la que yo tuve que ver, te hubiera dicho que viniéramos a comprar la carne molida y las almendras? Pues claro que no, cariño, te hubiera dicho que las compráramos en un lugar lejano y doloroso. No te pongas así, cariño, por Dios.

Me felicité por no ser amigo de esta pareja que ofrece en sus comidas carne molida con almendras. En ese momento vi a Evelia que venía con el carrito lleno de mercancía. Me dijo:

—Esta mujer ha sufrido horrores, vámonos de aquí. Por qué tenemos que saber las intimidades de estos amantes desdichados, mejor vámonos.

El sonido local, otra vez:

—¿Sigues ahí? Ahora sé que las geografías de nuestras vidas siempre fueron diferentes. Nuestros husos horarios nunca fueron los mismos. Mientras para ti las cosas anochecían, para mí empezaba la mañana. Cuando tu traías el mediodía a la casa, yo estaba de noche en otro país y en otro idioma.

Sobre el sonido que invadía hasta el último rincón del almacén de reconocido prestigio se oyeron voces de protesta:

—Basta ya, no lo torture de ese modo —se oyó una voz indignada—: Él también la quiso.

—No estoy dispuesto a seguir oyendo todas esas barbaridades, me quejaré con el gerente.

Evelia y yo decidimos enfilarnos hacia la caja tres del almacén. Los ánimos estaban muy caldeados y, además, los Rodríguez nos esperaban a cenar. Una mujer de edad se nos acercó y nos dijo:

—Miren, el asunto es así: ella, la de la voz, quería casarse con él, porque lo amaba; como no pudo ser, en parte porque él ya era casado cuando la conoció, ella está muy enojada. Nada más. Cuando aman, los jóvenes pierden los estribos con mucha facilidad. ¿No lo cree así, señora? —le preguntó a Evelia.

—Hay algo más, señora, si me permite —le contestó Evelia—: se quisieron como locos; digo, por lo que he oído.

De nuevo la voz:

—No me iré sin ti, me dijiste una noche. ¿Ya lo olvidaste? Pero un tiempo después entendí que no hacemos sino eso: irnos, y nadie ni nada regresa nunca. ¿Cuántos amigos te quedan, querido? ¿Lo ves?, nada regresa. Entiendo que sea éste un medio inusual para comunicarme contigo, pero no contestaste el teléfono de tu oficina, ni respondiste los recados y las cartas y, como tú mismo decías, siempre hay una última vez para decir. Algo más: creo que usaré este medio las veces que sea necesario, en distintos momentos de infelicidad o duda profunda.

—Ella ha sido muy dura con él —le dije a Evelia en la fila de la caja y en medio de las muchas discusiones y aclaraciones que suscitó la mujer del micrófono.

En el pasillo que nos llevó a la caja tres oímos trece veces la frase «No te pongas así»; ocho veces la frase «Por favor, cariño, yo no sé quién llame a la casa y cuelgue el teléfono»; cinco veces la frase «Te lo advierto, eso sería intolerable», y una vez la frase «Nada que ver; cambiemos de tema». Esta última me pertenece y se la dije a Evelia cuando me reclamó que yo defendiera al hombre desconocido. Entonces me dijo:

—¿O tienes tú algo que ver en todo esto?

La vida, dice Bioy Casares, es un ajedrez y uno nunca sabe a ciencia cierta si va ganando o perdiendo. La discusión fue absurdamente ríspida, tan áspera que la cajera que marcaba nuestras compras en una flamante máquina digital que reconoce el código de barras, intervino y dijo:

—Sí señora, el señor tiene razón. Ya leí el libro de Bioy Casares que acaba de citar. En la página ciento y tantos alguien dice: «Para los que se quieren, no hay nada que no se arregle entre las sábanas». Nunca se olvide de eso, señora. Yo lo tengo subrayado y releo la frase cada vez que salgo en las mañanas —la cajera siguió marcando los diversos artículos que compramos.

Sobra decir que llegamos tarde a la cena de los Rodríguez, pero que a pesar de eso la pasamos muy bien. Bebimos whisky y vino blanco y vino tinto y algo de pernod. No recuerdo con claridad cómo llegamos a la casa. Me acuerdo, eso sí, del amanecer y de Evelia atrayéndome hacia su cuerpo. Me acuerdo también de algo insólito: no tuve cruda. No podía creerlo después de los tragos de la noche anterior, pero a veces ocurre lo inesperado.

La Burbuja y otras noticias del futuro

Estuvimos en el Hotel Hacienda muchos años antes, cuando mi mujer y yo no cumplíamos los treinta años ni cerrábamos el duro aprendizaje de la vida adulta. Si en esos días de sol y obsesivos bares nocturnos alguien les hubiera contado nuestro futuro a los jóvenes que fuimos, no lo habríamos creído. Nuestras risas de incredulidad cruzarían el tiempo convertidas, después de tantos años, en un eco de las almas insatisfechas que habitan las haciendas de la Colonia mexicana.

Lo cierto es que no sólo nos llevaron al Hotel Hacienda las ganas de un compás de espera, de un descanso en la rutina que nos oxidaba la vida. Nos impulsaron el amor, el olvido y una cuenta pendiente; uno de esos ritos antiguos y esenciales que se cumplen sin saber, como los plazos o las fechas que desgajan a la vida. Pasó tanto tiempo desde el primer viaje, que olvidamos las señas exactas para llegar al hotel.

—Facilísimo —nos dijo un amigo—: Pasas la primera caseta, pasas la segunda, siempre a la derecha, siempre a la derecha; no tiene pierde, el hotel te encuentra ti, no tú al hotel.

Salimos un lunes de agosto por la tarde, bajo un aguacero torrencial, en un coche cargado con nuestros dos hijos y una cajuela con tantas provisiones que parecía que llevábamos ayuda a un país devastado por fenómenos naturales y humanos. Dejamos atrás la Ciudad de México con una nostalgia inexplicable, como si nos fuéramos exiliados por largos, tristes años de destierro político.

Pasamos la primera caseta de cobro y yo dije algo contra la política tributaria del gobierno. Laura decidió que ese dinero era para mejorar los caminos carreteros.

—No mejoran nada, se roban el dinero. Mira el camino, no lo arreglan desde hace veinte años.

Siguió una discusión sobre terribles males nacionales que desapareció con el aguacero, dos horas después, cuando vimos al frente un cielo azul atravesado por el sol de agosto. Los niños dormían en el asiento de atrás y en la grabadora sonaba *It makes no difference*, interpretada por el grupo de rock The Band. Cuando pasamos la segunda caseta seguimos siempre a la derecha, como nos indicó nuestro amigo. Cuarenta minutos después el hotel no nos encontró, se nos atravesó, en cambio, una palapa donde un anciano vendía cocos. Me bajé del coche a preguntar el rumbo, pero el anciano me vio cara de comprador de cocos. No quise decepcionarlo:

—Me da un coco, por favor.

—Le doy cuatro y paga tres.

—No —le dije con una amabilidad increíble en un comprador de cocos—. Nada más uno. Un antojo, ya sabe —y señalé a mi mujer en el interior del coche, que me veía con ojos desorbitados mientras yo cargaba mi coco como un campeón de boliche.

Mientras pagaba el coco único, le pregunté al anciano:

—Por cierto, ¿usted sabe dónde queda el Hotel Hacienda?

El anciano asintió con la cabeza, como si hubiera oído una verdad indiscutible:

—Se da vuelta en «u». Toma el retorno y en media hora se topa con la hacienda.

Media hora después la carretera se transformó en un camino de terracería y decidimos que estábamos perdidos otra vez.

Detuve el coche en un lodazal, me bajé y le pregunté a un hombre joven por el hotel. Me dijo:

—No, yo no sé.

Cuando empecé a redactar mi propia nota roja sobre una familia perdida y asaltada en el bronco estado de Guerrero, vi que Laura me señalaba desde el coche algo atrás de mí. Volteé y vi arriba un anuncio enorme, «Hotel Hacienda, Bienvenidos».

Mientras llenamos la solicitud y los niños despertaban, un botones nos llevó el equipaje a nuestro cuarto. Al final me dijo:

—No puede bajar la grabadora.

—¿Por qué?

—El reglamento del hotel, señor.

Acatamos el reglamento pensando que era una defensa ortodoxa pero encomiable del reposo y el silencio.

—¿Bajo el coco? —preguntó el maletero.

—No, déjelo en la cajuela.

Cuando mis hijos tengan la edad que yo tengo, se preguntarán qué es lo que hace ese coco en la cajuela. No les diré nada.

Una noche sin ruido avanzó entre los árboles de mango que rodean al hotel. A lo lejos, se oía la caída del agua de un acueducto original conservado desde la Colonia y que forma la fuente de la entrada al hotel. Después de dar una lucha a brazo partido contra el sueño, los niños se quedaron dormidos y nosotros abrimos una botella de whisky. Nos servimos dos tragos en la terraza y sentimos el viento fresco del otoño, la simple pero profunda certidumbre de los regresos esperados.

En la terraza creció un capulín centenario que rodea al bungalow. Las raíces se confundieron con un muro colonial para hacer con el tiempo un solo producto, una extraña fusión de la vida vegetal y la vida mineral. En el acueducto ocurrió lo mismo: un enorme árbol lo había envuelto dejando a la vista raíces colgantes que le sirven al agua para lograr afluentes breves. En cada muro que los hoteleros conservaron del pasado colonial, se enredó una raíz viva de más de doscientos años. En cada tronco con trescientos años de edad, un muro aferró en él su antigüedad de pasiones olvidadas en la Colonia mexicana.

De nuestro primer viaje a la Hacienda, Laura y yo recordábamos sobre todo los muros vegetales, los árboles de piedra. Esa unión insólita nos sirvió dieciocho años atrás para representar, con el filo de la cursilería y el amor, nuestro porvenir de luces y sombras a los veinte, invencibles años en que dejamos arder nuestras ilusiones.

Mientras se servía el segundo whisky, Laura habló del tiempo acumulado en nosotros. Era un modo hermoso pero triste de decirme que nuestras sorpresas se volvieron secretos a los que acariciaba la ternura. Algo parecido a la fusión de las piedras y los vegetales del siglo XVIII.

Más tarde descansamos del viaje en coche, de los niños y del Chivas Regal en un sueño profundo que trajo el silencio que dan los lugares rodeados por árboles de mango.

Horas después nos trajo al extraño mundo de la vigilia un estruendo.

—¿Qué es? —pregunté.

El bar o la discoteca. Música viva. Duérmete.

—Música viva interpretada por muertos —le dije—. Dime nada más si el mundo no está habitado por locos. Prohíben las grabadoras, pero a las dos de las mañana te despierta un baterista que golpea sin piedad los tambores. ¿Quién entiende?

Perdí la cuenta de las veces que tocaron la canción del cantante dominicano Juan Luis Guerra, *Burbujas de amor*, porque me quedé dormido unos minutos. Pero debió ser poco tiempo porque, más tarde, me despertaron las risas de una pareja que eligió nuestra puerta para empezar a quererse como si los torturara el suplicio de una abstinencia prologada.

Una mujer dijo en voz baja frente a nuestra puerta:

—No, Javier, aquí no.

Pero hay mujeres que dicen no cuando quieren decir sí. Me senté a oscuras en la cama y le pregunté a Laura:

—¿Estoy soñando, o en la puerta de nuestro cuarto está a punto de ocurrir una escena de sexo al aire libre?

—Déjalos, ya se irán cuando estén satisfechos —me dijo mi mujer—. Además es tu tocayo. Duérmete.

En el restaurante del hotel, Laura y yo pedimos dos desayunos continentales —pan, jugo y fruta— y cereales para los niños, que saltaron despavoridos de emoción a los jardines.

En la administración expliqué la historia de la grabadora, la música viva y la madrugada. No conté la historia de los amantes nocturnos. Nos dieron otra habitación idéntica, con la misma terraza y otro árbol centenario, en el lado opuesto del hotel.

La alberca central está rodeada de prados cuidados y árboles colorines. En ella los niños tiraron todos sus artefactos de navegación e inventaron guerras salvajes y despiadadas en sus buques de guerra. Nosotros, en cambio, nos tiramos al sol. Me acosté en una tumbona con un whisky y el último García Márquez; Laura, con una cuba y lentes oscuros. Así, atrapados en el paraíso, regresamos a nuestro cuarto a la hora de la siesta cansados, felices bajo el increíble cielo azul de un martes de agosto de aquel año inolvidable.

A veces lo inaudito ocurre. Las mismas risas de la noche anterior nos despertaron y, más tarde, nos robaron para siempre la siesta con la música de su grabadora.

—Diles que le bajen —me dijo Laura, a quien le vi en la espalda desnuda las líneas blancas que marcó el traje de baño.

Salí y toqué en la habitación de nuestros vecinos. Un silencio de estupor se abrió con la puerta. Me vi a mí mismo en el acto imposible de mirarme, de estar en dos lugares a la vez, pero con quince o veinte años menos. Me dije esto:

—¿Me puedes explicar qué estoy haciendo en ese cuarto?

—No —dije y cerré la puerta de inmediato, como si hubiera visto a un fantasma.

Regresé al cuarto y le dije a Laura:

—Estas cosas sólo me ocurren a mí: resulta que estoy en la habitación de al lado, pero me veo mucho más joven.

—Mejor —me respondió. Había girado sobre su espalda—: No importan los años que tengas hoy. Cierra la puerta.

Le acaricié los hombros y los pechos, sentí los pezones duros entre mis dedos, le dije antes de seguir:

—Te digo que estoy en el cuarto de al lado, con una mujer.

Laura saltó de la cama:

—Si no estás conmigo, te vas al carajo ahora mismo.

Laura y yo discutimos cómo enfrentar el hecho de que yo estuviera en dos lugares al mismo tiempo y con edades distintas. Cuando nos decidimos, tomé el teléfono, marqué y dije:

—Si quieren conocer a los hijos que tendrán en diez años, vengan al 302.

Minutos después tocaron a la puerta. Mi mujer y yo nos vimos entrar con quince años menos al cuarto. Nos ofrecimos a nosotros mismos algo de tomar mientras nos observábamos con curiosidad y asombro. Me oí pedir un añejo con tehuacán y le dije al hombre joven que fui hace años:

—Sigues en eso. No ahorras nada con esos falsos whiskys. Mejor pide un Chivas.

—También veo que subiré de peso, que me cortaré el pelo, que fumaré cigarros *lights* y que tomaré *diet coke*. Por fortuna nunca seré como tú.

Las mujeres, en cambio, se asomaron a ver a los niños que dormían una siesta de sol después de navegar la alberca hasta el desfallecimiento. Platicaban de nuestro extraño encuentro, de los nombres de nuestros hijos. Serví los tragos: añejo y whisky para mí, una cuba y vino blanco para mi mujer. Entonces le dije a Laura, la actual:

—Las promociones turísticas son cada vez más sofisticadas. ¿Cuál es el truco? —les pregunté—. No deja de ser impresionante.

—No hay truco —dije yo de joven, más delgado, con el pelo largo y un bronceado obsesivo mientras bebía con una rapidez asombrosa mi añejo—: Es la duplicidad del tiempo y el espacio, pero aquí le llamamos La Burbuja. Tardaron mucho en volver.

—¿Nos esperaban? —preguntó Laura.

—Esperar es un decir —dijo Laura en otra edad, la de su físico de piernas delgadas y pelo ondulado hasta los hombros, la de su cara que dejó atrás la adolescencia, pero aún no era de mujer—: Todos vuelven un día, tarde o temprano. Una noche de hace quince años, el administrador nos dijo que si el lugar nos gustaba, nos quedáramos. Y nos quedamos; con la misma edad, las mismas esperanzas, el mismo amor. La construcción de La Burbuja empezó en aquel año, somos fundadores y eso nos da ciertos privilegios, como por ejemplo repetir con la misma intensidad los momentos más dichosos. Por eso nos oyeron la otra noche frente a la puerta de su cuarto. Nos gusta repetir esa madrugada como si fuera la primera vez.

—Fue atrás de los arbustos y después en la terraza, en el tronco del árbol —recordó Laura.

Salimos a caminar por los corredores de la hacienda. Era una tarde de agosto que parecía una mañana de verano. Nos explicaron que nuestro caso no era único, que una de las cosas que volvía tan atractiva la Hacienda era la duplicidad. En efecto, en el camino nos cruzamos con un hombre de pelo blanco que se abrazaba a sí mismo como quien reencuentra a un hermano. Lamentaba las cosas que hizo en el futuro y el hombre de su pasado lo consolaba, le decía que no fuera tan severo:

—No es nada fácil vivir el futuro, uno nunca sabe —le daba palmadas en el hombro—. Aquí en La Burbuja no pasan esas cosas.

Más adelante vimos a una mujer hermosa, de unos cuarenta maduros años que trataba de convencerse a sí misma de que abandonara la Hacienda. La diferencia de edades podía ser de veinte o veinticinco años. La mayor le decía:

—No puedes quedarte encerrada aquí para siempre.

Ella misma desde sus años de juventud se contestó:

—¿Salir? ¿Para qué? ¿Para acumular tristeza, para divorciarme, para asistir al funeral de mis padres, para aprender el desconsuelo, para trabajar como bestia, para enamorarme como estúpida, para fracasar? No, gracias. Eso era antes de la duplicidad, ahora se puede elegir y yo elegí quedarme en La Burbuja.

—Eso es la vida —se dijo la mujer madura a sí misma—. Es un acto antinatural detenerse así, de golpe, encerrarse, aislarse.

—Lo más antinatural que inventaron los humanos es la vida —se dijo la mujer joven. No pudo convencerse, se fue caminando sola por el pasto, rumbo al acueducto vegetal de raíces colgantes.

—No todos vuelven —dijo mi mujer, de joven, nos señaló a un hombre que caminaba solo, frente a las canchas de tenis—: Ése de allá vive esperándose, pero nunca llega. Se perdió en el futuro, nunca regresó.

—Lo curioso es que todos los que vuelven se reprochan a sí mismos detenerse en el pasado —dije con una seguridad que olvidé en mis años de juventud—. Como si uno no se pasara la vida haciendo eso, deteniendo el tiempo, buscándole el freno a la vida. Como si no fuéramos cazadores de tiempo, de memoria.

Mis mujeres se quedaron unos pasos atrás. Hablaban de su familia, de sus amores, de la forma en que se podía desactivar el porvenir.

—¿Entonces, no hay truco? —le dije al hombre joven que fui.

—No hay. Al principio, cuando se supo la noticia, vinieron investigadores famosos a buscar explicaciones, vinieron biofísicos, neurólogos, psicoanalistas. Durante algunos días la Hacienda se llenó de periodistas extranjeros; entiendo que fuimos portada del *Time*, del *Spiegel* y del *Nouvel Observateur*. Como siempre pasa, muerta la novedad, nos dejaron vivir tranquilos. El que se quedó más tiempo fue Carl Sagan; quería hacer la secuela de su programa *Cosmos*, pero la administración se lo impidió.

—¿No te da curiosidad el futuro?

—Nadie puede asegurar que el futuro valga la pena vivirse, ni que salir y compartir la vida con otros hombres y otras mujeres haga mejores a las personas. En cambio, vivir al día tiene sus ventajas.

Pasamos bajo el acueducto y las raíces colgantes, la caída del agua no me dejó oír lo que me dije a través del tiempo. Vi los colorines que rodeaban la alberca, el pasto que recortaban los jardineros de la hacienda como si, en efecto, preservaran del tiempo a las instalaciones. Nos sentamos en uno de los bares al aire libre con vista a los mangos.

A mi mujer, la jovencísima, la venció sin darse cuenta la curiosidad y nos preguntó:

—¿Les sigue gustando Cortázar?

—Siempre —dijo Laura—. Nunca dejamos de leerlo. Escribió varios libros más antes de su muerte.

—¿Murió Cortázar? —dije años atrás— No nos den noticias tristes del futuro.

En ese momento, Laura sacó de su bolsa un libro viejo y usadísimo de Cortázar por el que habían pasado los deseos de muchas lecturas.

—Oigan esto:

Sé que me acordaré de un cielo raso
donde las manchas de humedad eran un gato, un número, una mano cortada.
Sé que me acordaré del ruido
de un water en alguna habitación lejana del hotel,

su triste catarata de bolsillo, su inevitable recurrencia.

—Llevas quince o dieciocho años cargando ese libro —dijo una Laura joven, con los ojos brillantes. Metió la mano a su bolsa y sacó el mismo libro, pero nuevo, recién estrenado.

—No hemos perdido esa forma de querernos —devolvió Laura en su madurez de madre joven.

—¿No nos extrañan? —preguntaron los dos jóvenes, sin ponerse de acuerdo, al mismo tiempo. Ordené otro Chivas y les dije:

—A veces, cuando me inclino respetuoso ante el espejo y me arreglo el cuello y la corbata y veo a un señor que todos los días sale a las nueve de su casa. Otras, ustedes vuelven por la tarde, cuando arreglo asuntos de oficina y el teléfono no para de sonar y me oigo mentir con cierta gracia.

—Pero hay cosas que el tiempo no toca —dijo Laura inesperadamente—. Milagros a los que no toca el paso de los años.

—¿Y La Burbuja? —pregunté—, ¿no es aburrida?

—Todo está bien. No nos sobran las ilusiones, pero tampoco nos faltan; sobre todo, no cargamos la maleta llena de esperanzas incumplidas, ni acumulamos ambiciones en el refrigerador.

La mañana en que dejamos el Hotel Hacienda amaneció nublado. Los huéspedes volteaban al cielo como si vieran un espectáculo monstruoso. Veían la nubes que tapaban el sol de sus vacaciones y hacían apuestas sobre la hora en que se despejaría o empezaría a llover. Cuando el botones terminó de poner las maletas en el coche y pagamos la cuenta fuimos a despedirnos de nosotros mismos. Nos dijimos adiós sin ceremonias ni frases inolvidables. Los niños se despidieron desde el vidrio trasero. Laura se regaló a sí misma una pulsera que perdió quince años atrás, en nuestro primer viaje a la Hacienda. Yo, en cambio, le regalé al joven que fui una botella de whisky. Me la aceptó con trabajos. Dijo que lo suyo era el ron, en cualquiera de sus combinaciones.

Los extrañamos. A medida que los días se disolvieron, sentimos por ellos un raro resentimiento, como si nuestro mejor amigo se hubiera olvidado de nosotros. Aun así, cuando la soledad se filtra y gotea en nuestra vida, brindamos por la construcción de La Burbuja. Sobra decir que desde entonces bebo Chivas Regal.

Un tren a la utopía

La calle donde estaba la casa que le cambiaría la vida esparció, durante algunos años, una fresca línea de sombra producida por las jacarandas que durante el otoño cubrían de flores azules el asfalto. En el patio trasero había un jardín donde crecieron esperanzas, helechos y piñanonas. Las mañanas eran tibias y agradables y corrían sin sentirse rumbo al atardecer, tiempo de estudios y lecturas. A esa casa llegó González una mañana de abril. Tocó a la puerta y le abrió un venezolano que le dijo con una voz suave, acostumbrada al mando:

—Pasa, estás a tiempo.

Insistió, antes de obtener una respuesta:

—Pasa, estás a tiempo. Pasa.

A González le pareció que más que entrar a la casa se trataba de hacer un viaje. Y, en efecto, estaba a tiempo y pasó como quien va a tomar un tren, un tren a la utopía.

—Muy bien —le dijo el venezolano una vez que pasó el umbral de la puerta—, aquí la vida te va a cambiar y, como debes saber, no es fácil cambiar la vida, tenemos muchos años en contra. Tienes que prepararte para descubrir un mundo nuevo. Vas a saber, también, que dentro de ti habita la discordia, te vas a conocer por dentro. ¿Estás dispuesto?

González respondió con una decisión breve:

—Sí.

—Muy bien —le dijo el venezolano señalándolo con el dedo índice de la mano derecha—. Bienvenido, pero la vida en esta casa exige muchas cosas, varios sacrificios. Nada se logra sin disciplina, sin la mano dura de la voluntad. Esto no es una escuela, ni un cuartel, ni una empresa, ni un hogar. Es todo eso y más. ¿Entras?

A González no le gustó esa declaración de autoridad, pero hay hombres que dicen que no cuando dicen que sí; entonces repitió de nuevo:

—Sí.

Las dos respuestas fueron los goznes que hicieron girar la puerta de esa casa y de la vida de González. Entró, subió a ese tren, acomodó sus cosas y se puso a esperar.

La vida de esa casa transcurrió impulsada por la certidumbre de la felicidad. González se incorporó a sus mecanismos diarios con las aptitudes de su voluntad, cosa que le hizo ganar felicitaciones durante los primeros días. Aquello tenía que estar muy cerca de la verdad, por tres razones: primero porque los habitantes de la casa parecían felices; segundo, por su imparable optimismo, como si cualquier fracaso, pequeño o grande, fuera una victoria; tercero, por el amor que se tenían. Eran motivos más que suficientes para entregarse a esa vida y olvidarse de la vida.

Una mañana se oyó la voz del venezolano:

—¿Quién de aquí sabe mover la pelvis?

Lo decía con la seguridad de quien ha planteado un problema irresoluble. El silencio se adueñó de cada objeto y de cada una de las personas que estaban en la sala de estudios. A

González empezaron a sudarle las manos porque, ciertamente, no sabía si movía la pelvis o no; de hecho no sabía muy bien dónde estaba la pelvis. El venezolano atacó de nuevo:

—Mejor todavía; ¿quién de aquí sabe eyacular?

—Yo— dijo Norma Treis mostrando su desacuerdo feminista y su humor argentino. No dijo «Yo», sino «Llio» y González la vio por primera vez con cierto cuidado. Si alguien le hubiera puesto una mano en el pecho habría pensado que se moría con el corazón al revés. González siguió sudando. Hasta donde su experiencia le enseñaba, la eyaculación no era algo que se aprendiera sino que simplemente sucedía. Nunca se puso a pensar en el secreto esencial del movimiento pélvico y el aprendizaje de la eyaculación. El silencio sirvió para que el venezolano asestara un golpe dramático: alzó la mano que empuñaba un lápiz Mirado de punta fina y luego, dibujando un círculo expectante se señaló el sexo, como si fuera un tesoro anhelado por todos los presentes, y dijo entrecerrando los ojos:

—¿Quién de aquí ha sentido un orgasmo?

Fue vergonzoso. Cuando se suponía que todos deberían alzar la mano en una algarabía de fiesta nacional, todos guardaron un respetuoso silencio, cosa que magnificó el movimiento suave pero decidido con que González alzó la mano. El venezolano lo tomó como un desacato a la seriedad del estudio y le habló de usted:

—¿Así que usted sí ha sentido un orgasmo? Dije sentido, no tenido, que no es lo mismo. Cualquiera puede tener uno, pero muy pocos lo pueden sentir. Por eso es tan importante el movimiento pélvico, en hombres y mujeres.

González consumó el desacato y le dijo al compañero que tenía más cerca: «A eso se le llamaba en la escuela tener perrito, y las mujeres que lo tenían eran muy cotizadas». El venezolano siguió hablando, imparable y convincente. Tenía alrededor de treinta y cinco años, era rápido y astuto y hablador sin reposo, con un cuerpo breve, hecho como para transmitir conocimientos. El sol de Caracas le había curtido la piel, lo que le hacía más grandes los ojos verdes de venezolano decididor.

—Pero para eso hay que eliminar las barreras represivas que cruzan nuestros cuerpos. Una nos divide el pecho; otra, nos anestesia el sexo, otra más nos debilita las rodillas, punto de apoyo. Para eso son los ejercicios. No es tan fácil llegar al reino de la libertad y el placer, o del placer libertario, o de la libertad placentera.

Terminó con un suspiro, como si se resignara a no ser comprendido, como si predicara en el desierto. González se ganó así el primer regaño, la primera rectificación.

Era a fines de mayo, los días se desgajaban entre los estudios y el duro trabajo doméstico. González notó entonces la primera irregularidad del tren en que viajaba. Todos los huéspedes de la casa, los diez, o los doce, tenían siempre mucho más trabajo que todo el mundo. Siempre lavaban, o planchaban, o remendaban ropas. González pensó que era posible que así les hubieran enseñado a pasar el tiempo desde niños; o también, que los dominara una pasión expiatoria. Trabajaban todo el día con fervor penitente, aunque no sabía qué pecado habían cometido.

Al día siguiente del episodio de la pelvis, la eyaculación y el orgasmo, la vida se le complicó a González por culpa de una promesa. Sopló un viento de tierra firme cuando el venezolano anunció una entrada preliminar a la práctica. Le llamó «lectura del cuerpo» y consistía en formar parejas que reconocieran sus cuerpos mediante sensaciones precisas, producto de la relajación. Cuando supo de qué se trataba, González sufrió un ataque de nervios que se le manifestó en

pequeños temblores, como si tuviera fiebre, y sudores persistentes, como si caminara por una delgada cornisa a diez metros de altura.

La escena tenía algo de prodigio mágico. El cuarto de los ejercicios en el que todos leerían sus cuerpos se convirtió en una sala oriental de masajes. Pasaban las manos muy cerca del cuerpo que leían —sin tocarlo, ésa era la condición—. Minutos después, en pleno ejercicio, la escena era menos prodigiosa, pero más reveladora: parecían cuadrúpedos mamíferos, perros erotizados por piernas y pechos y nalgas. Todos hacían sus lecturas, pero como se sabe, cada quien lee lo que quiere leer.

Mucho tiempo después González juró y perjuró que no fue su culpa. Dijo además que la lujuria se puede reconocer con cierta facilidad en la mirada. Y eso fue lo que creyó descubrir en los ojos negros de Norma Treis, porque para su desgracia ella fue su pareja esa mañana de mayo en que una promesa se nubló como resultado natural del azar, el error y el perjuicio. El camino que lo llevó a Norma Treis se cumplió en dos etapas. Una, cuando dibujó su cuerpo con la ansiedad de quien está a punto de tocar la gloria. Norma Treis era argentina, de Rosario, y tenía la piel blanca, pero oscura; clara, pero con el matiz necesario para parecer una morena de pelo café y lacio que resaltaba las líneas finas de la cara. Salió de su país durante la última dictadura militar y llegó a México un diciembre de tres años atrás, sin más proyecto que una maleta cuando tocó la puerta de esa casa. Tenía treinta y tres, las piernas delgadas, los pechos redondos y las nalgas como si estuvieran apuntaladas por dos polines para la construcción, de esos que sostienen toneladas de concreto armado.

La desgracia ocurrió durante la segunda etapa. González fue un alumno desastroso aunque práctico y activo como pocos. En un inolvidable anticlímax de la psicología profunda y la meditación, González le agarró una chichi a Norma Treis provocando en ella placer y vanidad. Fue algo superior a sí mismo, incontrolable. Fue un apretoncito suave y decidido a la vez; en cambio, la protesta de la Treis fue absolutamente desmedida y rompió el empeño directivo del venezolano y el silencio de esa casa dedicada al estudio de los interiores humanos.

—Tu nombre completo.

—Arturo González Romo.

—¿Quiénes son tus padres? ¿A qué se dedican? —preguntó el venezolano con la energía de un juez.

—Al comercio, mi padre.

—¿Y tu madre?

—Al hogar —respondió González. La tormenta arreciaba durante el juicio. Las preguntas llovían hasta descontrolarlo. Le prodigaron interminables sermones sobre la necesidad de la independencia y las fuerzas oscuras que lo habitaban. Le pidieron que confrontara la situación y pidiera ayuda si fuera necesario. Todos opinaban sobre su reprochable actitud y el asunto se volvió un juego en el que cada quien trataba de conquistar el alma del otro. González perdió.

—¿Te masturbas?

—A veces.

—Con qué frecuencia —le preguntó el venezolano.

—No sé, depende.

—Vamos, González, no seas niño, ¿con qué frecuencia?

—Tres o cuatro veces, si se puede, digo.

—¿Diariamente?

—Sí, diario, no siempre, sólo a veces.

—Aquí está todo —dijo el venezolano revelándoles a los demás el secreto que acababa de descubrir—. Este hombre vive devorado por la culpa. ¿Te da culpa?

—No.

—¿Ven? Es clarísimo: la negación. Aquí hay trabajo y material para muchos años.

La suerte quiso que el jurado se dividiera, un bando integrado por Adriana Salas, Javier Espitia, Armando Gazque y Eva Lomas lo absolvieron; en cambio, Lucrecia Sánchez, Juan Monjaraz, Diego Subarán y Estela Ruiz pidieron su inmediata expulsión. Al final lo perdonaron, no sin antes hacerle advertencias terribles sobre su precario futuro en esa casa. González tuvo entonces la oportunidad de improvisar una defensa, que él imaginó histórica, aprovechando la puerta entreabierta del juicio. Y se metió. Les habló entonces de los fantasmas que lo habitaban, de su certeza del mal de error que rige la vida, de sus esperanzas incumplidas. Fue una autocrítica feroz sólo comparable a la que habría hecho un asesino de niños en el infierno. Pero al mismo tiempo, o mejor, un poco después, les dijo que nadie puede ser tan duro sin terminar siendo víctima de sus propios rigores. Les dijo que por más conocimientos que un hombre reuniera, jamás podría conocer a fondo los resortes internos del otro. Les dijo que esa actitud veía en los errores ajenos, pequeños y perdonables, errores inmensos e imperdonables. Les dijo que docenas de miles de hombres sufrían por cosas estrictamente materiales. Les dijo que uno hace cosas sin saber y que eso, a veces, atrae la felicidad. Les habló del azar y la ocasión como si fuera un teórico, un Carl Schmitt del Estado del Alma. De haber un podio y un micrófono, González habría bajado los escalones como un orador que ha vencido a un peligroso enemigo. Si se hubiera tratado de cuestiones partidarias, los habría hecho polvo. Pero no había; a cambio, oyó la voz del venezolano:

—Dejemos esta conversación desalentadora y deprimente. Tengo algunas maravillas nuevas que me gustaría discutir de modo muy breve.

Esa noche, Arturo González Romo soñó con el venezolano. Vio su cara convertida en una máscara monstruosa. Cuando despertó por la mañana sentía náuseas, como si hubiera sufrido grave pérdida mientras dormía. En efecto, un vagón de ese tren se desenganchó ese día desafortunado en que González conoció los senos duros de Norma Treis, la cólera de los integrantes del grupo de estudio y la oscuridad del ridículo. En un mundo lleno de certezas, esa tarde fue una sorpresa insólita y azarosa que maduró durante días y noches. El rumbo del tren a la utopía perdía dirección, avanzaba en la noche, sin brújula.

Como si un infortunio atrajera a otro, González adquirió en esos días la triste manía del sonambulismo. Lo que sucedía durante el día en esa casa era un peso que vencía su fuerza para asimilarlo, por lo que durante las noches todo aquello encontraba una salida natural a la vida del exterior. Como fuera, su sonambulismo tuvo un toque de maestría onírica; las escenas que fabricaba eran perfectas: unas veces era, en efecto, un tren; sentado al borde la cama, viajaba con un movimiento rítmico de los durmientes; otras, largos diálogos —porque él se decía y se contestaba— no dichos durante el día; otras, gritos en la oscuridad; unas más, carreras enloquecidas por la casa arrasando con todo lo que se le atravesaba, incluyendo al venezolano. Lo tiró dos veces. Hubo un escándalo, el venezolano dijo que González lo odiaba. Conoció inesperadamente la complicidad de Norma Treis cuando ésta intervino y dijo que los sonámbulos no recuerdan nada al despertar. La ayuda fue un salvavidas, pero esa noche el venezolano tuvo razón respecto a los sentimientos de Arturo González Romo.

El imán del agradecimiento los llevó por el corredor al cuarto de Norma Treis. La noche despertó a los demonios de la madrugada. De pronto, Norma Treis empezó a llorar sin razón aparente. González tuvo noticias de su país y de su vida, o de un hombre de su vida, pero no lloraba por él, apenas lo recordaba, sólo forzando la memoria podía acordarse de los días en que él le llevaba el desayuno a la cama y que ella cosía los botones de sus camisas. Lloró por sí misma, porque le daba miedo morir esa noche, porque estaba sola en el mundo, porque sentía que su vida no era un principio sino un fin rematado por la dura forma del exilio, de la vida en un país extraño. En medio de la lucidez que produce la madrugada, González la consoló y le limpió las lágrimas con un Kleenex como si quisiera sacarle brillo a su cara. Se amaron alegremente durante un tiempo en el que él durmió en sus pechos y ella se agarraba a su falo como la mujer libre que era. Una noche ella le dijo en la oscuridad:

—Ésta es mi ancla, no la suelto.

Se prometieron alguna cosa esencial y volvieron a amarse en la madrugada. En esos días ella volvió a reír con la risa franca que atravesaba las paredes y él se readaptó a la vida de la casa con fuerzas redobladas. González pensó que esos días eran una trampa de la felicidad de la que no era posible evadirse. Una noche González cometió un exceso literario, después de un amor reposado, después de pasar toda una tarde desnudos en la cama él le dijo:

—Somos los amores que nos han mejorado —y ella guardó durante mucho tiempo aquel exceso, como se guardan las servilletas con recados donde la tinta se ha corrido. Aquello fue un día antes de que un hombre joven y esbelto, de pelo chino y ojos verdes tocara a la puerta de esa casa y dijera:

—Me llamo Evanivaldo Muliao, ¿puedo entrar?

Fue una emboscada del azar. El brasileño trastornó la vida de esa casa. Era uno de esos hombres que creen tener domesticado el tigre de la vida y actuaba así, como si tuviera la fórmula secreta del futuro y el brebaje perfecto de las cosas diarias. Se alimentaba de algas, semillas exóticas y, a veces, de legumbres, como si viviera de la recolección de frutos en una selva exuberante, paradisiaca. González tenía la insoportable impresión de que el brasileño iba por el mundo sin tensión alguna; estiraba un brazo y cortaba un plátano, alargaba otro y desprendía una manzana roja Starking. Degustaba los productos exóticos, incomibles, como si fueran manjares cocinados con una sabiduría ancestral.

Todos los hábitos amazónicos cayeron en una tierra fértil a la novedad, a la curiosidad y a la devoción que trae el misterio para alguna gente. Les dijo que la comida era fundamental para el equilibrio de la mente y el cuerpo. González pensó que ése era un bochornoso lugar común de la cultura griega. Muliao les dijo que la sexualidad de un carnívoro era lerda, arrítmica y desacompasada y que nunca tendría ni la agilidad ni las sensaciones de un hombre que se alimenta con la fuerza mineral de los productos naturales. González pensó que Muliao era un presumido porque insinuaba que él era ágil en la cama como un conejo erotizado y un mentiroso, porque la carne no era nada antinatural. El brasileño trajo con él ritmos de carnaval y voces que cantaban tristezas y nostalgias que todos bailaron la noche de un sábado inolvidable por la cantidad de tragos que González ingirió cuando se dio cuenta del tamaño de la desgracia que se cernía sobre él. En el fondo del jardín donde crecieron esperanzas, helechos y piñanonas, iluminado por luces rojas y ámbar, el brasileño le contaba a Norma Treis lo que eran los cangaceiros. En un ataque de nacionalismo González pensó que diez guerrilleros del rumbo de

Atoyac, Guerrero, eran suficientes para aniquilar a un ejército de cangaceiros. Así aprendió a odiar durante algún tiempo todo lo que tuviera que ver con lo selvático, natural, amazónico y saludable. Cuando González oyó que el brasileño le decía a la Treis que los movimientos armados eran la única salida política y luego encabalgó su discurso con vergonzosas teorías del Zodíaco y frases como «Las capricornio como tú ven propiciada la realización de sus proyectos por la tenacidad», González enfiló tres tragos y se puso a sufrir la vergüenza y la ira de un amante desdichado.

El venezolano nombró al brasileño su segundo de a bordo. Desde entonces se comieron algas y verduras en esa casa. La cocina parecía una huerta. Las charolas rebosaban lechugas francesas, jitomates bola, acelgas, cebollas, espinacas, zanahorias; en fin, era ciertamente una huerta utópica que los llevaría al equilibrio del cuerpo y la mente, a la sexualidad ágil, a la apacible certeza de la felicidad y la salud. Así aprendió González a odiar las ensaladas. No sabía si su desesperación era producto del suplicio de los celos o del hambre, después de semanas de comer vegetales en platos que parecían pequeños jardines móviles.

La consumación de la desgracia sucedió en dos tiempos. Primero se cumplió en la novela de un brasileño, Jorge Amado, cuyo título le pareció a González un mensaje directo, *Gabriela, clavo y canela*, que Evanivaldo Muliao le prestó a la Treis como si le diera una joya. Así aprendió González a odiar el realismo literario. El segundo sucedió una tarde de lluvia, en la sala de ejercicios. Mientras todos se concentraban y relajaban sus cuerpos cruzados por las barras represivas, González vio cómo el brasileño, que vigilaba la relajación de la Treis, le subía la mano derecha por la nalga izquierda. Una desgracia de la perspectiva si se quiere, pero González, que estaba del lado derecho vio el lado izquierdo del desastre —o al revés, según se viera la triste escena—: Evanivaldo Muliao le toqueteaba primero la nalga izquierda y luego la derecha con la excitación de un brasileño de Minas Gerais. Y Norma, por su parte, tuvo un gesto de placidez: González supo muy bien de qué profundidades venía. Pensó que nunca iba a perdonárselo, pero como suele pasar en esos casos, la perdonó muy pronto una noche de fiesta en la que oyeron juntos *Trocando em miúdos* cantada por Chico Buarque. Intercambiaron sus pequeñas cosas y se despidieron. Pero algo quedó latiendo en esa despedida. Era una esperanza vana, algo no dicho e inservible, pero ambos sabían que donde se encontraran, cuando se encontraran, si se encontraban, volverían a quererse alegremente como la noche en que él le limpió la cara con un Kleenex rosa, como si quisiera sacarle brillo a su cara. Y González supo que el viaje del tren había cumplido una de sus paradas principales.

Los días que siguieron a esa despedida se llenaron de adioses. Pero antes pasó lo que tenía que pasar en esa casa. Gran cantidad de asuntos que estuvieron pendientes salieron a una exacta luz, y cosas de las que nadie se preocupó antes se pusieron al rojo vivo. Fue entonces cuando el sonambulismo de González le reveló un secreto esencial de esa casa. Sucedió así: una noche soñó que corría por un parque llevando a su padre desnudo sobre la espalda cantando canciones viejas, de su época. La acción del sueño lo llevó, como otras veces, a la vida del exterior. González corrió por la casa sintiendo el peso de la espalda bajo una tonada crucial, «Bésame, con un beso de tu boca». Despertó avergonzadísimo en el fondo del corredor al que daban las recámaras de la casa. Supo entonces que, aunque de modo distinto, no era el único que vivía cosas extraordinarias por la noche.

Javier Espitia amaba en secreto a Adriana Salas. Detrás de una de las puertas se oían dos risitas apagadas de felicidad. Esto lo supo porque vio salir a Adriana de uno de los cuartos de puntitas y en calzones, dando saltitos de felicidad como cuando alguien ha consumado un amor de cirquero. A González lo asombraron el descubrimiento y los calzones de la Salas que le parecieron una pieza única de lencería, un detalle que nunca habría imaginado en ella. Pero a mitad del pasillo se enteró de algo más: el esposo de Adriana Salas, Armando Gazque, hacía feliz a Lucrecia Sotomayor; o bien, Lucrecia Sotomayor hacía feliz a Armando Gazque; estos se querían con menos alegría, su pasión tenía algo de dolor. Esto lo supo por los gemiditos como de atropellado que salían por la puerta entreabierta, por los gritos de uno de los dos y fraseos conocidos mundialmente:

—Ay Armanso, más, así.

Cuando González oyó eso un pudor religioso lo hizo alejarse de ahí porque él no se llamaba Armanso, sino Armando, lo cual le pareció significativo, y porque nunca los hubiera imaginado desnudos en la misma cama. Pero se alejó sólo para darse cuenta de esto: el esposo de Lucrecia Sotomayor, Juan Monjaraz, estaba con Eva Lomas. Lo supo porque en un acto que no se perdonaría esa noche, González acercó la oreja a la puerta y oyó:

—Ay Eva, estás como quieres.

—Juanito ven, se me hace que tú no cascabeleas en las subidas.

Fueron las declaraciones más escandalosas de la noche, por lo que tenían de mecánica automotriz y porque revelaban, además, que el esposo de Eva sí cascabeleaba en las subidas.

Supo dos cosas más: en la recámara del fondo Estela Ruiz y Norma Treis compartían al brasileño. González casi corrió despavorido del lugar y pensó: «Pinche brasileño, qué poca madre». Luego oyó voces académicas en otra habitación. Diego Subarán, esposo de Estela Ruiz, le decía al venezolano:

—Deseo fornicar con Norma pero fornicar con ella es un proyecto condenado al fracaso, hay obstáculos, impedimentos, prohibiciones, barreras, cosas que no deben ser.

González pensó que no hay nada peor que la ingenuidad. Faltaba una puerta, la suya; última puerta hacia la noche. Regresó a su cuarto convencido de que ese tren marchaba demasiado rápido, a toda velocidad.

A la mañana siguiente González despertó tarde, se puso un abrigo por pijama —nunca tuvo nada que se pareciera a una pijama— y bajó las escaleras rumbo al desayunador. Los vio comer algas y verduras. Los saludó con una mano en la boca para que no le sintieran el aliento fétido que dan las noches agitadas. Todos parecían muy contentos.

En cierto sentido la fiesta en que se celebró el aniversario de la casa fue la reunión más divertida en la que había estado González. Rompiendo la disciplina se pusieron platonos de cacahuates Mafer, cebollitas cambray y chicharrones Auténticos de Cerdo. Además, el trago y la música abundaban. Todos se sonreían y se daban palmaditas en el hombro como si fueran hermanos recuperados del olvido. Diego Subarán estaba en un momento de su vida en el que apreciaba la lealtad. Se acercaba a los treinta y cinco años y le gustaba pensar que estaba en la frontera de algo maravilloso y definitivo en su vida, pero cada vez era más difícil alimentar esa esperanza, y cuando no bebía le faltaban las fuerzas para seguir. Subarán conocía esa debilidad de su temperamento y supo disimularla mucho tiempo en esa casa hasta el día de la fiesta.

La noche fue dejando anillos de agua en la mesa del centro donde se acomodaban los vasos de ron y vodka. Sin saber cómo, picados por los rencores que aviva el alcohol, empezaron a discutir.

Todos mostraron un astuto conocimiento de los defectos del otro. Fue lamentable que Diego Subarán eligiera esa noche para emborracharse. La séptima vez que vio su vaso sin ron miró también irritado el aire denso del cigarro frente a su nariz y volteó la cabeza varias veces, como un buceador que jala oxígeno, y dijo:

—¿Quieres que diga que lloras después de hacerlo? —se dirigía a su mujer— ¿O ya todos aquí lo saben? —Recibió a cambio un gancho al hígado del que ya no se repuso.

—Mejor diles con quién pasas las noches —dijo la mujer de Subarán y miró al venezolano, que en ese momento comía un puño de cacahuates.

Así supimos que Estela lloraba después de coger y que Subarán estaba enamorado y vivía un amor tórrido con el venezolano.

Agigantado por el ron, Subarán le conectó a Adriana Salas un *jab* de campeón *welter*. El poderoso *jab* rompió el aire; el silencio, el grito de Adriana Salas. En ese momento Armando Gazque se levantó de su asiento y le conectó a Subarán dos ganchos de trayectoria impecable que lo sacudieron. De paso, Gazque se fue sobre Javier Espitia y le dio un cabezazo en la nariz. Espitia se llevó las manos a la cara, de donde manaba abundante sangre, y cayó fulminado. González quiso aprovechar la confusión para hacerle saber algunas de sus opiniones al brasileño, pero Juan Monjaraz ya lo insultaba con un odio que hasta entonces nadie le conocía. Eso fue cuando una izquierda en *upper* venida de un odio ignoto, alcanzó la mandíbula de Gazque y un seco directo al hígado le aflojó las piernas al brasileño.

Durante unos minutos, nadie supo el insulto que le correspondía. Fue una auténtica democratización del impropio y la madriza. A todos les tocó un poco. Nadie había pasado la difícil frontera de los objetos cuando Treis aventó un cenicero que se estrelló en la cabeza del venezolano. Nadie supo por qué razón Juan Monjaraz sacó a relucir su humor en una noche como esa, pero en el momento más álgido de la pelea cantó: «Estaban los tomatitos muy contentitos, cuando llegó el verdugo a hacerlos jugo». González no entendió lo que Monjaraz quería decir con esa tonada, pero sabía que la ira y el miedo producen reacciones impredecibles en los hombres. La última estampa de violencia era la de Adriana Salas, quien por el jardín donde crecieron esperanzas, helechos y piñanonas perseguía a Armando Gazque con un machete que compraron en un viaje a Guerrero en el que también compraron una vajilla de cerámica blanca que le hubiera roto en la cabeza si no se la hubieran regalado a la mamá de ella en sus sesenta y cinco años. Gazque saltaba entre las plantas mientras Adriana Salas blandía el machete y en un ataque de feminismo radical decía que le iba a cortar el motivo de la pelea.

Los ánimos encendidos cedieron a la vergüenza cuando se dieron cuenta de lo que habían hecho. El saldo: labios hinchados, pómulos enrojecidos, alguna ceja abierta, una nariz fracturada y varios orgullos heridos. Por su parte, Gazque salvó lo suyo porque Adriana lloraba en un rincón del jardín y él la consolaba y le pedía perdón porque no sabía que ella también debía pedirselo. Pero él le contó todo y sintió que se quitaba una catedral de encima. Le contó cómo empezó su amor con Lucrecia Sotomayor una tarde de ejercicio, luego le dijo los días y las noches que estuvieron juntos, convencido de que ella lo sabía todo y que esa versión le ayudaría a aliviarse.

Ella lloró y lloró y se le hincharon los ojos como si hubiera boxeado contra Ray Leonard porque lo que quería es que él lo negara y se llevara esa historia a la tumba de la misma forma en que ella se llevaría la suya con Javier Espitia. Pero él no pudo, como ella, guardarse lo que los dos sabían y evidenció una profunda fractura. Se retiraron a su cuarto. Durante la noche ocurrió algo

definitivo. A las cinco de la mañana seguían con los ojos abiertos y ya para entonces se habían acumulado en ellos todos los años que habían vivido; el suplicio de los celos tomó formas físicas y se dieron cuenta de que habían envejecido un poco, que quedaban atrás los años juveniles. Esta misma operación sucedió cinco veces con la misma esencia desesperanzada entre las parejas que viajaban en ese tren. Un silencio funeral dominó la casa, el movimiento de las noches anteriores se volvió rumor de voces añorantes, de perdones en la madrugada.

A la mañana siguiente, desde muy temprano, estaba lista la bolsa con la que González llegó una mañana de abril y tocó a la puerta para oír la voz del venezolano. González bajó las escaleras y se despidió. Tenía treinta y cuatro años y se había despedido de muchas cosas, por voluntad y obligación. Un año atrás descubrió que su padre era un hombre autoritario y se despidió de él. Un poco antes de terminar la universidad se dio cuenta de que no le interesaba un título universitario y se despidió de las aulas. Tuvo una novia que lo quiso y después de cuatro años supo que no la quería y se despidió de ella para siempre. Encontró un empleo bien pagado, pero al cabo de un tiempo se dio cuenta de que sus jefes no eran honestos y se despidió de un buen trabajo. Durante un tiempo, cuando tomó conciencia de que la ciudad era una masa de polución contaminante, se despidió del lugar en el que había nacido. Vivió tres años en un departamento, pero los vecinos terminaron por cansarlo y se despidió de ellos cambiándose de casa. Entonces llegó un día a esa casa y en ella amó a una mujer de la que también se despidió. Salió de la casa una mañana clara de noviembre. Era la última parada y aprovechó para bajarse, después de lo cual se despidió y dejó que el tren a la utopía siguiera sin él.

Rodrigo Ortega Galicia, 1950-1987

El café de las cinco treinta y siete

Era la tarde más feliz en mucho tiempo. Comimos con un gusto comparable al de un cardenal hambriento, bebimos como catadores de concurso francés y hablamos con la sinceridad y la emoción de dos amigos del alma que se cuentan sus cosas. Por más esfuerzos que hice, no recordé otra tarde así en todo el año. En un incontenible ataque de felicidad ella propuso unas vacaciones y describió este paraíso: una playa de arena fina, con pocos turistas, una ensenada de aguas verdes, cristalinas; comida abundante compuesta por camarones y almejas recién pescados y cuando el sol cayera, un encuentro imparable de lujuria tras las rocas y bajo los efectos especiales de lo prohibido —para ella las rocas eran una parte marina y esencial del edén—. Fue tal su poder descriptivo que por unos momentos dichosos sentí que la brisa salía de mar adentro para acariciarme la cara, los hombros gratamente oscurecidos por el sol y hasta me quité un zapato para ver si lo que me molestaba era la arena de aquel viaje feliz.

Pero sucedió algo más insólito: por algún poderoso misterio acepté el viaje como se aceptan las ilusiones, cosa que a ella le llenó de alegría; tanta, que empezó a cantar en la cocina de nuestro departamento mientras preparaba el café —café de grano, por supuesto: tiempo atrás, después de largas negociaciones acordamos que en esa casa no se tomaría Nescafé, sino café caracolillo molido fino—. Mi inopinada docilidad para el viaje y la aventura me hizo ganar felicitaciones por el reto que impuse a mi espíritu sedentario y por el café delicioso que yo preparaba en las mañanas. Devolví el elogio con algo de amor y mentira:

—Tu café también es buenísimo.

Era un decir amable mientras me acercaba por atrás —ella estaba frente al fregadero— para lograr un enganche perfecto y pasar las manos por delante como un pulpo agradecido con la vida. En esos días mis pensamientos impuros eran especialmente detallados y gráficos. Entonces ella volteó y me miró con ojos de «Qué felices somos» y yo devolví una mirada que combinó lujuria y ternura, a la espera de que se cumpliera lo primero de inmediato y sin resistencia alguna. Pero hirvieron otras voluntades junto con el café de las cinco treinta y siete de ese día caluroso de junio.

Me ausenté de la cocina siete minutos, tiempo suficiente para que una ollita de aluminio para tres tazas de café hirviera con el óxido de la rutina. El asunto parecía simple, pero cuando supe que ella había apagado la lumbre se complicó hasta volverse un caso irresoluble; ante las insistentes preguntas ella respondió con una lección de Química Elemental: si el agua hierve demasiado desprende junto con el vapor de agua un penetrante olor a Cloro (Cl), cosa que hace del café un poderoso vomitivo. Entonces era urgente detener ese proceso de evaporación clórica (H_2Cl). «Bueno», pensé, «esto deja resuelto el problema químico, pero persiste el del café sin café».

La miré con ojos de «Prometiste hacer un café riquísimo» y ella, por su parte, me mira con ojos de «Ya me estás cansando». Como se sabe, el lenguaje de los ojos entre las parejas es, muchas veces, bastante más explícito que el de las palabras. Lo primero que los amantes aprenden, según

la ampliamente difundida teoría de las miradas, es la interpretación del enigmático idioma de los ojos. Por lo mismo, las miradas de ternura conmueven a los amantes y hasta es común que los haga llorar; de lascivia, poderoso estimulante que soluciona todos los conflictos; de hartazgo, ruta que los lleva a las más ásperas y dolorosas peleas y a las del Fin, que nadie quiere ver, pero todos han visto alguna vez.

El caso, entonces, es que ella me miró con ojos de «Ya me estás cansando, siempre con tus cosas», y en lo que dura el relámpago yo pasé de la ira al lenguaje de las palabras:

—¿Desde cuándo perdiste la memoria?

Ofrecí las palabras acompañadas de una mirada de «Carajo, no es posible» con la certeza del peso de un argumento irrecusable. Ella supo oír las palabras y leer los ojos y contraatacó con la rapidez de un samurai:

—¿Y tú desde cuándo eres ciego, no ves que estoy ocupada?

A sus palabras las acompañó el peso de una evidencia que no requiere demostración. Remató con esto:

—Además no entiendo por qué la lumbre está amarilla. ¿Te has fijado cómo gastas el gas?

Vino el contragolpe:

—¿Qué te preocupa: el asunto energético, la contaminación o es tu codería?

No pudo soportarlo. Le pareció lo que era, un golpe bajo, por varias razones. Primero porque desde hacía tiempo cualquier síntoma de gripe, o la más insignificante irritación estomacal eran culpa de la contaminación; segundo, porque el tema energético pasó de pronto a formar parte de su vida como si fuera subsecretaria de la Secretaría de Energía y, tercero, porque su madre era de una pichicería histórica que si bien no había heredado, le dolía en el centro del corazón.

Vinieron las lágrimas. Usamos nuestros secretos como si fueran navajas de resorte. Se desprendieron los reproches más inesperados. Pasamos de la cocina al cuarto y del cuarto a la sala persiguiéndonos con el estilete del rencor. Regresé a la cocina en busca del origen y traté de servirme café. El coraje hizo lo suyo, o la torpeza —quizá más esto último porque en ese tiempo yo tenía una enfermedad desconocida que actuaba sobre mis dedos produciendo una debilidad terrible y por ella todo se me resbalaba entre las manos—, y la ollita se me escapó del guante para lo caliente y el café caracolillo molido fino fue a parar, irremediadamente, al suelo. No me quemé, pero acto seguido pateé la ollita, que estaba en el suelo, como si quisiera meter gol en un tiro de castigo con una barrera de seis hombres y un portero imbatible en la cabaña enemiga. Rebotó contra la estufa, dibujó una hipérbola preciosa y luego dio de lleno en mi rodilla. Como última salida abrí el refrigerador, saqué una lata de la cervecería Modelo y la destapé como si le quitara el seguro a una granada de mano. Ella registró el sonido del gas liberado como si tuviera un radar, de hecho lo tenía, y dijo:

—Eso, tómate tu cerveza, que es lo mejor que sabes hacer.

La simple posibilidad de que fuera cierto me dejó sin habla. Me vi de pronto en varios concursos de tomadores de cerveza ganando todos los primeros premios porque eso era lo mejor que yo sabía hacer en la vida. En efecto, había perdido un round por una clara diferencia de puntos, pero como respuesta perdida azoté la puerta del refrigerador. La gravedad es cosa seria. El portazo provocó un gran sismo de por lo menos ocho grados en la escala de Richter sobre la superficie del refrigerador. El resultado terrible y natural fue que la mermelada, el servilletero y la azucarera se colapsaron y se vinieron a tierra. Mientras me limpiaba la mermelada de la punta de los zapatos pensé: «Cuándo terminará este infierno». Así se fueron a la mierda la tarde más

feliz del año, el paraíso de unas vacaciones en una playa de arena fina y el café de las cinco treinta y siete.

Por ese tiempo la persona con quien mejor me entendía en el mundo era mi periodiquero. Un hombre moreno, chaparro, de pelo grasiento y al que le faltaba el dedo pulgar de la mano izquierda. Tenía un aspecto terrible —aunque yo decía no dejarme engañar ya por las apariencias—, pero nuestra relación era un modelo de entendimiento. Me llevaba los periódicos a la casa por un pequeño porcentaje extra y me cobraba a finales de mes. La comprensión era mutua y el cariño recíproco; nuestros diálogos eran tersos, transparentes:

—Necesito dinero, págueme.

—No tengo, ven mañana.

—No puedo, lo necesito hoy.

—Entonces ven mañana.

—Muy bien, entonces mañana.

Cuento esto porque cuando uno sale de la cocina chapoteando en café y mermelada, lo único que le pide al mundo es la confirmación de que hay hombres en peores circunstancias: aquellos cuya trepanación no fue un éxito, sacerdotes enamorados de un acólito, impotentes irreversibles. De modo que hice una tregua con las circunstancias y me fui con mis periódicos a la sala fingiendo una concentración que ni las moscas se atreverían a perturbar.

Incluí un cambio esencial en el plan de retirada: cambié la cerveza por un whisky Johnny Walker Etiqueta Roja con tehuacán y tres hielos. Pero cuando alguien ha perdido la felicidad de un atardecer incomparable, lo único que quiere es servirse otros tres whiskys Etiqueta Roja. Así lo hice, además, con un método casi científico que consistió en hacer el jaibol más equilibrado desde que el señor Walker supo destilar el grano imprescindible. El sabor del trago en la garganta se adueñó del alma herida y puso en su lugar la cicatriz del rencor. Me senté en uno de los sillones de cuadros cafés de la sala del departamento que compartimos tanto tiempo, el cuarto trago puesto al alcance de la mano derecha mientras la izquierda sostenía la sección deportiva del periódico. Esta actitud poco combativa indicaba, a todas luces, una tregua. Entonces ella llegó, voluntariamente, y se sentó en otro de los sillones de cuadros cafés con un libro que llegó al departamento por debilidad crítica y descuido profesional: *La crisis de la edad adulta*, de una psicóloga norteamericana llamada Gail Sheehy que se hizo rica vendiendo no sé cuántos millones de ejemplares con un estúpido estudio sobre los hombres y las mujeres de la difícil década de los treinta a la que ella llamó la Díada Cerrada. Fue una tregua tensa, nadie se movió de sus trincheras, ambos bandos estaban pesimistas en cuanto al futuro, no tenían ninguna esperanza de paz. Entonces se levantó una triste, imprudente bandera blanca:

—Es que ha sido una mala temporada.

—Pésima —respondí dando un sorbo provocador a mi whisky.

—Mira, te voy a decir lo que nos pasa, pero no te burles —dijo, empuñando el libro y poniendo, de paso, una enorme mesa de negociaciones—. Oye esto: *A medida que nos acercamos a los treinta años, nos invade una inquieta vitalidad. Casi todo mundo desea provocar una alteración en su vida. Las restricciones que sentimos al acercamos a los treinta son la secuela de las elecciones de los veinte. Entonces tomamos conciencia de algún aspecto interior que habíamos dejado fuera. Y éste puede sentirse súbita y enfáticamente. Con frecuencia empieza mediante un lento redoble, una sensación persistente de querer ser algo más.* Bueno, ahora oye esto otro: *Durante este paso, que habitualmente se extiende entre los veintiocho y los treinta años,*

deben alterarse o profundizar los compromisos. Esto implica grandes cambios, confusión y, generalmente, crisis. Pero espérate —dijo, como si hubiera descubierto los frescos de Pompeya—. Ahora oye esto: Así comienza una valiente —aunque a veces torpe— lucha con los dones y las cargas de nuestra herencia. En los últimos cincuenta años, los americanos han sido más proclives a disolver sus matrimonios cuando él tiene treinta y ella veintiocho —. Terminó de leer jadeando — ¿Qué te parece?

—Pura mierda. Psicología barata para gringos con retraso mental y sobrepeso de tanto comer chocolates y ver televisión. Eso me parece, pura basura. Ni tenemos una inquieta vitalidad, ni comienza ninguna valiente lucha, ni queremos profundizar compromisos. Aunque tengamos yo treinta y tu veintinueve, eso apesta a supermercado. Lo único que te falta es leer a Lee Iacocca y hacer cursillos sobre superación y autoayuda.

Era posible que se me hubiera pasado la mano, pero el que pierde un round los pierde todos, a menos que golpee bajo el cinturón y ponga la cabeza en la ceja del contrario. Aun así recibí un golpe letal:

—Lo único que me falta es comprar un manual para entrenar perros.

Hubo lágrimas por segunda vez en la tarde. Fue así como me alejé de las teorías de Gail Sheehy, sin sospechar el significado que tendrían en nuestra vida.

El silencio se adueñó del departamento volviéndolo un submarino que se hundía sin ninguna esperanza; entre más profundidad incontrolable alcanzaba, más presión ejercían las aguas de los fondos marinos. Los ruidos eran sordos, secos, prolongados. Cuando la presión fue demasiada empezaron a saltar los empaques, los tornillos de las compuertas, eso fue cuando la compresión interior cedió toda su fuerza. Todo estaba perdido. Quise recuperar algo de lo que la tarde y la torpeza cotidiana me habían quitado en la recámara-estudio que los dos habíamos arreglado meses atrás como si fuéramos a vivir juntos toda la vida.

Todo fue inútil. La postal de Flaubert que un amigo me envió de Europa resultó inservible; Don Gustave no pudo hacer nada, *La educación sentimental* y *Madame Bovary* no encerraban ninguna lección que no se hubiera aprendido esa tarde, durante el café de las cinco treinta y siete. Los edificios de libros que crecieron en mi escritorio tampoco; eran frágiles, al primer empujoncito se derrumbaron como retrato fiel de la tarde en la que nos fallaron las palabras, como dice la canción. Primero, se desgajaron los pisos más altos, hechos con los materiales de Italo Calvino; luego, dos gruesos tomos de Salvador Novo se vinieron a tierra, después acompañó la caída *El mago de Lublín* de Isaac Bashevis Singer y, abajo, quedó como cimiento desolado una *Antología de Poesía Norteamericana* que un amigo confeccionó años atrás y que en su momento yo no supe aprovechar como tantas cosas en mi vida. También fue inútil, como para salvar algo del naufragio de la tarde, el folder con un mazo de cuartillas escritas durante tres años y que contenían una investigación de la literatura mexicana que nunca se publicaría. La cosa era muy seria: si yo no podía ser feliz en ese cuarto lleno de amores y entusiasmos literarios, no sería dichoso en ninguna parte del mundo.

Quise releer algo que quedó al descubierto después del derrumbe de aquel edificio construido con la certeza de que sería excepcional. Recordé el texto de Delmore Schwartz, «Las Responsabilidades Empiezan en los Sueños» y, más precisamente, un párrafo: «Mi padre le cuenta a mi madre cuánto dinero ha hecho en la semana anterior, exagerando una cantidad que no necesitaba exagerarse. Pero mi padre siempre ha sentido que, de algún modo, las exactitudes

minimizan. De pronto empiezo a llorar». No hubo, desde luego, nada casual en ese hallazgo, como no hay nada casual entre la flecha y el blanco. El motivo de esa inopinada búsqueda era, entonces, más que simple: cuando uno cumple treinta años empieza a hervir en el fondo el asombro de parecerse a su padre, o no parecerse, que es lo mismo. Por eso en esos años vienen los hijos y las ambiciones, por eso se siente que un capítulo de la vida se agota, rumbo al encuentro del padre que se tuvo, o no se tuvo.

El café de las cinco treinta y siete llevaba esa historia debajo de la desesperanza que son los gritos cotidianos, como los ríos subterráneos caudalosos y ensordecedores. Pero el estuario de esa emoción desahogada se acompañó, como las desgracias, de la certidumbre de que todo se quiebra: los amores y los amigos, el trabajo y los días que lo hacen posible, las noches y las presencias que las pueblan. Entonces, contra la versión más bien vulgar de que uno no debe repetir al padre («Acuérdate», decía un amigo, «de Pedro Páramo»), durante esos días reveladores yo elegí repetirlo; ser como él, pero mejor y con la simple pero profunda intención de regalarle esa flor en su vejez.

Sus manos, me dicen, son las mías. Después de algunos tragos hablo con sus palabras. Lo vi salir en los años cuarenta y caminar una calle del centro de la ciudad (¿Gante? ¿Cinco de Mayo?). Llevaba un abrigo de corte espléndido, un traje cortado con una tela de perdiz. Había algo de fortaleza y vulnerabilidad al mismo tiempo. Una mañana me desperté buscando algo de su talento emprendedor, de su fuerza para soportar las caídas y recuperarse prodigiosamente. Un mal cálculo, un azar, algo impredecible hicieron que sus proyectos no se cumplieran como él hubiera querido. Durante esa temporada creí tener la fórmula de tal cumplimiento: en efecto, el secreto estaba en el carácter. Schwartz tenía razón: hay cosas que no requieren exageración, la exactitud no minimiza. Ése fue el cálculo que quise corregir.

Por supuesto, nunca lo logré. La razón es simple, nadie está obligado a repetir nada, nadie tiene derecho al perdón de la repetición, a la condolencia de una copia digna y triste. Pero el rumbo de ese vuelo era correcto porque entonces había dejado de ocultarme un secreto, un amor y un odio desahogados. Del café de las cinco treinta y siete se desprendió ese sobrante, esa estalactita que algún geólogo familiar estudiaría algún día con más amor y atención.

Después del episodio del café de las cinco treinta y siete, ella volvió al lugar de los hechos y me dijo:

—Oye, ¿por qué no inventas otro personaje, un tercero que contrapuntee nuestras peleas y agregue algo de tensión narrativa a este pequeño relato de vida cotidiana? Siempre aburre un poco oír las mismas cosas, hace falta algo más, ¿no crees?

—¿Te gustaría un amigo mutuo que llegara sorpresivamente del extranjero con una maleta en la mano y una expresión de soledad conmovedora? Podría, además, intercalar viñetas de la adolescencia de los tres. Luego, a modo de suspenso y clímax narrativo podría ser que él y ella hayan sido novios en su pasado universitario. Todo esto antes de que él saque de una de las bolsas de su raído abrigo europeo un paquete de hashish y se pongan un pasón extraordinario y vean una fauna increíble entre risas delirantes.

—Muy común —dijo, mientras se quitaba los lentes y chupaba la patita izquierda—. La vida está llena de amigos de la infancia que llegan del extranjero con una maleta, postales y anécdotas de París. Cuántas veces hemos oído la historia del amigo que viene de París y de la mansarda donde vivió y tuvo una mujer excepcional, bellísima, inteligente. Ya no, para paseitos por *le Jardin de Tuilleries* y hashish y evocaciones del Sena, mejor nada. No. Además piensa esto: este

relato está escrito en primera persona, entonces todo lo que suceda aquí, se lo van a atribuir al narrador —así lo va a leer la gente, ni modo—, lo cual me parece injusto, para variar, con nosotros. Mejor algo que no hayas usado desde hace tiempo.

—Es que lo que no se usa acaba por echarse a perder.

—Eso no sólo pasa con los relatos —me dijo con una mirada seductora y con el apoyo de una grúa imaginaria que le cruzó la pierna y puso al aire el muslo que en otros tiempos. Congelé la imagen mentalmente porque, a veces, la realidad aspira a ser una fotografía.

Eso fue cuando entró el presidente de la República. La sincronía fue impresionante, por un momento pensamos que había oído lo que ella me dijo mordiéndose el labio inferior:

—¿Y, por qué no nos usamos esta noche?

Si lo oyó nunca lo sabremos. Lo cual habla bien de su discreción.

Lo vimos entrar a nuestro pequeño departamento flanqueado por varios agentes de seguridad. Vestía un impecable traje café, una camisa blanca que azuleaba de limpia y una corbata clara de seda italiana que, es posible, le habían regalado en Navidad.

Caminó con la tranquilidad y el aplomo de un presidente. Los hombres de la seguridad poblaron el edificio y los vecinos asomaron sus cabecitas azoradas por las puertas preguntando «¿Qué pasa?». Nos saludó de lejos, como saluda el presidente a los ciudadanos cuando llega al aeropuerto Benito Juárez de la ciudad de México. En medio de nuestro estupor lo invitamos a sentarse en la sala. Por supuesto, no podía ofrecerle café.

—Quiere un trago, señor presidente —le dije de pie, esperando su respuesta.

—No bebo. Beber no es lo más recomendable. Cuide su hígado, conozco casos terribles de vidas destruidas por el alcohol.

El asunto del alcohol había sido un difícil punto de equilibrio en nuestras desequilibradas relaciones, por lo que el comentario del presidente la fortaleció muchísimo. El presidente se volvió de pronto un árbitro supremo. Lo oímos como se oye a un padre enérgico y generoso. Habló con una claridad asombrosa de los problemas nacionales y tendió un puente extraordinario al hablar de los hilos invisibles —así dijo— que determinan los más insignificantes actos diarios. Según esto, nosotros éramos unos damnificados de la inflación, los precios del petróleo, la caída de la bolsa y la fuga de capitales. Así, esa tarde no habíamos tenido una simple pelea, en realidad discutimos la difícil economía nacional.

No podíamos creerlo, el presidente de la República en nuestro pequeño y modesto departamento. Para parecer interesante le hice dos preguntas sobre la inflación y los modos de dominarla, me referí al asunto como si hablara de un monstruo ingobernable y me sentí casi satisfecho cuando descubrí un gesto de aprobación en su cara. El presidente de la República contestó con una claridad aplastante; pero algo más, en su explicación hubo apasionamiento y frialdad, corazón y talento. Además, y ella no me dejará mentir, percibí en sus manos un ademán de tristeza patriótica. La miré un momento con ojos de «Oye, este tipo es estupendo».

Más tarde, para cerrar su breve visita, nos dijo:

—Esta tarde, queridos compatriotas, su conducta ha sido un desprendimiento natural y doloroso de esos grandes problemas.

—Su conocimiento de la psicología profunda es perturbador, señor.

No contestó. Se puso de pie y se dirigió a la puerta. Se despidió de mano de nosotros y dijo con voz perentoria:

—Hay que limpiar esa cocina.

—Sí, señor presidente.

Después de la inesperada visita, una noche de certezas pesadas como el plomo, tomé un libro y le leí algo que resbalaba entre la música y la poesía. Eran Lionel Hampton y Louis Armstrong en una versión de *Pretty Mama* arreglada por Julio Cortázar:

Esto se viene abajo, *pretty mama*
sálvalo del olvido, no permitas
que se llueva la casa, que se borre
la *trattoria* de Giovanni,
corre por mí por ti, sálvalo ahora,
te estás yendo y los pájaros se mueren,
sálvalo, *pretty mama*
save it all for me
save it all for you
save it all for us
aunque no salves nada, sálvalo mamita.

Pero nada pudo salvarnos, como lo demostró el asunto del foco. Fue una belleza y se desprendió, de forma natural, del caso del café de las cinco treinta y siete. Algo parecido al amor desesperado montó esa celada.

A ella le pareció fácil pedirme por doceava vez que cambiara el foco de la cocina que se había fundido como prelude terrible del café de las cinco treinta y siete. Preparar los tragos y las tortas a oscuras tenía su chiste. Desarrollamos un talento de ciegos que a mí me gustaba y a ella la ponía mal. Pero yo estaba feliz y cualquiera que esté feliz puede cambiar un foco fundido por uno nuevo de cien *watts* de potencia garantizada. Empecé mi trabajo de técnico electricista con precisión y entusiasmo: acerqué una silla a la cocina y la coloqué exactamente abajo del arbotante, lo cual fue un error de cálculo porque la silla tenía que estar unos sesenta centímetros corrida hacia la izquierda o la derecha. Luego de reparar el error de cálculo me enfrenté al dragón de la electricidad, pero primero traje un banco y lo monté sobre la silla y luego, como si fuera equilibrista del Circo Chino subí al segundo nivel. Estaba arriba, muy cerca del arbotante que era preciso desatornillar para luego aflojar y desprender el foco fundido y después atornillar el foco nuevo de cien *watts* de potencia garantizada.

El foco estaba listo, el arbotante blanco atornillado con limpieza, el banco desmontado de su soporte provisional y la silla puesta bajo la mesa del comedor: un triunfo de la bondad, el equilibrio y la habilidad manual. Lo primero que vimos cuando encendimos la luz fueron nuestras sonrisas amorosas; competimos para ver quién sostenía más tiempo la sonrisa, pero no pudimos saber quién ganó porque de golpe todo quedó a oscuras.

De ahí en adelante todo fue un polvo triste. Nos enfrascamos en un hermoso alegato de conducción eléctrica, filamentos, control de calidad. La querella podría resumirse del siguiente modo: yo sostenía que el foco General venía mal de fábrica o, peor aún, que había sido mal escogido entre los muchos focos de entre los cuales ella tenía que elegir uno solo. Aún así abrí la posibilidad de una negociación: el azar, la simple mala suerte. Ella sostuvo, en cambio, durante cinco o siete climáticos minutos, que yo lo había golpeado mientras hacía mi trabajo de técnico electricista. El resultado fue muy parecido al que obtuvimos en el asunto del café de las cinco treinta y siete.

Caminamos, como otras veces, hacia la sala. Con simultaneidad prodigiosa pensamos que la vida diaria tiene sus piezas contadas, sus tornillos y resortes cada uno en su lugar, y que el que no los encuentra, el que no los usa por cualquier causa, propia o ajena, voluntaria o forzosa, los pierde para siempre. Pero hubo más en el rito silencioso de esa desesperanza, como por ejemplo esto: los dos pensamos que conocíamos perfectamente la navegación de nuestros sueños, las islas secretas de nuestras vidas, y nos pasó a los dos por la cabeza, con la exactitud de la plomada, encontrar alivio en otros corazones desperdigados; y así algún tiempo, hasta olvidarnos sin dolor.

—Oye —dijo para romper el silencio—, ¿a dónde va esto? Me refiero a este relato, no a nuestra vida. Una cosa sí te digo: el narrador nos va a madrugar de nuevo. Mejor apresuramos el final.

—Vamos.

Entonces ella se acomodó el pelo como si fuera a rodar la escena culminante de una superproducción y porque le daba un toque excesivamente dramático. Dijo:

—¿No hay esperanzas para nosotros?

—No creo —el departamento era un remanso al anochecer.

Fue así como terminó el episodio del café de las cinco treinta y siete. Durante algún tiempo busqué con más vergüenza que discreción el libro de la psicóloga norteamericana Gail Sheehy en las mejores librerías y tiendas de autoservicio, pero por un grave error de comercialización nunca lo reeditaron. En cambio, la producción de Johnny Walker Etiqueta Roja es abundante y, según me dicen, ya se envasa en México.

Para José Joaquín Blanco

Para llorar

El sol empezaba a calentar la mañana en que Javier Espitia se acercó al portón y dio dos aldabonazos urgentes.

—Buenos días, ¿qué se le ofrece? —le dijo el Hombre Gordo que abrió la puerta.

—Vengo a llorar —dijo Espitia con los ojos llenos de lágrimas.

—¿No me diga? ¿Y quiere que yo le crea tamaña mentira? —El Gordo sacó el pecho como si fuera a tomar aire esa mañana tibia de abril en que el tiempo se suavizó fugaz e innecesario.

—De veras, vengo a llorar —repitió Espitia.

—Si se le murió alguien, olvídelo.

—Nadie querido se me murió.

—Si lo dejó su mujer, menos.

—Nunca me ha dejado una mujer.

—Entonces perdió el trabajo, mejor váyase.

—Nunca me han corrido de un empleo.

—Le advierto una cosa: aquí se viene a llorar, a llorar a mares. La pasan muy mal los que fingen. No aceptamos lagrimitas de cocodrilo.

—No lo voy a hacer quedar mal, se lo aseguro.

—Tendríamos que hacerle algunas pruebas —le dijo el Hombre Gordo con la cara de quien está a punto de descubrir a un impostor. Tenía los ojos hinchados y la nariz roja.

Lo hizo pasar por un corredor de arcos coloniales. Al fondo se veía la fuente de un patio central al que desembocaban, por la parte superior, habitaciones de techos altos y puertas de cristales opacos. En los corredores interiores caminaban algunos hombres como caminan los que están tristes, mirándose las puntas de los zapatos. Había mujeres sentadas en las bancas de un jardín lateral donde crecían geranios y los castaños daban una sombra fresca, apacible.

Espitia entró a la oficina de muebles antiguos, rodeada de libreros en madera labrada. Detrás de un escritorio un Hombre Maduro de aspecto limpio y agradable sorbía la sal de sus propias lágrimas. Se limpió la nariz con un Kleenex rosa y le dijo, como si lo conociera de muchos años atrás:

—Muy bien Espitia, ¿y a qué debemos su visita?

—Vengo a llorar —le dijo con los ojos arrasados.

—Sólo voy a hacerle una advertencia, Espitia —le dijo el Hombre Maduro mientras sacaba otro Kleenex—: no vamos a ayudarlo. No le vamos a decir que su papá no lo quería, ni que su madre era una mujer despreciable, ni que usted es un mediocre sin remedio. Nada. Usted va a llorar solito, sin ayuda de nadie. Pero antes dígame, ¿por qué quiere llorar?

—Es que me siento muy mal. La vida no tiene sentido, es un infierno —dijo Espitia convencido de la fuerza de sus argumentos.

—Eso es vulgar teoría, Espitia, por favor. Se llora porque se llora y punto. No confunda. Es posible que lo que usted necesite sea un psicoanálisis; ahí también se llora, y muchísimo; o bien,

tres amigos y tres botellas de ron; o un perro que lo muerda. Pero en fin, adelante. Póngase cómodo en ese sillón. ¿Kleenex o pañuelo de tela?

—Pañuelo, por favor.

El Hombre Gordo le acercó un pañuelo nuevecito, blanquísimo. Espitia se sentó al borde del sillón y puso los codos sobre las rodillas y las manos en la cara, en la posición clásica del llorón. Empezó con gemiditos tímidos como si no quisiera que lo oyeran. Un minuto después, como si toda la tristeza del mundo le hubiera caído en la cabeza, empezó a jadear y a dar gritos ahogados, aullidos inhumanos que fueron tomando la fuerza del sollozo hasta llegar a la pataleta. Se bajó del sillón como si la altura le estorbara para escupir la desesperanza y se sentó en el suelo, en posición fetal. Siguió llorando así, como no lo hacía desde que tenía diez años y descubrió que el padre se moría del páncreas, un páncreas hinchado, inservible, muriéndose de tristeza y rabia por los negocios en quiebra absoluta.

El Hombre Maduro lo rescató de la tristeza:

—No está mal, no está mal. Pero no quiera impresionarnos. Hemos tratado con llorones excepcionales, hombres y mujeres que lloran con maestría, gente que se ha pasado años en un hoyo melancólico perfeccionando el difícil arte de llorar. Hemos estado muy cerca de personas que lloran por cualquier cosa, verdaderas magdalenas al pie de la cruz.

Espitia se sonaba con el pañuelo y se limpiaba los ojos visiblemente hinchados. Aún se movía como si fuera en tren rumbo a Morelia y los durmientes lo hicieran saltar del asiento con un movimiento rítmico, preciso e imparable. El Hombre Maduro se enjugó las lágrimas y dijo:

—Necesitamos algunos datos para llenar su ficha de aspirante y abrir un expediente. ¿Con qué frecuencia llora usted?

—Muy seguido —Espitia se sorbía los mocos.

—Por favor Espitia, responda.

—Por lo menos tres veces a la semana.

—Y con ese récord de bateador de los Tomateros de Culiacán quiere usted quedarse entre nosotros. ¡Ay Espitia!, creo que se ha equivocado. Los menos sobresalientes lloran una cuota diaria. ¿Desde cuándo llora?

—Bueno, de chico lloraba bastante, por los rincones de la casa.

Antes de que siguiera, el Hombre Gordo y Llorón le acercó la caja de Kleenex. Mientras, el Hombre Maduro le preguntó su edad.

—Treinta y tres años —respondió Espitia.

—Ahí sí lleva usted ventaja, se lo confieso. Los treinta son el espacio predilecto de las lágrimas, caldo de cultivo inmejorable. Es un asunto biológico: acaba usted de entrar a la madurez y viene de dejar la juventud. Durante esos años se llora muchísimo y con una vehemencia admirable. A los que entran al reino de los treinta años todo los hace llorar, cualquier nadería. Treintones y treintonas sienten que tienen todo por delante, que están en el mejor momento de su vida y, como se sabe, eso es para llorar. En cambio a los cuarenta las lágrimas pierden su voluntad, aunque ganan cierta sabiduría lacrimosa. Pero aun así, los cuarentones son lloroncitos de ocasión y, lo que es peor, utilizan siempre amigos, alcohol, analistas. Luego olvidan demasiado pronto el motivo de sus lágrimas y acaban invariablemente diciendo que van en el tren de la vejez y que no han hecho nada en la vida. Por otra parte, a los veinte se llora sin saber, son llorones ciegos, por decir así. Además cuando lloran se abrazan, imagínese. Es un espectáculo bochornoso ver a los veinteañeros abrazaditos, mojándose los hombros y los pechos lacerados por dolores

juveniles. Los de cincuenta, por su parte, cuando lloran sufren muchísimo, y es que saben que son náufragos del tiempo: no son jóvenes ni viejos y entonces lloran por las tardes; es natural, porque viven un estado anterior al de los viejos, que lloran de noche y a oscuras. Los viejos han aprendido que las lágrimas son la única verdad que hay en nosotros, por eso lloran en las noches por sus hijos y sus nietos, por el marido muerto o la esposa desaparecida. Ahora: a cualquier edad hay llorones tímidos y descarados; los hay, también, contenidos y explosivos, que no son la misma cosa que los anteriores; los últimos son peligrosos porque acostumbran romper cosas cuando sollozan. También sabemos que en caso de nacimiento, muerte o separación, siempre hay lágrimas. Me gustaría saber qué clase de llorón es usted. Vuelva a llorar, por favor.

Javier Espitia se quedó desconcertado, ya había llorado como no lo hacía desde que tenía diez años. No podía repetir el acto con la misma intensidad. El Hombre Gordo y Llorón le acercó una caja nueva de Kleenex, pero él eligió el pañuelo arrugado y húmedo que tenía en las manos. El Hombre Maduro de aspecto limpio y agradable tuvo un gesto generoso:

—Vamos Espitia, llore, llore tranquilo, sin pena.

Javier Espitia se tiró a la alfombra color camello y empezó a golpear el piso con los puños y se puso a llorar porque la vida era una mierda. Siguió llorando, con verdadero desconsuelo, porque nadie lo entendía en el mundo, porque se sentía el hombre más solo del planeta, porque trabajaba como un burro de carga y no tenía suficiente dinero, por tanto delirio de esperanzas incumplidas, por tanta ilusión desvanecida, por tantos sueños despilfarrados. Lloró de amor y de rabia, lloró de treinta y tres años y soledad.

—Lo dicho —dijo el Hombre Maduro de Aspecto Agradable dirigiéndose al Hombre Gordo—. Un caso de Llorón Desvergonzado que lloriquea sin ninguna pena, si se puede decir. No está mal. Bien, Espitia, mañana será su presentación en público. El señor lo llevará a su cuarto. Puede usted entrar y salir si se le da la gana, esto no es una cárcel ni un centro de readaptación para nadie.

—¿Me puedo llevar algún libro? —preguntó Espitia, aún sin reponerse del quebranto, mientras de lejos revisaba los libreros.

—Usted qué dijo: me llevo unos libritos de trama desconsoladora, me pongo tristísimo y mañana lloro como si se hubiera muerto mi madre. ¿Con quién cree usted que está tratando? Usted pensó: me llevo *Madame Bovary*, leo el capítulo del suicidio, recuerdo además los días en que leía a Flaubert, cuando era un joven lleno de amores y entusiasmos y listo. O bien: busco en los estantes algo de Onetti, me leo «Bienvenido Bob» o «Tan triste como ella» y con la simple atmósfera de los años en que usted creía que la vida era eso, leer y escribir como Onetti, le da tal depresión que mañana nos da una llorada histórica. Pues no, Espitia: usted se va solito a su cuarto, sin libros, ni música, sin un solo poema. ¿O qué? ¿Quiere que le demos «Algo sobre la Muerte del Mayor Sabines» para pasar la noche? ¿Nos cree tontos?

De regreso al pasillo de los arcos coloniales por donde entró, Javier Espitia vio venir a una mujer joven, de unos treinta y seis años que lloraba con una tristeza infinita. Sin decir nada lo abrazó como si fuera su hermana. Lloraron juntos durante unos minutos con un dolor profundo, inexplicable. Más adelante, al subir las escaleras que llevaban a los cuartos, un hombre lo saludó de lejos mientras se secaba unos lagrimones de melodrama.

El cuarto era lo más parecido a una habitación de hotel colonial, perfecto para el descanso y la felicidad: muebles de la época, cama ancha, secreter para escribir cartas, luz indirecta, cortinas gruesas de pliegues simétricos, baño con tina, televisión y radio empotrado en la pared.

Espitia se tiró a la cama vestido. Apagó la luz. Antes de dormirse recordó los días en que su madre lo llevaba a la escuela y cocinaba tortillas fritas en aceite hasta hacer tostadas cuando no había dinero en la casa. Como una prolongación de esa rama de la memoria atrajo a la oscuridad del cuarto la tarde precisa en que su padre lo llevó a Chapultepec con la ilusión perfecta de una pelota de fútbol y le enseñó la magia del chanfle. Fue el mismo día en que estuvo seguro de que su papá era un gigante sabio, invencible, feliz y se sintió orgulloso de tener ése y no otro padre. No supo cómo llegó al puerto donde lo vio afligido otra vez por los malos negocios; una mañana llegaron los acreedores para llevarse la sala y el comedor y los floreros ante la mirada impávida y orgullosa de su mamá que los cuidaba con una fortaleza excepcional.

Espitia no pudo detener la máquina: vio a su hermano mayor irse a Europa con una maleta llena de ilusiones y libros y sueños de triunfo; vio a sus hermanas en una esquina, muertas de miedo, besando a un novio salido de alguna improbable certeza de los años sesenta; vio a las mujeres que quiso, a las que lo olvidaron, a las que abandonó.

Había llorado toda la noche, hasta que se oyeron afuera los primeros pasos y se hizo una luz entre los pliegues de las cortinas. Entonces se levantó de la cama, se puso los mocasines, se arregló el pelo, se arregló todo lo que tenía que arreglarse para salir del cuarto. Entró al baño, abrió la llave del agua fría como quien abre la puerta de una esperanza. Sintió el agua fría en la cara y se dijo frente al espejo:

—Estoy listo.

Regreso a La Burbuja

Primero un poco de historia. Estuvimos en el Hotel Hacienda tres veces. La primera cuando mi mujer y yo no cumplíamos los treinta ni entrábamos en la segunda parte de nuestras vidas. En otra ocasión cuando vivíamos de lleno la aventura doméstica, acompañados por dos niños, una de diez y uno de ocho, nuestros hijos. La tercera, cuando pasábamos la frontera ardiente de los cincuenta años y llevábamos con nosotros el equipaje tranquilo de las uniones sedentarias. Para ser fácticamente verídico, debo decir que al Hotel Hacienda nos llevaron el amor, el olvido y una cuenta pendiente, uno de esos ritos antiguos que se cumplen sin saber, como los plazos que desgajan a la vida. Éste es el breve relato de la tercera visita.

Quizás el lector esté enterado. Una rara duplicidad del tiempo y el espacio convirtió al Hotel Hacienda en la sede de La Burbuja, un lugar donde se detuvo el tiempo de la misma forma en que se congelan en la memoria sucesos inolvidables. Nosotros, mi mujer y yo, decidimos permanecer ahí, establecidos en nuestros invencibles veintidós y veinticuatro años. Los otros, es decir ella y yo, salimos del hotel y de La Burbuja e hicimos una vida juntos.

Veinte años después del primer viaje nos encontramos a nosotros mismos. En un bar del hotel, rodeados de árboles de mango, mientras bebíamos ron y whiskys, nos recordamos el futuro y les presentamos a los jóvenes que fuimos, a los hijos que tendrían en algunos años. Al cabo de cinco días de calores tropicales y de reposo, nos dijimos adiós y regresamos al mundo del tiempo fugitivo. Once o quizá doce años más tarde decidimos volver a La Burbuja. Vista de lejos, nuestra vida podía verse como una montaña de compromisos, de trabajos pendientes, un enorme territorio de responsabilidades en la capital de nuestra edad. En eso estábamos cuando volvimos al Hotel Hacienda.

La residencia de La Burbuja fue en el pasado remoto una hacienda colonial mexicana. Los constructores respetaron el casco y levantaron habitaciones alrededor de su eje arquitectónico entre árboles centenarios. El día que regresamos, el ocaso nos sorprendió en la carretera. Habíamos decidido dejar a los hijos, una joven de veintiún años y un muchacho de diecinueve, en la Ciudad de México. El coche avanzó por un camino oscuro de la hacienda mientras una noche sin ruido transcurría entre árboles de colorines. A lo lejos se oía la caída de agua proveniente del acueducto original conservado desde los tiempos de la Colonia, la fuente de la entrada al hotel.

Los bungalos eran pequeños apartamentos con una sala de estar separada de la habitación, un comedor y una terraza con una pequeña alberca particular. Depositamos las valijas en la cama y tomamos posesión del cuarto. Laura dijo:

—A lo que vinimos.

Nos descubrimos más tarde. En el mismo bar en el que estuvimos años atrás, frente a la alberca central del hotel, cerca del césped recortado con una obsesión jardinera que convirtió el pasto en una alfombra artificial. En el fondo del bar, mi mujer y yo nos besábamos con treinta y

cinco años menos. Los espiamos mientras cenábamos una ensalada compartida en el centro de la mesa y reducíamos poco a poco una botella de vino. Ellos, en cambio, habían ordenado un plato mexicano de grasas múltiples, cubas para mí y cervezas para ella. Observé a Laura en su otra edad: las piernas largas, el pelo ondulado hasta los hombros cubierto por un sombrero de pajas tejidas y un perfil que atravesó indemne los tiempos ostentando abandono y disidencia. Pude verme en el acto imposible de besar a Laura en sincronía con una mano que trepaba por su cintura hasta la indiscreción de un pecho acariciado y la devolución de una sonrisa de complicidad. Una vaga congaja me trajo mi propia figura esbelta, el pelo largo que impuso su moda hacia finales de los años setenta, la camisa abierta y el pantalón de mezclilla deslavada, la pulsera de cuero en la muñeca.

—¿Qué te parezco en mi juventud? —pregunté, mientras servía más vino en las copas.

—A mí los hombres siempre me han gustado más jóvenes que yo —bromeó la actualidad de Laura, envuelta en un vestido de lino crudo y desapareciendo una mano en el pelo que al ordenarlo hacia atrás despejó en su frente dos líneas horizontales, dos emblemas del tiempo.

—Vamos —dijo al mismo tiempo en que se ponía en pie y atravesaba la penumbra del bar.

—¿Ustedes otra vez? —preguntó Laura con una voz un tercio de siglo más joven.

—Nosotros de nuevo —se contestó a sí misma mientras se sentaba entre ambos, a la mitad de nuestra juventud desaparecida y recobrada una noche calurosa de mayo del fin de milenio en el mundo.

Me uní a ellos unos minutos más tarde y ordené otra botella de vino. Mis mujeres intercambiaban dudas y curiosidades. Laura le mostraba a Laura las fotografías de los hijos que aún no tenían.

Encendí un puro.

—Varios kilos de más, canas, un puro, vino tinto. Hice bien en quedarme en La Burbuja —me dije a mí mismo con el pésimo sentido del humor que arrastro como las cadenas de los fantasmas desde los veinticuatro años.

—No es fácil vivir en el futuro —respondí—. Y ustedes, ¿aún no se aburren? —pregunté.

—Para nada —contestó Laura quitándose el sombrero—. Vivir al día tiene sus ventajas. Te quedan bien las canas.

Aunque los años me habían enseñado que basta ceder un momento a la vanidad para recibir castigo, le respondí:

—Siempre me las pongo cuando voy a encontrarme con mi mujer a los veintidós años —hablé como un simulador consumado.

Acabamos con otra botella de vino en tres rondas ansiosas mientras hablábamos de La Burbuja, del tiempo detenido, para ellos, y del vendaval de los días para nosotros. Ellos pidieron otro plato mexicano que liquidé en cuatro ataques feroces: primero los tacos dorados, luego el chicharrón prensado, más tarde las quesadillas y, al final, una tanda sobreviviente de escamoles bañados en salsa roja. No les dimos noticias del futuro. Le ocultamos a Laura, por ejemplo, la muerte de su padre. Habría sido un abuso traerles muestras del porvenir: Mick Jagger con la cara cruzada por las arrugas, Robert Plant victimado por el sobrepeso y la calvicie, Billy Joel encanecido y gordo. Laura y yo habíamos aprendido que el presente, más que acumulación de actualidad, no era otra cosa que la suma de todas las omisiones del futuro.

—¿Qué fue de tu vida? —preguntó el hombre joven que fui en los años setenta.

—Empleos mal pagados, dos hijos, amigos perdidos, un perro, dietas —dramaticé; ya se sabe, las cadenas de los fantasmas de mi pésimo humor.

—Si yo fuera tú empezaría otra dieta. ¿Mucho sexo? —pregunté desde mi otra edad.

—Muchos libros que no podrás leer nunca —contraataqué—. ¿Sigues fumando esa cosa?

—Apenas fumo —me respondí desde otro tiempo.

Yo, el joven, extraje un cigarrillo de una cajetilla de Del Prado, un nombre que había perdido en algún cajón de la memoria. No le dije que con el tiempo fumaría tres paquetes de cigarrillos al día. Abandonar la nicotina sería un suplicio que me esperaba en el porvenir.

Atraídas por los efectos del tinto, Laura y Laura repasaban intimidades de la trama de nuestra historia. Se reían. Una de ellas, contenida en unos vaqueros de mezclilla y una playera entallada que resaltaba los pechos sobre el vientre plano, sin un solo exceso, alargó un brazo hacia la cara de la otra Laura. Una mano penetró en el pelo corto de la otra, vestida de lino crudo y sandalias de tacón alto. Removió las ondas castañas, las desordenó, bajó la mano por el cuello, una caricia embozada de confianza, y le dijo:

—¿Cuándo me corté el pelo?

—Exactamente cuando te convertiste en una señora —le confió Laura con una ironía muy cercana al oído y apoyando la palma de la mano en uno de los muslos de Laura.

Una botella de vino más tarde caminábamos por los corredores oscuros de la hacienda, entre muros vegetales y muros empedernidos. Avanzábamos entre la agradable neblina de los efectos del vino. Al fondo oíamos el agua en cascada del acueducto colonial.

—¿Cuántas veces me has engañado en el futuro? —preguntó Laura mientras pasaba un brazo por mi cintura.

Le pasé el brazo por el hombro y caminamos en dos tiempos.

—Si empiezan las demandas, quiero a mis abogados del futuro —de nuevo el escándalo de las cadenas.

Cada quien recuerda de un modo diferente y olvida de distinta forma, ésta es una de las cosas que nos impiden ser iguales, idénticos a los otros e incluso a nosotros mismos. Yo había perdido en la memoria la cintura de Laura joven. Ésa fue la esencia poderosa que me obligó a estrecharla y a sentir uno de sus pechos en el costado. No mentiría si dijera que ella lo supo y se acercó un poco más; al fin y al cabo nos conocíamos de memoria.

La otra Laura y el joven que perdí en el tiempo caminaban delante de nosotros. A partir de ese momento los acontecimientos se precipitaron. No recuerdo quién propuso que tomáramos una copa más en la habitación de los jóvenes. Cuando entramos al cuarto vimos un desarreglo minucioso de toallas y trajes de baño, playeras, bronceadores y otros artefactos del paraíso: en mi juventud el desorden era una de mis pasiones. Laura dijo:

—El tiempo nos ha mejorado.

Despeñé varios hielos en cuatro vasos y puse ron en ellos. No importa cuál de los dos lo hizo, lo importante ocurrió después. Laura emergió de la habitación en un bikini rojo, incandescente. Pasó frente a nosotros y se sumergió en la alberca de la terraza. Vi su cuerpo intacto, la línea espigada de su figura, los pechos erguidos, las piernas largas que entraban en el agua. Laura se llamó a sí misma.

—Ven.

—No traigo traje —contestó Laura.

—Ponte uno mío —sugirió Laura.

—¿Tú crees que entre en él?

—Entonces sin traje.

Laura le dio un sorbo al ron, volteó a verme y bromeó:

—¿No es un poco loco seducirnos a nosotros mismos?

Engrandecida por el alcohol, en un homenaje a su juventud, Laura se desabrochó el vestido de lino, se quitó las sandalias, soltó el elástico de su brasier y deslizó el calzón por las piernas hasta el piso. Avanzó sobre las puntas de los pies hasta la alberca.

—A lo que vinimos —afirmó mientras atravesaba la estancia del cuarto rumbo a la terraza.

—Te has mantenido en forma —la elogió el joven que olvidé al doblar el cabo de mi madurez—. No te pondrás celoso de ti mismo —me dije a través del tiempo; las cadenas sonaron de nuevo.

No me recordaba tan delgado ni tan impertinente: más bien me evocaba tímido y silencioso. Sin darnos cuenta, yo preparaba sobre la mesa del comedor un cigarro de marihuana. Nos acercamos al borde de la alberca y les dimos a fumar en la boca a las dos Lauras.

La noche siguió su camino y nosotros en el fondo de ella. Fuera del agua, envueltas en dos toallas idénticas, Laura y Laura encendían otro cigarro y entraban en una dimensión aún más rara que la de La Burbuja. Tampoco recordaba que hubiéramos sido lectores del poeta español Luis Cernuda, pero debió ser así pues en la mesa estaba un volumen de su poesía. Años atrás, Laura y yo jugábamos un juego de letras. Abríamos el libro y las primeras frases que leíamos eran tomadas como una respuesta a alguna pregunta que nos hacíamos, un *I Ching* doméstico y extravagante. Abrí la poesía de Cernuda y leí en voz alta:

No decía palabras,
acercaba tan solo un cuerpo interrogante,
porque ignoraba que el deseo es una pregunta
cuya respuesta no existe,
una hoja cuya rama no existe,
un mundo cuyo cielo no existe.

La seducción exige el triunfo del deseo. Laura siempre dominó el arte de sus gustos; por lo mismo, mi juventud estuvo dentro de ella en un émbolo de humedades profundas. Yo, en cambio, nunca estuve convencido de mis gustos, pero Laura me rescató de la duda: estaba de rodillas, frente a mí, ejecutando una maniobra impecable en su ritmo y su concentración. Sé que no era el momento para pensarlo, pero decidí que había sido un joven atrabancado en el amor. Laura conocía sus deseos como la palma de su mano y los ejercía con una fuerza irrefutable; por esto, en algún momento estaba encima de sí misma en un escándalo de espejos.

Más tarde, durante el reposo, me dio por buscar en la memoria al autor de una máxima, ésa según la cual las cadenas del matrimonio son tan pesadas que se necesitan más de dos para cargarlas. No pude recordarlo, se lo iba a preguntar al joven delgado que descansaba junto a mí cuando Laura interrumpió:

—A lo que vinimos.

Abismos

Venimos de la tierra de los muertos

—La vida después de la muerte. Si lo dudas, ven a la casa de Tlalpan —en las palabras de Andrea Cisneros resonaba la fuerza destructiva de la fe.

No creo en la posibilidad de una segunda existencia más allá de este mundo, pero la frase me perturbó como si fuera un hecho comprobado en un laboratorio de fantasmas. La fe ciega quebranta al más plantado filósofo racionalista. Durante años, Andrea fue una coleccionista insaciable de vidas imposibles, buscadora arrebatada de mundos impracticables. Le entregó su juventud a las agitaciones de la izquierda y a sus ritos de paso. Defendió a capa y espada a la Revolución cubana y amó a un hombre de Pinar del Río que la abandonó; ejerció el proselitismo de la guerrilla latinoamericana y tuvo un novio nicaragüense, activista de la Revolución Sandinista; en solidaridad con los presos políticos, realizó secretas misiones sexuales con un montonero argentino; cuando los fulgores del año de 1968 eran brasas de aquel fuego mítico, aceptó ser la amante de un santón del movimiento estudiantil. Con reservas no del todo explícitas, simpatizó con la sublevación guerrillera del Ejército Zapatista de Liberación Nacional y con el éxito insólito del subcomandante Marcos. Que yo sepa, no ha tenido un amante indígena: a Andrea le gustan los hombres urbanos, blancos, barbados, iluminados por la luz del heroísmo.

Cuando el crédito se agotó en el banco de las ideologías, Cisneros emigró al psicodrama, a la macrobiótica, a las experiencias místicas, a las creencias esotéricas. Esa cruzada por la fe construyó un gran obelisco en el centro de su vida. El alba del siglo XXI la sorprendió en la búsqueda de seres de otros tiempos perdidos en los pliegues de este mundo. Puestas así las cosas, no tenía por qué perturbarme que Andrea se refugiara en el último anhelo del ser humano: la búsqueda de la eternidad.

—Te da miedo lo desconocido —me definió con un trazo seco. Su voz fue más enfática—: Ven a la casa de Tlalpan.

Tenía razón, siempre me dio miedo la oscuridad del azar. A Cisneros y a mí nos unían los escombros de nuestros años de juventud. Las grandes causas nos habían abandonado durante el camino de nuestros años cuarenta. Ella se amparó en el pequeño fanatismo, cerca del obelisco de la fe. A mí simplemente me faltaron las fuerzas ciegas de la convicción. Insistió:

—El sábado nos reunimos. Te dejo la dirección —apuntó en una servilleta desechable la calle y el número.

Antes de irse, se despidió con un beso y una caricia en la nuca, vagos ecos desprendidos del pasado, de nuestra vida amorosa segada por la guadaña del fracaso. Alrededor de la dirección de la casa de Tlalpan dibujé en la servilleta líneas quebradas, flechas sin rumbo, una tormenta. Los fognazos de alcohol me recordaron los días del cataclismo. Siempre llega el día en que ocurre un desastre interno, tarde o temprano. Fui al médico. Ordenó un análisis de laboratorio que tiene nombre de *performance* neoyorkino: Perfil 20. Imaginé una exposición en la 6th Avenue con una veintena de los contornos de una roca arrancada por artistas de vanguardia a la energía mágica del Tepozteco. No se trataba de rocas sino de investigar los rincones del cuerpo humano,

en este caso el mío, mediante una muestra sanguínea, una radiografía de pulmones y un electrocardiograma. Aparte había que llevar muestras de los detritus mañaneros, en ayunas, en dos frascos. Tomar estas exposiciones es una obra de romanos. Días después memoricé palabras y cifras del raro vocabulario de los hombres y las mujeres de nuestra edad. No son pocas: leucocitos, linfocitos, nitritos, glucosa, bilirrubina, plaquetas, antígeno prostático, colesterol, triglicéridos, ácido úrico. Antes hablábamos de noche, amor, bares, amistad, libros, droga, sexo.

El médico me mandó con un neurólogo, el neurólogo realizó diversas pruebas y me transfirió con un psiquiatra. Informo rápido: ahora le cuento historias a un analista y él, después de explorar el socavón del Ello, resume la vida en conceptos monumentales. Me roba seis o siete minutos por sesión. Sé por qué lo hace. Después de mi consulta toca su turno a una mujer delgada de pelo largo en rizados negros, ojos de aceituna y un cuerpo que amotinaría los deseos incluso de un psicoanalista. Los psiquiatras piensan que los pacientes somos estúpidos.

Los días siguientes al encuentro con Andrea los ocupé en la hemeroteca. He dedicado años de mi vida a una investigación sin fin sobre la prensa del siglo XIX. No he podido terminarla. Lo digo de una vez: un día la fuerza nos abandona. Algunos fingen fortalezas inagotables pero mienten: su único patrimonio es el vacío. Sumé tres mañanas leyendo *La Libertad*, el gran órgano del positivismo mexicano durante la dictadura de Porfirio Díaz. Copié artículos desconocidos de Justo y Santiago Sierra, Manuel Gutiérrez Nájera y Francisco Cosmes. Guardo archivos electrónicos con una cantidad considerable de exhumaciones. Los investigadores somos sepultureros, traficantes de huesos viejos salvados apenas por ese momento en que la materia del pasado se vuelve combustible para el presente. Los periódicos viejos guardan el imán inexplicable de las vidas perdidas en otros tiempos. Uno de los imanes me atrajo a dos noticias del mes de octubre de 1881. Mientras un buque fondeaba en Veracruz cargado de sueños europeos, pasajeros exhaustos de sol y tormentas marítimas, un escandaloso crimen había ocurrido en la Ciudad de México. Durante una sesión de espiritismo en una casa de la calle de Escalerilla, una mujer asesinó a un hombre: «Una médium poseída por seres indescifrables mata a un inocente». Tomé notas para el improbable libro por el que gané una de las becas que otorga el gobierno a escritores que lo engañan como yo. El viernes por la tarde cerré mi laptop protegido por la argucia del deber cumplido. La noche que cubría el exterior de la hemeroteca le daba un aire siniestro a los alrededores de la Ciudad Universitaria. En esa zona eran frecuentes los robos, los asaltos, las golpizas. Por sobre todas las cosas, de eso se trataba México en aquel tiempo. Dentro del coche metí la mano a la bolsa del saco para tomar un cigarrillo. Dejar de fumar había sido otra de mis batallas perdidas. Anoté en un papel pegado a la cajetilla un número, la cantidad de cigarrillos que había fumado. Hasta ese momento había aspirado veinte. Un triunfo de la voluntad. Recordé la frase de Mark Twain: dejar de fumar es facilísimo, yo lo he hecho miles de veces. Junto con el paquete, mis dedos trajeron la servilleta con la dirección que apuntó Cisneros. La cita era el sábado a la seis de la tarde.

Esa noche me entregué a la libertad y al capricho. De regreso de la hemeroteca modifiqué el rumbo y me detuve en una cantina de la avenida Revolución. Bebí y fumé sin enjuiciarme. Mientras derrotaba al fiscal que nos vuelve la vida insoportable leí en el periódico noticias de incordios políticos, disputas electorales, actos de corrupción. Creer o no creer ocupaba el centro de la vida pública, como si la fe hubiera tomado el lugar de los acontecimientos verificables. Bien pensado, la fe siempre usurpa las funciones de los hechos. Más tarde revisé los archivos de mi

computadora. En los últimos meses había logrado algunas páginas presentables acerca de las encrucijadas culturales de finales del XIX, el cambio de siglo visto a través de figuras como Tablada, Nervo, Couto, Leduc, Ceballos, Campos, algunos de los poetas y narradores de *Revista Moderna*, ese antro genial y no poco pretencioso de las letras mexicanas. Ellos despidieron al siglo XIX y recibieron el XX entre fantasías de burdel, sueños de ajeno, relatos de suicidio y desafíos a la muerte.

El único tramo claro de mi vida en ese entonces lo ocupaba un contador inflexible que se había adueñado de mis años. Todo lo calculaba: los días, las horas, los cigarros, los whiskys, las calorías, los kilos, las páginas, los fracasos. El contador recaudaba cada noche sus impuestos. Seguí la huella de mi instinto y evadí las cifras. Me escapé del interventor y salí de la cantina festejando una liberación. Unas calles adelante entré en un hotel. Frecuenté hoteles de paso con Andrea Cisneros y en mis años locos con mujeres enredadas en la telaraña de mis mentiras. Me registré y subí a mi cuarto. Abrí el Aviso Oportuno de *El Universal* y leí: «Modelo edecán. Sinaloense. Elegante, personalidad, seducción excitante. Erótica, lencería, ligueros. Parejas, lesbianas. Soy independiente. 56032289. Pregunta por Abby».

Pregunté.

—Vi tu anuncio en el periódico.

Me interrumpió:

—Tengo los ojos aceitunados y treinta años. Mis medidas son 86, 59, 90; mi altura, uno setenta y tres. Pelo largo y rubio, a media espalda. Mil doscientos pesos, dos horas, todos los contactos que quieras.

Debe ser la edad. En mi juventud nunca fui con putas, pero de un tiempo a esta parte empezaron a interesarme los encuentros rápidos liberados de la guillotina de los compromisos, lejos de los hundimientos irrevocables. Recibí en el cuarto a una mujer joven dispuesta a los fuegos breves, en la cúspide de sus veinte, de pelo en llamas amarillas, uno setenta de estatura y, en eso no había mentido, una mirada casi vegetal en distintos tonos de verde. Usaba un abrigo negro, ligero, un sombrero de fieltro, muy cerca del *flapper*, una blusa fucsia entallada, un pantalón negro y zapatos altos.

—¿Cómo te quieres llamar?

—Abby.

—¿Te gusto? —me preguntó mientras se desvestía.

—Me gustas —le respondí cuando empezamos a intercambiar nuestras sombras.

Alguna vez Tlalpan fue un lugar de fincas y casas de campo, huertas amplísimas, grandes jardines, largos y altos muros de adobe, calles solitarias abismadas en el silencio. Aquel territorio de roca volcánica y fuentes brotantes emergió del desastre. Las calamidades destruyen y crean regiones inimaginables. En esos días, por cierto, yo buscaba regiones devastadas en mí mismo. Todos buscamos esas regiones, pero les anticipo: es inútil.

El magma del Xitle sepultó a los pueblos cuicuilcas, los ríos desviaron su cauce bajo una capa de lava de ochenta metros. Mientras se enfriaba la superficie del pedregal, en las profundidades la lava seguía en movimiento. Los gases buscaron su propia salida formando enormes grietas que se convirtieron en cuevas. Las corrientes de agua trasminaron la piedra porosa en el fondo de la tierra y emanaron fuentes cristalinas, manantiales en el pedregal y entre el bosque. Un edén petrificado. Ése era el paisaje de Santa Úrsula, Peña Pobre, Fuentes Brotantes, Xitla. Con el paso

del tiempo, donde hubo un cedral pusieron un campo de golf, donde brotaban aguas cristalinas crecieron edificios de interés social y basurales. A esto algunos le llaman progreso.

El tránsito en la avenida Tlalpan era un enjambre de hojalata hirviente. Inventé un atajo. Tengo manía por lo atajos. Detrás del Estadio Azteca las calles me llevaron por callejones donde apenas avanzaba el coche entre los muros. En las esquinas se acumulaban montañas de basura y bandas de jóvenes pobres. A las seis y media de la tarde oscurecía. Cuando pasé frente a un cementerio y decidí que estaba perdido llegué a la esquina de las calles de Congreso y Galeana. Di vuelta en Congreso y estacioné el coche. Toqué en un portón de madera, bajo un gran farol, que unía dos muros altos de piedra y adobe. Pregunté:

—¿Andrea Cisneros?

—Lo están esperando —me dijo un hombre guiándome por un camino de baldosas que dividía un jardín sembrado de nísperos.

Caminé por el pasillo de una construcción del siglo XVIII cuya remodelación respetó los arcos coloniales, los pechos de paloma y los balcones. Un gran candelabro en el techo iluminaba la sala. De lejos vi a una niña en la habitación, pero cuando avancé unos pasos observé un rostro cruzado por el tiempo y unas manos pequeñas trabajadas por los años. Dos hombres y tres mujeres, Andrea entre ellos, rodeaban a una enana sentada en un sillón de respaldo alto que la empequeñecía aún más. Hice mis cálculos mientras Andrea me presentaba como un estudioso del pasado mexicano. La enana se había enfundado en un vestido azul eléctrico, las piernas le colgaban del asiento y terminaban en unos botines negros lustrados con obsesión. Uno treinta de estatura.

—La verdad es un árbol con raíces —dijo la enana a través de una voz metálica, un sonido en litigio con la anatomía humana—. Cada uno tiene sus propios misterios y cada uno debe escribir su propia Biblia. La vida no es nada.

Me sublevé. Atravesar la ciudad cortando el tránsito intolerable de un sábado por la tarde para oír el sermón de una enana demagoga era un castigo inmerecido. Como si no lo supiéramos: lo único que no echa raíces es la verdad y la Biblia que todos escribimos termina como la otra, con una traición y un crimen. Por culpa de la enana destruí el plan del día. Fumé cinco cigarrillos en media hora. Aniela Long contó su historia.

Una noche de verano del año de 1954, cuando sus padres vivían y ella era una enana adolescente alguien tocó a la puerta. Tlalpan todavía conservaba los rasgos campestres que perdió con el crecimiento de la Ciudad de México. En la calle oscura retumbaron los aldabonazos urgentes en el portón. Aniela acompañó a su padre a la puerta. En el umbral aparecieron un hombre y una mujer envueltos en sombras. El hombre le dijo: «Venimos de la tierra de los muertos y no encontramos lo que buscábamos. Ayúdanos, Aniela». El señor Long cerró la puerta, pero el mensaje había sido depositado en el mundo de los vivos. Desde entonces Aniela Long supo que podía comunicarse con los muertos. El padre de la enana hizo sus primeras armas masónicas en la juventud e inició a su hija en la tradición masónica arcana. Hundida en el sillón, la enana contó esta historia salida de los metales de su voz:

—Los primeros francmasones eran los canteros que edificaron el Templo de Salomón en Jerusalén. Durante la construcción, algunos masones fueron iniciados en los misterios cósmicos relacionados con la geometría, las matemáticas y la alquimia. Cada piedra que utilizaban para construir el templo no era una piedra corriente sino una Piedra Filosofal. Ese conocimiento se transmitió de masón a masón a través de los siglos —continuó la enana—. Después de la noche

de las sombras que regresaron de la tierra de los muertos, mi padre me llevó a una sesión espiritista. Ahí se reveló que yo era una médium muy dotada y supe que se puede ver más lejos cuando nos asomamos a la oscuridad desde la luz y no, como se cree, cuando vamos de la oscuridad hacia la luz. Lo primero revela, lo segundo deslumbra. ¿A qué hora empezamos?

La enana los tenía en un puño, suspendidos en el estupor. Según entendí, los dos matrimonios y Andrea se reunían sin excepción cada sábado en la casa de Tlalpan. Hice un plan de evasión: el baño, una disculpa y de nuevo a la ciudad. Cisneros me esperó afuera del baño.

—Quédate a la sesión.

—¿Espíritus a mis años? Nos hablarán los muertos, nos van a explicar nuestras vidas pasadas. Me voy.

—Quédate por mí.

Me quedé.

Nos sentamos alrededor de una mesa redonda de madera en un salón dedicado a las sesiones espíritas. La enana colocó un vaso con agua en el centro de la mesa. La luz en penumbras hacía visible la oscuridad y le disputaba cada rincón a las tinieblas. La enana ordenó que colocáramos las manos suavemente sobre la mesa y que nos rozáramos con las yemas de los dedos. Mi lugar estaba entre Andrea y un hombre a quien conocí durante sus años militantes en uno de nuestros partidos de izquierda, un hombre ornado con el estandarte de las creencias.

Al cabo de unos minutos de silencio, el agua del vaso se movió, primero con suavidad, luego como si alguien sacudiera el vaso, se formó una figura líquida en la madera. Busqué la trampa, pero lo que vino después me impidió descubrir la mano espírita que agitaba el agua. La enana tragaba saliva, emitía sonidos animales. Empezó a hablar:

—Uno de ellos morirá pronto —dijo con una voz grave, una tonalidad distinta a la que habíamos oído minutos antes—. Un hotel, una mujer de la noche: que se perdona a sí mismo.

—¿Quién nos visita? —preguntó Andrea.

—El más joven de ellos morirá.

—¿Quién nos visita? —insistió, pero no hubo respuesta.

La enana tosía, se atragantaba con su propia saliva, le faltaba el aire. El trance la desvaneció. Andrea y el comunista espírita la cargaron y la recostaron en un sillón de la sala. Aniela parpadeaba. Recuperada la voz metálica contó un extraño cuento acerca de los espíritus que encontró durante el trance, siete sombras en una casa iluminada por velas.

—Siete hombres reunidos alrededor de una mesa. Uno de ellos me ofreció flores, pero otro fue hostil y agresivo. Tenía miedo —dijo Aniela desorientada, perdida en el tiempo—. Nos entregan un mensaje.

Presenció esta escena atrás del grupo que la rodeaba y retuve la imagen con las tenazas de la incredulidad. Andrea Cisneros me tomó del brazo y me dijo en voz baja, al oído:

—Necesito un trago —más que oírla sentí el calor de su aliento en el cuello.

Regresamos por el camino de baldosas flanqueado por nísperos. Acompañé a Cisneros a su coche y caminé hacia el mío. Ella preguntó:

—¿En qué bar?

—En el de tu casa —sugerí—. Dos tragos, no más —habló el contador.

La calle creaba efectos fantasmales. Sombras de árboles proyectadas en los muros de adobe, ruidos inexplicables; un gato inmortal atravesó la noche de Tlalpan. Prendí un cigarro aceptando

que había sobrepasado el límite. «Enana de mierda», pensé cuando encendí el motor. Desde luego, nadie en esa casa sabía del hotel y de la prostituta, sólo yo, si acaso.

A vuelta de rueda en Insurgentes. Una línea dorada, inmóvil, hasta el edificio en que Andrea puso su casa después de nuestra separación, un departamento en la calle Xola. Tardé en llegar más de lo estimado. Lo supe porque según el interventor en el coche fumé cuatro cigarrillos durante el viaje.

—Te perdiste otra vez —afirmó Andrea entregándome un whisky.

—Menos que los extraviados en el mundo de los espíritus —respondí a punto de dar el primer sorbo.

—¿Lo dudas? Aniela se comunica con los muertos, espíritus incansables que vagan entre nosotros —de nuevo la fuerza destructiva de la fe en sus palabras.

—El único espíritu que vi fue el de una enana histérica, una charlatana de manicomio, llévenla al psiquiatra y enciérrenla con una chambrita de fuerza.

—¿Con quién? ¿Con Armijo? Te has convertido en una copia al carbón de tu psicoanalista. Creen que con fármacos y diván se acaba con otras realidades. Como sea, le ayudará más a ella que a ti. Tú eres un caso perdido.

Tenía razón. Me bebí el whisky de tres sorbos y me serví el siguiente, doble. Encendí el cigarrillo número treinta y cinco del día, de nuevo el contador me acompañaba.

—¿De verdad crees en la vida después de la muerte?

—Los he oído y los he visto. Tú fuiste testigo.

—Oí a una enana hablar con la voz de un viejo, una duplicación de la personalidad, nada más.

—Oíste una voz de otro tiempo que hizo contacto con nosotros.

Cisneros bebía brandy y repetía de memoria creencias infiltradas en sus desengaños. La necesidad de creer en la penumbra del más allá se convirtió en una nueva misión. Como no había cambiado al mundo en su juventud, Andrea decidió mudarse a otros mundos menos miserables que el nuestro. No hay fanatismo sin doctrina. El círculo espírita de la casa de Tlalpan se había acercado a maestros del misticismo cristiano como Eckhardt o Nicolás de Cusa, algunos textos recuperados de la teología espiritista del visionario sueco Emanuel Swedenborg, tratados de ocultismo, mesmerismo y las invocaciones de Allan Kardec.

El grupo de Tlalpan consideraba la existencia del alma humana y su supervivencia después de la muerte un asunto que requería respuestas. Aniela Long era una de ellas. Todos ellos consideraban a la enana una médium ajena a las limitaciones temporales, al espacio tridimensional. Para ponerle tierra firme a sus especulaciones leían a J. C. Zoellner, un investigador psíquico que sostuvo desde 1879 hasta el día de su muerte la existencia de una cuarta dimensión de la realidad; en ese lugar habitaban seres capaces de adentrarse en nuestro mundo. Éstas eran las pruebas, el respaldo de la teoría de la supervivencia postmortem o la verdad de otras realidades al margen de la nuestra. Este poderoso brebaje los había narcotizado.

—Aniela es capaz de ver los espíritus de los muertos. Ha tenido visiones que presagian la muerte. En una ocasión vio la imagen de un féretro donde yacía su madre. Dos meses después murió —había una sincera conmoción en sus palabras, un anhelo triste de verosimilitud y eternidad. Andrea fue más allá—: Algunas veces Aniela ve fantasmas detrás de las personas de las que está cerca. Muchas veces son fuerzas protectoras.

Guardé silencio. Ya dije que dialogar con la fe de los otros es imposible. Acepté que sus dudas sobre la vida y la muerte eran, por desquiciadas que sonaran, legítimas. Muchas veces la

legitimidad crece en la locura. Cuando me despedí, Andrea me desafió:

—Vamos el próximo sábado.

No respondí, en parte porque estaba haciendo las cuentas de la noche: ocho whiskys, cuarenta y cinco cigarrillos, tres horas. El contador nunca descansaba.

Esa noche soñé con mi muerte. Desperté ahogándome con mi propia saliva. Pasé el resto de la noche fumando, entregado a los misterios de la sesión de esa tarde y al vaticinio de la enana. Repetí la frase: «Uno de ellos morirá pronto. Dejen que se perdone».

A la mañana siguiente marqué el número de mi analista, pero Armijo no contestó el teléfono. Cuando uno los necesita, los psicoanalistas desaparecen. Por eso recurrí a mi amigo Ernesto Carmona, un colega mayor al que quise por su facilidad para construir mundos propios e irrepetibles:

—¿Crees en la vida después de la muerte?

—¿Estás borracho?

—De verdad. ¿Crees en algo más allá de la vida?

—De momento, no.

Me invitó a comer ese día. Me prometió una plática sobre la muerte. Cuando llegué, su casa era una jaula de pájaros. Dos o tres políticos en el candelero, un escritor que gastaba las suelas en cocteles y se apuntaba a todos los premios literarios, mujeres a la caza de un porvenir renombrado, en fin, una desgracia de la que Carmona se sentía orgulloso mientras renovaba el tiempo de gloria de sus compañeros del año de 1968. Fijé una frontera con el hacha de las opiniones irreversibles: la generación de la libertad estaba formada por los hombres menos libres que he conocido. Adoradores de la fama, propia y ajena, atados al potro del prestigio, buscadores inauditos de poder, complacientes con políticos truhanes, sumisos con los caciques de la cultura. En eso terminó la epopeya de sus años juveniles, en el cautiverio de la ambición desaforada, en la codicia oculta tras sus banderas de pioneros demócratas. Cuando salí de la casa de Carmona, la frase de la enana regresó: «El más joven de ellos morirá».

Sonó mi teléfono celular. Andrea Cisneros:

—¿Vendrás el sábado?

—¿Qué edad tienen los que van con Aniela?

—¿A quién le importa?

—A mí. ¿Son de mi generación?

—Todos son mayores que tú, incluyéndome, por seis meses, ¿o ya te olvidaste también de mi fecha de nacimiento? ¿Vienes o no?

—Voy.

La tarde húmeda del 6 de mayo de aquel año, el círculo espiritista se reunió de nuevo en la casa de Tlalpan. Andrea y yo llegamos en el mismo coche y atravesamos juntos el camino de baldosas que dividía el jardín sembrado de nísperos. En la sala nos esperaban la enana y cuatro espíritas. Cuando saludé a Aniela Long, me dijo:

—Si no quiere, no tiene por qué estar aquí. La vida no es nada.

Si hubiera tenido un espejo enfrente habría visto una sonrisa quebrada y estúpida dibujada en mi cara de asombro. La enana me había derrotado de nuevo antes de empezar la sesión.

—Me interesa lo que ocurrirá aquí esta tarde —me disculpé, pero ella me dio la espalda para hablar con el viejo comunista espírita.

Por segunda vez, Aniela Long me alteraba. Al menos había una posibilidad entre mil de que por algún medio, conocido o desconocido, supiera de mi encierro en el hotel con una puta. De ser así, entonces en la puerta tocaba el vaticinio de mi muerte. Por lo demás, alguien le dijo o ella percibió desde la primera vez mis sospechas de la mentira en que se fundaba el teatro espírita.

—Pasemos —dijo la enana encabezando una fila silenciosa de siete creyentes.

Nos sentamos alrededor de la mesa de madera. Pusieron dos vasos de agua en vez de uno. La habitación estaba más oscura que en la sesión anterior. Un juego de sombras reflejaba en el muro formas indescifrables desprendidas de las llamas de dos velas puestas en una repisa de madera labrada. La enana dio la orden. Nos tocamos con suavidad las yemas de los dedos. Durante tres minutos, el silencio fue la única señal del otro mundo.

—Pedimos con respeto la asistencia de los seres que traen un mensaje para esta casa —se oyó la voz metálica de Aniela.

Nadie respondió.

—En esta casa son bien recibidos —insistió la enana.

Un minuto después el agua de los vasos se movió como sacudida por una mano invisible, la enana se contorsionó sobre la silla. Habló con la voz grave de un hombre:

—¿Qué quieren de nosotros?

Andrea tomó la palabra:

—Un mensaje y la paz eterna para ustedes.

—Vienen de la tierra de los muertos. ¿Cuándo murieron? —preguntó alguien a través de la voz ronca de Aniela.

—No hemos muerto. Aún estamos aquí —respondió Andrea.

La enana tosía, tragaba saliva y movía la cabeza hacia atrás.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Andrea con la voz cortada por el asombro.

—Somos artistas y ustedes nos visitan —Aniela tosía mientras hablaba—. Hemos desafiado a la muerte y a la eternidad con el exceso perpetuo: ¿su visita es una advertencia?

Necesitaba un cigarrillo, ese día había fumado dieciocho. Siempre que me siento confundido me dan ganas de fumar. Andrea interrumpió mi deseo:

—¿En dónde están?

—En San Agustín de las Cuevas. Buscamos a Bernardo en el olor de los nísperos. ¿Ustedes cuándo murieron? —insistió la voz del hombre a través de Aniela.

—No estamos muertos —apenas se oía la voz de Andrea en las sombras.

—Nos hemos reunido para invocar a Bernardo y pedirle que descanse en paz.

—¿Quién es Bernardo?

—El más joven de nosotros. Lo perdimos y ahora invocamos su alma para el descanso y el perdón.

—¿Quién es Bernardo? —la voz de Andrea recurría al énfasis inútil del eco.

—El más joven de nosotros. Ustedes, ¿cuándo murieron?

Se oyó un golpe seco en la mesa y luego un silencio oscuro.

La enana tardó en regresar del trance. Le dieron un té de hierbas preparadas. En la casa de Talpan también creían en la herbolaria, según ellos en la antigüedad los mexicanos eran sabios. Los espíritas se arrebataban la palabra. Andrea preguntó:

—¿Quién vino esta noche?

Aniela tragó el menjunje y dijo con una voz que atravesó el espejo opaco de la verdad:

—Nadie nos visitó esta noche. Nosotros hicimos la visita y asistimos a otro lugar y a otro tiempo. Han ocurrido dos sesiones espíritas al mismo tiempo. Hemos sido nosotros quienes llevamos un mensaje de muerte.

—¿Quién es Bernardo? —preguntó Andrea.

—No lo sé —respondió Aniela antes de sorber el bebestiajo de hierbas ancestrales—. Estuvimos fuera del tiempo, no por encima, sino dentro, entre lo antiguo y lo nuevo.

Encendí el cigarrillo número diecinueve. En materia de voluntad, el mejor día de la semana, el contador me habría felicitado. La enana había ofendido mi incredulidad, como cuando un agnóstico recibe una prueba del absoluto.

Después de esa tarde de mayo, no regresé a la casa de Tlalpan. Me reintegré a la rutina de los archivos y a los sueños nocturnos de principios del siglo xx. La verdad saltó de una pila de documentos roídos por el tiempo, a punto de perder la memoria. Se trataba de una carta de Ciro Ceballos a José Juan Tablada, pensionado entonces en Japón por el mecenas Jesús Luján. La mano de Ceballos fechó esas líneas el 6 de mayo de 1901. El vago azar o las precisas leyes, como quería el clásico, me pusieron en el centro de la trama, la caligrafía irregular decía:

Hemos perdido a Coutito. Lo enterramos hace una semana en el panteón francés. Al tercer día de su muerte nos reunimos a invocar su espíritu perdido bajo la luna tramontana de San Agustín de las Cuevas. A la sesión espírita asistimos Luján, Leduc, Campos, Valenzuela, yo y una médium que nos presentó Alfredo Ramos Martínez. A la luz de las velas invocamos a Coutito. Aunque te sé descreído te lo cuento: en algún momento de la sesión un fuerte olor a nísperos inundó el salón. Buscando el espíritu de nuestro amigo dimos con la voz de otros muertos. Una mujer desdichada nos preguntó por el momento de nuestra muerte. Nos erizó la piel la idea de que en verdad estuviéramos muertos. No hay fantasmas más tristes que los que se niegan a abandonar el reino de los vivos. Así les pasaba a estas almas en pena que encontramos mientras buscábamos a Bernardo, sombras aferradas a la tinta neutra de la vida y sus desgracias...

Lo supe de golpe, como cuando llega una revelación. Entendí entonces la grieta del tiempo en la que habíamos caído. En el momento en que oí el diminutivo, Coutito, agregué en mi mente el nombre: Bernardo, una leyenda negra de las letras mexicanas. El joven Couto era un desastre insufrible de alcoholismo y pedantería juveniles. Envenenado por Laforgue, Baudelaire, Verlaine, desde los diecisiete años el escritor maldito despeñó su vida en bares y prostíbulos. Algunos investigadores han visto en él a una víctima de la bohemia. En lo personal, siempre me pareció un sonso sin oficio ni beneficio. Couto vivía en el Hotel del Moro con Amparo, una prostituta recobrada de los burdeles en el alba del xx en la Ciudad de México. Dilapidaban la noche en tugurios inconcebibles. Se sentía el príncipe de los amaneceres, pero deambulaba por la calle de Santa Isabel como un vagabundo. En sus últimos meses lo torturó el dolor en las encías partidas por la piorrea. El exceso de bromuro lo convirtió en un amnésico perdido. Y con todo, les hacía gracia a sus amigos artistas, al fin y al cabo era uno de los fundadores de *Revista Moderna*. Murió de una pulmonía fulminante el 3 de mayo de 1901, a los veintidós años de edad.

La reunión en la casa de Tlalpan sucedió el 6 de mayo del año 2001, cien años y tres días después de la muerte de Couto. Tendido en el ataúd, Bernardo recibió la visita de Alberto Leduc, Rubén Campos, Pablo Escalante Palma y Ciro Ceballos. Ninguno de los espíritas de este lado del mundo conocía esta historia, no tenían por qué conocer esta intriga inútil del tiempo en que se levantaba el telón del nuevo siglo. Me llevé conmigo el secreto. Pude revelárselo a Cisneros, pero preferí no hacerlo. Aquel día, después de la sesión, Andrea y yo caminamos por el

jardín antes de atravesar el portón de madera empotrado en los muros de piedra y adobe. Más tarde la despedí en el edificio de Xola. Me fui a beber solo y a poner en orden la trama enloquecida a la que me arrastró Andrea.

En la cantina de avenida Revolución dije en voz alta:

—Enana de mierda.

Me había bebido ocho whiskys y fumado veinte cigarrillos en dos horas. Todo un récord. El interventor estaba sentado frente a mí. Siempre he sido un egoísta, a nadie le revelé los datos de esta historia. Estoy mintiendo, se la conté a Armijo, pero los analistas están programados para no creer en nada. Salí a la noche sucia de avenida Revolución y caminé al hotel. Cuando me registré pensé sin rencor en Andrea Cisneros. No era la primera vez que dejaba una puerta abierta hacia la oscuridad. Les digo de nuevo: todas las enanas son una mierda.

Un género diabólico

No escribo periodismo. A lo largo y ancho de los años aprendí que la rotativa diaria corrompe a la literatura. Escribo novelas de largo aliento, quinientas páginas o nada, tramas abundantes calculadas en el teodolito de la imaginación. Tengo ideas para escribir historias durante los próximos quince años. Éste es un breve paréntesis, un soplo de la memoria.

Voy a contar por primera vez la verdad sobre Abby Soho. El dinero en el banco estaba en cuarto menguante, por eso acepté escribir la crónica. La propuesta parecía simple, documentar una parte de la vida sexual de la Ciudad de México. El sexo vende. En mis intrigas abunda el erotismo, a esto se debe mi fama, al *thriller* erótico, y por eso me llamaron del periódico. La luna financiera menguaba y en honor a la verdad yo no había dado golpe desde el premio que le arranqué a la industria española del libro. Un premio grande que envidiaron propios y extraños. Aparecí en los periódicos y en la televisión dando entrevistas estúpidas —para estimular las ventas—. En los bares me reconocían, ¿usted es el que ganó un premio? Y yo asentía en silencio bajo el estruendo interior de mi vanidad.

Los euros se consumían como la paja en el fuego. Pensaba cumplir con el encargo en la prensa y más tarde reutilizar el material combustible en el entramado sexual de una novela. Quizás ésa fue la semilla del error, al final la ambición no sirve más que para fracasar. No me preocupaba que algunos textos se repitieran aquí y allá; les recuerdo que todo es inédito, nadie lee nada. El escritor francés Michel Houellebecq y el escocés Irvine Welsh escribieron libros de gran éxito contando la Disneylandia sexual de Tailandia y la cámara de tortura de unos cuantos jóvenes bajo los efectos de la droga y el sexo extremo. Bastante sobreactuados, pero no es hora de ponernos a discutir de literatura. El diario me depositó los viáticos en la cuenta, un tanto avaros por cierto. Les pedí mes y medio para entregar el texto. Me compré una grabadora y tracé en un cuaderno el plan de la edificación de la crónica. Soy un hombre ordenado. Hice un mapa, una división territorial de entrevistas, crónicas, viñetas; encuentros con una *call-girl*, una *tabledancer*, el dueño de una tienda de pornografía; visitas a un club *swinger*, un burdel clásico, un antro *gay*; una encuesta de valores sexuales, libros de ensayos sobre el asunto, de inmediato mis favoritos: *Hablando de sexo* de Gore Vidal, *El parque de los ciervos* de Norman Mailer y *La mujer de tu prójimo* de Gay Talese.

Seguí en la red la huella del comercio sexual. Así conocí a Abby Soho. Me adentré en un laberinto de puertas consecutivas que me llevó a un sitio de prostitutas de lujo, *VIP Girls*, el catálogo mostraba mujeres hermosas de diversas nacionalidades. La página web presentaba fotografías de todas ellas en posiciones más o menos provocativas, imágenes acompañadas de una breve presentación con sus datos generales. Había para todos los gustos: Mariela, alta, de senos grandes; Jade, una morena en cucullas y encajes rojos; Emily, disfrazada de dominatriz; Britney, vestida como una colegiala; Gema, sin más prendas en el cuerpo que un sombrero de charro. Abby Soho no usaba vestuario, o mejor, el disfraz lo había traído de la vida diaria. Algunas invenciones caen del cielo, por eso me persuadí de que en el mundo del comercio

sexual ese atuendo sólo lo llevan los seres extraordinarios. Se presentaba con unos vaqueros, una playera entallada sin brasier, chamarra de mezclilla y zapatos en punta de medio tacón. Usaba el pelo en rizados rubios hasta los hombros y una mirada que me traspasó la voluntad desde la pantalla de la computadora. Transcribo aquí su ficha técnica:

Abby Soho
Mexicana
Edad: 32 años
Ojos: verdes
Estatura: 1,73 mts.
Medidas: 86-59-90
Idiomas: español y francés
Disponibilidad: 24 horas
Preferencias: Bi (HMH/MHM)
Dos horas, 2 mil pesos; una noche, 4 mil.
Acompañamientos, a negociar.
Mail: abiso@yahoo.com.mx

A la hora de escribir, uno debe engañarse para creer en la trama. En mi mente había aparecido el personaje central del reportaje. Le mandé un correo electrónico:

Abby Soho: soy periodista y preparo un reportaje escrito sobre los usos y costumbres sexuales en México. Vi tu fotografía en *VIP Girls*. Quisiera hacerte una entrevista. Puedo invitarte a comer y pagarte el servicio equivalente a dos horas. Si tú quieres, desde luego puede ser anónima.

Un saludo
G.

Detesté presentarme como periodista, pero pensé que por mucho que ella hablara francés la palabra escritor no le diría nada a esa mujer incandescente. A la mayoría de las personas les interesan los periódicos, no las novelas; temen a la prensa, no a los libros; todo el mundo huye de una tempestad crítica en los diarios, muy pocos se preocupan por la tela de juicio de la literatura. El teléfono no dejaba de sonar. Cuando contesté oí la voz de mi editor, Víctor Zaldúa. Me pescó. Llevaba días escondiéndome de su insistencia para que le entregara la nueva novela que me contrataron en la editorial mediante un pago por adelantado meses atrás. Acepté el cheque por vanidad y por codicia, ahora el editor era mi abonero.

—Por tu madre, dime que terminaste.

—En eso estoy. Dame un mes y medio. Está reposando. No sirven las historias humeantes — mentí. Ya dije que no daba un golpe desde el premio.

—¿De qué trata?

—No puedo decírtelo. Chandler decía que un escritor nunca debe hablar de un trabajo en marcha.

—El tuyo no está en marcha. Ya terminaste. Además, Chandler era un escritor mediocre.

—Dame tiempo. ¿Quieres que termine como Ortiz Mercado? —me refería a un escritor que después de ganar un premio literario importante y prestigioso, ante los embates de sus editores terminó reuniendo en un libro los guiones radiofónicos que escribió cuando era adolescente; sólo le faltó acopiar las notas de la tintorería—. Te aseguro que la población entera de novelistas del país daría la vida por escribir como Chandler.

La verdad es que yo estaba peor que el pobre y vanidoso Ortiz Mercado. Mi reino consistía en cien cuartillas impresentables, sin alma y sin rumbo, pagadas a un precio que no merecíamos ni

yo ni mis páginas. Los premios literarios y los grandes monopolios editoriales han transformado al escritor. Ahora los que escriben van de plaza en plaza, como saltimbanquis, cumpliendo las órdenes de sus editores, en busca de El Vellochino de Oro de las ventas, el éxito, la fama y el dinero. Estoy fuera de forma, una prueba de esto es que me he desviado del camino. Este relato no trata de las desventuras de los escritores, sino de Abby Soho.

Para entrar en materia, la noche de aquel día empecé a leer una historia de los burdeles. Para relajarme me serví un whisky, luego otro y otro. No leí nada. Bebí seis Chivas Regal. Dormí pésimo.

Nado todos los días a las siete de la mañana. Un kilómetro diario en una alberca de veinticinco metros que pertenece a un pequeño club de socios del amanecer y el agua tibia. Cuarenta y dos toques sin descanso en cada extremo del estanque. Cuando terminé mi rutina, aguanté la respiración, me hundi en el agua y toqué el fondo, dos metros y medio abajo. Si volteé hacia arriba se ve un techo de agua azul atravesado por el fuego de la luz solar. A una imagen parecida se refirió Paul Valéry en *El cementerio marino* cuando escribió: «Ese techo, tranquilo de palomas, / Palpita entre los pinos y las tumbas / El mediodía justo en Fuego traza / El mar, el mar, sin cesar empezando / Recompensa después de un pensamiento: / Mirar por fin la calma de los dioses». Mi interpretación de estas líneas herméticas es que un ahogado ve desde el fondo marino un techo palpitante de agua. Éste es uno de los misterios de la creación: dos personas ven algo parecido, pero sólo una puede resolverlo en una imagen perfecta.

Quienes creen que la literatura se desprende del caos de la pasión viven en el error. Las letras requieren vigor y disciplina sobre todas las cosas, pero esto que acabo de escribir no funcionaba en mi caso, durante meses estuve perdido en un laberinto improductivo. Entré a mi estudio, encendí la computadora y apreté la tecla de los mensajes recibidos. Cinco correos, uno de Abby Soho:

En el Angus de la Zona Rosa a las tres. Ya me viste en la página. Dos mil pesos. Tú te presentas.
Ab.

Nunca me creí la historia de que la Zona Rosa consagró en algún tiempo el hechizo de la vanguardia cultural en la Ciudad de México. La única verdad al respecto es que muchos años después de aquel auge la herencia de esas calles consistía en un caudal de basura, avenidas deformes, aspiraciones parisinas que la corrupción urbana y la ineptitud política convirtieron en jacalones inseguros, perfectos para el delito. La pequeña leyenda del Angus contaba de un restorán de carnes finas y seleccionadas atendido por prostitutas, *hostess* en minifalda y meseras escotadas dispuestas a todo por dinero. A las tres de la tarde las mesas del lugar se llenaban de hombres cuyo modesto sueño consistía en salir del restorán acompañados de una de esas mujeres.

Tomé un lugar en la terraza. Me armé de un whisky y paciencia leyendo la historia de los burdeles que la noche anterior se me cayó de las manos. La primera *call-girl* de la historia de la humanidad realizó su primera visita en la más antigua epopeya literaria. Gilgamesh, rey de Uruk, le envió una prostituta a un joven guerrero salvaje, Enkidú, para debilitar sus poderes. Derrotado por la lujuria, Enkidú se entregó al placer. Bajo una tienda de piel de cordero, Shamhat, la hieródula, le enseñó al guerrero las artes del amor: «Shamhat dejó caer su velo, / le mostró su sexo. / Él gozó su posesión. Ella no temió, / gozó su virilidad. Ella se desvistió. / Él se

echó sobre ella. / Ella ejerció con el salvaje su oficio de hembra. / Él se prodigó en caricias. / Le hizo el amor. / Seis días y siete noches, excitado, Enkidú, se derramó en Shamhat / hasta que se sació de gozarla». Cuando Enkidú volvió a la caza de la gacela, las piernas le fallaban. Dos sueños le revelaron a Enkidú que Gilgamesh no sería su rival sino su amigo. Así, en los días ancestrales del 2750 antes de Cristo, en el corazón de la civilización sumeria, nacieron el burdel, la amistad y la literatura.

Muy interesante, pero la impaciencia me taladraba. No soporto esperar, las antesalas me desquician. Nunca he podido entender a esos solitarios que se sientan en un bar a pensar con la mirada perdida en la nada como si esperaran a Dios. Cuenta la leyenda que Sartre, Hemingway y Cortázar escribieron obras fulminantes sentados a solas en un bar. Tengo mis dudas, más bien creo que los solitarios satisfechos mienten, a nadie le gusta estar solo.

Después de cada página levantaba los ojos en busca de la mujer que vi en la página web. La confundí varias veces con mujeres que no tenían nada que ver con la fotografía de *VIP Girls*. La mente nos traiciona cada vez que le da la gana. Regresé a la historia del burdel. Mientras Botticelli pintaba frescos en la Capilla Sixtina y Leonardo da Vinci inventaba submarinos, en Roma había seis mil ochocientas prostitutas de entre una población de noventa mil habitantes. La riqueza y el refinamiento de los ducados italianos producía mujeres educadas con elegancia. Se les llamaba *cortigiane oneste*, pero su vida de alcoba ocultaba intrigas de venenos y pasiones oscuras. A estas mujeres las pintaron Rafael, Tiziano y Miguel Ángel.

Cuando el papado volvió a Roma, los papas renacentistas se convirtieron en príncipes desenfundados. A finales del siglo XV, la Ciudad Santa era un gran salón decadente. El pecado cotizaba altísimo, no menos que las deslealtades y las muertes cortesanas. Los personajes de la Santa Sede formaban un burdel colosal. Los papas también producían películas para adultos: las *cortigiane Vanozza* de Cattenei y Giulia Farnese fueron las elegidas de Alejandro VI, fundador de la familia Borgia. Antes de llegar a Roma, el papa respondía al nombre de Rodrigo de Borgia, un español dedicado al fraude y al crimen organizado. Desde Valencia, la lujuria condujo a Vanozza y a Rodrigo al Vaticano. De esa juerga nacieron cuatro hijos, entre ellos César y Lucrecia. Alejandro prescindió de los servicios de Vanozza el día en que el señor Farnese le ofreció a su hermana a cambio del perdón de sus delitos. El papa tuvo clemencia y tomó a Giulia. Corría el año 1501. Giulia destacaba en las fiestas del papa y en esas parrandas sin freno una multitud de damas de la corte se desnudaba y seducía al séquito papal. Alcé la mirada. Nada, sólo meseras entregando en las mesas cortes de carne roja. Pensé que no dejaba de ser una curiosidad que un papa fundara los intercambios de parejas. Las crónicas del club *swinger* de Alejandro se conservan en los archivos papales y la belleza de Giulia en *La verdad* de Giacomo della Porta, gran desnudo en mármol que adornaba la tumba del papa Pablo III, hermano de Giulia.

Más carne en parrillas al rojo vivo, ni rastro de Abby Soho. En el año de 1450, Venecia era la capital del pecado. Los primeros travestis de que se tiene noticia viajaban en góndolas. La ley los castigaba por competencia desleal con las mujeres. En el Renacimiento, los viajeros ilustres dilapidaban los ahorros de su vida en una concubina de planta con la que edificaban vidas plenas y satisfechas entre los canales. Así lo hizo JeanJacques Rousseau en esa ciudad que se adelantó quinientos años a Las Vegas. El pecado, el erotismo y el sexo rebasó a las *cortigiane* y abrasó a las mujeres casadas. En los casinos, las esposas se entregaban al fuego de la pasión en gabinetes reservados para el amor. La influencia musulmana convirtió a Venecia en el gran

centro de las libertades sexuales. Las cortesanas llevaban velos de tafetán que les cubrían la cara. Tintoretto se atrevió a pintar sin velo a Verónica, la *cortigiane* veneciana. El Islam había hechizado a Venecia. Los venecianos pensaban que el harem era un burdel gigante. ¿Qué otra cosa podía ser el paraíso islámico, ese lugar en el que setenta huríes esperaban a cada hombre que llegaba al cielo? Los turcos le llamaban *serai* a las posadas y los prostíbulos. La palabra llegó a Occidente con el nombre de serrallo.

Decidí irme. Cuando pedí la cuenta, en la entrada del restorán una mujer alta pasaba la mirada entre las mesas. Abby Soho transitaba por el tramo inicial de sus años treinta; el pelo rubio natural descansaba en los hombros, medía uno setenta de estatura. Su fotografía no mentía: un sueño envuelto en mezcillas deslavadas y una mirada de verdes vegetales tomó asiento en mi mesa. Usaba un sombrero de fieltro y una blusa fucsia entallada, ese día calzó botas de ante crudo. Vi de cerca el brillo verde que me traspasó desde la pantalla de la computadora.

—Perdón, pero en este trabajo no hay horarios —me dijo con la pulcritud de una profesional mientras ordenaba un vodka tonic.

—¿Un servicio muy largo? —le pregunté mientras colocaba la grabadora sobre la mesa. Los clásicos del periodismo afirman que no debe usarse grabadora en las entrevistas, pero yo no confiaba ni en mi memoria ni en mi capacidad para reproducir las entonaciones de su voz áspera, roída por el alcohol y los vientos fríos de la madrugada. Ya dije que no escribo periodismo.

—Ocurrencias y caprichos al final de una sesión —me dijo mientras se arreglaba el pelo con el peine de sus dedos largos de pianista.

—¿Como cuáles? —pregunté rápido para iniciar la entrevista.

—En este asunto, el silencio conserva el trabajo y la vida —dramatizó Abby Soho—. De eso no voy a hablar.

No insistí. Puse en la mesa el sobre con el dinero y le expliqué el mapa del reportaje. Le pedí su historia y un consejo para adentrarme en el territorio de la vida sexual mexicana.

Ordenamos dos cortes gruesos, ensalada mixta y una botella de vino nacional, una desgracia por cierto. La segunda botella nos supo mejor. Abby Soho abrió la compuerta del pasado y me contó una historia. Las putas son mentirosas, pero di por buena la trama de su vida y pensé que era un desperdicio no usar el dinero como manda el canon: dos horas en la cama. Abby Soho era un paraíso en venta. La cinta de la grabadora corrió hasta el final acompañada de la tarde. Un cielo entoldado cubrió la Ciudad de México. Antes de despedirnos, le pregunté:

—¿De dónde viene tu nombre?

—De una amiga de la que me enamoré cuando era niña y del Soho de Nueva York, donde voy a vivir cuando me retire.

—¿Cuánto cobrarías por acompañarme?

—¿A dónde?

—Al fondo de la noche —exageré la nota con una baladronada.

—Cuatro mil.

—Me perderé contigo —le dije en broma.

Me envolvió una extraña inspiración. Me sentí acaudalado y ligero, dispuesto a pagar esa cantidad, quizás así se sienten alguna vez todos los que van a cumplir cincuenta años. Anoté el teléfono celular. Nadie puede vivir sin mentiras. Fabricué un mecanismo interior para

demostrarme que Abby Soho era la piedra de toque de mis exploraciones nocturnas. La literatura y aun el periodismo exigen a veces inversiones impostergables. Falso. Yo sólo quería estar cerca de ese raro imán de lujuria perpetua.

Esa misma noche oí la grabación y escribí en la Macintosh G4:

Abby Soho es la obra mayor de una francesa y un mexicano. El día en que se enamoró perdidamente de un músico de rock a los veintiuno, abrió la puerta de su destino. Dos años después de amores intensos y atrabancados como sólo pueden tenerse a los veinte, Abby Soho descubrió que su músico tenía otra mujer por la que estaba dispuesto a sacrificarlo todo, incluyéndola a ella. Arrasada por los secretos de ese amor a sus espaldas, a los veintidós, en el año de la mayor crisis económica del México moderno, en 1995, Soho salió de la casa de su músico con diez pesos en la bolsa y una soledad del tamaño de la ciudad en la que había decidido quedarse cuando su familia emigró al interior de la República Mexicana. Perdida en un laberinto urbano, Abby Soho se juró a sí misma que nunca más volverían a ocurrirle las mentiras del amor, la incertidumbre de la falta de dinero y los engaños de la pasión. En cierto sentido lo cumplió.

Dos años después, Abby puso su vida en la penumbra del secreto. A excepción de una amiga íntima y de sus clientes desconocidos, nadie sabe que ella ejerce la prostitución. Su familia vive en Cancún. Para ellos, una hermana y sus padres, la vida profesional de Abby transcurre entre la venta de publicidad y su desempeño como edecán en presentaciones de poderosas marcas del mundo de la moda. Cuando su familia emigró a Cancún, Abby permaneció en la Ciudad de México en la casa de la hermana de su madre y avanzando a tientas entre las materias aburridas del Centro de Lenguas Extranjeras. Esa decisión le cambió la vida.

«No tenía dinero. Una amiga me invitó a trabajar en una agencia. Yo sabía que se dedicaba a la prostitución. Me dio el teléfono y un día hablé. Así empecé a trabajar en la agencia hace cuatro años. Trabajé ahí uno y medio, hasta que me invitaron a *VIP Girls*. La otra agencia era la muerte, un horario de catorce horas diarias. Además, la administración me quita el setenta por ciento, más otro porcentaje para los taxis, porque te llevan a cada visita y te recogen.

»Me mudé y mejoré. Hago dos o tres servicios diarios, muy escogidos, de lunes a viernes. Gano un promedio de cuatro mil pesos al día, a veces un poco más. Unos ochenta mil al mes. Voy a hoteles o a casas y principalmente me buscan hombres de entre treinta y cincuenta años. Aunque hay de todo. También me llaman parejas. Novios o esposos empujados por la fiesta y en busca de la fantasía de hacerlo con otra mujer. Entonces hay que darle servicio a los dos. Soy bisexual. Si me caen bien tomamos unas copas de vino, platicamos un rato. En los tríos normalmente empiezan las mujeres. Nos acariciamos y nos quitamos la ropa. Nos tocamos los pechos, nos buscamos el clítoris antes de que él entre en acción. Si me lo piden, puedo invitar a una amiga y hacemos un *lesbic show* frente a uno o dos hombres, no más de dos porque puede ser peligroso. Si te dedicas a la prostitución te tienes que cuidar más que en cualquier otro trabajo. Si te gastas lo que ganas en mantener a tu marido o a tu novia o si te metes en la droga, entonces nunca puedes retirarte, o te retiras, pero sin un peso.»

Un día del año de 1997, la agencia en la que trabajaba Abby Soho la envió al Hotel Presidente Chapultepec. Abby debutaba en el mundo de la prostitución. En el cuarto la recibió un hindú amable que hablaba francés. Era la primera ocasión que cobraba por hacer el amor con un desconocido. Soho descubrió entonces una técnica que repetiría innumerables veces en su nueva vida: entre las primeras caricias desliza un condón y le practica el sexo oral a su cliente; más tarde, otro condón, antes del amor que la mayoría de las veces ocurre con ella arriba de su hombre. «Me siento más segura si estoy arriba, siento que controlo la situación.»

Mientras Abby recuerda, realiza una operación aritmética. Lleva siete años dedicada a la prostitución. Tiene dos citas diarias, de lunes a viernes, es decir, diez a la semana. Quinientos contactos al año. Abby ha hecho el amor en tres mil quinientas ocasiones; ha cobrado más o menos dos millones de pesos y nunca la ha tocado la duda del amor.

«Tengo una lista de amigos que siempre me buscan, unos quince. Los demás son nuevos. Si un hombre me gusta o si sé que puede buscarme otra vez, me quedo más tiempo con él, pero jamás me he enamorado y nunca he dejado de cobrar. En este negocio eso puede ser tu perdición. El año pasado conocí a un hombre que me buscó tres o cuatro veces. No me gustaba, pero era buena persona. La cuarta vez que estuvimos juntos me pidió que me casara con él. He conocido a muchos hombres que después de unas copas te piden que te cases con ellos. Éste iba en serio. Necesitaba una esposa. Me parece que es bisexual y que tiene una relación con un hombre. Un matrimonio por conveniencia. Me salí de la primera agencia porque el asunto estaba casi cerrado. Yo me casaba con él por quinientos mil pesos. A mí también me convenía, mi familia me pregunta por qué no tengo novio. No puedo tener una vida amorosa. Imagínate que salgo con un alguien y le digo: «Oye, soy puta, espero que no te incomode». Por eso vivo sola. En las mañanas voy al gimnasio. Después de hacer ejercicio, me encargo de las cosas de la casa. A eso de la una de la tarde prendo el celular. Trabajo hasta las once o doce de la noche, salvo que me propongan algo muy bueno. Mi idea es retirarme en dos años. Me voy a vivir a Nueva York. El amigo de los quinientos mil nunca volvió a buscarme.»

El tiempo es el enemigo número uno del deseo. Le hice frente a esa adversidad llamándola al celular al día siguiente. Le pedí que viniera a mi departamento y me ayudara a elegir los lugares

del reportaje. Desde luego mentía.

—A las tres. Dos mil pesos.

Ocupé la mañana leyendo la historia del burdel. Más tarde llevé a mi madre al oftalmólogo. Había llegado a los noventa años en condiciones envidiables para una anciana de su edad, pero un día apareció una mancha en su campo visual. El médico ordenó una fluorangiografía, examen que consiste en iluminar la retina mediante un líquido de contraste inyectado en la vena. Primero gotas para dilatar la pupila, luego un examen de la vista. Tardamos dos horas en la antesala acompañados de hombres y mujeres que recibieron la orden de mantener los ojos bien cerrados. Yo quería largarme, aunque me quedara ciego, pero se trataba de mi madre. Leí algunas páginas sin concentración y, al final, seguí sus pasos lentos rumbo a un cuarto oscuro. Nos perdimos en la penumbra hasta que el médico activó una máquina y disparó rayos brillantes para fotografiar las retinas. Minutos más tarde tuvimos frente a nosotros la geografía de los ojos de mi madre. En la oscuridad de aquel cuarto, perseguida por la edad, insegura y apremiada por el miedo, yo la quise como nunca.

Dos lunas amarillas emitían llamaradas, formaban ríos y afluentes de fuego hacia el centro de la retina. Pensé en la mirada de mi madre, en la luz con que iluminó a los seres y las cosas de su vida a través de sus ojos negros. Medité un momento en las vidas fugaces que pasaron frente a su vista de noventa años. El retinólogo nos explicó que ella padecía una degeneración macular que causa ceguera. Trajo a la mesa un globo ocular de porcelana y nos señaló las distintas partes del ojo. Si entendí bien, la mácula produce la visión fina y permite ver los detalles de una imagen. Es una enfermedad de viejos que los despoja sin prisa y sin pausa de la visión, como si un objeto opaco se acercara al centro del ojo hasta oscurecer el centro de la vista. En la fase final el campo visual se reduce a sombras fugitivas. Me acordé de una línea culterana de Góngora que no entendí sino hasta ese momento: «sombras suele vestir de bulto bello». El médico cerró su exposición diciendo que la maculopatía es inoperable y que los tratamientos conocidos tienen muy pocas probabilidades de éxito, aunque se mostró optimista con los resultados de una nueva sustancia fabricada en Estados Unidos para paliar la ceguera. Salimos del consultorio arrastrando el alma en los pies. De regreso no hablamos de nada. Mi madre abrió el telón de silencio y me preguntó:

—¿Cómo va tu libro?

—Muy avanzado —mentí.

—Apúrate para que pueda leerlo.

Llegué tarde y sombrío a la cita. Afuera de mi departamento, en la calle, me esperaba Abby Soho.

—Perdón, pero en este trabajo no hay horarios —le dije aludiendo a su retraso en nuestra primera reunión.

—Lo que hay que hacer por dos mil pesos —me respondió refiriéndose a mi tardanza y a su profesión de intimidades pasajeras.

Abby Soho hablaba un francés perfecto desprendido del mediodía de Francia, como dicen los maestros de *langue et littérature françaises*, un lugar del sur donde su madre nació en un pueblo cercano a Marsella. Ella vino al mundo en México y conservó el idioma materno en casa y en el Liceo. Quien conozca por azar a Abby Soho jamás se imaginará su oficio; encontrarla en el mundo del comercio sexual equivale a descubrir un diamante en un kilo de frijoles.

—¿Qué te sirvo?

—Lo más caro que tengas.

Lo más caro que tenía era barato. Abrí una botella de Los Vascos comprado en oferta. Serví dos copas.

—Necesito conocer a una *tabledancer*.

—¿Teiboleras? Mi amiga Ciel es perfecta.

—Me acompañas esta noche y me la presentas.

—Te va a salir en un ojo de la cara.

—No importa.

Pensé triste en que a mi madre también le iba a salir en uno o dos ojos de la cara el descubrimiento de esa mañana. Abby Soho pasó la mirada y el dedo índice sobre los lomos de los libros desordenados en las estanterías.

—Muchos franceses.

Le conté de los años que pasé en los salones del Instituto Francés de América Latina, de mi aventura perdida en la carrera de Letras Francesas, de mi pleito con la *civilisation française* y de mi fuga de las provincias galas. Me conmisere con la imagen ancestral del hombre solitario contándole sus desventuras a una puta. Para perfeccionar la estampa miserable en la que me encerré a mí mismo o quizá para evadirme de ella, hice efectivo el pago de ese día. De momento puedo decir que la inversión valió la pena, Abby Soho era una profesional en toda la línea. Me cobijé con una frase de Samuel Beckett, bajo la tempestad de la duda nunca está de más cubrirse con un gran autor: *There's not love, only fucking*. Apenas terminamos, Soho se levantó de la cama impulsada por el Dios de las putas y guardó el dinero en su bolsa. Mientras se vestía sonó el teléfono.

—Sé que la terminaste. Entrégala —era la voz de Zaldúa y hablaba de la novela—. Hoy es el aniversario de la editorial, si faltas pasarás a la historia como el roñoso mayor de nuestras letras.

—Tengo gripa, mi madre está enferma —una mentira acompañada de una verdad siempre logra que la patraña se desvanezca en el aire, pero las réplicas me derrotan, nunca me sobrepongo a las respuestas categóricas:

—Ponte una bufanda y encarga a tu santa madre con tu hermana. A las nueve, sin excusa ni pretexto.

Quiero dejar bien claro que nunca asisto a encuentros literarios. Gané el premio porque alguien me confundió, soy el burro de la flauta. Sé de memoria que esas reuniones ocurren en edificios históricos propiedad de la nación, los cheques se emiten en la tesorería federal o en la municipalidad, se habla del futuro de la novela, de la competencia entre la realidad y la ficción, se bebe a costillas del erario y, con un buen viento, en la clausura sucede algún encuentro sexual. El escritor inglés Julian Barnes relató en un cuento que a los taxistas de Fráncfort no les gusta la feria del libro anual porque las personas que se dedican a la literatura, en lugar de ir de acá para allá en busca de prostitutas, como los respetables miembros de otros congresos profesionales, prefieren quedarse en su hotel cogiendo unos con otros. No faltará quien se pregunte cómo sé todo esto si nunca asisto a congresos de literatura. Somerset Maugham decía que un escritor no necesita comerse una oveja entera para saber a qué sabe el carnero; suficiente con que se coma una chuleta. Luego, si trabaja con su imaginación, podría dar una idea bastante buena de la consistencia de un estofado irlandés. No podía evadirme, me obligaban la deuda con la editorial, mis posposiciones con Zaldúa y mi soberbia sin freno, mis ganas locas de presentarme acompañado de Abby Soho. Los escritores somos engreídos; más de una vez me he

visto bajar al fondo del pozo de la vanidad y cometer tropelías en nombre de las letras, o de la cultura, o de cualquier cosa si se trata de sentir el placer de la inmodestia.

—Te voy a llevar a un lugar verdaderamente obscuro —le dije a Abby mientras me ponía bajo la regadera.

—Te va a salir en un ojo de la cara.

Salimos a la reunión de escritores. Llevaba puesto encima todo lo que acopié ese día de mi vida: la mácula herida de mi madre, el olor desagradable de la loción de Abby Soho, la culpa con mi editor por una novela inexistente y el pecado de lujuria.

Los premios han enloquecido a los escritores y yo me incluyo en esa nave de locos. Persiguen los galardones como los adictos el siguiente pinchazo, a cualquier precio. En el salón las conversaciones giraban en torno a los grandes tirajes, la publicidad, los adelantos millonarios por novelas monumentales. Entre copa y copa nos encontramos con un esnob internacional. Abby Soho lo cautivó. Ése fue el único momento de la fiesta en que fui feliz, el minuto extraordinario en que una mentira se enfrenta a otra mentira. Nos contó una anécdota que yo le había escuchado tres veces:

—André Gide dijo que escribía para ser leído. Michel Tournier, en cambio, afirmó que escribía para ser releído de inmediato —sonrió satisfecho de su ingenio.

Zaldúa me llevó a un rincón:

—¿De dónde sacaste semejante cosa? Eres un genio. Más grande que Proust.

—Proust era gay.

—Y eso qué. Si ésta es la razón por la que no entregas estoy perdido, nunca entregarás tu novela. Dime de qué se trata para que descanse mi alma —dijo Zaldúa mitad en broma mitad en serio.

—Una serie de crímenes en la Francia de principios del siglo XIX. Un *thriller* erótico —en parte dije la verdad, pero callé que apenas tenía entre manos el boceto, trazos aspirantes sin resolución.

En algún momento de la noche Abby Soho se llevó el dedo índice al reloj. A esa hora había citado a la amiga en un *table dance*. Nos evadimos de la reunión y atravesamos la ciudad rumbo a un tugurio de la colonia Juárez. Durante un tiempo fui público obsesivo de los nuevos antros de la noche en México. Gasté una fortuna en tragos y mujeres desnudas en mis piernas. Saciado de *table dance*, un día dejaron de interesarme y no volví a pisar ni la sombra de esos sueños nocturnos.

Desde luego conocía el Manhattan, el lugar donde vería en acción y entrevistaría a una profesional del *table dance*. Todos conocían a Abby Soho, los meseros, los agentes de seguridad, los garroteros. Nadie me reconoció: mi premio se desvanecía al contacto con el tiempo. Una batalla para entrar con la grabadora. Al final, Abby la ganó presentándome como un periodista sin ánimos de chantaje o delación y me autorizaron la entrada con el aparato. Deploré que me presentara como periodista. En el Manhattan de la calle Marsella, en la colonia Juárez, cincuenta mujeres en traje de baño paseaban entre las mesas como si fueran a tomar sol en el edén. Ciento ochenta hombres y algunas mujeres sin bikini abarrotaban el salón del primer piso del edificio cuya fachada remodeló un moderno ingenio arquitectónico coronándola con la cabeza de la Estatua de La Libertad. A estas atrocidades algunos arquitectos las llaman narco tardío. Pedimos una botella de vodka, agua mineral y tónica. El que no quiera beber leña en esos

establecimientos debe pedir una botella cerrada. De la oscuridad emergieron dos mujeres, Ciel y Arlet, sus nombres de guerra. La noche imitaba una rara tela del pintor Francisco Toledo, pero sin su talento y más desordenada. Un boleto de doscientos pesos por cada baile. Ciertamente la definición más estafalaria que se haya hecho en la historia del idioma español del verbo bailar. Adquirí cinco boletos. Abby les contó de qué se trataba. Se decepcionaron. Las dos mujeres pensaron que se trataba de una entrevista para la televisión. En México lo que no ocurre en la pantalla televisiva no existe. Coloqué la grabadora lo más cerca que pude y le subí el volumen para captar las voces en el micrófono. Hablaron sin parar. No sé si ya dije que las putas son mentirosas. Entrada la noche, Ciel y Arlet me ofrecieron un baile para consumir los boletos. Abby Soho propuso un juego de una sola tirada:

—Dos para ti con Ciel. Dos para mí con Arlet. Los que ganen se llevan el quinto.

Ella ganó el último boleto y buscó una esquina oscura. Entre las sombras vi a Arlet sentada de frente y a horcajadas en las piernas de Abby Soho. La transformó de inmediato en una *topless* y le acarició los pechos, Arlet le dio la espalda, le tomó una mano y la guió hasta el resorte del bikini, la mano desapareció dentro de la tela azul. Cuando terminó la música, Abby escondió sus manos en el pelo de Arlet y le dio en la boca un beso insondable de pasiones especulares.

Abandonamos el lugar en la madrugada y atravesamos el amanecer de la Ciudad de México. Ese día amaneció a las siete y ocho minutos, los termómetros marcaban 10 grados centígrados, la noche anterior había llovido y las calles reflejaban en el asfalto las últimas luces del alumbrado público. Cuando llegamos a mi casa ejercí la letra de cambio que cobraba Abby Soho. Dirán lo que quieran, pero el condón es una monserga. Le di la mitad de lo pactado y le prometí el resto para el día siguiente.

—Te dije que te iba a salir en un ojo de la cara —me dijo mientras metía el dinero en su bolsa y yo me perdía en un laberinto de imágenes confusas rumbo a la oscuridad. La mezcla sulfúrica del sexo y el sueño produce alucinaciones.

Dormí unas horas durante la mañana. Cuando regresé del más allá, me senté a oír la grabación y a escribir. Una desgracia. El escándalo de la noche secuestró las voces, no se oía sino música irreconocible y voces de ultratumba, como si hubiera entrevistado a dos fantasmas. Reconstruí como Dios me dio a entender lo que mi memoria permitió recuperar de la noche anterior. Escribí los párrafos más caros de la historia del periodismo nacional:

Una mujer negra hizo una escala técnica en mi mesa. El amor la trajo desde Kingston, Jamaica. Tiene acento francés y cuerpo de pantera, las piernas largas, las nalgas sostenidas por un milagro del Espíritu Santo y unos pechos logrados por los avances imparables de la ciencia y la tecnología. La envuelve una extraña belleza ancestral. Estoy ante una de las bailarinas más solicitadas de la noche. Forma parte de un grupo danzante que ameniza las pausas de un programa de cómicos de la televisión. El hombre del que se enamoró en Jamaica desapareció de su vida, como si se lo hubiera tragado la tierra. Pero Ciel, ése es su nombre de batalla, encontró la pasión en México. Fue amor a primera vista. El día que Ciel llegó al Manhattan se enamoró de Arlet, una sinaloense alta, de pelo negro y anatomía exuberante. Ciel está orgullosa de Arlet, la trae a la mesa. «Me enamoré de ella desde que la vi. La seguí durante meses hasta que me aceptó. Vivimos juntas desde hace tres meses. Estamos ahorrando para poner juntas una tienda de ropa en la Zona Rosa.»

La pequeña historia costó cinco boletos y cuatro congas a precio de oro. Arlet tiene su propia trama celeste. «Trabajé un tiempo en un téibol de Guadalajara. Una noche llegó un grupo de parejas. Entre ellos venía una doctora, gastroenteróloga, casada con otro médico. Le bailé varias veces. Intercambiamos teléfonos. Me llamó tres días después. Me invitó a comer y terminamos en un hotel. Cuando volví a la Ciudad de México, la doctora me acompañó. Alquiló para las dos un departamento en la colonia Del Valle. Durante dos años vino cada dos semanas a pasar tres días en la ciudad pretextando congresos y cursos especiales. La doctora compró una cámara de video, le gustaba que nos grabáramos y luego ver las cintas. Teníamos una colección. Entonces se empezó a poner celosa de que yo bailara y tuviera amigos. Un día llegó al departamento y yo estaba con

un novio. Me dijo que no pagaba la renta para que yo metiera tipos a la casa. Se acabó el amor. Rompimos las cintas y adiós. Nunca más.»

En las entrañas del Manhattan la caricia pública es la ley del deseo. Me informo de los precios: un camerino cuesta mil quinientos pesos, promedio, más doscientos de costos invisibles, más los condones. Mil ochocientos para cruzar la frontera y entrar a la sombra íntima de la prostitución. Afuera de los camerinos, una larga línea de sillas ordena a siete mujeres semidesnudas sentadas sobre las piernas de siete hombres con la camisa desabrochada. En la penumbra, una mujer del público acaricia a una bailarina del Manhattan mientras suena un viejo himno de los años setenta cuyo título imantó a una generación de jóvenes: *Hotel California*.

Todos llevamos dentro un abismo. En esos días pensé que lo había encontrado en Abby Soho, una especie de piélagos que la vida me pagaba entonces con premeditación, alevosía y ventaja. Uno no cesa nunca de engañarse. En el mismo camino, Soho encontró su propio abismo. Cuando un anhelo se cumple, queda una vacante en el territorio de los deseos. Una mañana esa provincia amaneció con un espacio vacío. Mientras yo pagaba por Abby, ella se enamoró de Arlet, la sinaloense del Manhattan, una joven diez años menor que ella. No sólo los hombres pierden la cabeza por las jóvenes, las mujeres también persiguen la juventud y pagan por regresar a su pasado a través de otro cuerpo. Arlet se mudó al departamento de Abby; se la robó a Ciel, la pantera de Kingston, al día siguiente de la noche del Manhattan. La conquistó sin más armas que sus dos lenguas, la del beso insondable y las palabras cursis pero efectivas pronunciadas en un francés cerrado, perfecto. Las grandes pasiones surgen así, de cosas pequeñas y ridículas. Al final, a Soho la había tocado la duda del amor.

—Me dijiste que nunca habías dejado de cobrar y que en este negocio enamorarse podía ser la perdición —le recordé su voz grabada.

—No es amor, se trata de una asociación delictuosa —bromeó sintiéndose sorprendida—. El viernes te voy a llevar a un gran lugar —cortó el hilo de la plática y volvió a su negocio, a mí y al reportaje, pero una iluminación la interrumpió y dijo—: ¿Serías capaz de matar? —lo preguntaba de verdad mientras se ponía la playera, después de guardar el dinero en la bolsa.

—Por ti echo la bomba sobre Washington —quise bromear.

—En serio. Alguien que te amenaza, te hace la vida imposible, te ofende, te humilla, ¿lo matarías? —estaba parada en el umbral del cuarto, frente a una cama sin tender y un extraño acostado en ella.

—No lo sé —le respondí en serio.

Toqué a rebato la mañana en que revisé mi cuenta bancaria. Un estruendo de retiros en el cajero automático, cheques emitidos sin ton ni son, para no hablar de las tarjetas de crédito: en los cajones se acumularon cordilleras de *vouchers* arrugados, las flores amarillas de los acreedores. Ni ganándome dos premios internacionales me repondría del despilfarro, pero como tantas otras cosas me lo oculté durante algún tiempo porque, en efecto, no me conocía. Nadie se conoce a sí mismo. Me asusté y me fui a la casa de mi madre.

Después de los cuarenta años, todo hombre que cuida a su madre despierta sospechas. Éste corre a ver a su mamá porque es un maricón. Vivo solo. Esta verdad creció el río de los rumores sobre mi sexualidad, pero lo cierto es que he tenido muchas mujeres, sólo mujeres. Se dice que los que se han llevado a la cama a demasiadas señoras luego acaban teniendo hombres, como Giacomo Casanova que era atractivo para los dos sexos. Las pruebas indican que era bisexual, aunque la mayoría de sus amantes fueron mujeres mayores. Sus biógrafos afirman que en sus *Memorias* mintió sobre sus edades haciéndolas parecer más jóvenes por educación y caballerosidad. Yo creo que Casanova mintió por vanidad. Estuve casado dos años y pude

comprobar en carne propia la máxima de Chamfort, el aforista francés: el matrimonio es una mierda. Correcto, no es de Chamfort, pero esta verdad pesa cien kilos.

Mi madre leía el periódico en una lucha cuerpo a cuerpo con la vista nublada, apenas la ayudaban los gruesos cristales de sus lentes. Se acercaba el papel a los ojos para confirmar el lugar estrafalario que habitamos. La vi pequeña, doblada sobre sí misma y su pasado antiguo que aspiraba a la inmortalidad y a la finitud, a la eternidad y a la fuga inmediata del mundo de los vivos. La besé en la mejilla y vi de cerca las manchas de la vejez, las arrugas de la frente, la línea del tiempo dividiendo su cuerpo como una frontera, la delgada sombra que separa a la vida de la muerte. Me sentí desvinculado y vil, como si hubiera proclamado un secreto: mi madre se extingue. Recordé una frase de John Updike: nuestros padres forman la raíz de nuestro pasado, pero sobre todo son nuestro futuro.

—Algo pasa en México. No se puede salir a la calle sin riesgo de muerte —me dijo refiriéndose a la inseguridad, a los asaltos, a la violencia sin trámite de las calles de la Ciudad de México. En la primera plana del diario yacían expuestos el crimen y la impunidad, en ese tiempo la nota roja funcionaba como un sinónimo de la página nacional.

Le hablé alto para que me oyera, su oído derecho venía a menos:

—Investigué el asunto del nuevo tratamiento contra la mácula —no mentía, lo averigüé mientras leía la historia del burdel y me acostaba con Abby Soho—. Se trata de una sustancia inyectada en la vena. Se llama Verteporfina. Hace su efecto directo en las retinas y, en algunos casos, detiene la mácula húmeda. Hay un setenta y cinco por ciento de probabilidades de éxito. El medicamento se activa con la luz y en el ojo mediante un rayo láser. Se inyecta dos veces al año, hasta entonces puede saberse si el líquido surtió efecto o no. Las contraindicaciones son pocas, salvo que tienes que salir del consultorio totalmente cubierta y durante dos días no puedes ver la luz del sol.

Interrumpió mi discurso médico con un tajo definitivo:

—Ni loca. Dejemos que las cosas pasen como tienen que pasar —mientras hablaba se puso los lentes y el aumento del cristal me enseñó los ojos grandes, alertas, la mirada desengañada de quien ha comprado baratijas a granel en el mercado de la vida.

—No tiene que pasar que te quedas ciega —respondí con rudeza innecesaria.

—Tampoco tiene que pasar que los médicos nos engañen y nos roben. Yo también investigué. El tratamiento apenas se prueba en los primeros pacientes.

Mi madre pensaba que la mayoría de los médicos caminan precisamente a ciegas cuando se enfrentan a la enfermedad. Quizá tenía razón.

—Piénsalo —acudí al tiempo para convencerla.

—Ya lo pensé. Pasará lo que tenga que pasar —ese determinismo, esa tautología absurda logró que mi madre llegara a la más alta vejez entera y, si se puede decir, sin mácula.

—¿Tienes con qué pagar? —preguntó ríspida y profesional.

—Tengo —le respondí mientras imaginaba los montones de *vouchers* en el cajón, las fichas de los retiros del cajero automático.

—En tu casa a las once de la noche.

Abby Soho me llevó a un club *swinger*. En el laberinto del comercio sexual, el intercambio de parejas es una fantasía de oro. El virtuoso Platón pensaba que las casas de citas arruinaban la moral pública. A mediados de 1977, un empresario neoyorquino inauguró el Plato's Retreat (El

retiro de Platón), en el norte de Broadway. Un éxito espectacular. El Plato's se mudó a la West 34th Street. Cada semana, la casa ofrece a seiscientas o mil parejas los sueños del *partouse* (en todas partes) francés, el negocio del *swing*, la ley del intercambio. Pobre Platón.

Nuestro Plato's Retreat ocurría en los márgenes de la modestia. Atravesamos la medianoche por avenida Reforma. Nos dirigimos a un edificio de la calle General Prim número 9, casi esquina con Bucareli. No había marquesina, nada en el exterior del edificio develaba los interiores. Vista de frente, la fachada del club *swinger* evocaba imágenes de antiguas accesorias en el viejo Centro Histórico de la Ciudad de México. A la luz del día, la puerta metálica del club podría ser el umbral de un expendio de fanales, tapones para llantas, espejos retrovisores. El portero de noche nos previno:

—Adentro ustedes pueden recibir alguna propuesta de una pareja. No tienen que hacerlo si no quieren.

Caminé por un pasillo oscuro con Abby Soho. Las escaleras que conducían al primer piso desembocaban, al final, en un amplio salón. El techo de bóveda, de unos cuatro metros de alto, cruzado por curvas de vigas metálicas, le daban al lugar un aire de intemperie, a la mitad de camino entre lo público y lo privado, una atmósfera de estación de tren, de escala técnica, de viaje. En penumbras y bajo un escándalo de discoteca distinguí figuras sin contorno cumpliendo las reglas de una sexualidad desahogada. Mis ínfulas periodísticas registraron ochenta y nueve parejas a punto de la ebullición. Abby recibió tres propuestas de intercambio. Tal vez más tarde, repitió como un conjuro, santo y seña de su dominio de la penumbra. Sólo al final, cuando la noche exigía combinaciones y mezclas en un cuarto en tinieblas, Abby cedió a las caricias de una mujer. La observé de pie en un triángulo negro de la habitación. Mientras presenciaba la escena pensé que un día la visión de mi madre sería así, un teatro de sombras en movimiento.

Esa madrugada escribí estas notas:

Veo entre las tinieblas la fantástica realidad de la escena. A mi lado, una mujer le realiza a su compañero una felación a toda orquesta. Dos mesas más allá, dos mujeres se acarician. Más acá, dos parejas se anudan y hacen un amor extraño en la intimidad de su mesa. De pronto decido que son actores que el dueño ha colocado en sitios estratégicos para estimular al público. Me equivoco: no son actores, son verídicos *swingers* de la noche. En el salón, el secreto se vuelve público y, a su vez, lo público se vuelve secreto. Ésta es la persuasiva ilusión del club *swinger*.

Un golpe de luces ilumina la pista de baile. Tres hombres arrebatados a la disciplina de la halterofilia aparecen en compañía de una mujer. Por los altoparlantes una voz le recomienda al público el uso del condón y un poco de reserva: «No le dé a cualquiera su dirección o su número de teléfono». No deja de ser una ironía encomendarle discreción a los asistentes. En la pista del club, los hombres del gimnasio se ponen sus respectivos condones y luego, como si los grabara una cámara, efectúan un trío no del todo ágil en su expansiva verosimilitud. Una mujer del público se transporta al escenario ante la instigación de uno de los actores. Los aplausos la impulsan, lo mismo que a otras y otros asistentes. Ya sobre el escenario, se intercambian en parejas breves. Más tarde me daría cuenta de que en ese momento terminaba la primera mitad de la noche.

El progreso *swinger* ocurrió rápido, entrecortado, en muchas etapas concisas y en tinieblas. Bailando en la oscuridad, los nuevos dúos se acarician, algunos forman tríos o binomios cuadrados perfectos. Hay algo de álgebra en las incógnitas que se despejan en la pista. Los *swingers* construyen, poco a poco, un muégano lascivo, paradójicamente impenetrable: una masa de hasta cincuenta *swingers* en acción. En un extremo de la pista dos parejas se quitan la ropa. Una de las mujeres se arrodilla para incidir, con un eficiente *cunnilingus*, en la otra. En poses hieráticas, ubicados atrás de ellas, los varones respectivos avalan la escena. Estas parejas implantan en su vida una secuencia que yo sólo había visto en una película de título inolvidable: *Debbie Does Peggy*. La trama de esa película la perdí en mi memoria.

Entre las dudas que despertaba la penumbra y el humo teatral que todo lo abrumaba, no reparé en que el salón quedó vacío. Muy pocas mesas conservaban a sus protagonistas. Me sofocó la idea de un éxodo secreto, como el misterio de una civilización que desaparece sin explicación. Unos mayas de la vida sexual mexicana.

Entonces descubrí la puerta negra. Al fondo del salón, una breve escalera conducía a otro espacio. Una pareja tomada de la mano caminó hacia el fondo oscuro. En un sala acondicionada con sillones de consultorio odontológico, mucho más pequeña que el salón de abajo, estaban los desaparecidos. Me senté en un sillón; percibí un atisbo de desconfianza ante la presencia de

alguien —yo mismo— que había roto cierta euritmia *swinger*. Ahí descubrí otra puerta negra. En la antesala las parejas se ponían de acuerdo, se acariciaban, formaban tríos, en fin: más ecuaciones de segundo grado, más cuerpos en operaciones algebraicas. Borges anotó que no había más de cuatro o cinco grandes metáforas; lo mismo ocurre con el sexo. Un *déjà vu* desata las imágenes. En una mesa de centro adaptada como estrado, un hombre imputaba un largo *cunnilingus* a una mujer mientras ésta besaba a otra que la sostenía cerca del pecho como en la imagen de un óleo florentino. Hay un rumor de sociedad secreta, de iniciación ritual. Recordé la novela de Arthur Schnitzler, *Relato soñado* y, en especial, el momento en que el médico vienés se filtra con engaños en una orgía ritual. En el cine, Stanley Kubrick mandó a Tom Cruise a una secuencia cinematográfica que vale toda la película *Ojos bien cerrados*. Pero aquí es General Prim número 9, no hay médicos vieneses en la antesala del momento culminante. Más allá de la última puerta negra espera un *dark room* en donde ocurre la cúspide de un intercambio masivo. La unánime orgía final. Las parejas desaparecen por la puerta negra y otras emergen de la oscuridad.

De regreso a la intimidad de la mesa, se me ocurre que los escritores modernistas mexicanos que fundaron la noche de la Ciudad de México en el año de 1901 no se sentirían incómodos en el club *swinger*. Imaginé a José Juan Tablada en la penumbra del año 2005, un siglo después, escribiendo un poema titulado «*Dark Room*».

Ordeno un whisky cuando la música vuelve con más fuerza y la luz aumenta su intensidad. Han regresado los *swingers*, pero según mis cuentas están más cerca de la lasitud que del entusiasmo. No pude averiguar por qué. Mi cuarto de hora de vida secreta había terminado.

En los días en que intentaba sacar adelante la crónica guiado por la mano experta de Abby Soho leí en *El Universal* un relato sobre la complicidad de la prostitución y el hampa. Dentro de la red delictiva de los tugurios ocurren asaltos a la vista de todo el mundo, uno de los más comunes se desliza entre los pliegues de la euforia. En la hora más alta de la noche, una puta vierte gotas oftálmicas en los tragos. Ingerida, la sustancia provoca alucinaciones, adormecimiento y al final sueño profundo. Mientras los clientes son drogados, los cómplices los roban y saquean las tarjetas de crédito. Para los desconfiados existe otro método: la puta moja los pezones y las areolas en el líquido. El diario daba noticia de cinco hombres sin suerte: «Se han registrado 17 casos en el año sólo en la Delegación Cuauhtémoc. El móvil principal es el robo, pero en cinco ocasiones las víctimas no resistieron la combinación de la droga y el alcohol y padecieron un síncope respiratorio en la habitación de un hotel de paso». Se despidieron de este mundo dormidos después de atravesar el umbral del deseo. En su búsqueda de infiernos y paraísos, los jóvenes descubrieron esa sustancia para internarse en la neblina de la alteración de los sentidos. Las gotas se llaman Refractil, las mismas que el médico le recetó a mi madre, dos en cada ojo por la mañana le aclaraban la vista durante un tiempo. A ella le daban una luz momentánea, a ellos la penumbra del sueño y el riesgo de la muerte.

Perdí a Abby Soho en la frontera *swinger*. Para algunas cosas prácticas soy un estúpido, nunca le pregunté dónde vivía. La voz en el teléfono repetía el mismo mensaje: «Hablas al celular de Abby Soho. Si quieres un servicio déjame tu número». Le mandé varios correos electrónicos que nunca contestó. Las prostitutas no sólo son mentirosas, aparecen y desaparecen como lunas de invierno; la prestidigitación les compra seguridad y les sirve para emprender nuevos negocios. Ella sabía todo de mí y yo nada de ella, salvo su cuerpo espigado. Así renunció Abby Soho al negocio redondo que me tenía al borde de la quiebra.

Decidí olvidarla y avanzar sin ella. Inventé nuevos caminos siguiendo anuncios de la prensa. Leí éste: «Gea Swinger. Excitante fiesta sin límite. 5788-0981. Solamente parejas».

Me dejé arrastrar por la tentación:

—Vi tu anuncio en el periódico.

—¿Vienes solo o con pareja?

—Solo.

—Se trata de una fiesta en una casa particular. Necesito tu nombre y tu teléfono. Después te damos la dirección. Tienes que pagar trescientos pesos. Nosotros ponemos la bebida y la música.

Como a las once empiezan los intercambios.

—¿Puedo saber en qué rumbo de la ciudad es la fiesta?

—Una casa en la colonia Aragón.

Como el sexo, el periodismo también tiene un límite. Le respondí como se les contesta a los vendedores de mercancía robada:

—Te llamo más tarde. Gracias.

Probé de nuevo mi suerte: «Abadía Club. Rompamos lo único rompible en estos días, la soledad. Damas aburridas, parejas rutinarias, caballeros nostálgicos. 5286-8346».

Me sorprendí incluyéndome en el tercer género. Marqué el número telefónico con idéntico resultado que la ocasión anterior. Una fiesta en una casa particular en la avenida Politécnico Nacional número 5130. De nuevo, me ajusté a los límites. Abandoné la tarea, todo pintaba para un fracaso rotundo. Yo mismo me perfilaba para la rotundidad del fiasco.

No rendí la plaza. Seguí por otro camino el asunto de la crónica y me concentré en un libro de varios libros: *Grafitos amorios pompeyanos*, *La velada de la fiesta de Venus*, de Reposiano, y *Centón nupcial*, de Ausonio. El Vesubio sepultó a Pompeya en agosto del año 79 después de Cristo. Las excavaciones para recuperar la ciudad se iniciaron en el siglo XVIII y permanecen inacabadas. Una de las fuentes principales para el conocimiento de las costumbres pompeyanas son los grafitos escritos al carbón o con pintura en los muros de la ciudad. Se han recopilado más de diez mil y los investigadores los han fechado entre el 62, año del terremoto que anunció el cataclismo, y 79, fecha en que la lava y las cenizas sepultaron las ciudades de Pompeya, Herculano y Estabia. Consumidos los libros y las tablillas, quedaron los grafitos y, entre ellos, los amorios, escritos muchas veces bajo la influencia de Virgilio, Propercio y Ovidio.

Durante las excavaciones que recuperaron una parte de la ciudad de Pompeya apareció este grafito escrito al carbón, uno de los diez mil mensajes que aparecieron escritos en los muros: «Fortunato lame el coño». Dos mil años después, no sabemos si se trata de contumacia, afirmación despechada de una mujer o confesión desinhibida de este misterioso Fortunato. Lo que sí se sabe es que forma parte de esa gigantesca página web del sexo en que convirtieron su ciudad los pompeyanos. Me detuve en otro grafito: «Restituta, de complacientes maneras. Soy tuya por dos ases de bronce». Si viajara en el tiempo, Abby Soho podría firmar este mensaje. Somos los Fortunatos y las Restitutas de nuestra época y quizá no quedará de nosotros más que un breve mensaje escrito en la noche. A todo el mundo le gusta citar la línea de Quevedo: «sólo lo fugitivo permanece y dura». A mí también. Cuando terminé de leer, me senté en la computadora y escribí este breve grafito moderno dirigido a abiso@yahoo.com.mx:

Todavía no termina la noche. ¿Dónde te metiste?

G.

No tuve respuesta. Entonces ocurrió lo inaudito. Cuando subrayaba los grafitos amorios sonó el teléfono. Pensé en dos mentiras para enfrentar a Zaldúa. No era él:

—Escúchame bien: vas a poner en un sobre cincuenta mil pesos, en billetes de doscientos...

—¿Quién habla? —pregunté desarmado por la sorpresa.

—Te callas, pendejo. Llevas el sobre a la esquina del Angus de la Zona Rosa y se lo entregas a un hombre de chamarra verde. Si no llegas a las tres de la tarde te secuestramos, cabrón. ¿Oíste bien, pendejo? Ni se te ocurra la policía. Tenemos la dirección de tu mamá, pendejo, ¿entendiste, pendejo? —colgó el teléfono.

Había una suficiente dosis de realidad en la voz para ser una broma. Un golpe de azares me transformaba en un simple número de la estadística. En ese tiempo, el secuestro en la Ciudad de México alcanzó cifras espectaculares. Hubo secuestros grandes, de millones de dólares; muchos más pequeños y vertiginosos incluyendo la extorsión telefónica. Siempre que se aclaró alguno de los delitos, la policía formaba parte del crimen organizado. Puse todas las llaves de la puerta y la atranqué con el respaldo de una silla. En situaciones así uno hace estupideces. Llegué a la orilla del sueño al amanecer. Soñé que me quedaba ciego. Desperté a las once de la mañana y tardé una eternidad en saber de qué se trataba mi vida.

El gerente del banco, un cretino, no leía periódicos ni veía la televisión. Pensé que me preguntaría si yo era el escritor de aquel premio importante. No quería darme mi dinero. Hizo varias llamadas, me hizo firmar una carta en el cual el banco se deslindaba de cualquier responsabilidad. Al final un cajero puso en el mostrador una pila de billetes. Ahora me asaltan cuando ponga un pie en la calle y me jodí para siempre, pensé mientras guardaba los billetes en un sobre grande. A las tres de la tarde yo cargaba bajo el brazo un paquete lleno de dinero y no había nadie con una puta chamarra verde en la esquina de Hamburgo y Copenhague. Salió de la nada. Se me acercó y me dijo:

—Dámelo.

Un hombre de chamarra verde se perdió con mi dinero entre la gente y el tráfico comercial de esas calles. Regresé caminando a mi casa repitiéndome hasta la obsesión una verdad sin vuelta de hoja: soy un estúpido.

Uno hace cosas sin saber. Una noche de inquietudes vagas y perentorias volví al Manhattan. Compré cinco boletos y llamé a Ciel. Le pregunté por Abby Soho bajo el escándalo de la música. No sé cuánto tiempo tardó la negra en contarme la historia. Insertaba frases jamaíquinas en su español de erres reptando en el paladar. Arlet formaba parte de una red de prostitución manejada por un comandante de la policía judicial. Me dio el nombre y quise olvidarlo pero no pude: Arsenio Estrada. Arlet era su mujer. A Abby Soho la secuestraron al día siguiente de la noche en que me llevó a conocer el club *swinger*. Apareció muerta tres días después en un canal de Chalco. El tiempo y la corriente de las aguas negras la trajeron desde el fondo hasta la superficie. Quise entender lo incomprensible: Soho rompió dos reglas básicas que ella se sabía de memoria. La primera, no enamorarse; la segunda, que en su profesión el silencio conserva el trabajo y la vida. Les recuerdo que tengo grabada su voz carcomida por las noches en vela. Abby Soho se enamoró y se fue de la boca. La abandonó el Dios de las putas. Según la negra, Estrada dirigía a una banda de secuestradores. El verdadero autor intelectual de los secuestros daba órdenes desde la prisión. Un lodazal de ilegalidades, la bola de la ruleta en el casillero del siete negro.

Nadie sabe cuántas realidades pueden ocurrir al mismo tiempo. En una de ellas yo había sido el gozne de la puerta que se abrió para Abby Soho cuando la vi en la pantalla de la computadora, un instrumento de su destino. Sin mí, ella no habría desafiado a las sombras la noche en que conoció a Arlet y se perdió en una espiral de coincidencias trágicas. Por lo demás, la trama de mis deseos tal vez le salvó la vida a Ciel. Según dijo la negra, Arlet fue transferida a un tugurio de Guadalajara.

Dormí cuatro horas. Desperté acosado por presagios negros. El día se negaba a amanecer, caminé a oscuras rumbo al club bajo la sombra de admoniciones funestas. No sé nada de marcas

de coches, pero puedo asegurar que un automóvil blanco me siguió durante varias calles. Nadé un kilómetro y medio. Terminé mi rutina sin aire. Al final me hundí hasta el fondo. Desde abajo vi el techo de agua atravesado débilmente por la luz de una mañana nublada. Recordé los versos de *El cementerio marino* de Valéry. Cuando regresé a casa leí este sexteto traducido al español por Jorge Guillén, la figura del ahogado mirando hasta la eternidad un techo de agua: «Masa de calma y visible reserva, / Agua parpadeante, Ojo que guardas / Bajo un velo de llama tanto sueño, / Mi silencio. En el alma edificio, / Pero cima de oro con mil tejas, Techo.» Si salvo estas líneas, de esos días conservo negaciones definitivas: mi madre no aceptó el tratamiento para la mácula; desde luego no entregué la crónica, la abandoné a la mitad. Mi reputación oscila entre la del mentiroso y el pillo. Nunca devolví los viáticos que me dio el periódico. Mi editor pregunta todavía por la novela, yo le digo que avanzo a grandes pasos.

En otra de las realidades admisibles, una tarde después de la comida salí a caminar antes de sentarme a escribir la novela. No he dicho que regresé a la trama francesa del siglo XIX. Era un día luminoso en la ciudad, como se veían antes de que acabáramos con ella. En un crucero agitado la vi de lejos con la claridad que sólo tiene la fuerza de las revelaciones repentinas. Abby Soho caminaba acompañada de un hombre. Vaqueros deslavados, una playera entallada, una chamarra de mezclilla. Esa tarde calzaba botas de ante crudo. Me sentí humillado y ofendido. Dicho sea de paso, la verdad, Abby Soho cogía como una diosa.

No lo duden: la crónica es un género diabólico.

El día en que Emilia Nájera abandonó la luz y se adentró en la sombra, yo estaba en el Hipódromo de Las Américas con Cecilia Montes. Nunca fui un apostador profesional pero, como todos, he buscado el dinero milagroso desprendido de la suerte. Al principio apostaba como los novatos, al segundo o al tercer lugar. Cuando aprendí un poco le puse dinero sólo al ganador. Muy pocas veces jugué una quiniela o una trifecta, en especial si se trataba de un caballo poco favorecido por el público. En esa apuesta se gana mucho o se pierde todo. Estaba apostando por *Noche de Pigalle* cuando recordé la máxima que dice que el Yo es un caballo de carreras en un ascensor. En cierto sentido era el apotegma de mi vida.

Faltaban diez minutos para cerrar las apuestas de la octava carrera. Los especialistas sentenciaron que habían pasado los mejores tiempos de *Baby Jane*, una yegua fogosa con altas probabilidades de éxito en el terreno seco de una pista rápida. En lo alto se extendía una tarde de sol a rajatabla en la Ciudad de México. Aunque los momios no la favorecían, desestimé el consejo de los eruditos y fui con todo a su favor. Contreras en el sillín lo garantizaba, un jockey que nunca aceptó una negativa del caballo en que iba montado, blandía el fuste de los maltratos sin compasión y le arrancaba al animal hasta el último suspiro. *Baby Jane* salió cuarto y se mantuvo en esa posición la mayor parte de la carrera, pero en el tramo decisivo de la milla rodeó a sus adversarios y atravesó la meta derrotando a *Amor Brujo* por una nariz en un final de fotografía. Entonces sonó mi teléfono. La primera invasión fue en el árbol biliar. El colédoco cerró el tránsito provocando ictericia. La ocupación adelantó sus fuerzas al hígado, destruido en su mayor parte. Nadie vive sin ese laboratorio en funciones y sin la tubería despejada.

—Todo maligno —me dijo Espitia—. Nada qué hacer.

Apreté la tecla *end*.

—¿Se puso mal tu amiga?

—Mal —repetí la palabra buscando en el programa de la tarde al favorito de la siguiente carrera.

—¿Nos vamos?

—Nos quedamos. *Sexy Legs* a primer lugar —le dije mientras contaba los billetes de la apuesta.

En la cola de la taquilla recordé la última vez que vimos a Emilia Nájera dentro del aro de la vida. Estábamos en una de esas reuniones donde los amigos de generación enseñan fotografías y videos de hombres y mujeres delgados, en plena juventud, pedazos de tiempo irrecuperables en los que nadie se reconoce. Nos disputamos el ascenso al falso pedestal de los cincuenta años observando con el abanico de la vanidad nuestro pasado. La verdad es que en esas imágenes antiguas parecemos perdidos, infelices, bastante cretinos por cierto. Llevábamos un estandarte de pretensiones altaneras a ninguna parte. Espitia ante la videocámara veinte años atrás: «Los triunfadores pierden lo que los vencidos ganan». Una pena aquel extraño overol para protegerse del fango de los fracasos. Cuento esto para decir con otras palabras que esa noche hubo tragos y música de nuestros tiempos, que bailamos y entonamos algún himno (desde luego los Rolling

Stones, *As Tears Go By*), un jirón de los días de gloria, si se le puede llamar gloria a los sueños en que dejamos arder la juventud. Ayudados por el alcohol evadimos a la vida ineludible, y al amanecer nos despedimos sin saber que Emilia había llegado a la cima de su vida.

La potencia resistente de *Sexy Legs* apenas alcanzó para el cuarto lugar en la novena corrida de la tarde. Rompí los boletos como corresponde al rito perdedor de las carreras de caballos. Habíamos tomado sol en las gradas y bebido tequila con cerveza en el bar del hipódromo. Me sorprendió la exactitud del mundo, esa alegoría matemática acerca de la pérdida como el principio de una espiral de pérdidas. Esa tarde empecé a vivir bajo las leyes de ese caracol.

—¿Te excitan los caballos? —me preguntó Cecilia al borde del quinto tequila.

—Cero.

—¿Las yeguas? —insistió.

—Tampoco.

—¿Qué te excita?

—Vamos a tu casa y te digo.

—Empieza ahora.

Empecé lo que había iniciado semanas atrás. Durante la penosa enfermedad de Emilia Nájera hice cosas extrañas. No la menor de mis extravagancias en esos días ardientes fue la de enredar mis cuerdas en una mujer quince años menor que yo, Cecilia Montes, una instaladora que se ganó a pulso alguna reputación en las aspiraciones del arte alternativo. Emilia se moría en una cama de enfermedad terminal mientras yo me olvidaba de la tragedia en un cuerpo joven y me perdía entre los deseos en llamas de los apostadores. Si hago un esfuerzo y entro al túnel de la memoria, sólo se me ocurre una frase inestable: todos algún día hemos querido caminar sobre el agua.

Conocí a Cecilia en un bar siguiendo una cadena de coincidencias. Una amiga de los amigos de un amigo. La encontré a la salida del baño y le hablé de un *performance* que ella había montado años atrás. Fingí interés. Las cosas que hace uno para llevarse a una mujer a la cama. Le recordé su obra mayor: desnudos de mujeres, frutas tropicales partidas por la mitad simulando órganos genitales femeninos, alguna queja más bien incomprensible contra los políticos del momento. La parte artística consistía en que la crítica social estaba escrita con su propia sangre en los muros. Metía la aguja en el brazo, llenaba una jeringa y luego escribía sobre las paredes mientras la rodeaba un cuadro plástico formado por cuerpos en gran confusión. Durante la temporada se sometió a un tratamiento de vitamina K pues gastó mucha sangre en sus mensajes contra el gobierno. A mí los instaladores me parecían un grupo de cretinos subidos en una plataforma. No sé por qué, pero así me los imaginaba, todos montados en una plataforma.

Nos sentamos aparte y hablamos. Contarle desdichas a los desconocidos alivia más que el diálogo con los íntimos, el relato anónimo magnetiza a través de grandes revelaciones sin rostro. Los borrachos lo saben, por eso se confiesan en las barras de las cantinas mientras se demuestran a sí mismos que la verdad es una mentira.

Departamento en un octavo piso. Elevador. Intercambio de cortesías con una vecina. Decoración minimalista. Todo en blanco, un detalle de color significaba un escándalo.

—¿Te gusta el *bondage*?

—¿Amarrar, amordazar?

- Y maltratar un poco. Hasta donde el otro lo permita.
—¿Y si se te pasa la mano?
—Mala tarde.
—¿No hay un menú menos fuerte? Tengo alto el colesterol.
—Odio las dietas.

Cada quien se engaña como puede. El *bondage* se inventó casi al mismo tiempo que el fuego, una versión del sadomasoquismo que busca el placer a través del dolor y la destrucción del cuerpo. El primer *bondage* de la historia se lo imputó Nerón a los súbditos. Cuando el emperador había agotado las combinaciones finitas del placer, su juego favorito consistía en salir de una jaula cubierto por la piel de un animal salvaje. La fiera simulada atacaba los genitales de hombres y mujeres atados a estacas. Cansado, dueño absoluto de la flor seca del deseo cumplido, Nerón le pedía a Diróforo, su esclavo liberto, que le arrimara una golpiza y le hiciera el amor. Petronio, por cierto, le organizaba las francachelas al emperador. Si le creemos a Suetonio, Heliogábalo tuvo el sueño de ser mujer, incluso pidió la intervención de sus médicos para transformarse. El sueño imposible de Heliogábalo terminó en un arte dramático. Se encerraba en un burdel tocado con una peluca para actuar el papel de una mujer infiel a quien descubre y castiga su marido con el placer del dolor. Nadie es original, no existen los pioneros, antes de Cristo ya se torturaban unos a otros en sectas criminales. Con el tiempo vinieron el cuero, las cadenas y las botas negras, la emoción arrasadora del militar, la fría decisión del verdugo armado de instrumentos de tortura como las argollas, el látigo, las esposas de metal, el garrote, el hierro candente.

Cecilia Montes puso música. Era un grupo de éxito y culto entre los jóvenes de entonces llamado Radiohead, rock duro, rotundo en tensiones eléctricas. Desde luego, Cecilia no vivía en el planeta de mi edad. Habitaba en un astro joven insurrecto contra el dominio del pasado y cualquiera de sus representaciones. Odiaba a los padres, a la historia, al ayer, incluso la memoria le parecía un desperdicio de energía ante la promesa del porvenir. Mientras asimilaba la discordia musical, pensé que cuando su madre le cambiaba los pañales yo escuchaba *Band of Gipsys*, el legendario disco de Jimi Hendrix y Buddy Miles.

Frente al ventanal del octavo piso algunas luces se fugaban de la oscuridad del bosque de Chapultepec, un parque moribundo que a los habitantes de la Ciudad de México les gustaba llamar bosque. La mañana de ese día estuve con Emilia. La enfermedad le arrancó siete kilos y la despojó de la fuerza para caminar sin ayuda. Una enfermera le inyectaba cada seis horas un sucedáneo de morfina para abrir el cerco del dolor. Cada palabra parecía culminante en su lentitud; despeñaba la mirada en el abismo, como si ya no hubiera nada más que ver en este mundo. En su última incursión al hospital le atravesaron el hígado con un alambre para improvisar un conducto por donde drenaran hacia el exterior los líquidos hepáticos; debajo del esternón salía una manguera cuyo depósito era una bolsa abrochada con cintas a la pierna. No pude recordar el libro donde leí que si algún mago ofreciera hacer realidad un deseo, uno tendría que pedir una botella llena de voces que resonaran en algún lugar querido de la vida. Abrí la botella:

—Medio siglo es suficiente y a la vez nada, pero te aseguro que si pasaras la frontera de los cien años pensarías lo mismo. Existe una cuarta dimensión, la del dolor —me dijo Emilia mientras le pedía a la enfermera una nueva dosis intravenosa del brebaje de analgésicos que le recetaron los médicos antes de mandarla a su casa a esperar la muerte—. Durante el día se

puede ganar la batalla contra el dolor, pero la guerra contra la angustia se pierde en la noche. En la oscuridad estás dispuesto a darlo todo, incluso la vida, para evitar el miedo.

En algún momento de esos días sin remedio, Emilia me dijo que una mañana, durante unos segundos, se vio desaparecer frente al espejo, borrada por la esencia transparente de sus males. No se equivocaba, la enfermedad perfecciona el mecanismo mediante el cual lo invisible eclipsa lo visible. Tenía razón, el miedo nos hace morir dos veces, como decían los estoicos (y Quevedo), y la peor de esas dos muertes es la del miedo, cuando vivimos por anticipado, con todo el lujo cruel de la imaginación, la muerte verdadera.

Tiempo atrás podía oír todas las estridencias eléctricas del rock sin que me afectaran. Al contrario: un decibel más era un grano de azúcar. Ahora el enjambre metálico me fustigaba como si fuera un abuelo de noventa años. Bajé el volumen. Frente a mí estaba Cecilia desnuda, en la mano traía dos mascaradas rojas y una especie de bozal con una bola de plástico en el centro. Cuando la abracé me dijo:

—Muérdeme.

La mordí suave en el hombro.

—Más fuerte.

Le dejé marcados los dientes.

—Amárrame y tápame la boca. Si quieres puedes pegarme.

Había en su voz una textura ríspida. La até con las manos arriba de la cabeza y le coloqué la tira de cuero alrededor de la nuca y el mentón, acomodé la esfera en la boca. Un momento de oscuridad, el umbral de la duda. Me perdí en su cuerpo y entré en ella, luego la puse boca abajo. Cecilia tenía cicatrices en la espalda. Recuerdo que la desaté, le quité el cuero de la boca e hicimos un amor simple y ancestral. Cuando me iba me dijo:

—No importa si no te gusta el *bondage*. Por cierto, no te espantes por las marcas. Hace tiempo, en una instalación estalló un reflector y los vidrios me hirieron la espalda.

No le creí.

Todas las mañanas visitaba a Emilia. En algunas ocasiones la acompañamos en su habitación tres amigos de la antigüedad, Espitia, Norma Treis y yo, pero ella estaba sola en el mundo. En esa hora supe que el dolor es intransmisible. Para entonces se había convertido en una sombra, un interior absoluto. En tres meses pasaron por ella veinte años. Más que a sí misma, se dedicaba a la enfermedad. Sabía de memoria los nombres y los horarios de todas y cada una de las muchas medicinas que tomaba, reconocía con exactitud el origen de una punzada, la sorpresa de un mareo, la aparición de un nuevo síntoma. El exceso de medicamentos controlaba el dolor, pero la aturdía. Ocurrió varias veces: después de dormir por la tarde aseguraba con la necesidad que sólo tienen los enfermos que había amanecido en un nuevo día. Intentamos traerla al mundo terrible de los vivos. Le hablamos del tsunami de Sumatra, del terrorismo en Irak, de los escándalos de corrupción que envolvían la vida pública mexicana, pero Emilia se internaba en el túnel final.

—Lo más difícil es imaginarse la oscuridad, la nada. Pasar el umbral debe ser más fácil. Espero contarles —bromeaba Emilia hablando del último momento de su vida y el primero de su muerte—. Qué envidia de quienes creen en Dios y en el alma —nos dijo con la mirada en el vacío, desconectada del lenguaje—: Me tocan los antibióticos. Me preocupan Mario y Lorenza. Además, existe el amor, claro, y su enemiga la vida.

Citaba una línea de Jean Anouilh que le gustaba repetir con ironía cuando ocurrían cataclismos del alma. Todas las veces que Emilia pronunciaba el nombre de su marido y de su hija se perdía en las tinieblas. Días atrás dejó de comer, se levantaba de la cama sólo para sentarse en un sillón y la alimentaban por vía intravenosa. Su patrimonio era el mundo lejano de la sedación. Nadie sabe bien a bien qué es la conciencia, pero Emilia se deslizaba entre los pliegues de la realidad dueña todavía de las armas de la lógica. Encerrada en sí misma, se enfrentaba a los maltratos de la vida diaria, a las agujas en la vena, a la cadena de la sonda y al ataque de las inyecciones en los brazos. Un hachazo le mutiló las escaleras, las ventanas, los espejos, emblemas de lo imposible. Traigo aquí el minuto difícil en que Emilia nos mandó un mensaje del más allá:

—Cuando no pueda ir al baño, me dejan en paz. No quiero sufrir horas extra.

Pensé en Cecilia. Usaba calzones y brasier negros de encajes, le parecían una representación perfecta de sus deseos. Cuando se los quitaba yo me sentía mejor, no me gustan los calados. El método de nuestra intimidad se desdoblaba en dos actos incompatibles. En el primero fingíamos una sesión sadomasoquista, con las mascadas rojas, el cuero en la boca, el acto simulado del dominio y la sumisión; más tarde, abríamos una puerta retrógrada cogiendo en la posición del misionero. A Cecilia le gustaba hablar. Eso me encendía más que los artefactos que traía a la cama. Involucramos al hipódromo en nuestra rutina. Las carreras de caballos funcionaban como un poderoso filtro erótico. Ovidio sabía de esto, por eso recomendaba no perderse nunca una tarde en las carreras. Si lo piensan bien no suena tan absurdo; en ese lugar hay competencia, riesgo, fuerza animal, emoción, desahogo y dinero. Si alguien me demuestra que el sexo no contiene estos ingredientes, me retiro para siempre de los hipódromos. Por algo las corridas hechizaban a Proust, a Zola, a Faulkner. El pesado de Hemingway les decía a los jóvenes escritores que aprendieran a escribir leyendo los boletines de la carreras.

Después del amor, Cecilia se abandonaba a sí misma y preguntaba cosas, tenía manía por las preguntas, desde las más absurdas hasta las que no tienen respuesta. ¿Venirse es parecido al momento de la muerte? ¿Cuándo se inventó la cama? ¿Los gatos ven en colores? ¿Qué ven los vivos antes de morir? A sus preguntas yo oponía un silencio sostenido en la duda acerca de la escuela de embrollo donde pasó su infancia. Una tarde empezamos una conversación desordenada y confusa sobre el dolor y el placer. Le conté de Nerón y de Heliogábalo. Los romanos sirven mucho para ilustrar las penumbras de la intimidad, las mayores bajezas son romanas; los griegos, en cambio, son útiles para ejemplificar la altura del espíritu, la voluntad del conocimiento. Traje mi bolsa romana y saqué algunos trebejos.

—El perro mundo siempre fue así —le dije mientras fumábamos desnudos en la cama—. Una multitud de prostitutas se reunía en los burdeles cercanos al Circo Máximo de Roma para abordar a los hombres que salían excitados por el espectáculo de los gladiadores, la sangre, las mutilaciones infringidas por las fieras en la arena. Todo ocurría bajo el hechizo del ritual. Los romanos eran especialistas en formas de tortura ceremonial, cada ejecución se acompañaba siempre del flagelo. No conozco sadismo mayor que el de Calígula cuando decía: «Azótenlo para que sepa que está muriendo». El emperador era un demente epiléptico, pero sabía lo que le gustaba no sólo a su círculo íntimo sino a toda Roma.

—¿Cómo sabes eso? —preguntaba Cecilia desconcertada mientras intercambiábamos caricias.

—Soy maestro de historia —arrojé al aire la fanfarronada mientras le besaba los pechos.

Muchas veces la intimidad nos vuelve cretinos. Seguí los pasos de mi falsa erudición:

—El primer *performance*, la primera gran instalación de arte alternativo se la debemos a Vitelio, un apasionado de la crueldad. Le gustaban los horrores del circo y presenciar los interrogatorios con tortura. Era un gastrónomo notable e inventó un plato, El Escudo de Minerva. Consistía en hígados de peces loro, sesos de faisanes, lenguas de flamenco y entrañas de lampreas. Después de comer tenían largas sesiones de *bondage* que actuaban ante un público selecto.

Cecilia no sabía quiénes eran Nerón, Heliogábalo, Calígula, Vitelio.

La puerta de la agonía se abrió para Emilia el día en que la policía vino a buscarme a la casa. Me preguntaron si conocía a Cecilia Montes. Como Cecilia no abría la puerta, la vecina entró con una copia de las llaves. La encontró inconsciente en la cama. Estaba desnuda y golpeada con saña, atada con mascadas rojas y con una tira de cuero en la boca. Llamó a la policía. La hospitalizaron de emergencia. Ingresó en terapia intermedia del Hospital Ángeles. Los agentes encontraron en el clóset esposas, agujas, ligas, cadenas, velas, botas de tacón alto y disfraces de cuero. La vecina buscó mi nombre en la agenda de Cecilia; en su primera declaración yo aparezco como su novio. Estaba metido en un problema grande. La noche anterior la vecina me vio entrar a su departamento. Soborné a los policías y los convencí con sofismas estúpidos de que se trataba de una venganza en la que yo resultaba el más afectado. Me indigné y utilicé la palabra *repugnante*. Les compré cinco mil pesos de tiempo para mis asuntos.

—Nosotros no hemos venido, pero vendrán otros. Mire: la culpa es de las mujeres, nos obligan a la locura. Si yo fuera usted, desaparecería —me dijo mientras tomaba el dinero no el más generoso sino el más corrupto de los dos policías.

Tomé un taxi rumbo a la casa de Emilia Nájera.

Alrededor de la cama estaban su esposo y su hija, Norma Treis, Espitia y yo. La enfermedad transformó el cuerpo de Emilia Nájera en un campo arrasado: veinte kilos menos, las cuencas de los ojos oscuras, el tono muscular perdido; no había muerto, pero ya no estaba en el reino de este mundo. La ley prohíbe que los enfermos decidan el momento de su muerte. Un médico amigo recomendó una sedación fuerte para evitar el dolor, tan alta como fuera necesaria para anular la angustia y los ahogos de la agonía. Le suministró una dosis de ansiolíticos capaz de dormir a un caballo. (Lo ven, de nuevo los caballos.) Si entendí bien faltaban veinticuatro horas para que Emilia caminara sobre el agua. Empezaron los adioses. Mario deambulaba como un fantasma remiso, de una habitación a otra, cargando sobre la espalda veinticinco años de vida en común con Emilia. Nos pidió que pasáramos al cuarto de uno en uno. Cada quien llevaba la ofrenda inútil de las despedidas. Cuando llegó mi turno, acaricié la piel delgada y amarilla de su cara, los pómulos salientes, el pelo encanecido. Le tomé la mano y le dije una frase estúpida de la que aún me siento avergonzado:

—Tenemos que dejarte ir.

Al fondo sonaba el *Concierto de Brandenburgo número dos* de Bach. Si se trataba de perderse en la catástrofe, yo hubiera puesto *As Tears Go By*, pero lo eligió su hija. Bajamos las escaleras y nos sentamos a esperar. Espitia y yo no soportamos la antesala de la muerte y salimos a caminar a la calle. Le conté todo lo de Cecilia Montes.

—¿La golpeaste?

—Creo que no.

—¿La golpeaste o no?

—No.

Otro taxi rumbo al hospital. Nunca aprendí a manejar. Cuando era joven, conducir un automóvil me parecía cosa de estúpidos, así me convertí en un inútil que siempre depende de los otros. Recorrí los mismos pasillos por los que tres meses atrás caminamos extraviados en busca de un error médico que nos devolviera a Emilia Nájera. No encontramos sino los discursos científicos definitivos. Subí al quinto piso en el elevador y por un mecanismo absurdo de la memoria involuntaria recordé el aforismo del caballo de carreras en el ascensor. Cuando entré al cuarto una enfermera salía con una bandeja de metal y gasas de curación. Me acerqué a la cama. La habían maltratado hasta la ignominia. Me tomó de la mano y me preguntó:

—¿Dónde te habías metido?

Le hice una caricia en la frente y fui directo al punto:

—¿A quién recibiste cuando me fui de tu casa?

—A nadie —me respondió segura de su memoria y de su vida.

Desde luego no asistí al funeral de Emilia. Me detuvieron esa misma noche acusado de asalto con violencia, allanamiento y estupro. El tribunal de los medios de comunicación es un plaga sin control: el caso se publicó en la prensa amarilla y en los televisivos de nota roja. Inventaron una historia infame de ritos satánicos y magia negra. Mentiras. Los abogados me dicen que una declaración de culpabilidad fundaría un atenuante esencial para mi defensa.

Relatos súbitos

Se prohíbe pescar

No paró de llover en toda la noche. El día se negaba a amanecer y los charcos emitían los destellos de las luces artificiales reflejados en el agua. Es cierto que a las siete de la mañana las sombras le daban a las calles un toque siniestro. Conmovido por las condiciones meteorológicas, un amigo no del todo insensato trataba de convencerme de que las lluvias y las trombas que azotan a la Ciudad de México son producto de una conspiración internacional. Jura y perjura que se trata de fenómenos atmosféricos manipulados con instrumentos modernísimos capaces de dirigir los chubascos e incluso los huracanes. Desde su guarida, un laboratorio puesto en algún lugar secreto de Estados Unidos, un grupo de científicos formado por meteorólogos, matemáticos, físicos y biólogos envía órdenes perentorias a los satélites; si les da la gana cae un aguacero de Dios padre en donde ellos lo decidan. Yo lo comprendo, mi amigo está desesperado, su casa se ha inundado tres veces en esta temporada de lluvias y busca con las armas de la fe una respuesta a su desdicha.

—Las primeras víctimas han sido ellos mismos —aduje sin demasiado afán polémico—. Destruyeron Nueva Orleans; Florida soporta tres o cuatro ciclones de antología cada año.

—Alguna razón habrán tenido para hacer lo que hicieron —me dijo envuelto en sus creencias este amigo no del todo insensato.

Me imaginé al director del Centro de Climas Horrendos Teledirigidos cumpliendo órdenes venidas desde lo más alto:

—Modifiquen vectores transmeridianos de viento, recarguen con el reactor P6 las nubes mediante la integral de X por tangente de Y, combinen aire frío y caliente. Muy bien: una gran tromba de granizo se precipitará sobre las colonias Condesa y San Miguel Chapultepec en la Ciudad de México. De este lado del mundo, los indefensos habitantes de las colonias elegidas por el Centro de Climas Horrendos Teledirigidos se pasaron una noche de perros bajo una granizada inimaginable de trozos helados que caían como piedras en el asfalto; el hielo salía por los excusados, el agua se metía por los techos y las alcantarillas vomitaban a borbotones aguas furiosas venidas de la saturación del drenaje. El hielo alcanzó en las calles diez o veinte centímetros de altura. En la planta baja de la casa de mis padres, en la colonia Condesa, el agua subió cincuenta centímetros. Un desastre. Algunos asesores hidráulicos construyeron en la entrada un dique mediante un ingenioso sistema de rieles. La compuerta les ha traído tranquilidad a mis padres y su casa ahora es un poco vivienda marítima y un poco hogar terrestre. Por las noches, con disciplina inalterable, colocan el dique en los rieles. En lugar de darse las buenas noches se oye una voz:

—Cierra la compuerta.

No he querido inquietarlos, pero si cae una nueva tromba, el agua buscará salida por la azotehuela y el baño. Para evitar una inundación en la Ciudad de México tendríamos que vivir en un submarino. La furia del agua es inherente a la Ciudad de México. En mis recuerdos siempre hay agua. A finales de los años sesenta mi madre y yo tomábamos el camión Juárez-

Loreto para regresar a nuestra casa en la colonia Anáhuac, un descalabro financiero nos había arrojado a un departamento prestado en un edificio de la calle Miguel de Cervantes Saavedra.

Mientras esperábamos, se soltó uno de esos aguaceros que ahora pone el Centro de Climas Horrendos Teledirigidos. Estábamos frente al cine Chapultepec. En unos minutos teníamos el agua en las rodillas, el camión nunca pasó. Caminamos varias cuadras bajo la lluvia buscando un taxi. Ella se tapaba con las *Últimas Noticias*, yo con el *Ovaciones*. Ocurrió un milagro: un taxi coral estaba libre y nos hizo una dejada que costó una fortuna: ocho pesos. Mi madre pagó con aquel billete de a diez que traía impresa una tehuana. Dos horas después de chapalear las calles, metíamos periódicos al bóiler para olvidar el agua fría con el agua caliente. El cine Chapultepec fue derruido para erigir la Torre Mayor, el periódico *Últimas Noticias* no existe como se imprimía entonces, tampoco el *Ovaciones*; los taxis coral desaparecieron con sus taxímetros y la bandera alta que decía *Libre*, los billetes de diez pesos de la tehuana dejaron de circular desde hace muchos años, los boilers El Rápido que calentaban mediante combustibles de aserrín y petróleo (costaban treinta centavos), se convirtieron en calentadores Calorex de gas. Muchas cosas han cambiado, pero la ciudad se inunda con los aguaceros como en aquellos años.

En casa he sugerido en varias ocasiones agregar a los enseres del hogar sacos de arena, palas, botas de bombero, jergas a lo bestia, cubetas, compuertas como la que pusieron mis padres, maquinaria para dragar las habitaciones en caso de emergencia extrema y una canoa pequeña para viajes urgentes. El Centro de Climas Horrendos Teledirigidos no descansa nunca. Aunque salió el sol, nubes negras amenazan en el norte con vientos que las atraen minuto a minuto. Voy a ir a la tlapalería a comprar cubetas. Todos a sus puestos, la cosa se va a poner fea. Por cierto: se prohíbe pescar.

Los postes de luz que iluminan la entrada de mi casa han dejado de abastecer energía desde hace una semana. De noche entramos a la casa por una boca de lobo y al pasado remoto, a una oscuridad del siglo XIX mexicano. Meter la llave en la cerradura es una obra mayor de precisión; el sentido del tacto, nuestra única arma. Los trabajadores de la Compañía de Luz y Fuerza nos han olvidado. Las tinieblas gobiernan la calle hasta las siete y diez de la mañana. A esa hora indecisa se apaga el alumbrado público, que en nuestro caso nunca encendió, y los charcos de las lluvias nocturnas despiden reflejos artificiales. Sugiero que compremos linternas para que abrir la cerradura no sea un calvario. Mientras adivino a ciegas la ranura Phillips, muy fina por cierto, recuerdo que derrotar a la oscuridad ha sido uno de los sueños de los gobernantes de la Ciudad de México y desde luego uno de sus grandes negocios. Las primeras luces públicas de gas iluminaron las calles de la Ciudad de México a la mitad del siglo XIX, cuando Ignacio Comonfort las inauguró en 1857. Plateros y San Francisco (después Madero) fue la primera avenida iluminada por los mecheros de gas. Es posible imaginar las sombras que provocaban las débiles luces en las calles de Empedradillo, Coliseo, Palma, y a los coches de alquiler rompiendo las tinieblas apenas disputadas a la oscuridad por los destellos del mechero.

En 1872, los habitantes de la ciudad asistieron a la inauguración del alumbrado de gas en la Alameda central; la perplejidad de esa mirada descubrió, en 1876, cuatro grandes candelabros de bronce que le quitaron al Zócalo el aspecto lóbrego de sus noches. México salía de las sombras más de cincuenta años después que las grandes ciudades del mundo: la luz de gas llegó a Londres en 1807, a Berlín y Baltimore en 1816, a París en 1819. Vicente Riva Palacio dejó escrita una estampa desconsolada de la Ciudad de México a finales del siglo XVIII: «Las calles sin cloacas ni albañales, sin banquetas ni empedrados, forman grandes depósitos de aguas corrompidas, las basuras arrojadas de las casas se reunían en grandes montones que alcanzaban tanta altura, que algunos de ellos y en parajes muy frecuentados, tenían el aspecto de una colina; faltaba el alumbrado público en las noches, pues para suplirlo se había ordenado que los vecinos colgaran un farol en las ventanas o en los balcones de sus casas; ningún arreglo en los mercados, ningún cuidado en la higiene». Aunque iluminar la ciudad con electricidad fue uno de los grandes triunfos del porfiriato, la penumbra dominaba aún a la luz artificial. En la década de los años ochenta se creó la Inspección del Alumbrado Público. En 1890, la ciudad contaba con 300 luces de arco voltaico de dos mil velas de luz cada uno. Al cambiar el siglo, en las calles de la capital se combinaban el arco voltaico, la lámpara de aceite, la de trementina y el mechero de gas.

Los atardeceres transparentes eran la puerta de entrada al mundo del delito, la prostitución, el secreto, la vida prohibida. Cuando el siglo XX despuntaba, las calles de la ciudad pertenecían a las tinieblas, a las leyendas de la Colonia, al territorio de los fantasmas, al gobierno de las almas en pena. Los artistas hicieron de la noche un gran acontecimiento para sus viajes nocturnos. Conquistaron las sombras y se instalaron en los interiores porfirianos, en el gabinete, en el bar,

en el burdel. El arco voltaico produjo imágenes delirantes, un vasto sueño porfiriano que agobió a los modernistas de principios de siglo. A partir de entonces nadie volvió a mirarse de la misma forma en los espejos de la noche. En su *Crónica del alumbrado público*, Emilio Carranza cuenta que en el año de 1900, apenas setenta y cinco poblaciones del país contaban con luces públicas. En 1921, la capital tenía un millón de habitantes y ocho mil lámparas públicas. Treinta años después, en 1951, el Distrito Federal tenía tres millones y medio de habitantes distribuidos en una superficie de 249 kilómetros cuadrados y un alumbrado de 35 mil lámparas.

En casa estamos a punto de iluminar la calle con antorchas de ocote colgadas en la pared, como hacían los habitantes de Tenochtitlán para señalar la entrada de sus casas. Los enemigos acérrimos de la privatización afirman que tenemos luz para dar y repartir. Tengo mis dudas. Conseguir ocote es difícilísimo, por eso insisto en las linternas. Si viene el ventarrón, el transformador del poste de la esquina va a echar chispas y nos vamos a quedar sin luz afuera y adentro. Una noche volveremos a la oscuridad del siglo XIX. Al tiempo lo hablamos. Por lo menos, el gobierno debería reinstalar el oficio del guarda farolero que traía un chuzo, un farol y un silbato. Por cierto, hay que ir a la tlapalería, necesitamos linternas para los apagones. Si vienen a casa háganlo en una carroza, cúbranse con una capa y empuñen un bastón: aquí es el año de 1890.

Se renta departamento

Pasé años de mi vida en distintos departamentos. De allá viene la vocación gitana de la familia. Las peleas por el baño se convertían en batallas campales, en el pasillo los congestionamientos terminaban en altercados y las disputas por el espacio subían de tono a la menor provocación. No era para menos, el padre, la madre y cinco hermanos compartían la vida en un apartamento de dos y, si nos iba bien, tres recámaras. Por estas razones espaciales mi padre decía:

—Vivimos como húngaros.

Nunca entendí la influencia de Hungría en nuestros aprietos y no sabía que los espacios mínimos que habitábamos eran producto de la vanguardia: la nueva corriente se llamaba racionalismo. El problema de la vivienda desembocó en el auge del arrendamiento durante los años treinta en la Ciudad de México. Los edificios de departamentos y las privadas fueron el único modo de vivir bajo techo para los que no podían rentar o comprar una casa sola. La familia formaba parte de ese grupo que hizo su vida en un apartamento desde los años cincuenta. La culpa la tuvo Carlos Obregón Santacilia, el autor del edificio *art déco* de la Secretaría de Salud erigido en 1929, quien convocó al Primer Concurso de Vivienda Moderna para Obreros. Ése es el origen de los multifamiliares. La historia de la arquitectura mexicana elogia la imaginación de Juan O’Gorman, Juan Legarreta, José Villagrán, Enrique del Moral y Enrique Yáñez como los creadores del diseño habitacional en el que se amontonarían las familias arrojadas al esfuerzo de pagar renta todos los meses. Para la firma de un contrato de arrendamiento había que pagar un mes de depósito, uno adelantado y buscar una fianza o un conocido incauto con propiedades para responder en nombre de los inquilinos. Si pasaban tres meses sin pago venían los abogados y desalojaban a los deudores. Una mañana, de regreso de la escuela, vi de lejos, en la banqueta, la sala y el comedor de mi casa. En realidad, nos habían expulsado de uno de los modelos habitacionales del racionalismo arquitectónico. Así se oye menos fuerte y suena más interesante el día en que nos pusieron en la calle. Según los cánones, la casa que O’Gorman construyó para el pintor Diego Rivera en 1929 es el resumen de los nuevos conceptos espaciales y de una nueva estética. A mí la casa de Rivera me parece horrenda.

La corriente racionalista eliminó el movimiento de las edificaciones, el bajo costo y la sencillez definieron la vida privada. Los arquitectos descubrieron la belleza de los cubos, si se apilaban uno sobre otro podían incluso ser considerados como una obra de arte. La sala y el comedor funcionaban en un solo espacio, las recámaras desembocaban a un pasillo y a un baño. A esto le llamaron vanguardia, nueva casa y combate al rezago habitacional que afectaba a las mayorías. Quitando adornos, bajorrelieves, remates y muros, los racionalistas pensaron que ganaban espacio. Despreciaban el estilo californiano, el neocolonial y el *art déco*. Nunca estudiaron con calma el Conjunto Isabel del arquitecto Juan Segura, ese edificio de departamentos, aún en uso, de la avenida Revolución y Martí. Puestas así las cosas, la familia fue pionera del minimalismo. En alguna época vivimos sin sala, sin comedor y sin refrigerador. Los abogados se los llevaron a

cambio de algunos pagarés vencidos. La estancia de aquel departamento rebosaba luz y además se podía patinar.

A principios de los cincuentas se inauguró la Unidad Habitacional Miguel Alemán, esa locura del racionalismo llevada a cabo por Mario Pani. En cuatro hectáreas se alojaban mil familias. Los expertos afirman que Pani renovó la vivienda mexicana con esta obra, pero a mí me dan calosfríos cada vez que paso frente a esa mole de cemento con miles de balcones de los que cuelga ropa húmeda. La idea original parecía extraordinaria: departamentos de dos pisos, jardines, calles interiores, servicios, comercios, instalaciones deportivas, todo lo necesario para amontonarse día y noche sin salir del multifamiliar. Engrandecido por su obra pionera, en 1952 Pani construyó el Centro Urbano Juárez y en 1966 la ciudad de Nonoalco Tlatelolco. Le llamaron solución *integrada* al problema de la vivienda; para integrar y concentrar derruyeron una parte de la historia urbana de la ciudad. Algo pasó con los cálculos del maestro Pani porque sus construcciones se vinieron abajo como cubos de naipes durante el terremoto de 1985. El multifamiliar Juárez desapareció y el edificio Nuevo León de Tlatelolco se tiró al piso la mañana del 19 de septiembre de 1985. Pani fue autor con Enrique del Moral del plan maestro de Ciudad Universitaria. Por cierto, la Biblioteca Central concebida por O’Gorman y adornada por Chávez Morado con mosaicos de piedra natural, ese bastimento que los críticos de arte han elogiado durante años, me parece horrible. No sólo a Pani se le derrumbaron edificios prestigiosos en el terremoto. A Enrique del Moral no le fue nada bien: la Tesorería del Distrito Federal de 1963 y la Procuraduría General de Justicia de 1969 quedaron reducidas a escombros. Me dirán que los edificios no estaban preparados para un sismo de esa magnitud; puede ser. A José Villagrán, en cambio, le fue mejor: el conjunto del Cine Las Américas, construido en 1952, y el Hotel María Isabel de 1963 aguantaron el terremoto.

Mientras algunos clásicos de la arquitectura mexicana devastaban la ciudad, nosotros íbamos y veníamos por edificios de apartamentos levantados por algunos de los alumnos racionalistas de esos arquitectos. Nos mudábamos de casa con una rara pasión por el cambio y en guerra contra la rutina, pero nos seguíamos haciendo bolas para entrar al baño y chocábamos en el pasillo. En todos nuestros departamentos nos escondíamos de los caseros y nos salvábamos en una tablita del desalojo. Pasados los años lo he comprendido: éramos unos críticos feroces del racionalismo. Por lo demás, sigo sin entender la frase fundadora:

—Vivimos como húngaros.

No sabría decirle

Me habían citado para declarar como testigo en un litigio jurídico entre la empresa de un amigo y un proveedor incumplido. La cédula de notificación empezaba con una amenaza: dentro del término de tres días comparezca en el local de este juzgado. Tardé una hora en comprender a cabalidad el contenido del citatorio. Quise atravesar el lenguaje judicial de ese pasaje pero la prosa demostró la dureza del cemento armado; me atoré en palabras como oferente, confesional, apercibido, medida de apremio, verificativo. El asunto parecía simple: asistir a un juzgado para reconocer la firma y el contenido de una carta firmada por mí y listo, a otra cosa. Error. Lo único que enseña el paso del tiempo es que nada resulta fácil; más bien lo contrario, todo encierra dificultades embozadas.

Llegué a los juzgados del Tribunal Superior de Justicia del Distrito Federal en uno de los días más calurosos del año. La calle de Niños Héroes es lo más parecido a un mercado de Afganistán. Dejé atrás un puesto de tacos y quesadillas, otro de videos y compactos piratas, uno más de frutas tropicales desinfectadas en aguas negras. Me tocaba encontrar la Torre Sur y luego el juzgado veintitantos. Un policía me dijo que caminara hasta el fondo y luego a la derecha. Era a la izquierda. No quisiera ponerme epistemológico, pero la incapacidad del mexicano para explicar la ubicación de cualquier cosa en cualquier parte supera todos los sistemas filosóficos. La frase que resume esta carencia genética describe a una raza desorientada: No sabría decirle. Algunos fingen conocimientos, éstos son los peores. La última vez que pregunté por una calle, un hombre me dijo:

—Se puede llegar por aquí, de frente, pero es de sentido contrario, mejor tome la otra, a la izquierda. Avance como unas cinco cuadras y donde está la papelería dé vuelta a la derecha; no, perdón, a la izquierda, seguro es ésa.

El verdadero patrimonio de los mexicanos es la desorientación. Al pie de la Torre Sur hay cuatro elevadores que si usted quiere lo llevan al cielo de la justicia, pero tiene que hacer una cola de veinte o treinta personas a la espera de un lugar en los ascensores. Mejor la escalera. Recibí una terrible noticia, el juzgado que me requiere está en el octavo piso. En el penoso ascenso se cruzaban las historias de una gran novela formada por amparos, abusos de confianza, abandonos de hogar, rentas no pagadas, injurias, traiciones. Con este material Balzac habría escrito veinte comedias humanas. En el piso siete estaba empapado en sudor. Mi aparición en el ocho rozó el dramatismo pues entró un hombre arremangado, la camisa abierta, el pelo mojado, el cuello de la camisa húmedo, el saco en el brazo. Según el meteorológico, la combinación de aire seco y ausencia de lluvias nos empaquetó en una ola de calor con temperaturas de 32 grados centígrados. Puedo asegurar que a la sombra del juzgado el termómetro marcaba 35. Lo único que nos falta, pensé, es que nos sorprenda en estas alturas un sismo. Sería la hecatombe. Convencido de que el infierno existe pregunté por la abogada Rodríguez, asistente de acuerdos del juez que lleva el caso del amigo al que empecé a odiar con todas mis fuerzas:

—La abogada Rodríguez viene en diez minutos.

Una eternidad si uno está en un baño sauna. Miré a mi alrededor y tuve una terrible iluminación. Si estos juzgados representan una parte de la justicia mexicana, estamos perdidos. Los escritorios los compraron en el sexenio de Díaz Ordaz, las máquinas de escribir Olympia podrían servir de macetas, de tiestos para ropa sucia, de bacines, de todo lo imaginable, pero de esos fierros viejos nunca saldrá una letra. A los abogados y las abogadas también los pusieron aquí en ese sexenio y también sirven para todo menos para las letras jurídicas. La clasificación de los expedientes constituye uno de los mayores logros en la historia del derecho. Al tremendo orden que observo a través de un vidrio podría llamársele amontonamiento progresivo de la historia. En una habitación hay torres enormes, una tras otra, de expedientes, legajos y fojas de las querellas del alocado huracán de las pasiones humanas. Para llegar a la «A» de un hipotético y desesperado señor Acevedo habría que traer una cuadrilla de estibadores. Casi me reconcilé con el sistema judicial de nuestro país cuando vi un anuncio pegado en la pared que decía: «No pise aquí», una flecha señalaba hacia abajo a otro letrero: «No pise aquí», escrito a mano en un papel que cubría un contacto de energía arrancado de cuajo del piso de maderas ancestrales. Desde luego no pisé ni la pared ni el suelo ni el enchufe. Cuando quiero soy muy cuidadoso. Quince minutos más tarde apareció la abogada Rodríguez. La recibí como si fuera la Virgen María. Me identifiqué. La abogada tardó casi tanto como yo leyendo las tres páginas de la cédula de notificación.

—Sí, aquí se lleva este caso. Nada más que el expediente está en ese archivero —señaló un rincón de cajas metálicas—, y no ha llegado el que trae las llaves. Ya mandamos llamar al cerrajero.

—¿Me voy? —le dije descorazonado.

—No puede irse. Se vence el plazo para desahogar pruebas y hay una sanción de treinta salarios mínimos si usted no se presenta.

—Pero aquí estoy —le dije tratando de convencerla de mi existencia.

—Sí, pero no ha llegado el de las llaves.

Un golpe neurótico me produjo mareos. Entonces le dije la frase más estúpida que se ha oído en los tribunales de la Ciudad de México:

—Voy a caminar por los pasillos y regreso.

Ella me contestó con el mazo de la convicción:

—Mejor quédese aquí porque si llega el cerrajero le ganan su lugar. Además, aquí está más fresco —su amabilidad me destruyó la psique.

—Voy aquí cerquita —salí desesperado de la oficina.

Mi primer impulso fue darme a la fuga. Que el sistema judicial me sancione, pero yo pago por largarme de este infierno. Medité mi decisión y regresé a la oficina. La abogada Rodríguez me dio la gran noticia:

—Ya avancé en su declaración —quise besarla—. Lea este documento con calma y si está de acuerdo firmelo.

Lo leí a la trompa talega y firmé como si hubiera pactado la paz en Medio Oriente. Ahora estoy preocupadísimo pues no sé qué diablos firmé.

Dos horas después bajé ocho pisos rumbo a la libertad. Cuando abandonaba los tribunales una mujer mortificada me preguntó por el juzgado quinto de lo penal. Con mucha pena le dije:

—No sabría decirle.

La noche que derrotamos al ruido

Nos despertamos a la mitad de la noche sin ideas, perdidos al borde de la cama entre el sueño y la vigilia. La alarma de un coche se activó. Eran las tres de la mañana. Desde que la industria automotriz decidió proteger los automóviles con alarmas contra robo, el sueño corrido terminó para siempre en la ciudad. Me compraré un cronómetro para medir con él los minutos que tarda el propietario del automóvil en salir de su casa para desconectar la sirena. Cada vez gasta más tiempo en despertar, salir adormilado, en pijama y pantuflas, para callar a su coche. Nuestra única esperanza es que los ladrones le roben el auto.

En descargo del hombre nocturno cuyo coche despierta a todo el vecindario debe aceptarse que las alarmas son cada vez más sensibles. Si llueve suenan, si pasa un camión pesado suenan, si se recarga alguien en el cofre suenan. Sólo ante los ladrones callan las alarmas. Mediante sofisticados sistemas de interrupción, los rateros cortan la energía. Acto seguido desvalijan el coche con toda tranquilidad o de plano se lo llevan en la oscuridad. En lo personal abandoné la práctica perversa de la sirena precautoria cuando descubrí no sin cierta melancolía que el único sorprendido era yo mismo. Cada vez que metía la llave en la cerradura de la puerta, mi cerebro anulaba el pasado inmediato ocasionando olvido y pac, el escandalazo. En conclusión, el sueño nocturno se ha vuelto impracticable, las alarmas derrotan incluso los efectos del Tafil.

—Lo que tú necesitas son unos tapones para los oídos, los mejores son los de silicón, ergonómicos. Nunca recurras al algodón o al Kleenex para fabricar tapones caseros, sería una locura. A un amigo se le fue hasta el fondo un tapón doméstico y tuvo que salir a las dos de la mañana a un hospital para que le extrajeran el cuerpo extraño del tímpano. Se pasó la noche en vela y tuvo una lesión en el oído medio.

Prevenido como nadie acerca del tapón para la oreja, me compré dos pares de insuperables *Ear Seals*. El instructivo presentaba un escala de decibeles: *Frequency Hz: 125, Side deviation db: 4.6*. No entendí nada. Esa noche le entregué a mi mujer sus tapones:

—Si necesitas algo me tocas el brazo. Adiós.

Ahora nos damos las buenas noches con señas. La mano en círculo quiere decir hasta mañana. La palma de la mano en el aire moviéndose de arriba abajo, que descanses.

Mi amigo tenía razón. Uno se pone la cera en ambas orejas y obtiene un silencio de eternidad muy parecido al de la muerte. Al fin habíamos derrotado al ruido. Intenté conciliar el sueño cuando me di cuenta de que oía mi corazón; el estruendo de la sístole y la diástole me aterró. En la noche pasan cosas muy extrañas, recuerdo que pensé: ahí se localiza la vida. Además escuchaba mi respiración, una especie de eco con gorgorismos. Lo peor ocurrió cuando tosí, casi me quedo sordo. Nunca sospeché que por dentro fuéramos tal estrépito vital. Perturbado, me quité los tapones y toqué el brazo de mi mujer. Se quitó el tapón del oído izquierdo. Le dije una buena frase:

—¿Oyes tu corazón?

—Estoy dormida, no oigo nada.

Se puso de nuevo el tapón ergonómico. Puse los míos en el buró, y cuando apoyé la cabeza en la almohada se oyó el ruido ensordecedor de los motores de varias motocicletas. No he dicho que de un tiempo a esta parte un grupo de cretinos vestidos con chamarras de cuero transitan en Harley Davidson por estas calles. Según mis cuentas, la edad de estos motoristas oscila entre los cuarenta y cinco y los cincuenta años. Les parece interesante estacionar sus aparatos en la banqueta, beber un café y luego desfilan en moto por la calle como si los estuviera filmando Martin Scorsese. Sus chamarras tienen estoperoles, usan gorras y sombreros. Yo por mí, los encerraba en una prisión y los obligaba a terminar la secundaria. Dormí a pedazos entre alarmas de coches y muchos caballos de fuerza.

—Es cosa de acostumbrarse a los taponos —me dijo mi amigo—. Primero oyes el bullicio interior, pero luego ya no oyes nada y duermes como un lirón. Eso, o mudarte y vivir en el campo.

Preferí probar otra vez con los taponos. No oigo nada.

Escenas del fin del mundo

Un hombre joven me dijo con una voz roída por la bronquitis crónica:

—De que ya limpiamos las alcantarillas, con lo que guste cooperar.

Cargaba al hombro una pala y empujaba una carretilla con detritus orgánicos e inorgánicos. Esta poderosa arma química vertida en aguas potables ocasionaría un genocidio. Cada año, en temporada de lluvias, aparecen estos obreros del drenaje. No sin ciertas reticencias les di veinte pesos.

—Estás loco —me dijeron—, no desazolvan nada.

Se me informó que estos especialistas de los bajos fondos forman parte de una gran red de la mentira urbana. Mi ingenuidad fue castigada por las fuerzas de la naturaleza. El cielo se oscureció después de la hora de la comida, en ese momento empezó la tormenta eléctrica. Sombras y relámpagos. En términos técnicos, un frente frío unió sus fuerzas con un sistema de alta presión; en términos prácticos, se desencadenó (en el caso de que estuviera encadenado) un aguacero torrencial. Me asomé a la ventana. La estampa siniestra incluía las tinieblas, una cortina de agua y fulgores en el cielo. Ofrecí un informe con la resignación de quien sabe que ocurrirá lo inevitable y dije:

—Las atarjeas de la calle están tapadas.

Mis padres creían con fervor en los poderes aislantes de los closets. Cuando caía una tormenta eléctrica buscaban un lugar entre los abrigos, refugio antiaéreo inmejorable para protegerse de las exhalaciones furiosas de la bóveda celeste. Arreciaron los cañonazos y yo hice una pregunta para sondear los ánimos:

—¿Nos metemos al clóset?

Estruendo, más rayos y centellas. Desde el fondo oscuro de una habitación se oyó una voz que pedía velas y refuerzos. En efecto, se interrumpió la luz y el nivel del agua en la azotehuela subía a límites preocupantes.

—Esto nos pasa por no vivir en un *penthouse* de Polanco —dijo un miembro renegado de la familia.

Tranquilos todos.

—¿Tenemos botas de bombero?

—No.

—¿Tenemos una máquina para bombear agua?

—No.

—¿Tenemos sacos de arena?

—No.

—¿Tenemos gabardinas de uso rudo?

—Tampoco.

—¿Linternas?

—Menos.

—¿Qué tenemos entonces? —pregunté como un oficial de desastres acostumbrado a los caprichos del azar.

—Una cubeta, dos paraguas, la gabardina vieja que te regaló tu hermano y tres cabitos de velas que sobrevivieron al último apagón.

—La próxima vez que vaya al centro de la ciudad recuérdeme que compre botas de hule, sacos de arena, doscientas velas, linternas, una bomba de agua y tres azadones. En López y Victoria se encuentra de todo a precios sumamente accesibles. No vamos a discutir en este momento la diferencia entre un zapapico y un azadón, hay cosas más urgentes que hacer.

Sonó el teléfono. Con la precisión de un reportero prodigioso, mi padre me informa que hubo una explosión, un rayo cayó en la tubería de un tanque de gas LP instalado en una casa de la esquina de Doctor Erazo y Doctor Vertiz, en la colonia Doctores. No se registraron víctimas. Una vecindad semiabandonada de Doctor Atl 73, en la colonia Santa María fue desalojada ante el riesgo de un derrumbe. En el Hospital Rubén Leñero el agua subió 50 centímetros. En el jardín del Hospital Pediátrico de Peralvillo dos árboles se desgajaron por los fuertes vientos. Bajo los puentes del Periférico hay encharcamientos. El paso a desnivel de avenida Chapultepec es un estanque. Mi padre cierra su relato:

—Esto es la hecatombe, no tenemos luz.

—Nosotros tampoco y la azotehuela se desborda. Adiós.

Somos afortunados, de momento el tanque estacionario no ha estallado, los muros de la casa no se han reblandecido y gracias a Dios no tenemos jardín, en consecuencia no hay árboles caídos. Manos a la obra. Ataviado con mi gabardina, descalzo, con los pantalones arremangados, armado con un gancho de la ropa y un paraguas inicié los trabajos de desazolve bajo el aguacero torrencial. Fracaso rotundo, estamos obligados al plan FAC-1 (Fase del Acarreo con Cubetas).

El teléfono de nuevo. Un amigo desesperado.

—Llevo cuatro horas atrapado en la Calzada de Tlalpan por un bloqueo de los trabajadores sindicalizados del IMSS. No sé qué hacer.

—Lee un libro —le respondí.

—Ya leí, nadie puede leer tantas horas seguidas.

—Entonces duérmete. Adiós.

En situaciones así uno hace estupideces. Me puse a leer un periódico mojado. Así me enteré de que en la colonia Morelos, un transeúnte encontró en una banqueta una serpiente pitón muerta. El ofidio medía tres metros de largo y cuando menos cincuenta centímetros de ancho. No miento, yo vi la foto. Estas sierpes viven en pantanos tropicales; hasta donde sé, en la Morelos no hay pantanos, o quizá sí, hace mucho que no voy por allá. Al final controlamos la inundación, pero mañana hay que dragar la azotehuela. Mi espalda de cristal resintió la jornada agotadora. Viene el tiempo del Celebex y el Tylex.

Pregunten quién es

El mundo es un lugar confuso. Me convencí de esto cuando descubrí la relación neurótica que mantengo con la puerta de mi casa. Hace tiempo di la orden como un viejo rey en funciones:

—Nadie abre la puerta sin preguntar antes quién está del otro lado. ¿Entendido? Asomarse por la ventana es lo más seguro.

Suena el timbre y de inmediato se oye mi voz:

—Pregunten quién es.

Unos segundos más tarde alguien dice:

—¿Quién es?

Tiendo a convertirme en un loro que aprendió bien las lecciones de Skinner. Estímulo y respuesta. Del exterior se oyen voces de presentación. El agua Junghans, el de la basura, la farmacia, un paquete para Zutano, un sobre de American Express. Este último mensajero me provoca escalofríos. Algunos amigos me aconsejan un intercomunicador. El interfón sólo sirve si uno vive en una casa con largos pasillos, habitaciones lejanísimas a la puerta principal y un servicio doméstico como los que hay en las embajadas. En casa no hay largos pasillos y los mayordomos me recuerdan las películas de Mauricio Garcés. A estas precauciones, los analistas políticos les llaman efectos colaterales de la inseguridad en la Ciudad de México. En la pequeña calle en la que vivo han asaltado tres casas con violencia. Cuando me pongo dramático levanto el flamígero dedo índice y digo:

—Esto es lo que nos han dejado los gobiernos del Distrito Federal: un estado de alerta permanente, una selva gobernada por el hampa —me gustan las críticas draconianas.

De entre todos los que han tocado a mi puerta, el personaje más interesante ha sido una mujer.

—¿Quién es?

—Señor, perdone que lo moleste, soy su vecina del edificio de la esquina. Una pena muy grande. Mi hermano sufrió un accidente en la carretera a Querétaro y murió en el choque. No tengo dinero para el viaje. No sabe cuánta vergüenza tengo. ¿Podría ayudarme?

No estaba borracha ni bajo los efectos de droga psicotrópica alguna. Su dolor era verdadero. Le di doscientos pesos.

—¿Quién era? —me preguntaron.

Me hice el disimulado:

—Una tragedia tocó a la puerta.

Les conté del terrible accidente.

—Ésta es la tercera vez que la señora mata a su hermano. Todos la conocen en el barrio. ¿Le diste dinero?

—Nada más doscientos pesos.

—Te estafó.

Me encerré furioso a leer el libro que traía entre manos, pero más bien tuve la impresión de que el libro me leía a mí.

La realidad no cesa de superarse a sí misma. El sábado siguiente, mientras los lavacoches iniciaban sus actividades, me regresaron a la vigilia la aspiradora, la pulidora y los gritos de dos mujeres que llamaban a otra mujer:

—¡Pauuu!

Me puse la almohada en la cabeza. Una hora más tarde sonó el timbre. Me acerqué a la puerta.

—¿Quién es?

—Somos sus vecinas de acá de al lado.

—¿Cuáles vecinas? —a mí no me hacen la misma dos veces.

—Del edificio que está junto a su casa, señor. Háganos un superparote. Mi amiga Pau está dormida y no nos oye. Su cuarto está junto al muro de su azotea. ¿Nos deja subir a gritarle?

Meditaciones, dudas. Abrí la puerta. Según mis cálculos, las jóvenes habían logrado diecisiete años de vida y unas caras de vampiros inmemoriales.

—De verdad, o sea, qué buena onda, señor.

Me di cuenta del error, pero ya era demasiado tarde. Subieron a la azotea. Quizá la adolescencia es un periodo de la vida que se caracteriza por intentar cosas imposibles. Por esa razón, las jóvenes pretendían escalar un muro de ladrillos de más o menos cuatro metros de alto sin más equipo de alpinismo que su entusiasmo y sus manos.

—¿Qué están haciendo? —pregunté como si no viera lo que estaba viendo.

Sobra decir que a tres pasos de donde trataban de escalar había un abismo de nueve metros. Hablé como mi madre:

—Niñas, se van a romper la crisma. Bájense.

—Sicierto, güey, mejor ya bájate. Estacaón llegar hasta allá arriba.

Al fondo se oía la voz de uno de mis vecinos cubanos cantando *Lágrimas negras*. Mientras bajábamos la escalera exterior de la casa, una de las jóvenes dijo esto:

—Güey, qué pedo con el cantante.

—¿De dónde sacaron las cervezas?

—Tranquilo, señor, las traíamos en nuestra bolsa.

Luego se confesaron:

—Güey, digo, señor, no hemos dormido. Nos metimos una traca y mi amiga se metió un ajo. A lo mejor por eso no despierta. Nos queremos dar un riego. Además, ésta es bien lesbiana, no puede vivir sin Pau.

Atravesamos la estancia. Las acompañé a la puerta. Para contrarrestar la música de los lavacoches, esa mañana había puesto un clásico de clásicos, el legendario grupo Cream tocando con Jimmy Hendrix *Sunshine of your Love*. Detrás del sonido de las guitarras inigualables de Clapton y Hendrix, una de las jóvenes dijo:

—Óoorale, güey, nomanches, qué buen rol.

No sé por qué rayos pronuncié esta frase:

—Un rolón cósmico.

Aún no habían puesto un pie fuera de la casa cuando una de ellas dijo:

—Nomames, güey, qué ruco tan chistoso.

Lo dicho, el mundo es un lugar confuso.

GLOSARIO. *Parote*: ayuda, apoyo. *Un superparote*: una ayuda muy grande. *Güey*: palabra que puede designarlo todo, persona, animal o cosa. *Caón*: contracción de cañón, palabra que define algo impresionante, difícil, acaso tremendo. *Traca*: tacha, droga sintética con la que los jóvenes logran buenísimas ondas, como por ejemplo escalar muros. *Ajo*: ácido, en algunas ocasiones LSD. Quien lo ingiere realiza viajes intergalácticos. *Darse un riego*: un regaderazo, una ducha reparadora.

La invasión blanca

La noticia se propagó como fuego en la paja:

—Has encanecido, al paso que vas muy pronto parecerás Santaclós, los niños te van a pedir regalos.

Fue una soflama envenenada y una venganza secreta, pues confieso que he escarnecido sin tregua la calvicie de algunos amigos que perdieron el pelo sin pausa. He sido testigo de la desesperación de quienes se integran a la legión de los calvos: jabón verde, regaine, ajos y cebollas, eneldo, menjunjes, remedios de la abuela Matiana, cremas pegajosas. Nada. Al final siempre llega el peinado de queso de Oaxaca o el estilo de emperador romano. Los nuevos calvos debutan de gorra o sombrero, como peloteros cubanos o gangsters de Chicago. De modo que empecé a pagar la factura. Primero fue una mancha en la barba y después la invasión blanca. El mito del zorro plateado y las nieves del tiempo no funcionan si las canas crecen en la barba y el pelo en forma de gruesas franjas blancas. Lo más a lo que se puede aspirar es al modelo Miguel Aceves Mejía. Alguien que me malquiere ofreció un consejo:

—Lo tuyo tiene solución: un tinte.

—¿Pintarme la barba? —pregunté ofendido.

—Lo mejor es Just for Men. Dura veinte días, si no te gusta no lo vuelves a usar y te dedicas a actuar papeles de anciano en alguna compañía de teatro, das bien el tipo de Papá Goriot. Eso, o la rasuradora: elige.

Acopié tres kilos de melancolía y me conmiséré.

Profundas meditaciones, el fuego de la duda. Me muero antes que pararme en el mostrador de una farmacia para comprar un tinte. Por eso le pedí a mi mujer que me lo comprara. Ella dice que soy un costal de prejuicios y de timidez. Recordé a dos amigos que se pintan la barba. A uno de ellos le quedó una tupida barba negro azabache; al otro, una escobeta pelirroja, como la de un vikingo. Comprobé que el ser humano es malo por naturaleza cuando escuché los comentarios mordaces:

—Zutano parece que se puso una cola de ardilla en la cara; el otro, una cola de zorro canadiense.

Recibí el paquete como si fuera plutonio enriquecido y lo deposité en una mesa. En la caja viene la imagen de un hombre de barba rojiza recortada a la perfección. Este sujeto lleva en las manos una cámara fotográfica (no me pregunte usted por qué) y dan ganas de vomitar nada más de verlo. Líder mundial en colorantes y desvanecedores de canas para hombres. Barba, bigote y patillas. Castaño. Ver instrucciones adentro.

El instructivo empieza con terribles amenazas: haga una prueba de alergia antes de usar la mezcla. Empecé a sospechar que la caja guardaba residuos nucleares. Si uno no acaba en el hospital debido a una brutal reacción al colorante puede pasar al siguiente acto. Los utensilios que se requieren infiltraron la desconfianza: guantes de plástico (para prevenir manchas en las uñas), toalla o camisa vieja (para proteger la piel, la ropa u otras superficies), pañuelos

desechables húmedos al instante (para limpiar el colorante de la piel si llegase a pasar esa desgracia). Yo este ácido no me lo pongo ni borracho, pensé escandalizado. El paquete contiene dos breves tubos, como de pasta dentífrica, y un cepillo. Hay que mezclar en partes exactamente iguales. Si falla el pulso, los resultados pueden ser catastróficos pues la barba y el bigote obtendrán el color de la zanahoria. Si esto ocurre hay que esconderse veinte días en un clóset. Después viene el momento culminante, untar el gel en la barba, las patillas y el bigote y esperar cinco minutos, ni un segundo más. Si al que busca un poco de noche en la barba se le va el santo al cielo y pasan seis o siete minutos, el riesgo de quedar como el caballo azabache del Piporro es muy alto. Empecé a sudar. Me fulminó el recuerdo de Aschenbach, el personaje de *Muerte en Venecia*, la novela de Thomas Mann, al que le escurre una trágica gota negra del pelo pintado. En el cine fue Dirk Bogarde quien actuó ese momento cumbre de la tristeza y la humillación en una película de Visconti. Detuve toda exploración y acudí con los expertos.

Las palabras del peluquero me helaron la sangre:

—Úselo, pero cuídese del sol y el cloro pues la barba y el bigote pueden ponerse verdes.

—¡Verdes! —me di un manazo en la frente.

Si entendí bien, para usar un tinte en la barba es imprescindible abandonar la práctica del baño diario y ponerse un tapabocas durante el día. La caja con la pintura sigue en la mesa, la observo como si fuera un arma letal. No sé qué hacer. Por lo pronto voy a memorizar los parlamentos de Papá Goriot.

La letra pequeña

Odio tres cosas: la miopía, el astigmatismo y la presbicia. Contra mi voluntad, me acostumbré a los apodos de infancia y adolescencia: *Cuatrojos*, *Ceguetas*, *Mr. Magú* o simple y llanamente *Cegatón*. El destino de mi vista corta y borrosa me unió con una mujer a la que le decían *La Venada* en los pasillos de la universidad aludiendo a su dependencia de las altas dioptrías. Con el paso de los años he decidido que nos unió la compasión. Si nos quitábamos los lentes veíamos sombras enamoradas, imágenes inconclusas, destellos sin contornos definidos. Ella emigró a los lentes de contacto y yo permanecí en el mundo de los espejuelos. Un día probé con la membrana de los lentes de contacto. Aún se recuerda el escándalo en la óptica Lux; en un acto de tragedia griega casi me arranco los párpados. Con los mismos ojos nos mudamos de casa, tuvimos hijos, hicimos y perdimos amigos sin que las dioptrías nos envenenaran la vida.

Me fugué de mi juventud y me olvidé de mis ojos hasta la mañana dramática en que estaba leyendo un libro con notas, muchas notas, de contenido, bibliográficas, documentales, de archivos. Para más señas, se trataba de un libro de las obras de Racine editado por la prestigiosa Bibliothéque de La Pléiade. Se oyó un grito aterrador en la casa:

—¡No veo nada!

En efecto, mi vista no me alcanzaba para leer la letra pequeña de las eruditas notas. Quiero ser fácticamente verídico: si acercaba la hoja a cinco centímetros de mis ojos, sí leía, con trabajos, pero leía. Si hubiera sido un contrato de compraventa, de ésos que ofrecen vicios ocultos en letritas azules, yo habría adquirido un burro de Tejupilco en lugar de un automóvil de la Nissan.

Corriendo al oftalmólogo.

—Doctor, no veo nada.

El diagnóstico fue rotundo: presbicia o vista cansada, desde luego con la compañía de la miopía y del astigmatismo. El oftalmólogo me felicitó:

—Es usted un hombre con suerte. Ya se fabrican lentes multifocales que sirven para ojos venidos a menos como los de usted.

Salí del consultorio arrastrando el alma en los pies. Volví una semana más tarde y me puse las modernas gafas. Se veía raro, pero no hice caso, se lo dejé todo a la costumbre. A la costumbre se le atribuyen excesivos poderes curativos. Realmente me inquieté cuando me di cuenta de que para bajar una banqueta me impulsaba como si fuera a saltar desde un metro de altura. Al subir los escalones, en cambio, tropezaba pues calculaba mal la distancia, los cristales extraordinarios minimizaban el escalón y yo metía el zapato a la mitad del bloque de cemento. Me derrumbé tres veces. Metí en una gaveta los multifocales y pedí una nueva cita con el oftalmólogo.

—Piénselo, se va a acostumbrar.

—Nunca podré —le dije—. Es como si caminara bajo el agua.

Entonces empezó mi calvario. Dos pares de gafas, unas para ver de lejos, otras para ver de cerca.

Cuando me entregaron mis dos pares de lentes me sentí tan feliz que canté un *jingle*, un trozo de memoria que ha vuelto de las sombras del pasado: Twinky-twinky qué felicidad, / cuestan menos, gustan mas ... Con-mu-cho-gus-to, Twinky-Wonder ¡qué rico pastel! Podría escribirlo completo, pero no es el tema de esta crónica neurótica. No sospechaba que mi vida había cambiado para siempre. Cuando traigo los de ver de cerca pierdo los de ver de lejos y viceversa.

—¿Alguien vio mis lentes de ver de cerca?

Silencio, nadie los ha visto, salvo mi hijo que me dice un tanto impaciente:

—Los traes puestos.

Ciertamente veo mejor, pero me siento un anciano de noventa años. Entre los innumerables recambios, éstos son los de cerca, éstos los de lejos, durante algún tiempo me entregué a la autosugestión: sí puedo leer la letra pequeña, sí puedo, sí puedo. La verdad es que no podía. Pensé que estaba condenado a leer solamente los encabezados de ocho columnas de los diarios. Me acordé del chiste que cuenta Bioy Casares en sus *Memorias*. Un día Borges y su lazarillo tomaron un taxi, el escritor ya era famoso, el chofer lo reconoció y le preguntó:

—¿Usted es ciego?

—Sí —contestó Borges.

—¿No puede leer?

—No puedo leer —repuso Borges con el escudo de la paciencia.

—¿Ni los periódicos? —remató el taxista.

Corriendo al oftalmólogo.

—Estas gotas son para ver el fondo del ojo. Vaya a la antesala y mantenga los ojos bien cerrados durante media hora.

Treinta minutos hundido en pensamientos nefastos.

—Pase por aquí.

Me senté en un sillón y metí la cara en un aro de hierro. Tremenda balacera de rayos de colores en el centro de los ojos:

—Me va usted a dejar ciego, doctor.

—No se preocupe, en un par de horas volverá a ver normalmente.

Cuando los doctores dicen que no hay de qué preocuparse, uno se tiene que preocupar de inmediato. Dicho y hecho:

—Veo al fondo de la mácula un punto que no me gusta.

—La mácula —me dijo el médico— es lo que permite la visión fina. Le voy a hacer un nuevo estudio, se llama fluorangiografía, iluminamos las retinas mediante un líquido que se inyecta en la vena.

Empecé a hiperventilar.

—No se mueva. Le dije que no se moviera.

—No me muevo, doctor.

En unos minutos teníamos ante nosotros las fotografías de mis retinas, dos aros de fuego naranja atravesados por ríos y cordilleras. Sin ese territorio incandescente, la visión no existe.

—Le tengo magníficas noticias. No hay rastro de lesión en la mácula, apenas una huella epitelial, como un lunar. En cambio, su ojo izquierdo ha desarrollado una catarata. Un caso raro si pensamos en su edad. La operación de catarata es facilísima, se la quitamos en un dos por tres.

Salí del consultorio arrastrando el alma en los pies (a mi alma le gusta arrastrarse) y guiado por mi mujer. Con la mano en su hombro me sentí un profeta desvalido.

—¿Cuándo te operas? —me preguntan en casa.

—Muy pronto, pero la verdad veo mejor. Miren: veo hasta esa mancha en la pared.

—Una araña —me corrigieron.

—Es que traigo los lentes de ver de cerca, ¿alguien vio los de lejos?

Total, otro problema.

Altas desde sus rodillas

En la habitación contigua hay un escándalo de guerra. Explosiones, cañonazos, derrumbes; un helicóptero se acerca, se oyen las turbinas de aviones rasantes. Los heridos caen como moscas durante el feroz ataque. La primera división ha tomado la ciudad. Los civiles huyen despavoridos. Una columna de humo se levanta en el campo devastado después de la batalla. Estamos en la era digital, mi hijo juega Xbox, un cubo conectado a la televisión que reproduce mediante discos compactos mundos virtuales, espejos infinitos de la realidad.

La más reciente adquisición de mi hijo se llama *Grand Theft Auto*. Lo intercambié con un amigo por un juego de patinadores, acróbatas extraordinarios capaces de hazañas insólitas del equilibrio. El personaje virtual de *Grand Theft Auto* es un criminal que siembra el terror en las calles. Si los jefes del crimen organizado se lo ordenan, el protagonista cumple las amenazas de los capos quemando coches, vandalizando comercios. Este delincuente puede golpear al primero que se le atraviese, enterrarle un puñal en el estómago, patearlo en el suelo. Muchas personas piensan que si uno ve un borrego en la televisión, por arte de la imitación se convierte en el acto en un borrego. No creo lo mismo, pero *Grand Theft Auto* me parece excesivo. Por esta razón le endilgué al joven un sermón sobre la violencia. Mi hijo congela la imagen en el momento exacto en que el héroe se roba un automóvil en una calle virtual.

Ningún tiempo pasado fue mejor, pero en el parque donde crecí los asaltos son cosa de todos los días. Cuando el hampa se adueñó de la ciudad, las calles dejaron de ser espacio de diversión y libertad. Mi infancia y adolescencia no fueron ajenas a la violencia. En los baños de la Escuela Secundaria Número 32 me lié varias veces a golpes con Caballero en defensa de mi honor; en el Parque México el Willie y el Zozaya me hicieron la vida de cuadros. Sospecho que han ocurrido grandes cambios en el último minuto. Ignoro si de niños y adolescentes éramos más o menos imaginativos. Seguramente menos. En nuestros días, a nadie se le ocurriría jugar tamaladas o burro castigado en lugar de chatear, o jugar coladeritas en vez de organizar un torneo completo jugando FIFA 2000 en el xbox. En su sano juicio, no conozco a ningún niño capaz de entregarle una tarde de su vida al juego de las canicas. Me siento como Juan de Dios Peza, el poeta mexicano que les escribía poemas a sus hijos, pero la verdad es que recordé que en materia de canicas, una vez que se delimitaba con la rama de un árbol el perímetro del campo de batalla, en el centro se hacía un hoyo con la bombona, se apisonaba el terreno y empezaba el juego.

—Altas desde sus rodillas —decía Esparza. Eso quería decir que el adversario tenía que ensayar un tiro maestro con la canica a la altura de la rodilla.

—A calacas —gritaba Hernández, temido por sus fagonazos certeros, y la canica perdida abandonaba la traza reglamentaria.

Tengo mi librito de oro: ningún maleficio, ni el poder del castigo reglamentado podía tocar a ese jugador. Las bombonas causaban indiferencia, por las agüitas nadie daba un peso; en cambio por las ágatas sí había pleito. Las canicas transparentes que tenían un trébol en el interior cotizaban muy alto, eran el aleph de nuestra infancia. Esparza tenía una bolsa grande repleta de

canicas. Todas las había ganado en juegos recios venciendo a rivales de consideración, incluso a jóvenes mucho mayores que él.

Un día fui rico: me regalaron una bolsa de tréboles de colores. Yo sabía que Esparza era un gran tirador. Lo reté y le di cita en el Triángulo, un territorio dominado ampliamente por mí cuando jugaba fútbol: el que mete su gol para, les proponía Esparza a dos boleros del rumbo. Dilapidé como un estúpido mi fortuna en veinte juegos apostando cinco canicas en cada uno de ellos. Una catástrofe sin precedentes: perdí cien canicas. En la última partida sorprendí a Esparza y le dije desesperado:

—Altas desde sus rodillas.

Yo necesitaba al menos cinco canicas y empezar desde abajo la recuperación de la pérdida. Esparza se incorporó, puso la mano en una de sus rodillas, cerró un ojo y desde las alturas y el hueso medio del poderoso pulgar sacó un rayo imparable. No pude ver la colisión, pero mi trébol azul se partió en dos mitades, mi planeta dividido en dos. Por cierto, yo tiraba de uñita.

Réquiem por el correo

Durante años, el correo mexicano se ganó a pulso la fama indestructible de ser una de las instituciones más ineficientes del mundo. Sé de qué hablo. En la familia luchamos a brazo partido contra los errores del servicio postal. En nuestro caso, el hombre de la mochila de cuero casi siempre era un convenenciero que tocaba el timbre de la casa sólo cuando se acercaba el día del cartero para entregar misivas remisas. Una carta enviada desde la colonia Del Valle podía tardar dos semanas en llegar a su destino en Polanco, o aparecer en un buzón de una casa de la Nueva Santa María.

Con el paso del tiempo, ese raro prestigio sostenido en la ineficiencia salvó su reputación: el servicio postal mexicano prácticamente desapareció. La mensajería y el ciberespacio desplazaron a la oficina de correos, una antigualla inútil como una televisión de bulbos. La velocidad de la computadora borró del mapa al cartero, las grandes empresas de mensajería acabaron con el envío postal. Ganamos tiempo, pero perdimos el viejo ritual de la carta.

En algún lugar de los años sesenta, mi madre salía de la casa rumbo al correo con su larga carta dirigida a mi hermano mayor. Yo la acompañaba. En la oficina postal, un burócrata atávico pesaba la carta en una báscula y decidía el costo de los timbres. En un mostrador de maderas sobrevivientes del sexenio de Ruiz Cortines había varios cojincillos para humedecer el pegamento de los timbres. A mí me gustaba ensalivarlos con la lengua para pegarlos al sobre pero mi madre, que siempre desconfió de la burocracia federal, llevaba su propio Resistol. Yo deslizaba la carta por la ranura y mi madre le daba la bendición. Si el precio sobrepasaba los dos pesos cincuenta centavos quería decir que mi madre había escrito un tratado de amor maternal sin ninguna contención emotiva. Uno de mis pasatiempos favoritos era leer la prosa de mi madre mientras escribía con un bolígrafo Wearever en una hoja tamaño media carta de papel cebolla, que pesaba y costaba menos a la hora del envío. Al final de la epístola, antes de los besos y los abrazos, mi madre cerraba su historia con un aforismo perfecto:

—Si puedes, sólo si puedes, manda un poco de dinero.

Un mes más tarde el cartero entregaba en la casa una larga carta que empezaba con una extensa consideración acerca de *Ser y tiempo* de Martin Heidegger. Supongo que mi hermano ensayaba para un examen crucial en la Universidad Libre de Berlín; a juzgar por la dilatación expansiva de su prosa, la calificación de aquel trabajo debió ser sobresaliente. En casa leíamos el ensayo un tanto desconcertados, sólo mi madre ponía en palabras su desazón:

—La soledad ha vuelto loco a Pepe.

Mi hermano cerraba sus reflexiones filosóficas con el dardo de un reproche:

—Escriban, no sean así, hace dos meses que no recibo carta.

El remate era una esfera de reciprocidad:

—Dile a papá que si puede, sólo si puede, mande un poco de dinero. Aquí hace frío.

Desconsolada, mi madre se enteraba así de que sus tres últimas entregas se habían perdido entre kilos de papel y caligrafías desconocidas.

—El correo no sirve —decía.

En un ataque de optimismo, mis padres decidieron comunicarse por teléfono con su hijo, pero en esos años una llamada a Alemania era un calvario que demoraba una semana de conexiones —Galveston, Roma, Frankfurt— y costaba una fortuna. Cuando llegó el recibo del consumo telefónico, regresamos de inmediato al género epistolar y de paso nos cortaron el teléfono.

Hay una carta que tardó ochenta años en llegar a mis manos. Las breves líneas dicen más o menos así: «Tu mamá ya salió de la delegación. Gracias por los ciento setenta pesos. La mercancía no la devolvieron». Así supe que en los años treinta del siglo pasado, la abuela fue detenida en Nuevo Laredo. Era *chivera*, oficio tan obsoleto como el del cartero que consistía en comprar ropa en Estados Unidos y venderla en México. Al parecer, el centro temático de la correspondencia familiar han sido Heidegger y el dinero. Por lo demás, el papel cebolla no se consigue en las papelerías, el imperio de los bolígrafos Wearever se desmoronó bajo la invasión bárbara de las plumas Bic, el Servicio Postal Mexicano (Sepomex) es un retrato fiel del Gobierno de la República, una verdadera cataplasma. Los coleccionistas de estampillas cada vez son menos, desde hace años no veo un sobre con marcos bicolores, azul y rojo, que advierta en tres idiomas: *Por Aviión, By Air Mail, Par Avion*. Estoy de acuerdo: hemos progresado.

Las miniaturas del mundo

Ya dije que desde niño he sido un miope serio y profesional. Cuando el médico me dijo que una catarata miópica había envuelto en una nube el ojo izquierdo, me sentí un ser decrepito: la vejez toca a la puerta, pensé atenazado por la melancolía.

—Usted tiene —dijo el oftalmólogo— el cinco por ciento de visión en el ojo izquierdo; el derecho trabaja al ochenta por ciento.

La intervención quirúrgica de los ojos es la única que puede verse a sí misma. Mientras retiraban el cristalino con una especie de periscopio de submarino para poner en su lugar un lente intraocular vi todo el arte pop de los años sesenta: poliedros azules, círculos verdes, extrañas tabletas de colores indefinibles, rombos flotando en el limbo interior de mi ojo. A mí nunca me gustó el *pop art*, de modo que me aburrí durante los cincuenta minutos que dura la operación y fui un crítico fugaz de esa propuesta artística consistente en deformar cualquier contorno y ponerle colores delirantes. Salvo los picotazos en el ojo para anestesiarlo, el tránsito por el quirófano fue indoloro. Aunque esperaba los peores resultados (siempre hay que esperar los peores resultados), mi vista mejoró con mis nuevos lentes, de lejos y de cerca, y me introdujo en un mundo que yo suponía desaparecido, el mundo en miniatura que transcurre como una historia secreta por debajo de las cosas de mayor tamaño. En casa festejaron el éxito de la operación, pero dudan de mis facultades mentales. Ahora leo edictos, avisos notariales, convocatorias y fórmulas médicas, letras pequeñísimas. Me he convertido en un cazador de miniaturas.

—¿Otra vez leyendo edictos? —me preguntan con sorna.

Los edictos se publican en los periódicos en letra muy pequeña y son mandatos de las autoridades judiciales o administrativas para el conocimiento general de las personas. La verdad es que me sorprendieron mientras me enteraba en un pequeño texto y con una letra de pulga, de cuatro o cinco puntos (el punto es la unidad de medida de las letras impresas), de que «mediante la escritura 1320, la señora Sonia Sánchez Cortés (que también usa el nombre de Sonia Sánchez de Muñoz Cote) se convirtió en la albacea de Joaquín Muñoz de Cote Izquierdo». Me defendí de las críticas afirmando que detrás de ese mundo de miniaturas había una historia que contar. Para empezar, el señor Muñoz Cote se fue al otro barrio, no sabemos cómo o de qué, pero murió. Él ha pasado a mejor vida y su esposa a ser la albacea, la persona designada por el testador o el juez para ejecutar las disposiciones testamentarias y administrar los bienes del finado. Los albaceas siempre quedan mal con la familia; los herederos quieren el dinero del muerto y el administrador debe cumplir los deseos del señor Muñoz Cote. Tengo mis dudas acerca de la solidez de esa unión. Sonia Sánchez debió ser la heredera universal y no la albacea de los bienes de Muñoz. Algo pasó. Este pequeño guión contiene varias vidas y una muerte en unas cuantas palabras pequeñísimas. Después de esta explicación, en casa pensaron que mi siguiente atención médica sería en un manicomio. Hacía mucho tiempo que no leía edictos pues la vista no me alcanzaba. Cuando los ojos de mi padre se lo permitían, él se adentraba en el

espacio de la letra pequeña y buscaba su nombre en los edictos; a veces lo encontraba: «Señor Pérez Gay, favor de pasar a saldar su deuda o sus pagarés se tornarán a los juzgados», etcétera.

A cierta edad es imposible fabricar nuevas pasiones, nos dedicamos a cultivar sólo las antiguas. Pues yo tengo una nueva: leer con mi vista de lince las fórmulas médicas que se publican en las cajas de las medicinas, unas letras muy pequeñas que he secuestrado del papel. Una mañana, durante el desayuno, diserté:

—¿Sabían ustedes que el Ranisen, pieza central del tratamiento contra la gastritis, está compuesto por clorhidrato de ranitidina? ¿Y que cada tableta de Dramamine, enemiga número uno de la náusea (aquí mentí, el principal enemigo de la náusea es el Torecan, pero no importa) contiene 50 miligramos de deminhidranato?

Ya nadie me toma en serio. Me cubrieron con un manto de silencio. Nadie entendió que esa información la obtuve leyendo letras aún más pequeñas que las de los edictos. En honor a la verdad nunca he padecido gastritis y pocas veces la náusea, pero dos días antes de la operación aparecieron sospechosos síntomas de ambas. Recuerdo que me sublevé ante lo irremediable:

—A mí no me llevan al quirófano ni amarrado.

Mi rebelión fue sofocada con un Ranisen, un Dramamine y un Tafil compuesto por .50 miligramos de azprazolam. El momento difícil ocurrió cuando quise leer los agentes activos y los compuestos de las gotas que me recetó el oftalmólogo. Esas letras son un crimen, no las lee ni Dios. Después de un esfuerzo enorme leí: clorhidrato de nafazolina. Apareció la sombra de la duda acerca de mi nueva visión. Desde ese día le pongo pruebas a mis ojos cada vez que lo considero necesario. Cierro el ojo izquierdo y veo con el derecho; luego al revés, cierro el derecho y miro con el izquierdo. Creo que he exagerado. Ahora parece que tengo un problema neurológico, un tic grande muy neurótico, de ésos que hacen que uno parezca un hombre que ha perdido la razón.

Soy bueno cargando maletas. Esa habilidad se la debo a la maestra Eustolia. El persuasivo método educativo de Eustolia se basaba en la gravedad y la pesadumbre. El sistema era infalible. En el salón de quinto de primaria de la escuela José Mariano Fernández de Lara, las mochilas eran las literales piedras de toque del aprendizaje; al que no sabía repetir la lección, le daban dos pesadas mochilas y le mandaban cargarlas de pie, en la esquina del salón de clases, durante el resto del día. Eustolia no era sádica; no ordenaba cargar el peso sobre los hombros, o con los brazos en alto, eso habría sido un castigo excesivo, sólo levantarlas, como si esperáramos en el andén un tren con cuatro horas de retraso. De allá vienen mis destrezas para cargar maletas y mi confianza en el método educativo de Eustolia.

—Gay, díganos las reglas de ortografía.

Me ponía de pie y guardaba silencio. Gay no sabía nada, la única obligación rondaba el Parque España jugando una cáscara y terminaba después frente a la televisión. A la esquina con dos mochilas. De pie, con el equipaje de la vergüenza, repasaba mis pasiones: *El Gato Félix*, *Lorenzo y Pepita*, *La Cuerda Floja*, el equipo Necaxa (una delantera de veneno puro: El Morocho Dante Juárez, El Yuca Peniche, El Chatito Ortiz y Javan Marinho), el detective *Mannix*, la crema Wildrot para el pelo rebelde, *El Investigador Submarino* y los *Inmortales del Cine Nacional* que patrocinaba la marca Herdez. «Qué dijeron ricos fufurufos, ya nos quedamos con la Chachita», decía uno de los incondicionales de Pepe El Toro. A otro imprescindible de Pepe le decían El Camellito en alusión a una marcada joroba en la espalda, vendía billetes de lotería y siempre llevaba con él a un perro blanco, su único y verdadero compañero. El Camellito descubrió que la banda de Ledo planeaba un atentado contra Pepe El Toro. Los de Ledo lo persiguieron por las calles. El Camellito era discapacitado, lo alcanzaron los malos y lo empujaron al arroyo en pleno tránsito. El tranvía que lo atropelló le cortó las piernas. Antes de denunciar a Ledo, El Camellito pronunciaba una frase terrible acerca de su escaso futuro, una declaración que yo repetía en voz baja sosteniendo el peso de mi ignorancia y la desgracia de mi situación: «Jorobado y sin piernas, voy a rodar». Bien visto, mi única ortografía se asentaba en la saga de Ismael Rodríguez cuyos papeles estelares compartieron Pedro Infante y Blanca Estela Pavón.

Los que fuimos a escuela pública y cantamos los lunes himnos a Juárez (apóstol, insigne paladín, los patrios pendones se inclinan ante ti, porque fuiste baluarte, etcétera), sabemos que el método de Eustolia debe ser valorado con más detenimiento y generosidad. Puedo afirmar sin lugar a dudas que todo el salón se aprendió las reglas de ortografía, las capitales de los estados de la República, los sistemas digestivo y circulatorio y muchos conocimientos más con tal de eludir el andén donde esperábamos al tren fantasma. Pasé buena parte del quinto año de primaria en el rincón de la ignominia. Mi memoria funcionaba, pero mi vista era un desastre. Copiaba mal los guarismos y en consecuencia los resultados de las operaciones estaban siempre equivocados. Eustolia era una pedagoga consumada. Les envió a mis padres un mensaje escrito con caligrafía Palmer: el niño no entra al salón si no trae lentes. No ve nada desde la segunda fila. Mi padre

solucionó el problema de inmediato. Una noche me entregó un estuche con unas gafas. Recuerdo que le dije:

—Esos lentes son de mujer.

—Te pones esos mientras compramos otros.

Regresé a la mañana siguiente y Souza Morales me denunció:

—Gay trae lentes de mujer.

Las gafas eran de color ladrillo y los extremos se prolongaban en una curva femenina imitando un antifaz de carnaval. Fui un precedente ignorado de Elton John. Si me los ponía, todo lo veía fuera de foco. Al menor descuido de Eustolia me los quitaba:

—Gay, al rincón con las mochilas de Hernández y Souza (las más pesadas) hasta que aprendas a no quitarte los lentes.

Parado en el andén modificaba la frase del Camellito: «Miope, con lentes de mujer y con una graduación que no es la mía, voy a rodar». Y rodé. En el recreo mis enemigos me decían:

—Gay es maricón.

Me lie a golpes en cinco ocasiones con los difamadores. Según los jueves, los resultados de las peleas siempre fueron por decisión dividida; tres a mi favor, dos para mis adversarios. Habité como nadie el rincón de la ignominia por quitarme los lentes y recurrí al racismo para defenderme. Cuando Hernández me decía «güero maricón», yo le contestaba «negro puto» aludiendo al color oscuro de su piel, luego venía un intercambio de golpes. Hernández tenía un recto de derecha de dar miedo. Así cerré el quinto año de primaria, a golpes y con unos lentes de mujer que un día tiré en un baldío. En la casa dije que los había olvidado en un asiento del camión Mariscal Sucre. La pedagogía de Eustolia tuvo gran éxito. Lázaro, el maestro de sexto, la incorporó de inmediato al plan de estudios. Hernández quedó atrás, reprobó quinto. La última vez que lo vi fumaba con arrogancia un cigarro Bali. Así aprendía a cargar maletas y a detestar el regreso a clases. ¿De dónde trajo mi padre esos lentes de mujer?

Una actriz

Sonó el timbre. Pensé en el día duro como la piedra en donde había tallado mi alma. No le abro ni a Dios Nuestro Señor. Otro timbrazo. Si no abro yo, nadie abre, como si tuviera una familia de sordos. Siempre me arrodillo ante la curiosidad. ¿Quién será? Una mujer desesperada. Las mujeres desesperadas me ponen ansioso. Me contó su contundente historia: soy su vecina y estoy pasando por el momento más difícil de mi vida. Mi hermano tuvo un accidente en la carretera de Querétaro. Ha muerto. No tengo ni para el viaje. Me da pena pedir dinero, pero ¿qué haría usted en mi lugar?

Mi primera reacción fue inhumana: después del día que arrastro aparece una mujer desdichada con el hermano hecho puré de tomate en una carretera. Lo que me faltaba. La miré a los ojos para descubrir alguna verdad en su mirada. No encontré ni un carajo de nada. No nos engañemos, nada puede descubrirse en las miradas. Todo es culpa de aquel Principito, el personaje que inventó el piloto Saint-Exupéry con su prosa cursi, de miel de abeja. Pero no nos desviemos, la mujer estaba frente a mí, con lágrimas en los ojos, en espera de una respuesta. Lo cierto es que yo no sabría qué hacer en su lugar, no quiero estar nunca en su lugar. Por este razonamiento que me angustió, le di un billete y le puse fin a ese penoso asunto de la carretera, la muerte, la pobreza y el dolor.

Me preguntaron en casa que quién había tocado. Siempre lo mismo, nadie abre, soy el portero y al final tengo que ofrecer un reporte preciso de los hechos.

—Nadie —le dije a mi mujer—: una señora a la que se le murió el hermano.

Fue así como me enteré de que era la cuarta vez que la mujer mataba al hermano y luego pedía dinero. Podría haber enterrado a diez hermanos con la recaudación de sus estafas.

Una gran actriz esta mujer que mata a sus hermanos, pensé para mis adentros. Un fagonazo de la memoria me trajo a Augusto Boal, el famoso dramaturgo brasileño que inventó el Teatro de los Oprimidos y lo promovió por el mundo entero. Lo conocí allá por los remotos años setenta cuando formé parte de un grupo de experimentación teatral. Boal murió, pero dejó una herencia cuantiosa: el Teatro Invisible. Según el dramaturgo todos somos actores. En este momento usted está actuando a un lector o una lectora y yo actúo a un hombre que escribe. Pero la cosa no termina ahí, el Teatro Invisible tiene que servir a los oprimidos. Los desposeídos deben obtener pequeñas prebendas de esta clase de teatro. Para esto pueden planearse pequeñas expropiaciones basadas en la actuación, o en la mentira: al final la actuación es una mentira que parece real, o una realidad que parece mentira, en fin, no vamos ahora a discutir qué es el teatro.

Augusto Boal nos enseñó a ser actores invisibles. Yo un día actué la lucha de clases. Me tocó fácil, a un compañero se la pusieron en chino con la plusvalía y a otro más le dieron la superestructura y las contradicciones con los modos de producción. A estos personajes no los sacaba adelante ni Lawrence Olivier. A la mujer que me estafó, Boal le habría dado un premio. Este icono del teatro latinoamericano nos organizó para tomar algunos talleres que consistían en sentir los cuerpos, tocarlos. Imaginen lo que quieran. Boal inventó también la heterogenitofobia.

Nunca entendí el concepto, pero recuerdo como si fuera ayer que todos decían: Boal es un genio, Boal sabe, Boal es guapo, en él conviven lo mejor de Stanislavski, de Grotowsky, de Meyerhold.

Noche de sábado. He bebido unos tragos de más y reposo. Oigo el timbre a lo lejos, quizás estoy dormido. De aquí no me levanto ni aunque sea Sigmund Freud. Soy un admirador de Freud, si fuera él sí me pondría en pie. Lo mismo de siempre, nadie abre. Los voy a llevar al Instituto Holandés para la Sordera. Me asomo:

—Señor, soy su vecino de la esquina. Mi hijo arde en calentura. ¿Tendrá usted algún jarabe? —me dice dos nombres. Me alarmo: la influenza llegó a mi calle.

Abro el botiquín y sacó dos jarabes. No me pregunten cuáles. Se los entrego al vecino. Cuando me preguntan que quién tocó respondo que nadie. Apago las luces del estudio y espío desde la ventana. El supuesto vecino se bebe a pico de botella los dos jarabes, aborda su coche y se va. Nunca fui un buen alumno de Boal. Qué cosas tan raras están pasando.

Sin sospecha

—¿Un cabrito? Hemos vuelto a la ciudad colonial, en ese tiempo era común tirar animales muertos a las calles y las acequias —pregunté incrédulo y pontifiqué al mismo tiempo.

Un amigo me contó que durante las obras públicas que emprendió la delegación Cuauhtémoc para remozar los camellones de Durango, Mazatlán y Alfonso Reyes, en la colonia Condesa, alguien arrojó a la puerta de su casa un cabrito desollado.

—Como lo oyes, un cabrito sin piel frente a mi puerta —confirmó este amigo no sin cierta melancolía—. Para entrar a la casa había que saltarlo. Después de una urgente reunión familiar concluimos que teníamos que deshacernos del cabrito. Ya sabes —continuó—, bolsas de plástico, tapabocas. Lo tiramos en un basurero del camellón y barrimos la calle con cloro.

Nos habían invitado a comer a su casa. Tuve al menos un pensamiento nefasto sobre la composición del menú de esa tarde. Pedí otro whisky. A nuestra edad hemos decidido dedicarnos al *single malt*. La malta única procede de una sola cebada malteada. No pasa así con los *blended scotch* que combinan granos de malta con otros cereales. Estas cosas se saben sólo cuando los cincuenta años se acercan por detrás, en silencio. El único problema es que hay que invertir todos los ahorros en malta. Mientras yo miraba el mundo a través del vaso *old fashion* con dos hielos y tres dedos de *single malt* oí la historia del gallo.

—¿Un gallo? —pregunté desconcertado.

—Como lo oyes —dijo mi amigo—, un gallo muerto a las puertas de la casa.

—Me parece raro —dije—, vivimos muy lejos del campo y aparecen cadáveres de animales. A nosotros nos pasa —agregué hablando de mi casa y mi familia— con las heces caninas. Una vecina pasea a su perro y él ha marcado como parte de su territorio la puerta de la casa. Los dos, la perra y el perro, se escapan sin recoger nada.

La hija de mi amigo asegura que su familia es víctima de insospechadas brujerías. Me perturba la idea, pero guardo silencio y aduzco que ahora para invocar a los espíritus del mal y llevarle daños irreparables al hechizado se requiere una granja:

—Antes bastaba con una pata de pollo y abisal listón rojo amarrado, o cosas más ligeras como el pelo de algo bestial y maléfico, o algo coloidal, no sé —remato entre dudas grandes.

—Será lo que tú quieras, pero esos animales han aparecido en la puerta, sin contar a la rata —completó mi amigo con gran fuerza dramática su colección de cadáveres.

El roedor me impresionó menos. Se trata de seres subterráneos inherentes a la vida urbana. Tenía un as en la manga:

—A nosotros nos volvió locos la vaca —digo en un contrapunto que mató la verosimilitud de la plática.

—¿Una vaca? —descreyeron en definitiva unanimidad.

—Como lo oyen, una vaca viva a las puertas de la casa.

Les recuerdo que vivimos a dos cuadras de la Secretaría de Economía. Es muy común que lleguen a nuestras calles hombres y mujeres del campo a protestar por los granos acaparados, los

intermediarios de la leche, en fin, causas justas y ejemplares.

—Una mañana clara. Abrí el balcón para dejar pasar el sol y vi una vaca pastando en un camión de redilas —dije sin faltar a la verdad—. Más tarde sabría que en los alrededores de la casa había unas doce o quince vacas. Además regaron el asfalto con leche, leche bronca de rancho que desperdiciaron en su protesta contra la carestía —agregué como si yo supiera de lácteos—. No sé si los rancheros lograron que sus peticiones se hicieran realidad.

Durante la comida defienden las obras de los andadores de Durango, Mazatlán y Alfonso Reyes. Los pavimentaron con una imitación de adoquín no malograda, pintaron las verjas, recompusieron las bancas, pusieron farolas.

—Los trabajadores dejaron durante días y días montones de lodo y basura en las esquinas.

—No todos son tan rápidos y eficientes como los alemanes —respondí sin exagerada convicción.

Brindamos. En la comida celebrábamos que nuestro amigo salía adelante de las penumbras de una neumonía que lo tuvo fuera de combate durante quince días.

—El médico me dijo que esta cosa se pesca en el aire—dijo tosiendo y llevándose una mano al pecho.

Mientras se abría paso entre la neblina de la tos, me abstraí y concebí un crimen perfecto. Cuando la vecina lleve a pasear a su perro histérico, de esos pomerania que ladran con la agudeza de una daga, le abriré la puerta, lo dejaré pasar como si fuera uno de esos vecinos que adoran a los animales. Una vez desaparecido y envenenado caminaré con una bolsa por el andador de Alfonso Reyes y tiraré su cuerpo inerte en la puerta de la casa de mi amigo. Para ellos será parte de su cotidianidad y para mí una liberación. No figuraré entre los sospechosos.

El pecado de Gomes

La verdad es que por correo electrónico no sólo me han ofrecido alargarme el pene. Hace unos días recibí dos noticias extraordinarias. La primera de ellas me informaba que había ganado un millón de euros. La segunda me notificaba que era el afortunado poseedor de cien mil dólares. Ya con el millón de euros, los cien mil dólares se me hicieron poca cosa, pero no los desprecié. No está mal, pensé, sobre todo si consideramos la noche negra de la crisis económica mundial.

Estudí el asunto con los cinco sentidos y sin excesiva confianza en mi suerte. Pregunto: ¿les parece poco probable que la oficina central de la Zürich Lotterien haga una rifa entre 20 mil direcciones electrónicas para otorgar un millón de euros como parte de su plan anual de beneficencia? A mí también. Me imaginé a los directivos de la Zürich Lotterien, unos suizos impasibles que reparten con honestidad inquebrantable el premio de su institución. Herr Perretz ganó el millón. Comuníquense con Herr Perretz a su correo electrónico. Por favor, Herr Jünhans, no olvides pedirle a Perretz su banco, número de cuenta, dirección, teléfono y otros detalles sin los cuales no se entrega premio. Correcto, contesta Jünhans persuadido de que no fallará en su misión. Pensé en Bernard Madoff, el más elegante y famoso estafador de la historia del capitalismo mundial. La verdad es que defraudó 50 mil millones de dólares con métodos no muy distintos a los de la Zürich Lotterien. La diferencia más notable entre las intenciones de la Zürich Lotterien y los métodos de Madoff es que éste defraudaba con gran elegancia a otros estafadores: una pirámide de pillos que se robaron unos a otros. Empecé a ponerme de mal humor. Pulsé *delete* y perdí un millón de euros.

Me quedaban los cien mil dólares. Después del episodio de la Zürich Lotterien estaba yo un poco escamado, pero caramba, una cantidad así de billetes verdes no son poca cosa. *La petite histoire*: en la Isla de Mauricio, un señor Gomes acude a sus últimos días de vida sacando fuerza de la nada para salvar su alma. Por esta razón, un sacerdote de Port Louis le sugirió lavar sus pecados donando una parte de su cuantiosa fortuna a distintas personas del mundo. Yo soy una de esas personas. El sacerdote se llama Roger Badou y tengo que contactarlo para iniciar los trámites después de los cuales ingresaré en mi cuenta bancaria cien mil verdes.

El señor Gomes me escribió esto: «En nombre del señor creativo del cielo y de la tierra, sé que esta suma le ayudará a regular una buena parte de sus problemas financieros. Le ruego que acepte esta subvención que le ofrezco del fondo del *coeur* y le suplico que se ponga en contacto con Badou para reclamar el dinero pues yo viajaré a los Estados Unidos para seguir mi tratamiento. La dirección electrónica es la siguiente». No quise jugar al detective. No pulsé la liga de la dirección de Badou, pero me conmovió eso del fondo del *coeur*, el son del corazón me conmueve, en especial si viene de la Isla de Mauricio. Me imaginé a Badou al pie de la cama del moribundo.

—Cometiste tantos pecados que tendrás que regalar una parte de tu cuantiosa fortuna (si no son cuantiosas, las fortunas no son interesantes), al fin que a donde vas no se usa el dinero.

Después de un ahogo, Gomes acepta la propuesta de Badou y le pide que ofrezca al azar cien mil dólares en distintas direcciones. La mía es una de ellas. Pulsé *delete*. Así perdí cien mil dólares. Pensé de nuevo en Madoff: él también salvó su alma y lavó cientos de miles de pecados, de los grandes. Para entonces ya estaba yo de un humor de perros.

La firma electrónica

Si no estoy soñando, ¿por qué voy en el asiento trasero de un coche marca Ford acompañado por dos contadores públicos titulados? Avanzamos por Circuito Interior; el tránsito es un asco. Tenemos una cita en la calle Bahía de Santa Bárbara. Si no me equivoco se trata de la colonia Anzures. Miro por la ventana del auto nubes del fin del mundo, camiones con el escape abierto, concentraciones de humo. No sé si este efecto de realismo sucio se desprenda de las dioptrías de mis nuevas gafas. Se me escapa un pensamiento como del Profeta Mimí en libre asociación con el paisaje: escenas del calentamiento global, el fin de la humanidad se acerca. Tendría que inquietarme menos por el futuro y considerar el porvenir inmediato. Los amables contadores que me llevan en su automóvil quizás han visto mi cara de mortificación. Me dicen:

—No te preocupes. Es un trámite rápido y sencillo.

Me preocupo muchísimo. Cuando en México alguien dice que algún trámite burocrático será rápido y fluyente hay que prepararse para atravesar por una tempestad de maldiciones desprendidas desde las alturas por dioses malignos. En la esquina de las bahías de Santa Bárbara y Ballenas hay un puesto de jugos que solicita «muchachos activos». Qué tan activos, me pregunto, mientras veo un bote de bagazos diversos y caminamos hacia las oficinas del Sistema de Administración Tributaria, el cuartel norte de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público. Sin puestos callejeros no hay oficinas públicas; de hecho, ya nada existe si no lleva adherido su propio puesto callejero, trátese de finanzas, amor, salud, cocina, a todos estos conceptos los acompaña un puesto ambulante, real o imaginario, de refacciones. Leo el letrero de un negocio próspero: «Venta y llenado de formas fiscales». Me pongo nervioso. Siempre me equivoco al llenar los formatos de cualquier clase, especie o linaje de la burocracia internacional.

Antes de entrar miro la civilización que se ha desarrollado a las afueras de las oficinas públicas: quesadillas, tacos, oficinas de contadores pobres y rateros, impresores de recibos de honorarios, pequeños despachos contables de banqueta. No soy excepcional, como todos los mexicanos detesto pagar impuestos. Los pago, pero no porque yo sea un ciudadano consciente de los beneficios del destino tributario sino porque temo las represalias del Estado en mi contra. Desde luego y dicho sea de paso, no leeré la Miscelánea Fiscal que los diputados aprobarán como siempre en una sesión maratónica en la que nadie entiende nada. Siempre he imaginado a un legislador diciéndole a otro, a las dos de la mañana, bostezando en sus curules:

—Sí, sí, que los contribuyentes paguen lo que sea y les dé la gana, pero ya vámonos a dormir.

Me he perdido en mis pensamientos y descuidado los interiores de este cuartel tributario: un galerón limpio dividido por mamparas en pequeños cubículos donde han instalado computadoras, cámaras, luces. En las antecámaras hombres y mujeres sentados en sillas azules esperan el juicio final. Caras largas, aprehensivas, urgidas, hastiadas. Les confieso a los contadores:

—Si me sientan a esperar en una de estas estancias sufriré un brote psicótico.

—No te preocupes. Tenemos cita.

Guardo silencio. No me convencen. Sé por experiencia que el gran arte mexicano es el autoengaño. Los contadores quieren creer que si nos han dado un horario para la cita, entraremos a la oficina a la hora indicada. Autoengaño. En México nadie entra a ningún lugar a la hora precisa. Me explican que soy un privilegiado pues vengo por una especie de revalidación. La firma electrónica está lista desde hace tiempo, el día en que me llevaron a Xochimilco, al cuartel sur de la Secretaría de Hacienda. Aquella mañana un empleado federal me tomó fotografías, huellas dactilares, el burócrata investigó mis nombres y apellidos y logró hacerme sentir un delincuente cuyos libros, como los de Al Capone, ocultaban serias anomalías evasoras.

Dicho y hecho. La tardanza asciende a treinta minutos. De pronto ocurre el milagro y nos llaman. Me siento afortunado, la espera no pasó el umbral de la media hora. Entramos. Intercambio cortesías con la empleada. Muestro mi identificación. Me pregunta:

—¿Persona moral o física?

Guardo un apenado silencio, la verdad es que no sé muy bien si soy físico o moral. Después firmé seis formatos con agilidad grafómana. Hemos terminado. No puedo creerlo. Tengo ganas de abrazar a la burócrata gorda que nos atendió con atingencia (gran palabra ésta de la atingencia). Autoengaño. Esta vez fue fácil porque en Xochimilco sufrí la larga espera, como si fuera un gran evasor, y la ley de las compensaciones ha equilibrado esta segunda instancia hacendaria.

—A partir de ahora podrá pagar por Internet —me dice la empleada.

Me alegro como si me hubiera sacado un premio, el colmo de la ignominia. Al salir de la oficina pública veo el bote de bagazo en el puesto de jugos y me niego a construir un símil entre esa imagen y el sistema tributario mexicano. Algunas moscas sobrevuelan codiciosas y aterrizan en el bagazo. El trámite ha terminado. Admito que con todas estas contrariedades se trata de recaudar más y mejor; si eso ocurre habrá menos evasores y se logrará una política fiscal exitosa, competitiva, que al final producirá mejores servicios, más educación, mejor salud; sí, cómo no, les voy a creer. Estoy preocupado, no sé qué firmé en los formatos hacendarios.

Lágrimas de sangre

Los recuerdos de mis vacaciones me inspiran miedo y desconfianza. Si viajo en el tiempo cuarenta años, uno de mis más viejos amigos y yo caminamos por el *lobby* de un hotel que en aquel entonces nos parecía elegante. Nos habíamos persuadido de que conquistaríamos a unas bellezas sajonas. Las mujeres de tez blanca y pelo en llamaradas rubias tenían que ser todas ninfómanas. Mucho más si estaban en Acapulco. Después de una hora de caminar y saludar gabachas (así se les decía), elementos de seguridad del hotel nos echaron a patadas. Terminamos bebiendo ginebra Oso Negro con agua tibia en un cuarto con cucarachas.

Para ese viaje, mis padres me hicieron tantas recomendaciones que la primera noche no dormí. Los consejos de mi madre eran trozos de infierno:

—Cuidado en el camión, si te duermes te roban todas tus pertenencias, así le pasó a la Güicha Margain en un viaje a Uruapan. El sol es peligrosísimo, si te descuidas te ardes y te salen ámpulas; el mar es traicionero, cuando entras en confianza, te traga; la playa en la noche, ni se te ocurra, te asaltan y te propinan una golpiza, así le pasó a una sobrina de la Güicha Margain.

Mi padre en cambio evadía toda responsabilidad:

—Allá tú si lo dejas ir. La carretera es una serpiente de curvas y curvas. Vas a llorar lágrimas de sangre, acuérdate de lo que le pasó al primo de los Margain —vaticinaba y desaparecía.

Cuando mis padres querían ser definitivos, siempre ejemplificaban con los Margain, unos parientes lejanos a quienes nunca conocí pero cuyos nombres de inmediato encienden en mi memoria el fuego de las tragedias. La Güicha, Lela, en fin, me estoy desviando de las vacaciones. Volví al puerto de Acapulco con más años y más amigos. De esos viajes recuerdo a un lanchero apodado Viruta por su parecido con el compañero de Capulina, el campeón del humorismo blanco. Por acordarme de Capulina, me estoy desviando.

Viruta era capaz de conseguir todo, desde un toque de mariguana hasta un espagueti a la boloñesa. Nunca olvidaré el día en que conocí a la novia de Viruta. Me fui de espaldas. Una sajona de tez blanca y pelo en llamaradas rubias sobre los hombros, un sueño envuelto en piel dorada. Ni dudarle, una ninfómana. Pinche Viruta, yo no pescaba nunca nada de nada, ni por un accidente del destino, y el lanchero traía una cosa que te caías. Es que Viruta hablaba inglés.

En otra esquina del tiempo, mi mujer, mis hijos y yo hacemos las maletas y huimos despavoridos de un hotel en donde todo el sindicato de Pemex con sus familias y vástagos se hacinan en una alberca de aguas achocolatadas. Conseguimos un hotel en la costera Miguel Alemán de Acapulco. Apenas empezábamos a sudar cuando vimos a varias tribus mexicanas atravesar la estancia rumbo a la alberca. Me oigo a través de los años:

—Empaca todo porque nos vamos de esta asamblea petrolera, nada más falta que aparezcan La Quina y Barragán.

Metimos todo en un taxi. En aquel entonces yo tenía mucho carácter, no como ahora que he perdido autoridad, pero en fin, me estoy desviando. Después de dos horas de dar vueltas en un

taxi sin aire acondicionado, regresamos al mismo hotel. Mi mujer sacó de su bolsa un pedazo de optimismo y me lo puso en las manos:

—Nos salimos temprano y regresamos solamente a dormir.

Subo el telón y me veo años después. Un tiempo compartido en un hotel grande. Nos lo merecíamos. Las mensualidades nos sangraban, pero nos sentíamos felices. Al llegar al mostrador te ponen una pulsera de un color, como si estuvieras preso en el paraíso. Nuestras pulseras eran de color rojo, arriba de nosotros estaban las azules, las plateadas, las doradas. Las habitaciones concuerdan con los colores y las comodidades. Una imprudencia imperdonable nos llevó a un centro de negocios. Impulsado por mi mujer, de pronto me vi firmando contratos, amenazas jurídicas si te retrasabas en los pagos, en fin, nos cambiaron la pulsera roja por la pulsera dorada. Un departamento de locos, con su cocineta, estancia, comedor, dos televisiones de plasma, jacuzzi, terraza con vista al mar. Me sentí un magnate. En la boutique del hotel nos compramos ropa de playa. La primera noche no dormí pensando cómo íbamos a pagar el tiempo compartido. Desvelado, a la mañana siguiente, le dije a mi mujer:

—Vas a llorar lágrimas de sangre.

La Güicha Margain perdió unos terrenos en Salvatierra por no pagar a tiempo. Lo ven, me desvié otra vez.

Los nervios de punta

El ruido de una sierra mecánica incidiendo en el metal atravesó la mañana, subió por la pared, se difundió en el aire y entró sin piedad por nuestra ventana. Entonces repetí una frase sin esperanza:

—Esto es el infierno. Vivimos dentro de una fábrica de clavos y tornillos.

Para que el dramatismo de esta frase se entienda, tengo que decir que en los últimos tiempos, la familia ha sobrevivido a la remodelación de dos edificios contiguos, a la máquina enceradora de los lavacoches que se adueñaron del camellón que está frente a la casa de usted, a los *valet parking* que rechinan llantas frente a nuestra puerta para ganar a muerte un lugar de estacionamiento, a la creación y decoración de dos restaurantes, uno de comida argentina, *but of course*, y otro de tapas de no sé dónde, me importa un comino, y una cafetería cuyo título me encanta por su vocación oriental: Chai. No he mencionado los claxonazos, las alarmas de los coches, el radio de Santos el portero del edificio de enfrente, los niños que juegan en el estacionamiento del edificio de enfrente; pasan muchas cosas en el edificio de enfrente que ya contaré cuando haya tiempo. No los he mencionado porque me parecen sonidos más o menos urbanos, más o menos soportables.

El ruido es nuestro patrimonio. La casa ubicada en el predio trasero que colinda con nuestro terreno es un misterio. ¿Quién puede usar una sierra eléctrica durante tanto tiempo? El estruendo del metal aserrado podría volver loco al Dalai Lama. Diseñé no pocas versiones sobre el secreto de esa casa, destaco aquí algunas de ellas. La más obvia es que se trata de una casa del terror, lo que suena como metal son huesos humanos que luego meten en bolsas tipo charritos Cazares. Una menos obvia: fábrica clandestina de armas, en estos tiempos, ya se sabe, hay demanda de cañones y grandes obuses. Una tonta, pero muy posible: remodelación *interruptus* de una casa, de ésas que terminan de forma abrupta cuando se acaba el dinero. La curiosidad es mi enemiga. Fui por una escalera y escalé el muro, pero el follaje de un ficus impidió la visibilidad. Sentí envidia, a nosotros nunca se nos dan así los ficus, los nuestros mueren de tristeza. Fue entonces cuando hablé como mi madre:

—Tengo los nervios de punta.

—Vamos a tocar a la puerta de la casa.

Siempre acepto las propuestas, me niego poco, pero gracias a eso he conocido personajes de novela. Le preguntamos a un obrero que abrió la puerta si estaba la dueña. Como no estaba la propietaria y no soy socialista, increpé al obrero con palabras fuertes. Me respondió:

—Estamos ranurando un piso. Yo nada más trabajo aquí.

Le dije que llevaba días ranurando mi cerebro, pero no entendió. Lo amenacé y le dije que acudiría a las autoridades de la delegación. Me reí de mí mismo. Lo dejamos con la palabra en la boca. Y no vengán a decirme que hay que tratar bien a los obreros de la construcción sólo porque son obreros de la construcción.

Esa tarde se me tapó el oído izquierdo. Me alarmé muchísimo y me sentí desesperado. No oía nada de ese lado, el izquierdo, como he dicho. No sé si esto encierra cierta simbología política. Compadecí a los sordos y admiré a Beethoven. ¿Quién dijo que los ciegos son personajes trágicos y los sordos de comedia? Creo que Borges. Cuando me hablaban del lado tapado, preguntaba una y otra vez «¿cómo?». Cuando me hablaban del lado bueno, contestaba que el estruendo de la sierra eléctrica molestaba menos. Recordé que durante algún tiempo el silencio era parte de la vida diaria. En la colonia donde vivo, la Condesa, el ruido aparecía como un fantasma arrastrando cadenas y luego cedía su fuerza a la oscuridad insonora.

Un médico me ha dicho que vierta cinco gotas en el canal auditivo externo para remover el cerumen. En eso estoy. Miren: yo no sé si México se ha jodido, no tengo todas las cartas en la mano como para afirmar esa catedral de la desdicha. Más bien pienso que esto siempre ha estado jodido. Piénsenlo bien. Decía entonces que no sé si México se jodió, pero por lo que toca a mi calle, ésa sí se fastidió, y feo. Oigo algo al fondo, ¿el timbre?

Lección de anatomía

No sé cómo llegué hasta aquí. Si hace años alguien me hubiera dicho que me sentaría en este sillón para consolidar los músculos abductores, lo habría considerado un loco. No es un sueño: mi rutina se inicia con un serio trabajo cardiovascular, caminadora a velocidad de crucero 6.5, y luego una sesión de aparatos con sistemas de poleas para jalar o levantar peso. Quién me lo iba a decir: estoy en un gimnasio.

—¿Alternamos? —me dice un compañero de ejercicios.

Me pongo de pie, le cedo el asiento. El hombre ha esculpido su cuerpo en la cárcel de la disciplina hasta convertirse en una especie de cordillera humana. Ha puesto sesenta kilos para jalar en cada brazo. Doy dos pasos hacia atrás, si revienta me va a salpicar. Nada. Levantó diez veces el peso estrambótico y siguió su camino sobre la duela del gimnasio. Prosigo con mi modesta misión: veinte kilitos. Me recuerdo: muy importante mejorar tríceps y bíceps (ahhgg, juummm). Si el joven que fui me viera aquí en este sueño absurdo, me infamaría sin piedad. Y yo le contestaría tranquilo, a sabiendas de que en la juventud todo es una tragedia, una traición a los principios, una deslealtad:

—Han pasado los años. Tengo que hacer algo por mí.

Además podría decirle al joven que hace tres años y medio dejé de fumar. No le contaría todo su porvenir porque seguro se asustaba, a los jóvenes no hay que contarles toda la historia de golpe y porrazo. Me estoy distrayendo en naderías y no estoy marcando bien el ejercicio que pondrá sólidos mis pectorales (ahhgg, jummm). No lo van a creer, pero me siento bien.

En un poema magnífico, Efraín Huerta le dio la eternidad a una mujer a bordo de un camión Juárez-Loreto: «La del piernón bruto me rebasó por la derecha». Aquí, sobre la duela, el poeta se habría desvanecido si viera los glúteos de la mujer que está frente a mí. En los gimnasios, a las nalgas se les dice glúteos. Ahora trabajo el abdomen, despacio pero sin pausa. Calculo cuarenta años, pelo en llamaradas sobre los hombros, licras azules ajustadas a las piernas. Adivinaron, la idea es marcar los glúteos. Un top blanco marca unos pectorales de antología de cuento fantástico. Nada más les digo: si Alejandra Guzmán ve a esta mujer se suicida inyectándose bótox en la vena braquial, la que está en la flexión del codo. En el gimnasio, a los pechos de las mujeres y de los hombres se les dice pectorales.

Me dedico al cuádriceps y a los músculos flexores del antebrazo, al mismo tiempo (ahhhggg, juuummm). Una mujer de unos sesenta años ha logrado con su cuerpo el sueño de un cirujano plástico. Es verdad que se pasó de tueste pues ha conseguido la fortaleza de un hombre. Deltoides enormes, trapecio inflado como un globo, bíceps y tríceps de boxeador. Ya entendí: no saben ustedes dónde se localizan los deltoides y el trapecio. Se los digo: el primero a la altura del hombro, el segundo en la continuación del cuello. La mujer se sienta en un aparato (sin albur) que consiste en levantar peso con los músculos aductores de las piernas. Cincuenta kilos. Si se lo propusiera esta mujer podría golpearme, vejarme, hacerme su esclavo. Por fortuna parece que su

equilibrio mental no está en duda, pero quién si no una loca se dedica a ejercitar su cuerpo hasta convertirlo en una roca. Mejor me voy.

He descuidado mucho el músculo dorsal ancho. Pongo el peso: veinte kilitos. No he hablado de las repeticiones y éstas son fundamentales para el buen desempeño de la jornada (agghhh, muujjj). Veinte veces, se descansa un minuto. Otras veinte veces, un minuto de reposo. Cuando uno siente que desfallece hay que parar un rato, tomar un poco de agua o líquidos con sales energizantes. Estamos llegando al final de la sesión. El joven que fui ha pasado a mi lado y en voz baja me dice:

—Qué asco. Mira nada más en lo que te convertiste. Nutriólogas, gimnasio. ¿Quién quieres ser?

Le iba a responder que Mel Gibson, pero no quise provocarlo. Los jóvenes son muy quisquillosos. La verdad es que fue muy duro conmigo y me dijo que yo era una mierda. No voy a encararlo. Terminamos por hoy.

En el vapor

Yo no entraba a un baño de vapor ni amarrado. Detrás de la niebla se ocultaba una leyenda negra de encuentros oscuros, indescifrables. Si a eso le agrega usted la claustrofobia, ni pensarlo. Fue hace cuarenta años. Entré a un cuarto donde no se veía nada, respirar era una seria emergencia; algo peor, si respiraba me quemaba la garganta. Pensé desesperado en la muerte por asfixia. Me fugué despavorido, atropellé a un señor que se rasuraba, pisé a otro que iba a ducharse con agua helada y alcancé la salida con una angustia que no olvidaré.

Desde la época de las *thermas* romanas, precursoras del baño de vapor, no se veía una escena más chusca. En esa ocasión en la que arrastré mi dignidad por el piso del baño, me retiré de la cultura del vapor, al que asocié durante años con la vergüenza. Algunos amigos me contaban que llevaban a sus novias a vapores donde se aceptaban parejas y pasaban tardes de éxtasis frenético y, además, se curaban las crudas más graves. No me lo tomen a mal, pero cuando me enteraba de los rumbos donde se ubicaban los baños, la libido se convertía en un malvavisco.

Me imaginaba establecimientos en colonias populares, atendidos por boxeadores y masajistas cubanos. A decir verdad siempre tuve un poco de envidia y mucha curiosidad, dos pilares de la vida, de esa intimidad. El vapor surgió como un burdel, eso eran las *thermas* romanas. Emmett Murphy cuenta en su *Historia de los grandes burdeles del mundo* que para calentar los baños se usaba lo que los latinos llamaban *stufa*, que era la antigua *stoven* holandesa y la *stuves* sajona. Los aparatos utilizados en las casas de baños de Londres sirvieron para dar nombre al lugar. Las ilustraciones de los *stews* muestran que se podían conseguir muchas más cosas que agua y jabón. Mi memoria no guarda ilustraciones de esa clase pues sólo conocí los vapores de oídas. Sé que cuando los boxeadores entran al vapor sienten que han llegado al cielo.

A veces intentamos vencer las vergüenzas del pasado. Entré al vapor. Caminé despacio y jalando aire como un ratón para evitar los sofocos. Bien, vamos bien. He tenido sueños así: varios hombres con toallas en la cintura sudan dentro del cuarto en el que apenas se ve a un metro de distancia. También he visto películas donde los capos de la mafia encargan entre la niebla asesinatos a matones a sueldo. En este baño se habla poco, los jóvenes hablan más, pero al final se callan porque Dios es grande y el vapor está a todo dar.

El canon del vapor dicta que después de cierto tiempo, una ducha fría renueva el alma y enfría el cuerpo. Nunca me bañé con agua fría; en nuestros peores momentos, la familia se salvó de los temblores glaciales con un paquete de aserrín y petróleo en el bóiler. Mi madre consideraba que un regaderazo frío era el camino más corto a la pulmonía, en cambio el agua caliente lo curaba todo. Me acordé de esta historia en el momento en que apreté el botón que dispara la regadera de agua helada. Diez segundos. Disimulé. Creí que me daría un infarto, pero me porté a la altura. Si todos entran a la regadera y salen rejuvenecidos, ¿por qué yo no? Un hombre diez años más joven regresó a sentarse unos minutos a la banca. Era yo mismo. Me sentí poderoso, capaz de cosas increíbles. He derrotado a mi pasado.

Antes de abandonar el vapor, me di cuenta que se ha puesto de moda que los hombres se rasuren del pecho hacia abajo. No me parece espiritualmente necesario, pensé. Norbert Elias, el estudioso clásico de las costumbres, podría escribir un ensayo al respecto, yo no. No me lo van a creer, pero me siento bien. Volveré.

Del corazón a mis asuntos

Cosas de mi madre

Mi madre vivió convencida de que la cafiaspirina podía curar todas las enfermedades. Si pienso en su edad final sólo puedo concluir que tuvo razón. Murió siete días antes de cumplir la fabulosa cantidad de 91 años. Los médicos le prohibieron la cafiaspirina cuando se adentraba en las sombras de la senectud. Se inconformó como sólo ella sabía hacerlo: mandando al diablo a los médicos. La necedad es la última arma de la vejez. Tomaba cafiaspirinas a escondidas hasta que un día el estómago la traicionó. La emboscó una gastritis de pronóstico reservado y se despidió de la cafeína y el ácido acetilsalicílico para siempre. Para ella fue una pérdida irreparable. La última tira de cafiaspirinas quedó olvidada en un cajón que mi mamá usaba como archivero, botiquín, agenda de números telefónicos y caja fuerte. De arriba para abajo era el primero de la cómoda de su cuarto coronada por un espejo, al que ella le llamaba luna, en el que se reflejó y peinó hasta la noche en que la reventó una embolia. En ese cajón había un cepillo, y en él, el olor del pelo de mi mamá. El olor de nuestros amores es lo último que nos queda, luego todo se traslada a una rara memoria evanescente. Así perdemos lo que amamos.

Cuando leí por vez primera «Doña Luz», ese gran poema en prosa sobre la desaparición de la madre, yo no sabía que el día en que mi propia madre muriera, durante los funerales, Jaime Sabines me estaría diciendo todo ese mal tiempo esta línea de aquel poema: «A veces pienso que la soñé demasiado, la soñé tanto que la hice. Casi todas las madres son criaturas de nuestros sueños». Ahora invento a mi mamá en sueños. Viene a visitarme joven, con el pelo negro y algo de crepé. Me dice algunas de las cosas que me dijo en vida: que mi padre siempre estuvo loco y que fue un buen hombre, que no hay que darle demasiada importancia al dinero, que nunca hay que cambiar lo más por lo menos, que le gustan las novelas de García Márquez, que si por ella fuera se habría despedido a los 85 años, edad larga, suficiente y perfecta para abandonar este mundo.

No recuerdo qué escritor dijo que la vida nunca quiere lo que nosotros queremos. No quiso conservarle la cabeza. El último tramo de su existencia, unos cuantos meses, vivió desorientada, algo pasó en el telar encantado, como llamaron al cerebro Bruno Estañol y Eduardo Césarman. Aunque nunca dejó de reconocer a su marido y a sus cinco hijos, se le olvidaban las cosas. Tocaba el timbre y pedía a las cuidadoras un Tylex, sustituto triste de la cafiaspirina, aun cuando lo acababa de tomar unos minutos antes. ¿Ya lo tomé?, preguntaba desconcertada. Al poco rato se repetía la escena. Una tarde de insistencias, mi hermano escribió la línea más triste que haya escrito en sus 66 años de vida. En un cartón apoyó una pluma para lograr una caligrafía grande y clara, un aviso para mamá: Ya tomaste el Tylex.

Un día antes de morir, mi madre estaba feliz, sonreía, su mente funcionaba a la perfección, la ayudé a comer llevándole la cuchara a la boca. Comió bien y tomó dos oportos rojos en una copa pequeña que por cierto me gustaría conservar. Estaba de magnífico humor, como si alguien le hubiera dicho que al día siguiente se acabaría el largo contrato de su vida. Bien pensado, se

sentía incluso liberada de la servidumbre de la ancianidad, de las responsabilidades, de las cadenas con que nos retienen en este mundo los amores.

¿Dónde dejamos la copa en que bebía los oportos? Hace poco abrí el cajón de su cómoda y encontré una cafiaspirina suelta, como un mensaje, una prueba de que mis sueños han sido reales y de que ella pasó por aquí antes de irse para siempre. Y aquí estoy ahora escribiendo sobre las cosas de mi madre. Como habrán notado, extraño a mi mamá.

Que me parta un rayo

Mi padre habla poco, sin lugar a la exageración podría decirse que ha perdido el lenguaje. Se ha envuelto en una nube de silencio. Guiados por un médico geriatra mis hermanos y yo hemos concluido que ese mutismo se debe en parte a los fármacos que necesita para funcionar en la vida cotidiana, hay un laboratorio de química en el buró, y también porque así sobrelleva sus días de viudo, nunca imaginó que sobreviviría a mi madre. Le gusta decir, entre lo poco que dice, que sería un castigo de Dios cumplir los 92 años. Además de todo esto, papá está triste y no le da la gana hablar. No sé si él recuerde que fue un conversador torrencial, creo que sí y que le importa un cacahuete.

La plática caudalosa era lo suyo, se dejaba llevar por una trama improvisada, sin pausa, incluso incurriendo en contradicciones que evadía sin problema. Cuando yo escuchaba la frase «que me parta un rayo», sabía que mi padre había dicho una mentira. Sus hijos le hemos heredado el defecto de ser pésimos mentirosos. Una mentira debe ser simple y creíble, las nuestras son barrocas e inverosímiles. A la invocación de la fuerza eléctrica, mi padre agregaba a veces otra fórmula en un intento desesperado para persuadir: «¡Por esta cruz!», y se besaba el pulgar y el índice encimados en la mano de gruesos dedos. Si mi padre estaba que se lo llevaba el diablo, solía decir algo que sonaba como una alarma de incendios: «¡Mal rayo me parta!» Si se oía este llamado a la catástrofe, cuidado.

Mis padres le tenían miedo a los rayos. Estaban convencidos de que el clóset servía de aislante contra la conducción de la fuerza galvánica. Estoy seguro de que lo consideraban el lugar más seguro de la casa. Cuando empezaba una tormenta, mi madre desconectaba todos los aparatos eléctricos a una velocidad de vértigo y mi padre abría la puerta del clóset. No creo mentir si digo que una tarde de rayos y centellas, en Cuernavaca, ellos pasaron más de cuarenta minutos encerrados en el clóset de su habitación. Puede ser que en la oscuridad de ese lugar, entre vestidos y trajes, mi padre dijera otra de las frases que me acompañaron toda la vida: «Estamos en el lomo de un venado».

Lo del venado y el lomo describía lo inestable de nuestra situación. En cualquier momento nos podíamos venir abajo. A esa figura terrible del desequilibrio la acompañaba otra aún más dramática: «No tenemos en qué caernos muertos». Ésta era la que más me impresionaba: la situación no tenía arreglo pues no nos alcanzaba ni para morirnos. Me daba más miedo incluso que otra muy teatral, como de Augusto Benedico: «No tenemos ni un quinto partido por la mitad». Nada, ni medio cinco. Como es probable que mi padre nunca recupere la forma en que hablaba, me pongo a recordar estas frases, amuletos de la memoria, esos paraderos que usaba para terminar uno de los capítulos de su trama desaforada y luego seguir el camino libre de los grandes conversadores.

Visito a mi padre en las mañanas, temprano, mientras una de sus cuidadoras le da el desayuno: un tamal, Ensure, un bisquet con mantequilla, café con leche y una fila de tabletas y píldoras. Lo peino y le limpio los ojos con un Kleenex al que él llama hoja blanca. Lo ayudo a

caminar por un pasillo y hacemos algunos ejercicios. Me acuerdo de pronto que siempre le gustó el género catastrofista, por eso otra de sus fórmulas preferidas se sostenía en los pilares del desastre: «Esto es la hecatombe». Mi papá esperaba a todas horas una calamidad. Lo cierto es que había en esa espera algo de ansiedad y una rara capacidad de vaticinio. El otro día miraba al muro como si proyectaran en él la película de su vida. Volteó a verme con el único ojo en funciones y me preguntó directo como una daga:

—¿Fui buen papá?

—Me parece que sí —le respondí, y le conté dos o tres anécdotas de mi infancia con él.

Luego me fui a la chingada. ¿No me creen? Que me parta un rayo si miento.

Despertares

Cuando alguien despierta dice todo de sí mismo. La forma en que se regresa a la vigilia es una rara forma de retratarse. Sin querer, le heredé a mi casa de adulto los despertares de mi vieja casa de infancia. El gran poeta argentino Roberto Juarroz lo puso así:

Despertar es siempre
una difícil emergencia

Cuando mi hermano despertaba, pasaba por estados alterados que no excluían el pánico. Saltaba de la cama y preguntaba desesperado que dónde era el incendio y manoteaba para abrirse paso entre una cortina de humo que sólo existía en su mente. Si no huía de las llamas, se fugaba por el pasillo gritando como si hubiera visto fantasmas arrastrando cadenas del más allá. Es muy probable que los hubiera visto. Mi madre lo tranquilizaba y lo regresaba a su cama con una paciencia de santa, pero los hermanos quedábamos en vigilia el resto de la noche revolcándonos en las aguas crecientes de nuestras cobijas.

Mi padre juraba que la noche del día en que murió su madre, los años sesenta apenas subían el telón, sintió en las altas horas de la madrugada una presencia al pie de su cama de huérfano triste. Cuando se despertó vio a su madre vestida con un traje sastre azul marino. Ella le dijo adiós y abandonó para siempre el mundo de los vivos:

—Me voy, Pepe. Cuida a Alicia, no tienes nada mejor.

Desde entonces mi papá buscaba al pie de la cama a su mamá. Unos días antes de morir, me dijo que la había visto muy cerca de su cama de moribundo. Tardé mucho tiempo en entender que esa forma de despertar lo acompañó muchos años y le arrancó horas y horas de reposo. Se despertaba a la cinco y media de la mañana frotándose los ojos para desaparecer a su madre de las pupilas.

Mis hermanas despertaban desorientadas, como si alguien las hubiera depositado en otro planeta. Minutos antes de volver a la realidad y abandonar el sueño, una de ellas gemía, parecía que se asfixiaba, o por lo menos que lloraba con un dolor ancestral. Otra dormía con los ojos medio abiertos, uno podía platicar un rato con ella sin saber que estaba dormida, es decir, nunca se sabía si estaba despierta o dormida. En consecuencia todos ignorábamos la hora en que despertaba o dormía. La tercera de mis hermanas afirmaba que siempre estaba despierta. Todavía en estos días adultos, en la mañana, dice convencidísima:

—No dormí nada —la oímos, pero todos sabemos que durmió como un lirón toda la noche.

Vistos aquellos días desde el fondo de la memoria, sólo mi madre dormía y despertaba como Dios manda, reconociendo poco a poco el mundo hasta integrarse a él sin temor al fuego ni terror a los fantasmas, sin dolores ni mentiras. Era la última de la tribu en dormirse, sólo después de revisar si la puerta estaba cerrada, las llaves de gas de la estufa sin fuga alguna, el piloto del calentador encendido. Sólo los temblores, me refiero a los sismos, no a los otros, la despertaban alterada, el resto de las criaturas que poblaban sus sueños le parecían una parte natural de ese mundo extraño. Se perdía ocho horas sin permitir que la vigilia perturbara los lugares que

visitaba a oscuras y volvía tranquila, como acostumbrada a las atrocidades que ocurren en los sueños. Mi madre siempre fue la excepción en casa.

Debo a este cuadro de familia agitada una aglomeración de cataclismos oníricos. Anoche desperté convencido de que me había tragado la tapa del jugo (iba a escribir juego) de naranja. La taparroca tiene el tamaño suficiente para ahogar a cualquiera. Durante varios segundos nadie pudo persuadirme de que todo era un sueño. Un trago de agua apagó el miedo a la asfixia. Mi mujer, que duerme muy bien hasta que se le atraviesan mis pesadillas, me dijo:

—Es que estás en duelo.

—¿En el duelo uno se traga taparrosas? —le respondí desmoralizado.

Antes de despertar creo idiomas desconocidos por la lingüística. Mi hijo me reveló la última lengua que inventé:

—Anoche, cuando llegué, hablaste muy loco, como en árabe —me dijo.

—¿Como qué dije?

—Infol, cumlete. Añido, magdash. Contushala —improvisó mientras se reía.

—No sabes nada del don de lenguas —me defendí.

La otra noche me desperté como a eso de las cuatro. Dejé la cama. Caminé a oscuras desorientado. Prendí la luz en la sala y leí unos poemas de Juarroz. Miren, la verdad son flechas del tiempo, revelaciones en la penumbra:

Los caminos se aglomeran en vano:
despertar es borrar los caminos.

O sea que me despierto desesperado, hablo sandeces, camino a oscuras profiriendo vaticinios terribles frente a fantasmas tremebundos. Estoy jodido.

Primera vez

Desperté y recordé a mi madre. O mejor, me acordé de *Corazón salvaje*, la telenovela que dirigió Ernesto Alonso en el año 1966. Mi mamá y mis hermanas, y yo detrás de ellas, no nos perdíamos uno solo de los capítulos en los que Enrique Lizalde y Julissa enfrentaban las enormes adversidades con que el destino hería su amor imposible. En la historia original de Caridad Bravo Adams actuaban también Jacqueline Andere y Enrique Álvarez Félix. Fue probablemente la primera vez que envenené mi alma con una telenovela de Ernesto Alonso. Mi padre decía que rodeado de cuatro mujeres y siguiendo una telenovela, mi masculinidad corría peligro.

La Ciudad de México crecía como una mancha, desordenada y sin rumbo, hacia el norte del Distrito Federal. Un sábado por la tarde me llevaron en coche a conocer la Unidad Habitacional Nonoalco Tlatelolco. Fue la primera vez que me asombró la cantidad de departamentos, como en un panal, en los que vivían miles y miles de familias. Tiempo después supe que se trataba de un desarrollo urbano para 210 mil personas. Todavía me horroriza que el arquitecto Pani haya visto en las unidades habitacionales una solución al problema de la vivienda. ¿Qué hacíamos en Tlatelolco y por qué mi madre y la tía Eva lo consideraron un paseo interesante? Lo ignoro.

En la mesa del comedor de la casa se esparcía con exactitud cotidiana el papel de dos periódicos: *Excélsior* y *El Herald*. Me gustaba el segundo, la impresión a color era una novedad. He sacado de una vieja caja un ejemplar de *El Herald* de mediados del año 1966. Lo tengo frente a mí y casi se deshace entre los dedos en tiras amarillas. Sé por qué lo conservé, pero lo diré más adelante. En la sección de Espectáculos escribía Raúl Velasco y en la de Ciudad, Salvador Novo. Me gustaba recorrer los estrenos del mes en la cartelera cinematográfica. Quizá fue la primera vez que tuve sueños imposibles: ver a Julissa y a Julián Pastor en una película sólo para adultos, *Ensayo de una noche de bodas*, dirigida por José María Fernández Unsaín. El niño que fui se conformaba con *La edad de la tentación*, Sonia Furió y Armando Calvo en tórrido romance. Esa película se transmitió por el Canal 4, a las diez de la noche de un día de junio de 1966 y me perturbó, por primera vez, el escote del vestido que Calvo deslizaría sobre el cuerpo de la actriz. Furió despertaba en mí emociones extrañas; por esta razón, tiempo después seguí la telenovela *Fallaste corazón*, donde ella compartía créditos con Cuco Sánchez.

Conservé aquella edición de *El Herald* a la que me he referido porque ese año se jugó en Inglaterra la Copa del Mundo. Fue la primera vez que seguí completo un torneo mundialista aun cuando guardo recuerdos del Mundial de Chile de 1962; en ese entonces, mi padre oía los partidos por radio. Por primera vez escuché que la transmisión en vivo se realizaría mediante un satélite llamado *Pájaro Madrugador*. La maestra Delfina negoció en la dirección de la escuela que los alumnos saliéramos una hora antes. Jugaba México contra Francia. Por primera vez sentí ese raro desasosiego. Nuestra televisión era un calvario. La antena de la azotea se movía con el viento y creaba los famosos fantasmas que distorsionaban la imagen. Por primera vez vi un juego de 44 jugadores y dos árbitros. En cambio, la voz de Fernando Marcos era una sola. He tenido que abrir la puerta de esa memoria absoluta llamada YouTube. Oigan esto:

—Fragoso, larga para Padilla. Aarón Padilla centra. ¡Borja, no falles! ¡Gol de México! ¡Qué júbilo! Ahora es cuando, muchachos. Vamos adelante. Otro gol.

Me emocioné por primera vez con un partido de la selección mexicana, y una punzada en el estómago me hizo saber que siempre vería fútbol. Minutos después Francia empató el partido a uno. De nuevo la voz de Fernando Marcos:

—Este maldito error que siempre nos acompaña. La fortuna que nos voltea la espalda.

Por primera vez supe que se podían narrar hechos pequeños con palabras grandes. Pero me desvié, yo lo que quería contar es que soñé con mi madre.

Cada quien recuerda de una forma diferente, ése es el rasgo extraordinario de la memoria. Pongo aquí el día en que mi padre me regaló el *Álbum del Mundial México 70*. Recibí aquel libro de la Copa del Mundo y lo agradecí, sin saber que me revelaría más cosas de la vida que del fútbol. Las estampas se compraban en las papelerías; ahora es común adquirirlas en los puestos de periódicos. Un sobre con cuatro cromos costaba quizá quince centavos. Empecé con buen ritmo y mejor suerte mi trabajo de coleccionista dos meses antes de que empezara aquel Mundial. Los equipos y los jugadores aparecían a granel y ocupaban su lugar en el álbum. Los dioses del fútbol me favorecían.

La estampa de Brasil era difícilísima, pero yo la tuve desde el principio. En un golpe de suerte, una mañana abrí un sobre y ahí estaba, la selección *verde amarella* en plenitud: Félix; Carlos Alberto, Brito, Piazza y Everaldo; Clodoaldo, Gerson y Rivelino; Jairzinho, Tostao y Pelé. El equipo de ensueño. Fui la envidia de la cuadra donde vivía, cerca del Parque España, en la colonia Condesa. La vanidad pierde a los mejores hombres. En lugar de pegarla en el álbum presumí durante días la estampa a mis amigos. No tendría caso mentir. Desde muy temprano tuve la imagen de Brasil y la perdí por jactancioso, o me la robaron otros coleccionistas dominados por la codicia.

El 31 de mayo de 1970, el torneo empezó en el Estadio Azteca bajo el sol de las 12 del día con el partido de México contra la Unión Soviética. Mi álbum estaba a la mitad, sobraba tiempo para completarlo. Los cromos de las selecciones que ese mediodía saltaron a la cancha estaban en su lugar. Recuerdo bien la imagen de México: Calderón; Valtonrá, Peña, Guzmán y Pérez; Pulido, Velarde y Hernández; López, Valdivia y Fragoso. Yo tenía trece años y me simpatizaban en especial *Chalo* Fragoso y *Pichojos* Pérez, para mí simbolizaban el temple de dos corazones imbatibles. Les recuerdo que en aquel empate a cero contra la Unión Soviética, Munguía sustituyó a Velarde, pero esto importa menos que los avances notables en mi álbum durante los primeros días del Mundial. La pila de estampas repetidas alcanzaba los diez centímetros de alto, un montón debidamente ajustado por dos ligas sobre el fajo de imágenes.

Cambié con otros coleccionistas varias estampas invaluable. La de la selección italiana la intercambié por el precio absurdo de cinco cromos del equipo sueco. Recuperé la estampa de Brasil con una felonía: se la robé a un coleccionista distraído. Antes de que se jugaran los partidos de cuartos de final, el 14 de julio de 1970, yo tenía en mi poder todas las estampas del álbum México 70, una hazaña de gran envergadura que ninguno de mis rivales había conseguido. Ya dije que la vanidad pierde a los mejores. No pegué las estampas, las dejé sueltas para que exhibieran su triunfo nómada. Recuerdo que mi padre y yo apenas vimos juntos algunos de los juegos de México 70. Durante muchos años nos reunimos a ver fútbol. Papá le iba al Atlante, pero al final de su larga vida se concedió la licencia de cambiar de equipo, entonces mudó su entusiasmo por la fuerza organizada del Toluca.

Cuando murió mi madre, mi papá quedó perdido en la soledad de las sombras. Una de esas mañanas tristes cambiamos el orden de la habitación de mamá, pintamos los muros, movimos los muebles, en fin, transformamos el cuarto. El día más ajetreado de esa mudanza, mi padre recibió la visita de una de las hijas de la mujer con la que él quiso compartir una parte de su vida, en fin, la amante, la otra, la casa chica. Mientras cargábamos muebles y cambiábamos los interiores de aquella habitación, escuché con toda claridad lo que aquella hija elegida le decía a mi padre para consolarlo:

—¿Te acuerdas, Pepe, cuando llegabas a la casa y bailabas con mi mamá *El corazón es un gitano*?

—Sí —respondió mi papá llorando.

—¿Te acuerdas, Pepe, cuando vimos los partidos del Mundial de México 70?

—Sí —respondió un anciano, viudo débil mirando su pasado en la pared.

Solté un buró que traía entre los brazos y dio contra la duela de nalgas. Dejé la casa sin despedirme y caminé pensando en la canción de Nicola Di Bari mientras terminaba aquella plática de familia. Mi padre no se equivocó: el corazón es un gitano.

Bicicletas

Mi primera bicicleta llegó a la casa de usted desde un puesto de Tepito. De medio cachete y sin cuadro, es decir, una bicicleta de niña. Así se usaba en esos tiempos, con cuadro y sin cuadro. También usé, por cierto, lentes de mujer, como de antifaz. Sin graduación específica, sólo servían para que me dieran derecho a exámenes finales. Mi papá llegó con unos lentes que me horrorizaron por su fealdad, incluso para la cara de una mujer. Hice mis exámenes como pude y los tiré a un baldío. Los perdí, dije en casa.

Por lo menos dos veces estuve a punto de ser arrollado en mi bicicleta tepiteña sin marca y sin salpicaderas y sin dínamo para generar luz. Eran las bicicletas de finales de los años sesenta en una ciudad que aún ofrecía calles apacibles. En ambas ocasiones yo tuve la culpa, atravesé distraído, aparecí de pronto delante del conductor. Llegué a dominarla con cierto toque de maestría infantil: subía y bajaba banquetas, era capaz de derraparla y dar con ella un latigazo sobre el pavimento, empuñaba el manubrio (así se decía) en las bajadas del cerro de Chapultepec.

Cuando salía de casa en mi bicicleta, mi madre se encomendaba a todos los santos y las santas. Todavía creía en Dios, antes de que la vida derrumbara con el marro de la tristeza todas sus esperanzas. Yo era invencible en mi bicicleta y desafiaba con absurda ignorancia infantil a los Sonora-Peñón, los camiones que atravesaban la avenida Sonora, avanzaban por Mariano Escobedo y Ejército Nacional, y se perdían en la Glorieta de Camarones. Esa ciudad ya no existe, desapareció con todos mis sueños de esos años.

Un día, una brujez pasó por la casa como una plaga de langosta y se llevó muebles y aparatos domésticos, incluyendo mi bicicleta. Nunca volví a tener una que no fuera alquilada. Esta estampa en dos ruedas viene a cuento porque veo a los ciclistas circular por las calles —como nunca lo imaginamos en esos años— en ciclistas extrañas que les dan un lugar de privilegio.

No está mal; al contrario. Lo que no puedo tragarme es la superioridad moral de algunos ciclistas que injertan en pantera porque vas en coche, te desafían y descalifican y no pocas veces insultan aun cuando ellos no respetan las señales de tránsito. Cualquier superioridad moral es peligrosa, tiende a la imposición y pone los cimientos del autoritarismo. ¿Qué habrá sido de mi bicicleta?

El coleccionista

En casa aún se hablaba del accidente aéreo en el que murieron Carlos Madrazo y el tenista Rafael Osuna. Mi padre murió convencido de que había sido un atentado, una conspiración para eliminar a Madrazo de la contienda política. Recuerdo su voz persuadida de que algo grave pasaba en México:

—Esto no tiene precedente, esto es la hecatombe.

Como he contado, el *Álbum del Mundial México 70* que me regaló mi padre estaba completo el 14 de junio de 1970, cuando empezaban los cuartos de final. Yo tenía en mi poder todas las estampas del libro. La ansiedad me desvelaba pues había que esperar los resultados para darle lugar a los cromos en los espacios vacíos. Una mañana puse sobre la mesa del comedor a los equipos que tocaron la esperanza del triunfo en los cuartos del torneo: Rusia y Uruguay, Italia y México, Brasil y Perú, Alemania e Inglaterra. De estos juegos saldrían los semifinalistas de la copa. Guardé las estampas en una caja de seguridad: la página 110 de *El Llano en llamas* de Juan Rulfo.

Durante el juego de México e Italia en el estadio de La Bombonera de Toluca ocurrió lo inaudito. En el minuto 12 de la primera parte, Fragoso filtró en profundidad un pase a *La Calaca* José Luis González, quien dentro del área grande disparó un trallazo que abatió a Albertosi. Me volví loco y quise ver el futuro: México avanzaba por primera vez en su historia a una semifinal mundialista. No lo dudé ni un segundo; me dirigí al librero, saqué la caja de seguridad, abrí el libro en la página 110, y cuando tuve en mis manos las estampas de Italia y México, hice pedazos la imagen de la selección de Italia.

Me senté de nuevo frente a la televisión Philco de bulbos a ver el triunfo de México. Había sorpresas en el camino: Bertini, Domenghini y Mazzola se adueñaron del medio campo y borraron del mapa a Murguía, González y Pulido. En el minuto 25, el mismo Domenghini soltó metralla. *Kalimán* Guzmán intentó despejar y alejó la pelota de los brazos de Calderón. Empate a uno. El medio tiempo fue un suplicio de nervios y presagios funestos. La demolición del equipo mexicano ocurrió rápido. Gianni Rivera dirigió la destrucción anotando dos goles y dando un pase con mira telescópica a Riva para que éste anotara otro tanto. Marcador final: 4 a 1. Una catástrofe. Salí de los escombros aturdido. Durante un año culpé a Juan Rulfo de mi mala suerte.

Meses antes del Mundial habían estallado cinco bombas en distintos lugares de la ciudad. En la casa se habló por primera vez de la guerrilla. Mis padres odiaban a Díaz Ordaz y yo trabajé duro para recuperar la estampa de Italia. Deambulé por las calles rogando por el cromo a los coleccionistas. Le ofrecí a Hernández, mi archienemigo, el fajo completo de mis repetidas pues sabía que atesoraba la pieza y esperaba ofertas. Me la negó por el placer de verme sufrir en un acto inhumano de resentimiento sin precedentes, hay palabras que se heredan. Al final busqué a Enrique, el bolero del Parque España que daba bola afuera de la iglesia de la Coronación. Subí el pie al cajón y le dije de inmediato:

—Busco la estampa de Italia.

—La tengo —me dijo Enrique—. Allá adentro, entre mis repetidas, Güero, vamos.

Al bolero Enrique, el sacerdote de la iglesia le prestaba un pequeño cuarto de servicio donde guardaba el cajón de las boleadas y abusaba de jóvenes a los que ofrecía algo de dinero, alcohol, cigarros. Lo pensé dos veces mientras mis zapatos negros brillaban bajo el sol de mis trece años.

El 21 de julio de 1970, Brasil se coronó en el Estadio Azteca venciendo a Italia 4 a 1. En mi álbum había un espacio vacío. Una noche, mientras me lamentaba de que el álbum del Mundial estuviera incompleto, escuché a mis padres, o mejor, oí hablar a mi madre y pedirle a papá que se fuera de la casa. Ciertamente, no entré al cuarto de Enrique. El matrimonio de mis padres duró sesenta y siete años, dos vidas completas, una eternidad.

Los tiempos perdidos

Cuando murió mi padre yo había terminado una novela familiar que se publicó un mes más tarde. Lo dejé tendido en la cama, le dije adiós y caminé rumbo a mi casa. Busqué el archivo general de la historia de la familia en la computadora y elegí un fragmento. Escribí una entrada y una salida, éste es el texto que publiqué en el periódico:

La tarde que traigo metida en la cabeza incluye una escena en la que mi padre y mi madre se trenzaron en una discusión sobre el año en que abandonaron la casa de la que fueron dueños hace más de medio siglo, una de las casas fundadoras de la colonia Condesa en las calles del perímetro del Parque España:

—Tienes los tiempos perdidos —le dijo mi padre.

Quería decir que mi madre trastocaba las fechas, pero a mí me pareció la fórmula correcta para su edad: los tiempos perdidos. Avanzaban a ciegas por el túnel de la ancianidad. Digo a ciegas sin interés figurativo: a mi madre le apareció una maculopatía en el ojo derecho cuando cumplió ochenta y cuatro, la mitad de su visión consistía en un mundo irremediable de manchas, la mácula es un lugar de la retina en donde se forma la parte más nítida de los objetos. La realidad es una sucesión turbia de imágenes, pero la mirada se las arregla para que parezcan transparentes. Mi padre perdió un ojo por desprendimiento de retina a los ochenta y dos en una desafortunada operación de cataratas. No entiendo a los médicos; el oftalmólogo afirmó que a esa edad la presión ocular sube hasta límites peligrosos, así le fastidió la vista. Nunca nos explicó por qué entonces sugirió una intervención para cambiar el cristalino. Fue precisamente en esos días cuando aprendí que la salud es el silencio, el olvido del cuerpo; cuando empieza a hablar, a manifestarse, la salud empezará a alejarse, se los aseguro.

Durante sesenta y siete años formaron una pareja de tempestades, les nacieron cinco hijos y vieron crecer un árbol centenario que ha sobrevivido a las devastaciones del tiempo. No he dicho que a la historia de la familia la contiene un árbol, un ahuehuete. Cuando todos nosotros seamos apenas un recuerdo lejano, ese tronco de altas frondas seguirá en el mismo lugar, allá en el Parque España.

Esa tarde de los tiempos perdidos sentí la vejez de mis padres enredada en mi destino cuando mi madre, que llevaba media vida sin creer en Dios, me trazó en la frente y el pecho una señal de la Santa Cruz y mi padre habló como sólo puede hacerlo un anciano perdido en el mundo de los vivos:

—No sé qué hacemos todavía en este barrio. Mírame bien porque me voy.

—¿A dónde vas? —desvié el sentido de la frase.

—A descansar —propuso mirándome a los ojos.

No se lo dije a nadie, pero cumplí su pedido y lo miré. Le temblaba incontrolado el labio inferior, detrás de los gruesos lentes el único ojo activo buscaba una salida del laberinto donde lo había metido su larga existencia. No quedaba nada del hombre alto, fuerte y sano que se comió a puños el polvo de la vida. Y con todo, se había consumido con honor. Debajo de la visera de su inseparable gorra española, la nariz aguileña le daba un rasgo de pájaro humano entre los surcos profundos de la piel. De pie, apoyado en un bastón, me recordó a un judío. Sé que suena raro, la memoria propone a veces caprichos inexplicables: por esta extravagancia su rostro me trajo los rasgos de un raro Ben-Gurión agotado después de declarar la independencia de Israel.

Nadie puede vivir sin atarse a alguien o algo. Quien diga lo contrario miente. Soy especialista en ataduras. Me até a mi madre desde niño y a mi padre cuando me dijeron que yo era su vivo retrato. Esa tarde que traigo metida en la cabeza los vi caminar arrastrando los pies, extraviados en una página del periódico, en busca de mi artículo, con una lupa en la mano, olvidando hechos que pasaron una semana atrás y recordando con exactitud atormentada anécdotas ocurridas hace cincuenta años.

Por primera vez fue claro para mí que mis padres habían iniciado el descenso a las sombras y se adentraban en la niebla, rumbo a la nada. Cuando hacía frío, a mi madre le dolía la espalda —un cinturón apretado, me decía—, y a mi padre los huesos pélvicos, secuela de las cinco fisuras en los iliacos que le ocasionó una caída a los ochenta. Al salir de su casa esa tarde, detrás de la ventana vi dos sombras sin sosiego tocadas por el aire predador del tiempo.

Los tiempos perdidos, decía mi padre. Lo mismo pensé al pie de su ataúd.

Breve memoria de mi madre

La memoria es el Dios de los ateos. Viene mi madre durante el temblor a decirme que salga de inmediato, que me tardo, que soy una barbaridad, que siempre he sido un tarambana, un ojo alegre, el vivo retrato de mi padre.

Viene mi madre a buscarme a la escuela primaria José Mariano Fernández Lara. Llega tarde, una hora de tortura en el patio escolar después de que ha sonado el timbre de salida. El retraso me desvencija y lloro. Por fin llega mi mamá y yo le reclamo con una rabia desconocida:

—No llegabas.

—¿Tú crees que yo te dejaría abandonado?

—No.

—Entonces, ¿por qué lloras?

—No sé —le respondo aliviado desde mis ocho años.

Mi madre y el hígado encebollado forman un capítulo de novela. Ella vivió convencida de que el hígado proveía de una fuerza física impresionante y que estimulaba la inteligencia. Cuando me sacaba un diez en materias difíciles, ella sabía el secreto:

—El hígado nunca falla —decía orgullosa de la alimentación con que me volvía un niño fuerte e inteligente.

Muchos años después, la medicina desacreditó al hígado de res y lo remitió a la lista de alimentos peligrosos. Según esto, el hígado consiste en una bomba de triglicéridos capaz de estallar el corazón de un adolescente enamorado. Mi madre se hundió en el desaliento y luego desconfió:

—No saben nada, inventos, mentiras, propaganda —cuando mi madre descalificaba seriamente algo siempre utilizaba la palabra propaganda.

La verdad es que el hígado vino a menos en casa y en la propuesta nutritiva, un día simplemente desapareció de nuestra dieta. El pescado cotizó altísimo, el omega tres y la manga del muerto, pero ¿quién compraba entonces huachinango? Moros con cristianos, sí, base de nuestra dieta.

Mi madre iba y venía por un departamento sin muebles. Mis hermanas asistían a la escuela y yo acompañaba a mamá. Se daba tiempo para leer a Freud. Lo digo en serio, mi hermano, que estaba loco, le daba libros de Freud: *Tres ensayos sobre sexualidad infantil*, *La etiología de la histeria*. Si recuerdo bien, mi mamá avanzó en la lectura de *La interpretación de los sueños*. Le decía a mi hermano mayor:

—Yo no creo que todo en la vida se deba a algo sexual. Freud exagera.

Mamá tuvo razón, pero no voy a meterme ahora en esa camisa de once o doce varas. Cuando mi madre estaba descorazonada se ponía una pañoleta en la cabeza, me tomaba de la mano y me llevaba a la iglesia de la Coronación. Las mujeres aún se tapaban para entrar al templo, no sé en estos tiempos qué se usa, ¿un velo? La iglesia estaba en el Parque España, en la colonia Condesa. De rodillas, mamá hablaba con Dios o con quien atendiera en ese momento allá arriba. Tiempo

después dejó de creer en todo lo que le enseñaron en su casa. Sólo hasta la más alta vejez volvió a creer «en algo superior». Rumbo a sus noventa años me decía que algo más fuerte que nosotros decidiría en nuestras vidas el momento de la muerte. Yo la molestaba:

—Tú nos has enseñado que sólo la Cafiaspirina puede salvarnos.

Niña de mil años, como escribió Paz, mamá se reía y me llamaba la atención:

—¿No crees en nada?

Me gustaba desarmarla con un toque melodramático, una confesión de amor, un reconocimiento ante sus ojos:

—Sí creo: en ti.

Sabines escribió páginas hermosas sobre su madre. Se trata de un poema de XXIV piezas titulado «Doña Luz». En esa prosa poética Sabines escribe que, tercas y dolorosas, las imágenes de la agonía de su madre se repetían en sueños sin permitirle dormir. A todos nos ha pasado igual en el adiós a nuestra madre.

Mamá regresó con el tiempo, más allá de la agonía. Cada vez que vuelve, ni ella ni yo sabemos quién es el fantasma. Sabemos sí, que es extraño el sueño de la vida: el patio escolar, el hígado encebollado, Freud, el templo de la Coronación y la agonía.

Cuando fumaba

He pensado que cuando fumaba era feliz. Se entiende, la felicidad no existe, no soy tonto, nada más faltaba que yo fuera a pensar en la felicidad y esas patrañas. Me refiero a que la compañía del humo, el orden de los cigarrillos en el paquete recién abierto, el olor de la primera fumada me hacían sentir bien, incluso melancólico porque, se sabe, a veces la felicidad atraviesa por la neblina de una tristeza extraña. Esos detalles mejoraban mi vida, como si tuviera más ilusiones y más sueños que perseguir.

El escritor Antonio Lobo Antunes ha dicho que escribir es como una droga. Se empieza por puro placer y acabas organizando tu vida como los drogadictos, en torno a tu vicio. Eso hice yo con el cigarrillo durante años. Presento mis credenciales: fumé el primer cigarro a los catorce años. Me lo ofreció el satánico Hernández en la calle donde jugábamos fútbol y dibujábamos en el aire nuestros primeros sueños inalcanzables, como por ejemplo jugar en las infantiles del Necaxa.

La primera jalada de humo pasó por mi garganta como una llamarada y tosí como si fuera a escupir el paladar y la campanilla. No abandoné el cigarrillo durante los próximos treinta y seis años. Fumé cigarros Bali, Baronet, Commander, Record, Del Prado y un día abrí la puerta triste de los Marlboro Light. Me quedé a vivir adentro muchos años.

Fui capaz de hurgar en el bote de basura de un estudio a las cuatro de la mañana para sacar una bacha y darle dos fumadas. Fui capaz de salir bajo la lluvia a la una de la mañana a comprar una cajetilla. Fui capaz de fumar en la cama después del amor. Fui capaz de fumarme cuarenta y cinco cigarrillos al día. Es decir, organizaba todo en torno a ese vicio. Nada tenía sentido si no pasaba por la casa la dama oscura de la nicotina.

Vengo de una familia de fumadores. Todos de campeonato, salvo mi madre, que podía fumarse cinco o seis cigarros Casinos. Sólo rompía su disciplina cuando mi padre hacía una de las suyas, pero ése es otro cuento. Mi papá fumaba sin parar; un tiempo Raleigh sin filtro, otra época Lucky, al final de sus días fumaba unas cosas espantosas que se llamaban More, unos pitillos delgados y oscuros que sabían a rayos.

Siempre que recuerdo una escena familiar hay humo en ella, mucho humo y ceniceros atestados de colillas, y cajetillas vacías, arrugadas como una cordillera en honor de la adicción. La noche en que a mi madre la reventó una embolia, cuando entré a su cuarto de anciana moribunda de noventa años, lo primero que vi fue un cigarro encendido en un cenicero. No miento, ahí estaba la línea delgada de humo ondulante buscando el techo, la última bocanada que aspiró mi mamá.

Mis hermanas fumaron sin parar durante años. Una de ellas rompió todos los récords y llegó a fumarse cincuenta cigarros al día. Cuando se iba a bañar, antes de tomar el jabón, buscaba los cigarros, prendía uno, lo ponía en el pretil y cada dos minutos sacaba la cabeza de la regadera para dar una jalada. Ya lo dije: de campeonato.

Creo que yo batí todos los récords. Una noche de locura, en casa de mi amigo Guillermo Fadanelli fumé sin pausa, con rabia y furor. La noche pasó sobre nosotros y la luz del día me sorprendió prendiendo el último cigarrillo de la mañana. Hice una cuenta mental y supe que el día anterior con su noche completa yo había fumado setenta cigarros.

Dejé de fumar de un día para otro. El último cigarrillo me lo fumé en la entrada del hotel ABC de Observatorio, antes de una resección para retirar dos pequeños tumores cancerosos en la vejiga. Descuiden, esta nota no tendrá un final ejemplar, nada de eso, nomás faltaba que enturbiara esto con la miel de una lección de vida o con un consejo edificante.

Recuerdo que en una mesa de lectores y admiradores, Jaime Sabines contó que cuando dejó de fumar puso sus cigarros Delicados sin filtro en la parte más alta de un armario. Eso lo tranquilizaba y, por paradójico que suene, lo alejaba del tabaco. Hice lo mismo. Dejé mis Marlboro con su encendedor Bic arriba de un librero. Pasaron los años, siete, con cinco meses y seis días. Abandonar el cigarro puede ser mucho más cruento que dejar al amor de tu vida.

Repito que cuando fumaba era feliz. Así pasa con algunas cosas de la existencia, te hacen un daño espantoso, pero también te hacen feliz. Cuando mi hijo prende un cigarrillo, el olor de la primera fumada, sólo la primera, me recuerda mis días de fumador empedernido y la juventud perdida. ¿Necesito un analista con urgencia? ¿Seguirá esa cajetilla arriba del librero? La voy a buscar.

Jeroglífico

Entré al laboratorio del hospital con mi grillete en el tobillo. Arrastré el cepo hasta el mostrador con cierta elegancia. A estas cadenas los médicos les llaman «exámenes semestrales de vigilancia». Sin que nadie me vea hago changos con el índice y el anular de la mano izquierda y convoco a la buena fortuna. El médico vigila mediante una batería de exámenes hasta el último rastro de lo que pudiera convertirse en una célula loca en busca de un crecimiento descontrolado cuyo destino podría ser un nuevo carcinoma. Desde hace ocho años cargo mi grillete.

Si hay sangre y arena, también hay sangre y orina. En el cubículo una joven me aprieta el brazo con una banda elástica: a ver, abra y cierre su puñito. Ésta es la aguja nueva con la que voy a sacar sangre. Me dice: piquetote, e introduce la aguja en la piel y luego en la vena. La miro con una mezcla de extrañeza y compasión. Me dice: esta venita se quiere esconder. No se ocultó lo suficiente, la joven llenó cuatro probetas con tapas de distintos colores. Siempre he dicho que la sangre no es roja, su color es indefinible.

La joven me lleva a un baño, en el interior de un consultorio. Me entrega dos botes para muestras. Me dice: con estos algodones húmedos va a limpiar la cabecita de su pene, muy bien aseada, luego deposita su muestra, no tiene que llenarlo, con la mitad basta y sobra. Mientras cumplo con las instrucciones de la joven laboratorista, pienso en «los diminutivos», esa forma de desaparecer las cosas haciéndolas pequeñas. El diminutivo es el modesto arte del disimulo. No diré nada de la ontología del mexicano.

Sigue el electrocardiograma. Un hombre joven con bata blanca me tiende en un camastro, sin camisa, sin cinturón, sin zapatos. A un enjambre de cables los corona con ventosas y los adhiere al pecho y a las piernas. Al frente de una máquina, el hombre se abisma. Pasan los minutos. Me dice: no entiendo, esto es ilegible. Lo que me faltaba, el corazón ilegible. Siempre lo supe, pensé con ilimitada sensiblería: nadie lee mi corazón. Recordé esto: «Hay que escuchar a la cabeza, pero dejar hablar al corazón». ¿Lo leí en algo de Yourcenar? Se volvía loco este hombre. Me pregunta: ¿usa marcapasos? Le respondo que no. Quería arrancarse los pelos, como si yo tuviera la culpa de mi corazón ilegible. Vamos a dejarlo para mejor ocasión, le dije y desaparecí del consultorio.

Anestesia

El camino de la Condesa a Santa Fe es uno de los capítulos locos de la novela de la Ciudad de México. Constituyentes, un asco de tránsito; en cierto sentido es un milagro que los edificios inteligentes de esa ciudad imposible permanezcan en pie. La noche anterior, una manga de lluvias y vientos indomables arrastraron coches y deslizaron cerros. Yo iba al hospital ABC a una cistoscopia, mi propio deslave interior.

La cistoscopia es un procedimiento invasivo pero poco riesgoso que consiste en entrar por la uretra y llegar a la vejiga para ver en una pantalla las condiciones de ese filtro del cuerpo. Si usted entra, lo que ve es una pequeña caverna que sólo el urólogo interpreta con precisión. Para ese estudio es necesario dormir al paciente durante 30 o 40 minutos. La pérdida de la conciencia es una aventura extraña y, no me lo van a creer, un tanto placentera.

Antes moría de angustia en el quirófano. La plancha, nombre dramático del camastro de intervención, los aparatos, como si estuviera a punto de despegar en una nave espacial, todo me daba un miedo incontrolable. Sé que van a decir que soy presumido pero después de veintinueve estaciones en el quirófano, esta vez no tuve miedo, y me dio miedo no tener miedo. Pensé que podía ser una señal, un mensaje de que esta vez me despedía de la vida. No se burlen, el que entra al quirófano se pone trágico.

Ahí estaba entonces, tendido en la plancha. Solo. La anestesia para el procedimiento se llama sedación profunda, no entuban al paciente; en fin, no entremos en detalles. La anesthesióloga que me ha atendido veintinueve o treinta veces me pregunta por mis hijos y yo le respondo, pero sé que empieza a darle salida al narcótico que entra por la vena. Le dije, ¿o lo soñé?, que cuando se siente una chispa en las sienes estás dormido: pierdes la conciencia. Un breve momento de placer en el cual el olvido viene por ti. Si así se sintiera la muerte, no sería para nada un trauma.

Los filósofos se han devanado los sesos tratando de definir la conciencia. Nadie sabe qué rayos es la conciencia: ¿un estado del alma, una forma de percibir el mundo, un modo de inventar la realidad? Antes de dormir siempre te acompaña una imagen, no una imagen, un pensamiento. Esta vez vi a mi madre, se los juro. En fin, ustedes se preguntarán por qué les cuento esto, la verdad no sé: tenía ganas.

De viaje

En mis tiempos no había vacaciones. De verdad, la noción del ocio, el esparcimiento y el reposo es reciente. Ni mis amigos más adinerados se iban con sus papás a la playa quince días, o hacían un viaje a Europa o a Nueva York. Se quedaban en sus casas a ver la televisión. Cierto, hablo de una escuela pública de los años sesenta. A los ocho años, mis hijos habían tomado más vacaciones de las que yo tomé hasta los diecinueve años.

Un viaje largo. A Cuernavaca, al Casino de la Selva. En la alberca, mi mamá vigiló desde la orilla con cara de tragedia mientras yo chapoteaba. El bungalow, una pequeña casa extraña. Tres días raros que nunca olvidaré por la cantidad de peligros que, decía mi madre, nos acechaban, en especial el de los alacranes. Nunca camines descalzo, te pica el alacrán y acabamos en el hospital. Y donde hay uno siempre hay dos, pues van en pareja. Desde entonces las parejas me despiertan malas ideas.

¿Más peligros? Mi mamá fue pionera y supo de los riesgos letales de los rayos solares. Te salen ámpulas y acabamos en el hospital. Terminar en el hospital era una amenaza diaria. Me agobiaba el sol bajo una camiseta y una toalla en el cuello. Hace años, cuando las vacaciones se volvieron comunes y corrientes, mi hija me dijo: dicen mis amigas que por qué sales a la playa en pants, que si estás enfermo. No iba yo a sostener una conversación de corte psicoanalítico en ese momento. Guardé silencio.

Años después supe que el matrimonio de mis padres estaba roto por una simple razón: nunca tomaron juntos unas vacaciones. Lo digo en serio, nunca. Los perseguía la sombra de una desgracia, como si llevaran dentro algo irreparable, una nube negra que preferían conservar en casa y no llevarla con ellos por el mundo exterior.

Si alguien se animaba a viajar, el asunto se convertía en una tragedia. Así se fue mi hermano mayor a Alemania, y una de mis hermanas a Canadá a hacer una vida fuera de México, y mi otra hermana a viajar por el mundo. Nos quedamos los dos menores en casa. Tiempo después mis viajes fueron los libros. Todavía, cuando hago la maleta, una vaga congoja me recuerda aquellos años de la infancia, la nube negra, aquello irreparable que sigo desentrañando en la alta madrugada. Como siempre, me desvié, yo quería escribir un interesante artículo sobre la vacaciones y el tiempo libre.

Revelación

La primera bicicleta que tuve era negra, pequeña, y no tenía cuadro, es decir era una bici de mujer, sin el tubo horizontal que sale del sillín y empalma con el volante. En aquel entonces se consideraba que ese tubo amenazaba a las mujeres y no a los hombres. El mundo ha cambiado, ustedes lo saben.

Me la compró mi padre de segunda mano en Tepito. A mi papá le encantaban las cosas baratas y de segunda mano. Por esta razón, cuando leí «En Defensa de lo Usado», el breve y extraordinario texto de Salvador Novo, lo entendí a la perfección. Era negra mi primera bicicleta, y aunque los amigos de la cuadra me molestaban porque mi bici era de niña, le enseñé a derrapar a mi bicla femenina. Si usted no sabe qué es eso se lo explico: pedaleabas a todo meter en línea recta y cuando estabas a punto de atropellar a un amigo, o a un enemigo, apretabas los frenos hasta el fondo y coleabas, por decir así, el aparato, como un látigo de metales. Yo sabía derrapar.

Mi madre me exigía que anduviera en bicicleta únicamente en el Parque España, pero yo cruzaba esa frontera que era la calle de Nuevo León y me adentraba en Álvaro Obregón hasta llegar a una tienda de aviones para armar. La marca *Rebel Lodela* despierta en mi mente el sueño del pasado. Me compraba un pequeño aeroplano de la Segunda Guerra Mundial e intentaba armarlo por la tarde. Yo era un desastre con las manos, pero lo intentaba, aunque casi siempre lo que compraba era una escuela de frustración. Nadie nos enseña a equivocarnos.

No había ciclistas, pero había ciclonáutas. Parece mentira, pero yo tenía once años y una bicicleta. Me acordé de todo esto hojeando y ojeando una novela de Beckett: *Molloy*. A Samuel Beckett le gustaban las bicicletas. Molloy, personaje de la novela del mismo nombre, le escribe una carta a su bicicleta. Los personajes de Beckett son solitarios, hombres de la posguerra en busca de su memoria. *Molloy* forma parte de una trilogía con *Malone muere* y *El innombrable*.

Si lo pienso con calma, mi bicicleta negra y mi infancia quedaron en una calle vieja de la Condesa. Un día las voy a buscar.

Festivales

En los años de mi infancia había festivales en las escuelas en honor de las madres. Bailé *Brasília* con maracas ante mi pobre madre que soportó con gran valor aquel número que puso la maestra Eustolia.

Para que yo pareciera un niño brasileño me pintaron el rostro con un betún que me duró tres días. Mi madre usó zacate para eliminar los restos de mi negritud. A mi mamá, les informo, nada se le atoraba. Como no pudimos comprar la crema especial para la cara, la mañana del festival, mi mamá me puso en la cara grasa Amberes para calzado. Se los juro, no miento.

Las maracas las fuimos a comprar al mercado de Sonora, un lugar lejano y muy barato. Mi madre me tomó de la mano y me dijo: vamos por tus maracas, no puedes seguir ensayando con lápices en las manos. Nos subimos a un camión Arcos de Belén. El boleto costaba treinta centavos, también había camiones de cuarenta centavos, más chatos, más potentes, como los Santa María. Pero éste no es un artículo del transporte público, sino de mi mamá, las maracas y los festivales del 10 de mayo.

Mi madre se acercaba a los cincuenta años. Era una mujer pequeña y esbelta que llevaba con ella un rostro de facciones finas y una mirada de ojos negros con la que decía y deshacía. Después de perder y ganar una tarde en el mercado de Sonora, en el cual a mi madre le decían güerita en los pasillos, regresamos a casa con maracas. Fue amor a primera vista. Me refiero a las maracas: las adoré. Grandes, rojas, repletas de semillas que resonaban, si las agitabas, como un aguacero de mayo.

En alguna mudanza, las maracas se perdieron. Ni yo mismo supe cuándo, las abandoné un día y desaparecieron para siempre. La vida ha pasado desde entonces. Recuerdo a mi mamá tranquilo, sin lágrimas. Sólo a veces, como en estos días, una vaga congoja me recuerda que nunca volveré a verla. Grasa Amberes para calzado. Desde luego, sólo faltaba que el hijo de mi madre no llegara de tez negra y con maracas al festival de las madres.

Deudas

He acumulado por desidia y desorden un par de deudas. Esto me ha traído un recuerdo puesto en una tarjeta que aún conservo: «Arturo Domínguez. Lanzamientos y embargos. Recuperación de terrenos, locales foráneos y departamentos».

En la historia de la familia hay muchos abogados Domínguez. Cada vez que aparecía uno de los de su raza, nosotros nos dedicábamos a pensar en cómo evadirlo y ellos, los Domínguez, empeñaban todo su conocimiento para hacernos caer en alguna trampa y, al final, cobrar así la deuda que habíamos contraído y no podíamos pagar. Durante una buena parte de su vida mi padre cultivó el deporte del cheque de hule, que rebotaba hasta el techo, la firma de las letras de cambio, los pagarés. Así nos hicimos especialistas en embargos, lanzamientos.

Los Domínguez acechaban detrás de los árboles del camellón. Un mediodía de sol mi madre y yo regresábamos del mercado donde Efraín, el dueño de la miscelánea La Nave, nos fiaba la comida, a él le pagábamos con unas letras que vencieron mucho antes que su confianza en nosotros. Cuando abrimos la puerta, los Domínguez nos cayeron encima y entraron a la casa. No logramos el juego perfecto. De inmediato organizaron el embargo: sala, comedor, naturalezas muertas que no valían un peso, un jarrón desportillado. Nadie puede ganar siempre, ese día perdimos: los Domínguez daban saltos de felicidad y nosotros habríamos podido patinar en la estancia vacía de aquel departamento.

Voy a explicar brevemente en qué consiste un lanzamiento o desahucio. Se renta un departamento muy soleado, el contrato indica que si no se paga la renta, al tercer mes los Domínguez y el dueño iniciarán los trámites para expulsar de la propiedad a la familia indeseable. Nuestra casera era la señora Guerrero y vivía en el mismo edificio, una mujer con un carácter muy parecido al de Hitler. Un día me crucé con ella en la escalera y me dijo:

—Dile a tu padre que si no paga la renta, lo voy a desahuciar.

Llevé el mensaje a la casa. Mi padre injertó en pantera:

—Vieja matildona, mamerta, que se atreva nada más.

Y se atrevió. Ya he contado que un día, de regreso de la escuela, vi a los lejos, en la banqueta, una recámara muy parecida a la nuestra, y una estufa, y unos sillones que habría jurado que eran los nuestros. Y sí, nos pertenecían. Los Domínguez nos habían lanzado. Otra batalla perdida. No siempre se puede ganar. Voy a pagar mis dos deudas, no se inquieten.

Una visita

Un día antes de que mi padre muriera lo visité por la mañana. Abrí las cortinas para que entrara el sol en el cuarto. Su cuidadora le daba el desayuno. Lo saludé como todos los días:

—¿Cómo estás? —le pregunté buscándole la mirada perdida.

—Mal. Hoy no hago ejercicios —me respondió en pie de guerra contra la absurda disciplina diaria con la que quería yo atarlo a este mundo.

La cuidadora desayunaba mientras yo acompañaba a mi papá. Le acerqué la cuchara a la boca. Probó un bocado, huevo con jamón, y dio un sorbo al café con leche. Noté que tragaba con dificultad. Con la boca llena, me miró, no me quitaba la vista de encima. Me perturbó:

—¿Me quieres decir algo? —quise arrancarle una palabra.

—No.

—¿Entonces? —le pasé la mano por la cabeza y le ordené el pelo blanco, desordenado, final.

—Te estoy viendo por última vez.

—No empecemos, papá —le dije para evitar el miedo, el dolor, la angustia.

Los dos sabíamos de qué hablábamos.

—¿Caminamos por el pasillo? —le propuse para distraerlo.

—Caminamos.

Quedaba muy poco del viejo fuerte que atravesó la década de los ochenta y se asomaba a los noventa. Después de la muerte de mi madre, una depresión salvaje le arrancó el alma. Pasamos frente a la galería de fotografías enmarcadas y puestas en la pared a cada lado de los muros del corredor. Nos abrían el paso hacia la nada. Mi papá volteaba como si buscara algo. Nos miraban sus padres, mi madre, mis hermanos, sus nietos. El tiempo nos mandaba distintas señales. Cada mañana hacíamos esa ruta. Él caminaba con mi ayuda y se dirigía a la fotografía que más lo atraía en ese momento. Cuando se lo permitía la cabeza, le colgábamos alguna historia a la foto, yo preguntaba y él respondía unas cuantas palabras. Esa mañana avanzó directo, sin dudar, con un largo dedo tembloroso señaló una imagen en el muro y dijo:

—Mi mamá.

—¿Te acuerdas de ella? —traté de acercarlo a la vida, pero no quiso seguirla, prefirió las sombras.

—Me vino a ver anoche.

No le respondí, con qué derecho le quitas sus fantasmas a los que dicen adiós. Quiso sentarse en el sillón rojo a reposar. Me distraje un momento y cuando volteé a verlo vi que se metía en la boca, hasta la garganta, una cuchara. La retiré de inmediato. Me dijo:

—Un obstáculo. Tengo un obstáculo.

Empezaba el final. Le llaman disfagia, los músculos de la faringe se paralizan, además una candidiasis le ulceró el paladar, la campanilla, las encías. No podía tragar. Le pregunté si le dolía:

—Sí. No puedo pasar saliva —habló con enorme dificultad, una voz sin textura, sin peso, un soplo perdido en el mundo de los vivos.

—¿Quieres oxígeno? —le ofrecí con el corazón arrugado.

Mientras le ponía el cable de aire fresco en la nariz, me sentí desesperado, irremediable. Salí del cuarto a tomar aire y caminé yo mismo por el pasillo y señalé con el índice a mi madre, una imagen de su vejez luminosa, activa, antes de la oscuridad de la senectud.

El médico me informó:

—No hay mucho que hacer. Vamos a hidratarlo.

—¿Cuánto tiempo?

—Un día, si mucho.

A la mañana siguiente mis hermanos entraban y salían del cuarto de papá, le dejaban una caricia, una frase, una mirada puesta en su cama de moribundo. Una enfermera le puso en el dorso de la mano una conexión para la venoclisis, la entrada del suero que evitaría una muerte de espasmos por la deshidratación. Por ese mismo conducto y aconsejados por su médico, le infiltramos valium de diez miligramos para que se perdiera en una niebla sin dolor. Mi hija puso la jeringa en los cables del suero, le tembló el pulso:

—No tiemble, doctora —bromeé con lágrimas en los ojos. Por ese puente partió mi padre. Como otras veces, papá tuvo razón esa mañana: me vio por última vez y yo mismo me despedí de él en silencio. Los dos sabíamos de qué hablábamos. El fantasma de su madre, que lo visitó unas horas antes de morir, estaba al pie de la cama. Era la visita que mi padre esperaba.



Acerca del autor

RAFAEL PÉREZ GAY (México, 1957). Entre su obra destacan *Me perderé contigo* (1988), *Esta vez para siempre* (1990), *Llamadas nocturnas* (1993), *Paraísos duros de roer* (2006), *Nos acompañan los muertos* (2009), *El corazón es un gitano* (2010) y *El cerebro de mi hermano* (2013). Desde hace años la prosa de Rafael Pérez Gay se publica en periódicos y revistas; en 1997, 2001 y 2007 reunió una parte de su periodismo literario en los libros *Cargos de conciencia*, *Diatriba de la vida cotidiana* y *No estamos para nadie*.

Estudió Letras Francesas en la UNAM y ha publicado numerosos artículos y textos sobre literatura francesa. Sus ensayos sobre la prosa y el periodismo del siglo XIX, y acerca de climas porfirianos, autores decadentistas y encrucijadas culturales de fin de siglo, han aparecido en diversas publicaciones a lo largo de más de veinte años.

© 2017, Rafael Pérez Gay

Derechos reservados

© 2017, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial TUSQUETS M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Diseño de la colección: Guillerlot Navares
Fotografía de portada: © Eric Forey / Trevillion Images
Fotografía del autor: Omar Torres / AFP

Primera edición impresa en México: noviembre de 2017
ISBN: 978-607-07-4596-6

Primera edición en México en formato epub: noviembre de 2017
ISBN: 978-607-07-4631-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Libro convertido a epub por Grafia Editores, SA de CV

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- ∞ Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- ∞ Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- ∞ Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- ∞ Votar, calificar y comentar todos los libros.
- ∞ Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

TUSQUETS
EDITORES



EXPLORA

DESCUBRE

COMPARTE